

HISTORIAS DE
La NUEVA VIDA
CON MEHER BABA

*Historias de la Nueva Vida
con Meher Baba*

NARRADAS POR
Eruch, Mehera, Mani y Meheru

COMPAGINADAS POR

*D. E. Stevens,
Rick M. Chapman,
James M. Hastings y
Gary y Patty Freeman*

Título Original: *Tales From the New Life with Meher Baba*
Compilado por D. E. Stevens, Rick M. Chapman, James M. Hastings, Gary y Patty Freeman
© 1976 Avatar Meher Baba Perpetual Public Charitable Trust, Ahmednagar, India

Traducción al español: Fundación para las Artes Amigos del Amigo Avatar Meher Baba
© (2004) Avatar Meher Baba Perpetual Public Charitable Trust, Ahmednagar, India

Primera edición en español
2004, Fundación para las Artes Amigos del Amigo Avatar Meher Baba, La Plata Argentina

www.meherbaba.es
meherbaba.laplata@gmail.com

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio ya sea este electrónico, mecánico, fotocopiado o grabado, o cualquier otra forma sin el consentimiento previo del editor excepto por quien desee citar breves fragmentos en conexión con comentarios para incluir en revistas, diarios u otros medios con la correspondiente cita.

“Esta Nueva Vida no tiene fin, e incluso después de mi muerte física la mantendrán viva aquéllos que lleven una vida de completo renunciamiento a la falsedad, a las mentiras, al odio, a la ira, a la codicia y a la lujuria; los que cumplan esto y no cometan actos lujuriosos, ni hagan daño a nadie, ni calumnien, ni procuren poseer bienes materiales ni poder; los que no acepten homenajes, ni codicien honores, ni rehuyan la ignominia, ni teman a nadie ni a nada; los que confíen total y únicamente en Dios, amen a Dios por el mero hecho de amarle, y crean en quienes aman a Dios, y en las manifestaciones, pero sin esperar recompensas espirituales o materiales; los que no dejen de aferrarse a la Verdad, y los que, sin que las calamidades los acongojen, afronten valiente y entusiastamente todo infortunio con absoluta alegría, sin dar importancia a castas, credos ni ceremonias religiosas.”

Meher Baba
Septiembre de 1950

PREFACIO

No había pasado mucho tiempo desde que Meher Baba abandonara su cuerpo físico, cuando, en una ocasión en la que estábamos juntos en Ahmednagar, Eruch se mostró dispuesto a narrar algo de lo que recordaba acerca de la Nueva Vida. Al enterarse del proyecto, varias de las mujeres mandali también se alegraron de poder incluir sus recuerdos. Puesto que Murshida Duce me había instado unos años antes a que conservara ese material como un documento permanente para la posteridad, le pregunté si yo podría grabar los relatos, ella estuvo de acuerdo, y así lo hice.

Puesto que el material grabado sobre lo vivido con el Avatar era tan ricamente característico, inclinándose hacia el aspecto humano del Dios-Hombre, pregunté a Murshida Duce si yo podría transcribirlo y considerar su publicación para que el documento fuera de fácil obtención. Nuevamente la respuesta fue afirmativa.

Entonces surgió la dificultad. El proyecto original era personal y contenía partes en forma de diálogo. Había también algunas incongruencias al comparar los relatos de diferentes personas, y tendría que decidirse si se mantenía la forma grabada original y se la preparaba editorialmente sólo para que pudiera leerse fluidamente, o se la reescribía por completo como una serie de relatos. Los mandali que participaron dejaron que fuera yo quien decidiera.

Aunque tardé varios meses en decidirme, realmente nunca tuve duda alguna. El primer documento público de este invaluable material original debía ser tan fiel como fuera posible a

la versión original. Entonces, teniendo esto como base indiscutible, dotados escritores e intérpretes de generaciones venideras podrán divulgar bellas versiones para delicia de todos los gustos. Sé que si hubiera tratado de hacer esto, yo habría perdido la exquisita percepción de la presencia del Amado que se refleja en el relato de los mandali.

D. E. Stevens

Madrid, 19 de junio de 1975

CANCIÓN DE LA NUEVA VIDA

*Escucha las silenciosas palabras de Meher Baba
La vida de los amantes de Dios está en estas palabras
Si eres sincero al vivir esta Nueva Vida
Renuncia a esta existencia efímera*

*Hemos emprendido esta vida en la que sólo confiamos en Dios
Nuestra voluntad se fortalece con nuestro juramento
Estamos entonando con alegría la canción de la desesperanza
Invitamos a toda calamidad y dificultad*

*No lloramos por las esperanzas perdidas
ni nos quejamos por las promesas rotas
No codiciamos los honores, ni rehuimos la desgracia
No conocemos la calumnia, ni tememos a nadie
Éste es ahora el tenor de nuestra Nueva Vida*

*En la mente ya no quedan confusiones ni ataduras
No conocemos el orgullo, la ira, la lujuria o la codicia
No tenemos religiones, ni metas materiales y mentales
El sheik y el brahmín navegan ahora en el mismo barco*

*Para nosotros ya no hay grandes ni pequeños
Ya no existen las formas de discípulo, maestro o Deidad
La hermandad es nuestro vínculo
Y el compañerismo nos lleva a gozar en el sufrimiento*

*Este mundo o el próximo, el cielo o el infierno no nos preocupan
En shaktis y siddhis, ocultismo y milagros no pensamos más*

*Todas estas falsas impresiones las hemos desterrado de la mente
Ahora vivimos en el presente activo*

*Queridos amigos, tomen seriamente las palabras de Baba
"Aunque ahora estoy en el mismo nivel con ustedes
Todas las órdenes que emanen de mí, buenas, malas o extraordinarias
Deben cumplirlas inmediatamente, dejando
en manos de Dios lo que de ellas resulte*

*Aunque los cielos se caigan
No sueltes de tu mano la Verdad
Deja que la desesperación y la decepción talen y destruyan el jardín de tu vida
Embellécelo tú, con los retoños de la suficiencia y la satisfacción*

*Que haya una sonrisa en tus labios aunque se corte tu corazón en mil pedazos
Aquí te hago conocer una Verdad:
Hay un tesoro incalculable que está oculto en tus manos vacías
Tu vida mendicante es la envidia de los reyes*

*Dios existe, y los profetas son verdaderos
Cada ciclo tiene un Avatar, y cada momento un Wali
Sin embargo para nosotros sólo hay desesperanza y desamparo
¿Cuánto más debería decirte sobre qué es nuestra Nueva Vida?"*

Canto compuesto
por el Doctor Ghani.
31 de octubre de 1949

HISTORIAS DE LA NUEVA VIDA

Don Stevens: Estamos sentados en la cabaña de Eruch, en Meherazad, el día 2 de enero de 1972, y Eruch empieza a contar cómo pasó Baba el último día de la Nueva Vida a muy corta distancia de aquí.

Eruch: A unos trece kilómetros de aquí hay un lugar que se llama Imampur, en el que Baba se detuvo la noche antes de llegar a Meherazad. Todos estábamos cansados porque ese día habíamos caminado unos veinticuatro kilómetros y, además, en el trayecto Baba había continuado cumpliendo su labor, reuniéndose con la gente, con masts, con dementes, pobres, etcétera. Tras muchos desvíos, llegamos a Imampur alrededor de las ocho y media cuando anocheecía.

Baba señaló lo que parecía ser una casa, y recordamos que era una vieja mezquita utilizada como casa de descanso. Entonces dijo que nos quedaríamos allí durante la noche.

En la época en la que estaban los británicos, eran éstos los que la utilizaban como casa de descanso, pero después de la Independencia de la India, la comunidad musulmana solicitó que le fuera entregada para volver a utilizarla como mezquita. Actualmente están en posesión de la mezquita pero no la conservan muy bien. Cuando entramos en ella estaba desaseada y abandonada. Tuve que limpiarla para que Baba pudiera descansar allí durante la noche. Como de costumbre tuve que encargarme de la colación de Baba, después de lo cual nos asignó turnos para que estuviéramos de guardia y dijo a los mandali que durmieran afuera como era habitual. Cerré la puerta desde adentro y monté guardia cerca de ella.

Al poco tiempo, tal vez media hora después, Baba golpeó sus manos, entré en la habitación y le pregunté qué sucedía. Todo esto ocurría en la oscuridad porque no teníamos lámparas ni linternas. Después encontré unos fósforos que tuve que usar para ver lo que Baba me decía, pues estaba observando silencio. Me dijo con gestos: “¿Qué son esos ronquidos? ¿Los mandali están durmiendo cerca?”. Le dije que sí, aunque no estaban demasiado cerca. Pero Baba me dijo que los despertara y les dijera que se fueran más lejos. De modo que tuve que despertar a los cansados mandali. Tres eran los que estaban junto a mí: Baidul, Gustadji y Pendu. Les dije que se alejaran de la habitación de Baba, por lo que se alejaron y me quedé de guardia.

Al rato Baba me volvió a llamar y, cuando encendí fósforos para ver sus gestos, se quejó porque había un ruido aun mayor dentro de la mezquita. Puesto que allí no había nadie me pregunté cómo podría haber algún alboroto. Baba me dijo que esperara adentro y averiguara cuál era la causa. De repente escuché un aleteo de pájaros y le dije a Baba: “Allá hay algunos pájaros”. Traté de averiguar dónde estaban y le dije a Baba: “Un pájaro ha hecho su nido”.

Entonces tuve que inclinarme nuevamente para ver los gestos de Baba porque él estaba acostado sobre una manta tendida directamente en el piso, no sobre la alfombra que habitualmente se usa hoy, sino que se trataba de una manta muy tosca que usan los pastores. Llevábamos una para Baba y una para cada uno de nosotros. Tuve que tender mi manta para que Baba se acostara sobre ella, y a la suya usarla para cubrir su cuerpo porque esto sucedía en invierno, en el mes de diciembre. Después de decirle a Baba que un pájaro había hecho nido en la habitación, quedé a la espera de sus órdenes. Me dijo con gestos que debía expulsar a ese pájaro, por lo que me acerqué al nido, tratando de tocar al ave en la oscuridad y de echarla.

De pronto Baba batió palmas con insistencia. Había dos tipos diferentes de palmadas con las que Baba daba a conocer distintas clases de mensajes. Una era pausada, y la empleaba para aplaudir, y otra tenía por objeto llamar de inmediato la atención, o sea, “dejarlo todo y acudir en el acto”.

Cuando oí esa señal, tuve que dejar al pájaro de lado e ir de inmediato al sitio en el que él estaba. Con la ayuda de un fósforo, nuevamente empecé a descifrar sus gestos. Me dijo: “Deja ese pájaro como está. Cometimos un gran error”. Entonces empezó a decirme con gestos que él no debió haber dado esa orden, y me recordó las instrucciones permanentes que nos había impartido durante su Nueva Vida. Una de ellas era que quienes estaban de servicio tenían que hacerle acordar en caso de que él diera cualquier orden contraria al fundamento mismo de la Nueva Vida, como por ejemplo, no expresar crueldad, ira y cosas por el estilo.

Ahora bien, quien estaba de guardia era yo, una de las personas a la que le había dicho que le hiciera acordar de estas normas, pero no lo había hecho. Le presté más atención al cumplimiento de sus órdenes y olvidé que tenía el deber de hacerle acordar. Fue un gran error de mi parte.

Todo esto sucedió bien entrada la noche y en ese momento Baba estaba tratando con gestos de hacer que yo me diera cuenta de que habíamos cometido un gravísimo error en la Nueva Vida. Me limité a decirle que sí, que estaba de acuerdo, y Baba me dijo con gestos que a la mañana siguiente yo debía recordarle lo ocurrido.

Nos levantamos muy temprano, y esa mañana debíamos llegar a Meherazad. Teníamos que levantarnos mucho antes de que Baba saliera de la mezquita porque lógicamente debíamos estar listos para atenderle. A veces la hora de descanso y sueño coincidía con la de levantarnos. Entonces teníamos apenas me-

dia hora para acostarnos antes de que fuera la hora de levantarnos nuevamente.

Esa mañana en Imampur estuvimos listos y reanimados después de lavarnos con agua fría. Baba me llamó para que entrara y le ayudé a lavarse la cara. Ustedes saben que Baba siempre nos daba una oportunidad para que lo sirviéramos, aunque él podía fácilmente lavarse la cara solo. No quiero decir que yo tuviera que lavarle la cara sino que lo ayudaba a lavársela. Derramaba agua en sus manos y luego sostenía la jabonera, y tomábamos el jabón y lo pasábamos por su cara. Después yo sostenía la toalla. Él nos permitía hacer estas pequeñas cosas para darnos la oportunidad de servirle. Todo eso lo irritaba pero, a pesar de ello, puesto que era infinitamente compasivo, nos daba siempre estas oportunidades para que lo sirviéramos.

Mani: Éramos torpes...

Eruch: Sí, terriblemente torpes. Ustedes saben lo difícil que es dejar que otro nos ayude cuando está abierta la canilla. Por supuesto, se sienten muy torpes. Pero como él era infinitamente compasivo, nos lo permitía, y nos sentíamos felices. Él permitía que todos nosotros creyéramos que estábamos haciendo algo para ayudarle. Por ese motivo digo que yo le ayudaba a lavarse la cara y refrescarse. Entonces me dijo que reuniera a los otros mandali, es decir, a los tres restantes, de los veintidós que éramos. Eso fue el último día de la Nueva Vida, en lo que se refiere a hacer la travesía a pie, mendigando nuestra comida.

Llamé a los otros para que entraran en la habitación y se pusieran a su lado, y él me dijo que contara todo lo que había sucedido la noche anterior. Después de que conté lo ocurrido, Baba dijo con gestos que Eruch había cometido un gravísimo error. Se suponía que Eruch recordaría a Baba su importante instrucción de que no debería impartir orden alguna cuyo resultado

fuera una crueldad contra alguna persona o cosa, y lo ocurrido había sido una crueldad absoluta. Aquella ave tenía su nido allí con sus crías. Había hecho un poco de ruido. Después de todo, ¿qué había de malo en eso? ¿Por qué Baba debía comportarse tan cruelmente con esas criaturas? Eruch debía haberle hecho acordar de esa norma, pero se olvidó y Baba le ordenó echar al pájaro, y lo peor de todo era que eso hubiera sucedido en la Nueva Vida.

Baba dijo: “Afortunadamente le recordé eso a tiempo porque Eruch lo había olvidado por completo”. Por supuesto, dije que el error fue mío. Entonces Baba dijo: “Lo único que ahora hay que hacer es que ustedes –ustedes cuatro– se quiten las sandalias y golpeen mi cuerpo con ellas. Se los ordeno”. De modo que tuvimos que cumplir esa orden.

Don: ¿Durante cuánto tiempo tuvieron que hacerlo?

Eruch: Fueron dos o tres golpes que cada uno de nosotros le dio. Y no se trató de meros palmoteos con sandalias. Baba estaba muy serio. Cuando cumplimos la orden fue muy real. Como si golpearas a alguien con tu zapato. A Baba no le gustaban las simulaciones ni las imposturas. Por eso todos nosotros cumplimos. Luego Baba ordenó que lo mejor era que lo escupiéramos. También tuvimos que hacerlo, y así terminó todo.

Don: ¿Y qué sucedió con aquel grave error, Eruch? ¿Cómo te sentiste al respecto? ¿Cuál es tu sensación ante el Avatar que cometió un error?

Eruch: No fue solamente un error sino también una oportunidad. Todo lo que Baba asume es otra oportunidad que él da a la humanidad a fin de mostrar cómo el hombre debe comportarse aquí, en nuestra tierra, durante esta vida.

Mani: Baba efectúa estos actos en nombre de nosotros, no para él sino para nosotros.

Don: ¿Entonces no fue un error de Baba sino una oportunidad?

Eruch: No, fue un error. Baba había cometido un error como hombre. Usted sabe que él *devino* hombre. Nunca *actuó* ser un hombre, *devino* hombre. Por eso el error fue suyo, pero se trata de una expresión de la gran compasión del Dios-Hombre. Él lo asume todo.

Mani: Así es.

Eruch: Eso es lo grandioso que Dios hace cuando desciende una y otra vez como hombre y alterna con los hombres como hombre, porque él se hizo hombre. A menos (y hasta) que asuma el sufrimiento, no le es posible compartir o quitar el sufrimiento humano llevando la carga de la humanidad. Hemos presenciado estos pequeños episodios una y otra vez. Su error como hombre no es un error cometido por Dios. Es un hombre que está cometiendo un error. Y como Dios-Hombre, él señala a la humanidad que no debe comportarse de ese modo. Pero que si lo hacemos, por descuido o debilidad, entonces hay determinados remedios que deben tomarse. Tenemos que ser humildes y equilibrar nuestra arrogancia, y esa expresión de humildad es la que él nos mostró. Al ser compañero nuestro, compartió con nosotros este pequeño secreto. Y pudimos golpearlo con nuestras sandalias y escupirle solamente porque nuestro grado de entrenamiento era tal que teníamos que obedecerle.

Parecíamos máquinas, pero también teníamos nuestro corazón, y por eso desde aquel día no hemos olvidado este episodio. Nos comportamos como lo hicimos para obedecer la orden de Baba, pero esa orden aún persiste en nuestro corazón, o sea, que éramos responsables de que el Dios-Hombre estuviera en esa humillante situación. Eso no habría ocurrido si yo hubiera recordado las órdenes de Baba. Pero eso es también arrogancia de mi parte. Es él quien quiere dar semejante ejemplo al mun-

do, y por eso hace que nos olvidemos, hace que nos acordemos y nos induce a hacer cosas. Se trata de otro aspecto de esto. Sin embargo a pesar de todo aún somos humanos: tenemos nuestros sentimientos en relación con todo eso.

Mani: Baba iba a ir directamente de Imampur a Meherazad, pero esa vez se encaminó hacia Seclusion Hill (Colina de la Reclusión). Recuerdo que a Mehera y a mí nos dijeron que fuéramos a ver a Baba, pero él y los mandali se encaminaron hacia Seclusion Hill, sin pasar por Meherazad, por lo que desde aquí fuimos a encontrarnos con él. Baba nos vio sólo unos instantes y luego subió a la colina.

Don: ¿Cuánto tiempo se quedó en Seclusion Hill?

Eruch: Entre siete y diez días, por lo que puedo recordar. En esa época había dos casillas en la colina.

Don: ¿Las casillas que después dismantelaron y juntaron para construir ésta?

Eruch: Sí, esta casilla en la que ahora estamos sentados. Fue construida con los materiales, las chapas de amianto, el piso y las dos ventanas de aquellas dos casillas: se usó todo, con excepción de una puerta. Debía haber dos puertas para las dos casillas, pero aquí se usó solamente una puerta.

Días después de estar en Seclusion Hill, Baba nos pidió que bajáramos las dos casillas de la colina lo más pronto posible. En realidad él utilizó la palabra "inmediatamente". Por eso, los cuatro pusimos manos a la obra, y Baba descendió. Creo que se quedó unos días en su habitación de Meherazad, hasta que la casilla fue construida. Enviamos cuesta abajo los materiales desde la colina, y llamaron a Padri, que estaba en Meherabad, para que armara la casilla aquí. Hasta que la construyó vivimos en lo alto de la colina, aunque era el mes de diciembre.

Una vez que la casilla estuvo nuevamente armada, Baba hizo

una especie de compartimiento colocando aquí un separador. ¿Pueden ver estos clavos? Bueno, había una lona que solíamos colgar aquí para crear una especie de habitación separada. Aquí donde estamos sentados era la oficina. ¿Y ustedes vieron en la oficina de Adi, en Ahmednagar, modelos de una urna zoroastriana del fuego, una iglesia cristiana, un templo hindú y otro budista, y una mezquita, todo esto de mármol blando?

Don: Nunca reparé en eso. Tendré que mirar bien.

Eruch: Se lo puede ver en un mueble con puertas de vidrio, al entrar en la oficina de Adi. Aquellas pequeñas maquetas fueron puestas sobre estos dos estantes que ustedes encuentran aquí. Lo recuerdo bien porque fui yo quien puso todo eso aquí, sobre los estantes, y luego Baba nunca me permitió volver a tocarlas. Él se sentaba en una silla aquí, pero no sé qué hacía porque luego me pedía que cerrara la puerta y yo tenía que quedarme sentado afuera. Cuando batía palmas, tenía que entrar y leerle cualquier cosa que él me pidiera.

A este período Baba lo llamó la fase del *Manonash*. “Manonash” significa la aniquilación de la mente. Desde luego, la Mente Universal no puede ser aniquilada. Todas nuestras mentes quedarían aniquiladas si fuera aniquilada la Mente Universal. Baba se proponía que tuviera lugar esa aniquilación, pero eso no significa que él necesitara la aniquilación de su mente. Pienso que ese período aceleró la labor de Baba, consistente en aniquilar las mentes de los aspirantes que deseaban eso. Mediante esta fase en particular, él los ayudaba a aniquilar la mente. Tal vez me equivoque, pero eso es lo que supongo. Días más tarde Baba me hizo escribir unas palabras en un pequeño papel. No me acuerdo exactamente cuáles fueron, pero tenían que ver con ritos, ceremonias y rituales. En esencia decían esto: “Aquí y ahora las llamas consumieron las ceremonias, los ritos

y los rituales de todas las religiones del mundo”. Una vez que escribí estas palabras en el papel, Baba leyó el escrito y después se lo guardó en el bolsillo.

Por la noche me dijo que cavara un hoyo, y lo cavé detrás de la casilla. Luego me dijo: “Junta un poco de leña para esto”. Aunque Baba y nosotros cuatro estábamos viviendo en esa época en Meherazad, no teníamos nada que ver con el resto de los mandali ni con las mujeres. Parecíamos extraños. Hasta la comida la traíamos de Ahmednagar, de la casa de mi hermana, donde actualmente se encuentra el Trust Office. Dejamos de mendigar el día que llegamos a Meherazad, y Baba me hizo tomar contacto con mi hermana para decirle que, puesto que la Nueva Vida continuaba en la fase del Manonash, le agradecería saber si ella podría suministrarnos la comida de su casa. Ella accedió y en consecuencia no tuvimos nada que ver con Meherazad. Incluso el agua la traíamos de otro lugar.

Mani: ¿Dónde dormía Baba?

Eruch: Aquí enfrente, en la habitación que Pendu usa ahora.

Mani: ¿Y dónde dormías tú?

Eruch: Allí, en el suelo.

Don: ¿Entonces ésta era principalmente una oficina?

Eruch: Ésta era realmente su “oficina” para la labor del Manonash. Del otro lado del separador, en esa época había un cuarto para relajarse. Había una cosa muy importante respecto de Baba: aunque dispusiera solamente de una habitación, si él trabajaba en ella, dejaba alguna señal para hacer saber que ése era el lugar en el que debía realizar el trabajo. El espacio que utilizaba para trabajar era diferente del destinado a recogerse. Su recogimiento y sus colaciones los realizaba en la misma habitación de allá, pero su labor la concretaba aquí. Siempre que trabajaba, él creaba la atmósfera de una oficina.

Don: ¿Y qué pasó con el hoyo y la leña?

Eruch: Todo estuvo listo por la noche. Cuando anocheció, Baba nos llamó y encendió el *dhuni*, como se lo llama. “Dhuni” significa fuego con humo. ¿Sabes que el día 12 de cada mes se enciende el dhuni (en Meherabad) cumpliendo las directivas de Baba?

Don: ¿Todavía lo encienden?

Eruch: Sí. El recuerdo del dhuni es perpetuo. Esa noche Baba encendió el fuego, alrededor del cual se sentó junto con nosotros cuatro. No he olvidado lo que él hizo entonces. Se puso de pie y nos indicó que nosotros también nos paráramos. Luego se cruzó de brazos y nosotros hicimos lo mismo. De repente Baba sacó el papel de su bolsillo y me pidió que leyera el escrito en voz alta y con fuerza a la luz del fuego. Lo hice y cuando terminé, tomó el papel, lo rompió y lo metió en el fuego. Entonces recuerdo –y esto es importante–, se sentó y se quedó ahí todo el tiempo hasta que la leña se consumió y el fuego se apagó. Luego dijo que debía tapar el hoyo del dhuni porque había que conservar las cenizas sin que nadie las usase.

Aún se las conserva. ¿Sabes, Don, que las cenizas del dhuni son tan sagradas que la gente toma puñados de ella y las conserva en paquetitos? Cuando muere alguien de una familia, al pariente fallecido le ponen esa ceniza en la frente. En las casas de los devotos de Baba, todos los días se ponen estas cenizas en la frente como símbolo o conmemoración del dhuni de Baba, a modo de señal de que sus vidas en familia son de absoluto renunciamiento. A esas cenizas en particular –hay dos latas llenas– Baba las empacó personalmente y selló herméticamente los envases para que nadie las usara o tocara.

Mani: Ahora esas latas están en Meherabad, en la habitación en la que vivían las mujeres, allí se depositaron las cosas asociadas con Baba. Después de que Baba abandonó su cuerpo, fuimos

allá para clasificarlas y conservarlas. Las cosas que no necesitábamos aquí, en Meherabad, acostumbrábamos depositarlas en aquella habitación de Meherabad. Cuando levantamos aquellas latas, eran tan pesadas que parecía que les habían puesto piedras. Alguien dijo: “¡Cenizas!”, y yo dije: “No pueden ser cenizas. ¡Después de todo las cenizas son livianas!”

Y cuando las abrimos, descubrimos que eran cenizas. Entonces recordamos que Baba había dicho que las conservaríamos así. Le preguntamos a Eruch, y él nos contó toda esta anécdota.

Eruch: Las mujeres de Meherabad nada sabían de todo esto en aquella época. Las latas fueron retiradas después de que Baba las empacó.

Mani: Debo poner algún rótulo en ellas un día de estos.

Don: ¡Cielos, claro, si se suponía que jamás las tocarían! Es de presumir que en ese entonces, Baba estuviera diciendo oficialmente: terminaron los rituales de las religiones formales en lo que atañe a poder o eficacia.

Mani: Él con sus propias manos las consumió.

Eruch: Las consumió en el fuego. Al mismo tiempo vio el final de todo eso. Con sus propias manos empacó todas las cenizas en esas latas y dijo: “No las toquen”.

Don: Pero Eruch, ¿eso no implicaba que veríamos cómo las religiones ritualistas del mundo se desvanecerían poco a poco? ¿Y que la gente no hallaría nada en ellas y tan sólo desaparecerían?

Eruch: Sucederá. ¿Qué es lo que pasa ahora?

Don: Debo decir que aparentemente eso está ocurriendo. Pero luego pienso en otra cosa que Baba dijo tantas veces: “No he venido a fundar una religión nueva sino a revivificar lo que ya se ha dado”. Pero aparentemente no mediante ceremonias.

Eruch: De ninguna manera mediante ceremonias.

Mani: Sino mediante la esencia de la religión.

Eruch: La religión no consiste en ceremonias. Todos estos ritos y liturgias no son religión. ¿Viste ayer a un hombre que estaba agitando una varita de incienso?

Don: Sí, y vi que dejó caer la punta encendida, y me pregunté si se iba a quemar la alfombra de Baba, agujereándola.

Eruch: Sí. Ese hombre estaba celebrando un simple rito, una ceremonia... eso lo hace sentir feliz. Sabe poco o nada del porqué de esta costumbre, y tampoco nadie lo sabe aquí. Además, los sacerdotes y laicos poco saben de las razones originales que son la base de sus ritos. No saben lo que hacen. Éstas son las ceremonias, los ritos y las liturgias que Baba estuvo reduciendo a cenizas en las llamas del dhuni.

Toda esta actividad en Meherazad relacionada con ritos y liturgias ocurrió en los últimos días de la fase del Manonash. Esta parte comenzó en Hyderabad, actual capital del estado de Andhra. Mientras Baba estuvo viviendo en una casa de Hyderabad durante el período de la Nueva Vida, un día nos pidió que encontráramos una cueva en las cercanías.

Don: ¿Baba había especificado determinadas características de esa cueva?

Eruch: Ninguna. Quería una cueva que estuviera cerca de Hyderabad: ni demasiado lejos ni demasiado cerca.

Mani: Las cuevas naturales son allá una característica del terreno.

Eruch: Cómo llegamos a encontrar esta cueva en particular es algo típico de cómo a veces las cosas ocurren con Baba. Sucedió que un día estábamos en el mercado de Hyderabad cuando nos enteramos que había un hombre que fabricaba esteras de bambú. Luego tomamos contacto con él y casualmente le pregunta-

mos si sabía de alguna cueva cercana y de fácil acceso en la que pudiéramos quedarnos durante unos días. Nos contestó que sí y que nos acompañaría. Estábamos muy contentos y, al día siguiente, Pendu y yo lo acompañamos. Aprobamos la cueva tan pronto la vimos. El único problema era que no había agua en la colina, con excepción de la estancada en una charca. Estaba muy sucia, y no sabíamos si esto sería del agrado de Baba.

Don: ¿Tal vez era la que quedaba de los monzones?

Eruch: Sí.

Don: ¿Eso habría sido hacia el final del monzón, quizás en octubre?

Eruch: Sí. Pedimos a ese hombre que se encargara de los preparativos para nosotros, estábamos muy contentos. Allá estaba también el sepulcro de cierto santo, de un *wali*. Lo peculiar de este sepulcro era que no tenía techo ni cobertizo, aunque el wali es muy reverenciado en esa zona. Miles de personas creen en él. Luego descubrimos que tiempo antes habían decidido construir un cobertizo sobre ese sepulcro. Se empeñaron en eso muchas veces, pero a los pocos días se lo llevaba el viento. Al final desistieron de su intento de poner algún cobertizo sobre la tumba del wali.

Llevamos a Baba hasta allá para que lo inspeccionase, le agradó el sitio y nos ordenó seguir adelante con esa labor, impartiendo ciertas instrucciones acerca de que allí necesitaba una habitación separada.

Don: ¿Qué había que construir dentro de la cueva?

Eruch: No, no dentro de la cueva. En la cima de la colina donde estaba el santuario. Subiendo por la colina, a mitad de camino y del otro lado del santuario hay una cueva. No del lado de la colina que da hacia la aldea, sino detrás de la colina. Esta cueva también agradó a Baba, sin que fuera necesario compar-

timentarla. La cueva era apropiada para que Baba la utilizara tal cual estaba.

Entonces fijamos un día en el que acarrearíamos todos los pequeños bultos de nuestro equipaje hasta allá. Nos quedaríamos allí unos días y Baba nos dijo que caminaríamos dondequiera que fuéramos próximamente, una vez que él terminara su labor. Nos dijo que iniciaría en esta cueva su trabajo del Manonash.

Nos preparamos y llegó el día en el que tuvimos que trasladar el equipaje. Entre ellos, empacados en un baúl, había cinco maquetas de roca blanda color blanco, a las que ya me referí: la iglesia cristiana, el templo budista, la urna zoroastriana del fuego, la mezquita musulmana y el templo hindú.

Éstos eran los “juguetes” de Baba cuando inició su trabajo del Manonash. Nosotros no sabíamos qué quería hacer con estas cosas, pero quiso que las lleváramos a la colina. Las empaqué, y Gustadji, Baidul, Pendu y yo llevamos el equipaje hasta allá. Luego tuve que llevar el auto hacia donde se encontraba Baba. Al día siguiente, Don (Donkin) nos traería de regreso con Baba y entonces él iniciaría su labor.

Cuando todos juntos nos acercamos a la colina, estacioné el auto en un sitio adecuado. Los otros mandali se adelantaron a fin de inspeccionar el lugar y verificar si el trabajo estaba terminado, para que después pudiéramos llevar los bártulos. Al detener el auto, se congregaron unos chiquillos que empezaron a hacer preguntas. Fue por esta razón que tuve que ser particularmente cuidadoso, de modo que cerré todas las puertas.

Entretanto los mandali no habían siquiera recorrido la mitad del camino cuesta arriba por la colina, cuando empecé a ir detrás de ellos. Estaba a unos diez metros del auto, cuando de repente, éste empezó a desplazarse. Pensé que de algún modo yo sería capaz de detenerlo. Traté de agarrarlo mientras toma-

ba velocidad colina abajo. Corrí como un loco detrás de él, tratando de aferrar algo para retenerlo pero no había con qué, ni siquiera un estribo. Había cerrado todas las ventanillas, y de ningún modo podía manejar el auto o tratar de subir a él para hacer algo. Parecía que lo único que intentaba hacer mientras corría al lado del auto era acariciarlo.

Mani: ¿Pero habías cerrado las puertas con llave?

Eruch: Sí, las había cerrado con llave y entonces de ninguna manera podía abrirlas porque el auto ya iba a unos veinte kilómetros por hora, cada vez a mayor velocidad. Por ahí había unas palmeras similares a las datileras. Suelen alcanzar gran altura, pero a veces tienden a inclinarse casi tocando la tierra.

¡No me lo van a creer, pero el auto *saltó* sobre muchos de esos árboles, y les digo que saltó sobre las rocas... como si fuera un caballo! En ese momento todos los mandali estaban simplemente mirando. Estaban pasmados. No sabían qué hacer. Por primera vez en mi vida, y espero que sea la última, estuve realmente asustado. No me preocupaba por el auto ni por nuestro equipaje. Prácticamente no había equipaje, lo que me preocupaba eran las maquetas. Baba me había dicho especialmente que fuera muy cuidadoso con ellas porque, tras una larga demora, finalmente las habíamos traído de Agra. Las habían confeccionado en Agra, en el Norte, cerca de Delhi. ¿Conocen el Taj Mahal?

Mani: Las maquetas del Taj Mahal están hechas en roca blanda de color blanco.

Don: Y las habían confeccionado de acuerdo con especiales descripciones de Baba.

Eruch: Sí, Baba las especificó detalladamente. Se habían hecho muchas cosas para que fueran exactas y sentía mucho miedo de que algo les pasara. Pensé que seguramente todas ellas se habían hecho pedazos.

Don: Probablemente se habrían perdido meses.

Eruch: Sí, meses. Pero con qué me encontré después de que el auto recorrió unos mil doscientos metros. Se internó en un arrozal y allí se atascó.

Don: ¡Qué milagro!

Eruch: Debo decir que fue un milagro. Lentamente recuperé el aliento, descendí hasta el sitio en el que estaba el auto y entonces abrí la puerta. Pensé que la bomba de aceite y todo lo demás se había roto, y Baba me había pedido que llevara el auto de vuelta para trasladarlo a él y a Donkin a la cueva en las primeras horas de la mañana siguiente. Yo no sabía qué hacer. Sentado en el asiento del conductor probé el motor. Se puso en marcha, pero enseguida empezó a hacer un ruido muy peculiar, de hecho un ruido espantoso. Entonces dije: “Se rompió todo”, y lo único que hice fue quedarme en silencio; estaba totalmente desesperado. Estaba asustado, muy asustado.

Entretanto esperábamos un camión en el que nos traerían leña. ¿Conocen los haces de leña? Allá teníamos que encender fuego y por eso encargamos leña.

Don: Transportada por un camión, no por una carreta tirada por bueyes.

Eruch: Sí, por un camión. Por eso fue que, estando yo allí sentado, vino el conductor del camión con la carga de leña. Se acercó a mí y me dijo: “¿Qué le pasó a ese auto? ¿Cómo es que usted lo estacionó en un arrozal?”

Le dije: “No me pregunte eso. Usted debería haber venido media hora antes”. Y también le pedí que me ayudara a sacar el auto. Lo remolcamos desde el arrozal con la ayuda del camión y lo llevamos hasta un lugar seguro. Una vez en terreno llano, averiguamos lo que había sucedido debajo. Un poco de paja se había metido en el motor y la quité. Puse el motor en marcha otra vez y no lo podía creer.

¡No había sucedido nada! ¡Nada! Al auto no le había sucedido

absolutamente nada y empezó a funcionar. Aquel ruido particular se había debido a la paja. No pasó nada malo y, además, no sufrió ni un rasguño.

Don: ¿Y las maquetas no se habían hecho pedazos?

Eruch: ¡No! Por supuesto, lo primero que hice fue llevar las maquetas cuesta arriba en el baúl que las contenía, y después descargué aquellos preciosos paquetes tratando de ver si habían sufrido algún daño. ¡Nada! ¡Ni un rasguño! No les había sucedido nada de nada. Tenía que haberle sucedido algo así al auto para darme el susto de mi vida.

Mani: El auto evolucionó de un salto y se convirtió en ciervo.

Don: Y Eruch dio un salto en su involución en los planos.

Eruch: Eso fue increíble. Y aún lo recuerdo. A veces lo recordamos contándolo, y recordamos ese momento. Fue una pesadilla, por así decirlo.

Don: ¿Y Baba se enteró de eso?

Eruch: Sí, esa misma noche, cuando regresé. Baba me preguntó por qué llegaba tarde, qué había sucedido y si todo estaba bien. Y se puso contento al oír todo esto y sonrió. Ocurrió eso y nada más.

Don: ¿Solamente se rió?

Eruch: ¡Lo que nunca podré entender de las travesuras de ese auto es que primeramente avanzó, luego se detuvo cuando casi había llegado al sitio que era totalmente rocoso, para después dar marcha atrás!

Don: ¿Marcha atrás? ¿En serio?

Eruch: Sí, dio marcha atrás. Se detenía unos segundos y después se volvía a poner en marcha, cobrando impulso en la dirección opuesta. Entonces volvía a detenerse, daba marcha atrás o giraba, y avanzaba una vez más, mientras saltaba sobre las palmeras, las piedras y todo eso.

Don: Eruch, ¿la palanca de cambios estaba en punto muerto?

Eruch: Sí, en punto muerto.

Don: Ya veo, porque de lo contrario no podría haber ido marcha atrás.

Eruch: No podría haber ido. Pero yo había puesto el freno de mano y todo estaba muy bien cuando bajé del auto. Soy muy cuidadoso con los autos porque he tenido malas experiencias cuando el freno de mano estaba mal puesto. También tuve que estar especialmente atento debido al terreno. Cerré las puertas solamente después de inspeccionar cuidadosamente el auto. Ese auto se comportó insólitamente.

Sabes cómo es Gustadji cuando suceden estas cosas. Más que lo que yo le conté a Baba, quien lo puso contento fue Gustadji. Adornó la historia con diferentes puntos de vista. Lógicamente tuvo que gesticular eso porque estaba observando silencio. Saltaba de un lugar a otro, representando unas veces el papel de aquellos niños, y otras, el del auto. Esto divirtió mucho a Baba.

Al día siguiente, ya iniciado el trabajo del Manonash, en la ciudad ya se habían enterado del asesinato del Primer Ministro de Paquistán. La colina en la que vivíamos se halla en una zona conocida como Khojagudda; se divertirán al oír esto: allí tenían a los eunucos durante el régimen mogol. Khoja significa eunucos. Necesitaban eunucos para el harén del palacio de verano que había estado ubicado junto a la colina. Era un palacio enorme, en el que las mujeres pasaban las vacaciones de verano. Era un sitio hermoso, con un bosque de palmeras. Era por esto que aún había allí muchos mahometanos, y fueron ellos los que difundieron inmediatamente la noticia de que el jefe del gobierno paquistaní había sido asesinado. Todavía recuerdo que fue el día en el que comenzó el trabajo en la colina durante la fase del Manonash. Dice Nariman que el asesinato fue el señor Liyakat Alí Khan.

Don: Eruch, si no te incomoda, volvamos atrás para que describas las cinco maquetas distintas de los templos.

Eruch: Baba nos había dicho que trajéramos de Agra lo que simbolizara a estas cinco religiones diferentes: la budista, representada por el templo budista; una mezquita que representa a los musulmanes; un templo hindú; la iglesia de los cristianos; y el recipiente o urna del templo de fuego de los zoroastrianos: el agiyari.

Don: De modo que hay cuatro con forma de edificios, mientras que el quinto es una figura simbólica.

Eruch: Sí, modelada como el recipiente del fuego. En cuanto a agiyari, ag significa fuego, y yari, amistad.

Don: Cuando Baba te describió cómo quería que plasmaran esas representaciones, ¿te dijo algo acerca de lo que iba a hacer con ellas?

Eruch: No, no me dijo nada. Lo único que me pidió fue que encargara las cinco maquetas que representaban estas cinco religiones. Tuvimos que intercambiar mucha correspondencia al respecto. Queríamos la maqueta de una iglesia, por lo que el marmolero debió haber visto una iglesia y hacer una maqueta de ella. Queríamos un templo hindú, por lo que plasmó un templo típico. Ignoraba lo que era un templo parsi del fuego, el agiyari, como nosotros lo llamamos. Le dijimos: "No se preocupe por eso. Lo que queremos es nada más que un recipiente del fuego". Entonces le dimos un boceto porque nadie tiene permiso para entrar en los recintos sagrados del templo del fuego. Los zoroastrianos no autorizan a nadie.

Don: Pero a los creyentes zoroastrianos se les permite entrar en el recinto sagrado del templo, ¿no es cierto?

Eruch: No, ni siquiera a los fieles zoroastrianos se les permite ingresar en el recinto sagrado del templo, salvo quienes tienen derecho a ello porque son sacerdotes. No todos llegan a ser sacerdotes en ejercicio sino que solamente los que invisten ese título tienen una especie de autorización. Como ocu-

rre con Meherjee. Él no es sacerdote, pero pertenece a la clase sacerdotal.

Don: ¿Entonces él puede entrar en el recinto sagrado del templo?

Eruch: Si él quiere, puede hacerlo, pero solamente después de quitarse su ropa occidental. Entonces se pone una túnica talar, un largo pijama y un turbante especial, y tiene que cubrirse la boca y la nariz.

Don: Una pregunta relacionada con el templo hindú. La forma del templo hindú con la que estoy más familiarizado es una figura estilizada del Monte Kailash, en el que detrás hay una cúpula más alta en punta, y delante otra más baja, lo cual es muy parecido al templo de Kailash que se construyó en las cuevas de Ellora. Sin embargo, este templo hindú no es de esa forma.

Eruch: No, no lo es porque hay varias formas de templos hindúes. No hay un diseño estricto. Hay diferentes tipos de templos hindúes: templos consagrados a Shiva, templos consagrados a Rama y Krishna, y templos consagrados a Jainmuni. Todos ellos son diferentes. ¿Has estado en el Monte Abu?

Don: Sí, quizás te acuerdes que Baba me sugirió que fuera allá en 1962 como parte de mis vacaciones.

Eruch: Entonces has visto el templo Jaiño de allá, y es muy diferente de cualquier otro templo, ¿no es cierto?

Don: Enormemente diferente.

Eruch: Se trata del templo Jaiño, construido totalmente con mármol. De modo que los diseños difieren. Pero los tallados para Baba en Agra representan al hinduismo, al islamismo, al zoroastrianismo, al budismo y al cristianismo. Eso es todo lo que Baba quería representar.

Don: ¿Puedes decirme algo sobre lo que Baba hizo con estas cinco maquetas durante la fase del Manonash, o se trata de algo muy íntimo de Baba?

Eruch: Todo lo que puedo decirte es esto: me pidió que sacara esas maquetas de sus cajas y las colocara sobre los estantes. Pero en la cueva no había estantes, por lo que me pidió que las pusiera sobre una repisa de piedra que había allí; en hilera, eso es todo, y después me fui. No sé lo que él hizo.

Don: Entonces él estaba solo en la cueva con las maquetas.

Eruch: Sí, tal como estaba en la cabaña del Manonash, en Meherazad, con las maquetas puestas sobre los estantes.

Don: Fue durante ese período que dijiste que había hecho bajar las dos casillas de Seclusion Hill, para que las juntaran, y Baba se recluyó allí mientras tú te sentabas afuera.

Eruch: Sí. No sé qué hizo con las maquetas. Todo lo que sé es que tuve que ponerlas allí y salir de la habitación. Cerré la puerta, e ignoro qué hizo con ellas. Pero realizó su labor con estos símbolos que representan a las religiones.

Don: En lo que atañe a Baba, ¿éstas son las cinco religiones principales?

Eruch: Sí.

Don: ¿Hubo otras cosas que Baba hizo durante esa fase del Manonash? Dices que este particular episodio de Hyderabad tuvo lugar unos cuarenta días antes de que él llegara a Meherazad y de que cesaran las actividades relacionadas con la Nueva Vida. ¿Dijiste que éste fue un período itinerante, caracterizado por ciertos modos con los que él tuvo que viajar, y que cesó cuando regresaron a Meherazad?

Eruch: No de inmediato cuando regresamos a Meherazad. Baba trabajó varios días más cuando volvimos a Meherazad. Luego, una noche nos pidió que encendiéramos el dhuni, y quemó aquel papel en el que estaban escritas las palabras dictadas por Baba. Pensé que sería el final de la fase del Manonash. Pero la Nueva Vida es eterna, como lo ha dicho Baba. Existirá aunque no haya nadie que la viva.

Don: ¿Se produjeron otras actividades o costumbres relacionadas con la vida diaria que fueran características de la fase del Manonash?

Eruch: Estábamos completamente separados de los compañeros de la vieja vida que estaban en Meherazad. Baba también proseguía sus actividades completamente aparte de los mandali de allá. Ni siquiera para conseguir comida o agua tomábamos contacto con los mandali de la vieja vida que estaban viviendo justamente al lado de nosotros. Seguíamos reclusos. Durante la fase del Manonash, Baba fue siempre un compañero para nosotros. Por ejemplo, cuando salimos de Hyderabad lo hicimos a pie, y sé que Baba reaccionó cuando Gustadji se cansó demasiado. Lo miró y sabiendo bien que se estaba cansando, nos pidió que paráramos un camión para que nos llevara, y Baba y el resto de nosotros nos sentamos sobre la carga con nuestros pequeños bártulos. A veces Baba nos pedía que alquiláramos una carreta de bueyes para transportar nuestro equipaje un corto trecho mientras caminábamos. En otras ocasiones nos decía que nos acomodáramos con nuestras pertenencias en la carreta, y de esta manera viajábamos una corta distancia. Luego, al día siguiente seguíamos caminando. Así fue como nos llevó de vuelta desde Hyderabad hasta Meherazad.

Don: Bueno, Eruch, entonces, por lo que dices considero que en lo que atañe al aspecto externo, lo principal que aparentemente caracterizó a la fase del Manonash fue el esfuerzo de Baba con estas cinco maquetas.

Eruch: Sí, eso es. En lo externo –en lo que a nosotros respecta– esas cosas nos parecían importantes. Sin embargo, recalcaría otra vez el hecho de que ni siquiera una vez tuvimos la sensación de ser ajenos a la Nueva Vida, ni durante la fase del Manonash. Fue un aspecto especial de la Nueva Vida porque las condicio-

nes generales eran siempre las mismas. Teníamos que ser sus compañeros. Él era nuestro compañero. Teníamos que obedecer toda clase de órdenes que él nos daba, cualesquiera que fueran. Teníamos que sonreír con alegría sin demostrar nunca que estábamos disgustados o de mal humor, eso era contrario a su orden para la Nueva Vida. Aún se cumplían cabalmente todas aquellas instrucciones, directivas y órdenes permanentes.

Don: Dijiste que el inicio de la fase del Manonash en la cueva de Hyderabad fue unos cuarenta días antes de que regresaras a Meherazad. ¿Cuánto tiempo más prosiguió Baba su trabajo del Manonash antes de encender el dhuni en Meherazad?

Eruch: Ahora no puedo recordar la cantidad real de días, pero puedo decir que debieron haber sido entre quince días y tres semanas.

Don: ¿Entonces, fueron unas ocho semanas en total las de la fase del Manonash?

Eruch: Sí, incluyendo la travesía.

Don: Sí, la travesía fue su mayor parte. Hay otra parte que despierta mi curiosidad. Volviendo a su traducción literal del Manonash como la aniquilación de la mente, me parece extraño que una fase que caracterice la aniquilación de la mente deba radicar en esas cinco maquetas, que se relacionan con las cinco grandes religiones.

Eruch: Sin embargo, como te dije, no podemos sondear su labor durante la fase del Manonash. ¿De quién es la mente que habría que aniquilar? ¿Cuál era? Todo lo que puedo pensar es que él aceleró la aniquilación de las mentes de los verdaderos aspirantes que anhelan esa aniquilación.

Don: ¿Ustedes, los mandali que estaban con él, notaron que les sucedían ciertas cosas a sus propias funciones mentales?

Eruch: No notamos nada. Estábamos tan preocupados obede-

ciendo y cumpliendo las órdenes y deseos de Baba que todas esas cosas siguieron careciendo absolutamente de sentido para nosotros. Las máximas verdades espirituales también carecían absolutamente de sentido para nosotros, porque toda nuestra incondicional atención se concentraba solamente en la personalidad y en los deseos de Baba. Nunca nos poníamos a pensar en todas esas cosas; por ejemplo: “¿Qué está sucediendo? ¿qué es todo esto?” Nosotros teníamos que seguirlo, eso es todo.

Lo seguíamos ciegamente, de manera total, en todas las actividades y en todo. Estábamos metidos en todo eso, y nunca pensábamos en todas estas cosas. Toda nuestra atención se concentraba en tratar de complacer a Baba, en que no se enfadara con nosotros y en que no nos obligara a salir de la Nueva Vida, sino que nos conservara como compañeros suyos porque eran tantas las órdenes y cosas que teníamos que cumplir. Todas las demás cosas no tenían importancia para nosotros. Aunque Baba tomaba contacto con sus masts y con los pobres durante nuestra Nueva Vida, nos limitábamos a dar todas estas cosas por sentadas porque en eso había algo grandioso, sabiendo que él era nuestro compañero en la Nueva Vida. Nosotros lo habíamos aceptado como el más grande de todos, como el Supremo.

* * *

Eruch: Ahora que hemos empezado por el final, volvamos al punto de partida. La gente pregunta cada vez más sobre la Nueva Vida y cómo vivíamos la Nueva Vida día tras día. Todo giraba en torno de determinadas directivas que Baba nos había dado.

Todo sucedió después de la Gran Reclusión, cuando Baba se había instalado en el Blue Bus durante un lapso de unos cuarenta días. No tenemos necesidad de repetir todo eso puesto

que la descripción de este período ya fue publicada. Cuando Baba salió de la Gran Reclusión, para sorpresa de los que estábamos con él en Meherazad, empezó a decirnos que tenía un plan para “los que lo seguirían”. Nos preguntamos qué habíamos estado haciendo todos esos años. ¿Lo estábamos siguiendo, o nos estábamos siguiendo a nosotros mismos?

Un día empezó a dictar un bosquejo de su plan. Propuso normas y disciplinas para los que lo siguieran en lo que él llamó la Nueva Vida, y las más importantes consistían en que no deberíamos esperar recompensas espirituales ni materiales. Deberíamos seguirlo en la Nueva Vida como sus compañeros, y él sería nuestro compañero. La vida sería de completo desamparo y desesperanza, y tendríamos que mendigar nuestra comida.

Además tendríamos que viajar a pie, y muy seguramente tendríamos que vivir “en el ahora” como él lo llamaba. No deberíamos pensar en el pasado, en el presente ni en el futuro, concentrándonos solamente en vivir con él como sus compañeros. “Al mismo tiempo,” dijo, “aunque seré compañero de ustedes, tendrán que obedecer todas y cada una de las órdenes que les dé, buenas o malas.”

Después fijamos un día en el que todos sus discípulos más cercanos nos presentaríamos ante él en Meherabad, y él nos revelaría cuál era el plan. Al final puso la condición de que quienes quisieran acompañarle en la Nueva Vida se limitaran a decir sí o no, y nada más. Se fijó un día para que lo decidiéramos, y casi todos dijimos voluntariamente que sí. Pero unos pocos vacilaron en hacerlo porque no quisieron agobiar a Baba con su presencia. Entonces, entre los que habían dicho que sí, Baba escogió a determinadas personas y quiso que éstas se quedaran a cargo de los que, pertenecientes a la “vieja vida”, dependían de él, para que no se sintieran abandonados estando él ausente.

Baba nos dio a entender que, una vez que emprendiéramos

la Nueva Vida, ésta no terminaría jamás y que teníamos que dejar detrás a nuestros parientes, esposa, hijos, hogar y todo.

Don: ¿Por el resto de sus vidas?

Eruch: Por el resto de nuestras vidas. Nos dijo que ni siquiera tendríamos la oportunidad de volver a ver a los compañeros de la “vieja vida”: a los mandali de la “vieja vida”, a nuestros parientes, amigos y devotos de Baba. Dejaríamos atrás completamente al mundo, en busca de una vida de desamparo y desesperanza en compañía de Baba.

Baba dijo que haría el mismo trabajo que sus compañeros tendrían que hacer. Por ejemplo, en caso de ir a algún sitio para refugiarnos durante la noche y estuviera lleno de basura por lo que hubiera que limpiar el piso, él mismo lo haría mientras nosotros mendigábamos la comida. Baba limpiaría las ollas y sartenes, e incluso su propio plato.

Comprenderás que normalmente nunca permitíamos que Baba hiciera algo así. Puesto que él era tan compasivo, nos daba la oportunidad para que corrientemente lo sirviéramos, pero durante la Nueva Vida él no quería que nosotros lo hiciéramos. Quería ser uno de nosotros, nuestro compañero. La gente ahora viene a vernos y nos dice que la Nueva Vida debió haber sido muy ardua. Les contesto que, estando Baba con nosotros, él era todo. Aunque fuera un mero compañero y no el Dios-Hombre, o Dios en forma humana, o siquiera un Sadguru o santo, su presencia misma era tal que nunca nos sentimos privados de algo. Fue una vida muy sana, agradable y carente de penurias a pesar de que estábamos en medio de dificultades.

Don: Eso suena como algo extraordinario, Eruch, porque aquellas circunstancias, como las describes, parecen dar cuenta de grandes privaciones.

Eruch: Sí, porque describí ciertos episodios sobre los cuales

formaste tu propio juicio. Pero lo que yo quiero decir es esto: las penurias físicas existen como tales, pero mayores que ellas son las tensiones y angustias que uno experimenta mentalmente. Nosotros no experimentábamos estas tensiones más profundas, porque las órdenes que Baba nos daba nos fortalecían: entre ellas, que jamás expresemos nuestro estado de ánimo. A los pocos días no teníamos altibajos en nuestra conducta. Estábamos tan absortos en lo cotidiano con Baba que no pensábamos para nada en esas cosas. En efecto, habíamos abandonado por completo al mundo y nos sentíamos liberados. Ignorábamos si al día siguiente conseguiríamos comida o no, pero no nos importaba porque habíamos emprendido una vida de desesperanza y desamparo, y estábamos completamente decididos a seguir así, contra viento y marea.

Don: Eruch, ¿puedo volver por un momento a la orden de Baba en el sentido de no expresar los cambios de humor? Es terriblemente difícil de cumplir porque nuestros arranques suelen generarse por preocupaciones o roces con el mundo exterior, por roces con los que viven cerca de uno. Y el grupo de ustedes era de muchas personas que estaban viviendo muy juntas. Me inclino a pensar que habría sido casi inevitable que Eruch se enfadara porque una persona del grupo hiciera algo mal o le pisara los dedos del pie. O que alguien se fastidiara con Gustadji por sus fuertes ronquidos durante la noche.

Eruch: Sí, pero la orden era que, si nos enfadábamos con alguien, no expresáramos ese enfado en presencia de Baba.

Don: En caso de enfadarte con otro de tus compañeros de la Nueva Vida, ¿de ningún modo podías demostrarlo ante Baba? ¿Y así desaparecían los arranques de mal humor?

Eruch: Sí.

Don: ¿Entonces lo que sucedía era que no los reprimías?

Eruch: No, tan sólo desaparecían.

Don: ¿En todos?

Eruch: No puedo decir que en todos. No puedo penetrar a fondo en los corazones y sentimientos de todos, pero puedo hablar por mí mismo. Sin embargo, hubo ciertas excepciones, por lo que ahora te contaré un ejemplo tras otro de angustiosas experiencias que tuvimos y cómo Baba las resolvió. Esto es muy interesante.

Había un señor mayor, el doctor Daulat Singh, que era muy devoto de Baba y muy prestigioso en Srinagar, Cachemira. En caso de que fuera cierto lo que oí decir, era no sólo médico en esos lugares sino también alcalde de Srinagar. Al partitionarse el subcontinente en India y Paquistán, tuvo que dejar Cachemira y venir a la India, estableciéndose en alguna zona del Sur. Él pasó a través de todo esto por Baba y fue uno de los que aceptaron las condiciones establecidas para la Nueva Vida. Baba le permitió integrarse a la Nueva Vida con nosotros.

El 16 de octubre de 1949 iniciamos la Nueva Vida. Habían pasado apenas diez días hasta que llegamos, para nuestra estadía, a un lugar: Belgaum, al que Baba llamó “centro de instrucción” para la Nueva Vida; allí Baba propuso instruirnos con su propio ejemplo sobre cómo viviríamos la Nueva Vida. En Belgaum barría sus propias habitaciones, lavaba sus ollas y sartenes, acarreaba baldes, transportaba palanganas llenas de tierra y ayudaba a acomodar la vivienda para hacerla habitable. Tuve la fortuna de que mi deber en la Nueva Vida consistiera en estar constantemente con Baba. Ésta fue una de sus instrucciones permanentes.

Una noche, mientras él descansaba y yo dormía a su lado, me despertó diciendo: “Date prisa, vayamos a recorrer el campamento”. Como bien sabes, los que estábamos en la Nueva Vida éramos alrededor de veintidós personas, cuatro de éstas, mujeres. Todas ellas estaban dispersas en una zona bastante extensa.

Don: ¿Al aire libre?

Eruch: No, había un campamento, una edificación, especialmente construido con esa finalidad, con sectores para los hombres y las mujeres. Baba tenía su lugar entre los hombres y las mujeres. Baba me dijo que lo acompañe y yo lo seguí en la oscuridad. Fuimos de un lugar a otro y, finalmente, noté que uno de los compañeros no estaba acostado, sino sentado y sollozando. Allí terminó para él la Nueva Vida porque Baba lo había encontrado deprimido. El hombre era el doctor Daulat Singh. Ya falleció, pero nos ha dejado muchas anécdotas interesantes sobre su vida con Baba: no sólo interesantes sino también iluminadoras. Fue un ejemplo para todos nosotros.

Al encontrarlo, Baba le palmeó la espalda y le dijo: “Bueno, doctor, ¿qué estás haciendo?” Lógicamente, lo hizo con gestos, y yo tuve que decirle las palabras. El doctor Daulat Singh empezó a sollozar con más fuerza aún, olvidándose por completo de la orden vigente.

Baba le dijo: “¿Qué estás haciendo? Ya no puedes estar conmigo en la Nueva Vida. No estás más en la Nueva Vida. Olvida todo esto ahora y vete a dormir, que mañana te haré saber lo que tienes que hacer”. Luego Baba continuó diciendo que también daría otra orden al doctor Daulat Singh, una orden especial. “No debes preocuparte por la orden que te daré; te agrada-rá”. ¡Cuán compasivo y bondadoso era nuestro Compañero! Por ese episodio puedes juzgar muchísimas cosas. Era muy firme y estricto pero, al mismo tiempo, siempre había una palabra amable que nos consolaba.

Entonces Baba se marchó pero la expresión de su rostro no decía nada bueno. Fui detrás de él, profundamente conmovido. Todos amábamos a este anciano. Su presencia rebotaba amor por Baba. Yo estaba reflexionando sobre esto cuando Baba se fue a

dormir. Después yo también hice lo mismo. A la mañana siguiente se procedería a exponer la situación del doctor Daulat Singh.

Don: ¿Todo esto ocurrió durante lo que llamaste la fase de instrucción?

Eruch: Sí. La reunión se celebró a la mañana siguiente. El doctor Daulat Singh fue citado y Baba le recordó el episodio de la noche anterior, preguntándole por qué había quebrantado la orden que le diera. El doctor Daulat Singh se puso a llorar otra vez como un niño y dijo: “Baba, no pude controlarme. Fue mi mente la que me perturbó. No tiene nada que ver con la Nueva Vida. Aquí soy muy feliz, la Nueva Vida no tiene que ver absolutamente en nada con todo esto. Fue mi mente la que me perturbó”.

Baba le preguntó: “¿Y entonces dónde está el problema? ¿Qué es lo que te hizo llorar y sollozar así? ¿Qué era lo que te preocupaba?” Ésta fue su respuesta: “Tú habías llamado a todos tus discípulos a Meherabad para que dijéramos sí o no, y yo era uno de éstos, pero entre el día de mi respuesta y el 16 de octubre, cuando salimos, mi hija se comprometió para casarse. Ella quería que yo me quedara porque la boda tendría lugar el 19 de octubre: me sentí desamparado. Había dado mi palabra de que te seguiría. De modo que dejé atrás a toda mi familia y no me preocupé por nada. Yo sabía que podría seguirte sin preocupaciones pero, de repente, recordé las últimas palabras que mi hija me dijo”.

Baba dijo: “¿De qué conversaron?” El doctor Daulat Singh vaciló y luego profirió: “Baba, ella me dijo que, sabiendo que su boda se había fijado para determinada fecha, yo podía haberme quedado tres días, uniéndome después a ti. Pero a pesar de todas sus súplicas y ruegos para que yo me quedara ahí, la dejaba. Me dijo que yo no era su padre. En ese momento no me molestó lo que ella dijo, por lo que partí para estar contigo, pero anoche me acordé de eso de repente, lo cual me angustió y afligió. Mi llanto es tan sólo una reacción ante aquello”.

Baba le dijo: “Sea lo que fuere, ahora es imposible que te quedes conmigo. Ahora no podrás ser mi compañero en la Nueva Vida y te ordeno que regreses a tu casa. Dile a los tuyos que te hice regresar porque eso era lo que tu hija quería, pero aún deberás continuar esta Nueva Vida: continúa siendo uno de los compañeros. Te consideraré mi compañero. Vivirás la Nueva Vida lejos de mí”.

El doctor Daulat Singh regresó a su casa. Fue todo un espectáculo ver a aquel anciano transportando sus pocas pertenencias sobre su cabeza. Nos dejó a todos, se fue por completo. Nos separamos de él y de todos nuestros contactos con la “vieja vida”. Durante largo tiempo no supimos qué le sucedió. ¡Pero de qué episodios nos enteramos después! ¡Tuvo una vida terrible!

Un día partimos del campamento de instrucción en una travesía que nos llevó hacia el Norte, hacia Benarés, y después de ir de un lugar a otro, al final Baba regresó a la Meseta de Decán. Habíamos vivido un año y medio, o más, en la Nueva Vida y ahora nos habíamos establecido en Satara. Baba estaba celebrando una reunión de los compañeros en una de las habitaciones en las que nos habíamos quedado. De pronto Baba vio que, a lo lejos, había una persona sentada en una alcantarilla, a la vera del camino, y me pidió que averiguara quién era. Se trataba de un anciano demacrado. Al acercarme, no pude creer lo que mis ojos veían. Era nada menos que el doctor Daulat Singh con su cuenco de mendigo, vistiendo aún la ropa de la Nueva Vida.

Le pregunté: “¿Eres el doctor Daulat Singh?”, y me contestó: “Sí. ¿Está Baba aquí?” “Sí”, repliqué, y él me preguntó: “¿Puedo ir hasta la puerta de Baba para mendigar?” “No puedo decirlo”, contesté, “pero acuérdate que Baba te vio y me mandó a buscarte”.

Él estaba muy contento, lleno de alegría. Se acercó, mendigó ante la puerta de Baba, y le pidió que le diera comida. Baba se

levantó de la silla, le dio comida, y después lo abrazó con una sonrisa de júbilo. Luego le preguntó todo lo que le había sucedido, con la única finalidad de que todos nos enteráramos de a qué se parecía la Nueva Vida lejos de él y la comparáramos con lo que era la Nueva Vida con él. ¡Qué diferencia! El doctor Daulat Singh nos contó sus penurias, una anécdota tras otra.

Al dejarnos, él había regresado a su casa, en Hyderabad. Su esposa y sus hijos le aceptaron con gran alegría durante los primeros días de su regreso. Pero después les disgustó la idea de que siguiera yéndose de su casa para mendigar su comida por las calles. Esto coincidía con las instrucciones que Baba le había dado: que volviera a su casa, permaneciera allí, pero mendigara su comida. Los parientes no se sintieron molestos durante uno, dos o tres días de mendicidad, pero luego empezaron a sentirse decepcionados con él. Eran de familia pudiente, igual que todos los de la calle en la que vivían, y no les gustó la idea de que mendigara.

La esposa y los hijos informaron sobre este asunto al jefe de la comunidad, diciéndole que el doctor se estaba volviendo loco. Sin embargo él se mantuvo firme. Quería seguir la Nueva Vida de Baba. Entonces los del pueblo empezaron a golpearlo con sus zapatos y expulsarlo de la calle, tratando de hacerlo entrar de alguna manera en razones. Pero nada lo detuvo, aunque lo apedrearan o golpearan con los zapatos. Al final su familia hizo lo mismo: su propia esposa y sus hijos le dieron una paliza. Luego lo sacaron a la rastra de la casa y le dijeron que no se quedara ahí, renunciaron a él y le dijeron: “No queremos verte más”. Y fue por ese motivo que anduvo de un lugar a otro, mendigando la comida.

Inmensamente complacido, Baba lo abrazó y le dijo: “Ahora estás liberado de la Nueva Vida. Regresa nuevamente a tu antiguo trabajo como médico, y recuerda que un día yo iré a verte a tu casa. Quiero que ahora seas feliz”.

De modo que el doctor Daulat Singh regresó. Era toda una temeridad que un individuo volviera a su casa en la que su propia familia lo había apaleado. Pero él volvió, reanudó el ejercicio de su profesión y pronto fue un médico famoso. Su familia le permitió reingresar en la casa y lo respetaron nuevamente.

Después de que Baba regresó de los Estados Unidos de América del Norte en 1952 –después del accidente– volvió a salir de viaje en busca de masts. Un día llegamos a Hyderabad y Baba dijo: “¿Te enteraste de que el doctor Daulat Singh está viviendo en Hyderabad?” Le dije: “Sí, Baba, tengo su dirección”. “Vamos a su casa”.

Eso fue muy de mañana, a eso de las seis. Pregunté a algunas personas dónde estaba la casa y, al llegar allí, entré.

Daulat Singh preguntó: “¿Es tu auto? ¿Baba está ahí?” Le dije: “Sí, está en el auto. Ha venido a visitarte. ¿Recuerdas su promesa? Baba nos dijo que lo hiciéramos acordar de la promesa de que un día vendría”. Se puso contentísimo. Dio un brinco como un gato, corrió hasta el auto, abrió la puerta, abrazó a Baba y subió al vehículo. No sabía lo que hacía, estaba enmudecido.

Condujo a Baba escaleras arriba hasta el living, se sentó a sus pies, y llamó a su esposa y a sus hijos. “Reciban el darshan de Baba. Él ha venido a nuestra casa. ¡Qué bendición!” Después fue incapaz de decir nada más. Quedó absolutamente sin aliento, y se quedó callado.

Al rato Baba dijo: “He recordado mi promesa, y ahora te dejaré. Continúa en el ejercicio de tu profesión y ven todas las veces que yo te llame. Tu amor me complace muchísimo y me colmas con él. Sólo eso es necesario”. Entonces se puso de pie para marcharse.

Cuando Baba salió de la casa, el doctor Daulat Singh empezó a llorar, gemir y golpearse el pecho. No sabía qué hacer. Había

pensado que Baba se quedaría un tiempo con ellos y que él le daría té y más tarde, ya avanzada la mañana, algo de comer.

Con posterioridad, el doctor Daulat Singh venía a ver a Baba y después regresaba a su casa. Murió sirviendo a Baba y hablando a la gente acerca de Baba. Se atrevió a hablar a la comunidad sikh de Baba como el Avatar. Todos los devotos de Baba, dentro de la comunidad sikh de aquel lugar son frutos de la labor del doctor Daulat Singh.

Don: Por lo que dices, Eruch, no fue penoso estar con Baba en la Nueva Vida.

Eruch: No. Lo que estoy tratando de hacerte comprender es a qué se parecía estar con Baba como un compañero en la Nueva Vida. Pero no debo olvidarme de una cosa más acerca del doctor Daulat Singh. Volvamos al día en el que él había dicho en Meherabad que estaba dispuesto a ingresar en la Nueva Vida con Baba –fue uno de los muchos que dijo sí–. Una vez que terminó la sesión, el doctor Daulat Singh estaba sentado en la galería, en Bajo Meherabad. Tú conoces esa galería.

Don: Sí, una galería grande, espaciosa y sombreada.

Eruch: Allí había un banco. Sentado ahí y distendido, el doctor Daulat Singh, no sabía que Baba se haría presente en la galería. Baba caminó a lo largo un par de veces, y allí estaba el doctor Ghani fumando un cigarrillo. Baba se le acercó, le sacó el cigarrillo de la boca e indicó con gestos al doctor Daulat Singh que lo fumara. El doctor Daulat Singh lo fumó muy contento.

Baba le dijo: “Bien hecho, mi muchacho”, devolvió el mismo cigarrillo al doctor Ghani y palmeó la espalda del doctor Daulat Singh. “Podrás hacerlo”, le dijo. Eso es todo. Debes saber que el doctor Daulat Singh era sikh y que un sikh no fuma. La religión de los sikhs no les permite fumar. Pero la religión del doctor Daulat Singh consistía en amar a Baba y obedecerle. El doctor Daulat Singh creía en Baba como el Dios-Hombre: el Avatar.

* * *

Ya terminamos la historia del doctor Daulat Singh. Te indiqué, Don, cuán difícil fue para él vivir la Nueva Vida lejos de Baba. Te contaré más anécdotas que aclararán muchísimo que la Nueva Vida con Baba, aunque estaba colmada de privaciones, a sus compañeros nunca les parecía así.

Don: ¿Al continuar podrás darnos también más ejemplos de cómo los roces entre compañeros, aunque estuvieran viviendo tan estrechamente juntos, desaparecieron gradualmente, al menos hasta donde tú lo sabes?

Eruch: Sí, podré referirme también a eso, pero deberás recordármelo más tarde.

Don: Esto es muy fuera de lo común porque, en la mayoría de los casos, las fricciones operan precisamente al revés: empeoran y, al final, son insostenibles.

Eruch: Sí, pero debes hacerme acordar de esto. Como ya te dije, nos regíamos con rigurosas instrucciones de Baba. Era como si nos tuvieran esposados. Por así decirlo, teníamos un chaleco de fuerza, pero al mismo tiempo Baba hacía que fuera muy cómodo para nosotros. Todo lo que teníamos que hacer era concentrarnos en tratar de seguir siendo felices.

Baba dijo: “Todas estas instrucciones se reducen a una pequeña cosa que podrá serme de gran ayuda en mi Nueva Vida, y ustedes, que son mis compañeros, podrán hacerla fácilmente: mantengan el buen ánimo”. En ninguna circunstancia deberíamos estar con cara larga. De poder hacerlo, y tan sólo seguir siendo felices todo el tiempo, sin preocuparnos por nada, las cosas irían sobre ruedas.

Don: ¿Él dijo con tantas palabras que no se preocuparan por nada?

Eruch: Sí, que no nos preocupáramos por nada.

Don: Entonces él recalca eso. Toda la labor de Baba se enhebra en eso: “No te preocupes, sé feliz”.

Eruch: A pesar de esta vida de completo desamparo y desesperanza que nosotros viviríamos, él expresó: “No te preocupes, sé feliz”. Y nosotros hicimos todo lo posible en tal sentido. Los compañeros que vivían con Baba estaban plenamente convencidos de que no iban a regresar. Estaban convencidos de esto porque Baba se los había dicho. Y una vez convencidos, el mundo dejó de existir porque habían dejado detrás sus posesiones, sus familias, esposas, hijos, hermanos, hermanas, madres, personas mayores, en fin, todo el mundo. Nada de eso les importaba. Osaban soportar cualquier cosa. Luego de un mes, solamente un mes, dieron la espalda a todo y siguieron a Baba. Si fueron capaces de hacer esto, ¿por qué se preocuparían por otra cosa del mundo? Estaban decididos a experimentar esta Nueva Vida con Baba.

De modo que iniciamos la Nueva Vida. Como ya te dije, el campamento de instrucción estaba en Belgaum, en un lugar al sur de Poona. Tras completar allí lo programado, emprendimos la marcha hacia el Norte. Debimos haber caminado como promedio entre dieciséis y veinticuatro kilómetros por día, lo cual dependió del estado físico de los compañeros. A veces caminábamos hasta treinta y tres kilómetros por día. Y así seguimos y seguimos con Baba.

Lógicamente durante nuestro trayecto necesitábamos comer para seguir andando. Cuando Baba nos pedía que descansáramos por la noche, era él quien escogía el sitio para nosotros, el cual solía ser un lugar bajo los árboles, un bosquecillo de mangos, o incluso campo abierto. Eso dependía de donde casualmente estuviéramos cuando anoecía. Entonces nos separába-

mos por las inmediaciones, guiados por Baba, para mendigar cereales y otra comida.

Si en nuestro camino atravesábamos una aldea o un pueblo, Baba nos indicaba que entonces empezáramos a mendigar comida para el grupo. Mendigábamos cualquier cosa que los aldeanos nos dieran. Nunca especificábamos lo que nos tuvieran que ofrecer.

Don: ¿En caso de que no atravesaran una aldea y no tuvieran alimento cuando era hora de acampar, se internaban en un campo y recogían un poco?

Eruch: No. Buscábamos la cabaña de algún labriego. Baba nos había dado la orden de no hurtar nada, de no cometer delito alguno.

Don: Eso es lo que yo estaba tratando de preguntarte.

Eruch: Normalmente teníamos que ir hasta la aldea más cercana para conseguir nuestra comida, o en busca de granos o harina para prepararla. Las mujeres tenían como tarea juntar ramitas y leña seca para el fuego de la noche.

Ahora te daré ejemplos de cómo descubrí que Baba facilitaba esa vida mendicante. Como te dije ayer, mi deber consistía en estar con Baba todo el tiempo, por lo que cuando cada mañana emprendíamos camino, yo tenía que caminar al lado de Baba, seguidos por las cuatro mujeres, y luego por el resto de los mandali.

Baba se ponía en marcha en las primeras horas de la mañana. Eso era hermoso y yo tenía la sensación de ser la única persona libre en todo el mundo. No me importaba nada, salvo estar al lado del Dios-Hombre, de quien no pensábamos que era el Dios-Hombre sino nuestro compañero. Era realmente un deleite. Baba señalaba a lo lejos el humo de las casas que se iba asentando, como ocurre en la madrugada.

Don: Sí, cuando he sobrevolado la India en avión esto ha sido siempre muy evidente.

Eruch: Baba señalaba el horizonte y decía: “Miren ahora, allá hay fuego, y nos están preparando el desayuno”. Entonces se detenía y me pedía que cruzara los campos y mendigara algo para desayunar. Me apartaba de él y atravesaba libremente aquellos campos a la carrera, frecuentemente una larga distancia.

La orden de Baba era que, tras llegar a la aldea y mendigar la comida, yo volviera a unirme a él más adelante en el camino porque él no detenía su marcha aunque yo estuviera mendigando. Seguía adelante y yo tenía que alcanzarlo. Puedes imaginar a qué velocidad tenía que ir y cómo tenía que concentrarme en mendigar la comida para Baba y las mujeres. Entretanto los hombres, que continuaban detrás de Baba, también debían cumplir sus tareas, y si se presentaba la ocasión, también tenían que mendigar.

Don: Pero, por así decirlo, eras el “mendigo de avanzada”. Los demás también mendigaban un poco, pero Baba te enviaba delante.

Eruch: Era precisamente en la hora del desayuno cuando Baba veía el humo circulando en torno de determinado sitio. Y al ver esto, el apetito del Dios-Hombre se despertaba, por así decirlo, y me pedía que me adelantara para mendigar la comida. Quisiera hacerte conocer uno o dos episodios ocurridos en estas mañanas en las que mendigábamos. Como te dije, yo iba muy de prisa para no perder de vista a Baba ni hacerlo esperar porque tras continuar cierta distancia, si yo no hubiera aparecido, Baba se detendría y me esperaría del otro lado de la aldea. Normalmente Baba nunca se desviaba ni reducía la marcha para mendigar, por lo que yo me apresuraba a ponerme a mendigar la comida, confiando en que me reincorporaría al grupo antes de que Baba considerara necesario detenerse aguardando la comida.

Mientras yo mendigaba, tenía presente algo que Upasni Maharaj, el Maestro de Baba, nos había aconsejado. Al contar-nos una anécdota, nos aconsejó que, si alguna vez teníamos que mendigar la comida, no debíamos ir a la puerta del frente sino a la de atrás, porque las mujeres son más blandas de corazón. Si vas a la puerta de adelante, los hombres te echarán. Por eso, ve por detrás, dirígete hacia la cocina y acércate a las mujeres. Yo me acordaba del consejo de Upasni Maharaj.

En las aldeas de la India las casas suelen tener una puerta delantera y otra trasera. Tal vez haya una sola puerta, si es que la hay. En todo caso, yo acostumbraba conmovér el corazón de las mujeres clamando: “Madre, dame un poco de comida”. Y me la daban, o a veces una anciana de la casa se asomaba para ver quién era el que estaba mendigando, y entonces me ofrecía comida. A veces me daban dos o tres rodajas de pan negro que los labriegos hornean para su desayuno, y luego me pedían que esperara un tiempo mientras preparaban verdura fresca, aunque no sabían para quién era todo eso.

Don: ¿Lo hacían voluntariamente por sí solas?

Eruch: Sí, por sí solas, sin hacer preguntas. Muy raras veces llegaban a preguntarnos adónde nos dirigíamos. En caso de hacerlo, les decíamos que íbamos hacia el Norte. A veces nos preguntaban cuántos éramos, o si yo estaba solo, y algunas se preguntaban por qué, a tan tierna edad, yo estaba ahí, habiendo renunciado aparentemente al mundo. Yo les decía: “Estoy con un grupo de amigos, que son mis compañeros, y allá está el jefe de nuestro grupo”. A veces me refería a él llamándolo “mi hermano mayor”. Pero Baba nos había dicho que nunca reveláramos su nombre.

Aquella gente me brindaba pan y verdura cocida, y yo se las llevaba a Baba, el Dios-Hombre. ¡Tan sólo imagina las cosas que nos darían! A veces nos brindaban comida para todos. Lo que

nos daban podía ser mucho o poco, pero Baba me había dado la orden de que aceptara todo.

Después de mendigar lo que, según mi criterio, nosotros necesitábamos, yo me dirigía a toda marcha en dirección al sitio en el que creía que Baba estaría. Cuando los alcanzaba –Baba caminando con las cuatro mujeres, y los hombres detrás– todos hacían un alto y los hombres aún se mantenían a cierta distancia. Baba juntaba todo lo que yo había traído y lo dividía con sus propias manos, dando a cada uno de nosotros un par de bocados para la mañana. Esto, distribuido por Baba, bastaría como todo un desayuno para nosotros. ¡Pan recién horneado y verdura fresca, todo esto distribuido por el Dios-Hombre! ¡Quedábamos completamente satisfechos! A veces, como postre, distribuía además bastoncitos de azúcar de caña. Nos daba una porción a cada uno, nos la comíamos y entonces proseguíamos la marcha.

Ahora me acuerdo de un episodio sumamente conmovedor. Habitualmente cuando Baba me enviaba a una aldea a mendigar la comida, yo tenía que ir de una cabaña a la otra. En una me podían convidar con un poco de pan pero no con verdura, por lo que debía acudir a la cabaña de al lado y a la siguiente, hasta recibir la cantidad suficiente para un par de bocados destinados a cada uno, cuando fueran distribuidas entre veintidós o más personas, más un poco para Baba. De este modo yo tenía que recorrer la mayor parte de la aldea. Una o dos cabañas no bastarían porque éramos un grupo grande.

Un día, como muchos otros, cumpliendo órdenes de Baba, empecé a mendigar en una aldea en procura de nuestro desayuno. En la primera cabaña a la que fui vivía una anciana. Al verla allí acostada, le dije a viva voz: “Madre, *bhiksha*, dame algo de comer”. La palabra *bhiksha* carece de traducción apro-

piada. No se la puede traducir como limosna, y tampoco como comida. El significado de *bhiksha* es algo que se ofrece cuando uno mendiga. ¿Hay en inglés alguna palabra que lo exprese?

Don: No se me ocurre, Eruch.

Eruch: Sabes que esa palabra no es “limosna”, pues no se refiere a repartir algo.

Don: ¿Tal vez sustento?

Mani: En este caso *bhiksha* quiere decir comida cruda o cocida, como por ejemplo harina, arroz, azúcar negra, manteca y cosas por el estilo.

Eruch: Así es. La primera palabra que Baba quería que nosotros usáramos era “Ma”, que significa madre. Y la segunda, tercera y cuarta palabras eran éstas: *premsay bhiksha dijye*, que significan: ofrécenos con amor cuanto nos des.

Nosotros decíamos eso de viva voz cuando mendigábamos la comida. Esa mañana fui a la aldea y se lo dije en voz alta a la anciana, la cual me contestó: “Espera, espera hijo mío, espera que te daré algo”, y empezó a abrir unas cajas dentro de su cabaña. Ninguna de ellas contenía algo. ¡Me dijo que aguardara en su cabaña y salió a mendigar por mí! Tras recorrer las casas situadas en la calle en la que vivía, le dieron una buena cantidad de comida y entonces me la trajo.

Don: ¿Ella hizo eso?

Eruch: Sí, ella lo hizo. Ya ves, sin permitir que me fuera con las manos vacías. Todavía me acuerdo de aquella anciana que salió a mendigar por el Dios-Hombre, quien me había enviado a pedir por él.

Don: ¿Y qué hiciste entretanto?

Eruch: Ella me había dicho que yo no debía irme de su casa, de modo que me senté junto a su puerta mientras ella recorría la calle en la que vivía. Regresó con *bhakri* recién cocido (el pan

que los labriegos comen), verdura y un poco de chutney, me lo dio y me dejó ir.

Don: ¿Y esto se lo contaste a Baba? ¿Y cómo reaccionó?

Eruch: Baba se puso muy contento.

Mani: Baba le dijo a Eruch que siguiera caminando mientras que Baba se acercó donde estábamos las mujeres, se sentó en una piedra a la vera del camino y nos contó la historia de la anciana que mendigó la comida para el Dios-Hombre.

Don: ¿Qué fue lo que sucedió la segunda vez?

Eruch: Lo que sucedió la segunda vez fue así: cuando nos encaminábamos con Baba hacia un destino que él había fijado especialmente para esa noche, él me mandó a mendigar. Fui con la esperanza de conseguir una buena cantidad de arroz y legumbres (o sea, arroz y dal). Las legumbres con arroz eran nuestra dieta principal predilecta cuando podíamos conseguirlos. En caso contrario, lógicamente teníamos que aceptar lo que nos ofrecieran. No podíamos presionar a nadie para conseguir algo especial.

Al acercarme a la aldea vecina y ver que aparentemente era próspera, pensé que podría recoger un buen suministro de arroz y legumbres. Todos teníamos mucha hambre ese día. Mientras yo iba a paso vivo, una calle tras otra, tratando de conseguir bastante comida para todo el grupo...

Mani: No una calle sino un callejón...

Eruch: Una callejuela, una calle de aldea, sí... de todas formas, un hombre me detuvo. Estaba con otros dos o tres, y el que me detuvo era un anciano. Me abrazó, besó mi mejilla y me dijo: "¿Joven, adónde vas con esa semejante prisa?" Le dije: "Tengo que ir a mendigar comida para mi grupo". "Hijo, ¿por qué quieres dejar el mundo y terminar así?". "Porque a mi hermano mayor le complace", dije, "y a mí también".

Me dijo: "¿Sabes lo afortunado que eres al tener semejante

inclinación a tu edad, y cuán grande es tu bendición?". Le dije: "Sí, lo que yo sé es que soy realmente bendito al contar con mi actual compañía". "No te apresures", me dijo. Entonces fue a su casa y trajo aceite y muchos condimentos, sal, azúcar, arroz y suficientes legumbres para un buen banquete. Y para colmo también me proveyó haces de buena leña. Entonces me despidió con otro abrazo y me dijo: "¿Pero puedo sugerirte una cosa? Después de que termines tu peregrinación o cualquiera que sea la labor que te propongas, ¿volverás a verme y a vivir en mi casa como si fueras mi hijo?" Le dije que no podía prometérselo y me marché, pero recuerdo muy claramente sus palabras y la escena. Fue un encuentro muy conmovedor con alguien a quien yo no conocía, e ignoro por qué me saludó así, pero me suministró, para todo el grupo, lo que necesitábamos para todo ese día.

Don: ¿Baba reaccionó de algún modo en especial?

Eruch: No. Por supuesto, Baba siempre nos pedía que le contáramos pequeñas anécdotas que nosotros traíamos de las aldeas. Él no parecía...

Mani: A veces Baba nos contaba anécdotas que Eruch le había narrado cuando nos daba la comida que él había traído. ¿Eruch te contó lo de la mujer que preparaba chapatis calientes en una sartén? Cuando caminábamos durante la Nueva Vida, normalmente Baba y Eruch iban adelante, y después, a cierta distancia detrás, estábamos Mehera, yo, Goher y Meheru. Caminábamos con el frío del amanecer –hacia realmente frío– y aunque tuviéramos puestos nuestros abrigos, no podíamos abotonarlos porque teníamos los dedos demasiado tiesos. Pero eso era hermosísimo una vez que nos poníamos a caminar y caminar con Baba. Pasábamos por campos de mostaza con sus flores amarillas, y por un bello escenario, tan sólo caminando y caminando.

Hacia las seis y media o siete de la mañana, cuando los aldeanos se preparaban para desayunar, nos daban ganas de co-

mer. Pero que consiguiéramos un bocado dependía entonces de la voluntad de Baba. Me acuerdo que una vez Baba regresó hasta donde estábamos nosotras mientras Eruch seguía caminando delante y se puso a conversar un poco con nosotras. “¿Tienen hambre?”, nos preguntó. Le dijimos que sí, y entonces Baba regresó hasta donde estaba Eruch y le dijo lo que tenía que hacer. Baba se sentó con nosotras y esperamos, tal vez una hora y quince minutos. Entonces Baba vio que Eruch regresaba, por lo que se encaminó hacia él, tomó de las manos de Eruch lo que había mendigado y volvió al sitio en el que estábamos nosotras y nos lo repartió. Luego nos contó la anécdota, porque le había preguntado a Eruch cómo le habían ofrendado.

Eruch: Baba se interesaba muchísimo en saber cómo había sido dado, qué dijeron ellos y lo que yo dije.

Mani: Por lo que Eruch nos contó dedujimos que había ido a una casa de esa aldea –una suerte de cabaña– y tenían en el piso un fogón con bastante leña encendida. Delante del fogón había una mujer preparando bhakri –pan autóctono– sobre una plancha. Ya se estaba cocinando una hogaza cuando Eruch entró y se quedó ahí parado, tapando la entrada de la cabaña, porque las cabañas son bajas.

La mujer le dijo: “¿Qué quieres?”, y él le pidió una limosna, comida, y ella le contestó: “Espera, espera, ya va a estar listo”, refiriéndose al pan bien caliente que ella estaba preparando. Era probablemente lo que esa familia comería a la mañana –para todo el día– porque eso es lo que acostumbran. Nosotros lo sabemos. Apenas tienen eso para comer, y después no queda nada más en la casa.

Le dio a Eruch dos bhakris, y otras tantas porciones de verdura cocida, llamadas *bordas* para que lo comieran junto con los bhakris, todo lo cual era suficiente para cuatro o cinco personas.

Me acuerdo que esto complació y conmovió muchísimo a Baba, quien no paró de decir: “¿No es delicioso? ¿No es delicioso?”. ¡De veras lo era, y encima caliente! ¡Qué más podríamos desear a la vera del camino, en una mañana fría, no sólo comiendo algo parecido a pan con manteca sino también teniendo este pan bien caliente y servido personalmente por Baba! ¡Todo eso lo conmovió muchísimo!

Después, comparado con esto, en otra ocasión Baba envió a Kaka Baria y a Nilu. Estábamos cerca de un pueblo y habíamos acampado durante la noche, como lo hacíamos a menudo, en un bosquillo de mangos, o en otro sitio aislado, lo suficientemente amplio como para acomodarnos todos. Los mandali siempre dormían al aire libre, bajo los árboles, con el cielo como techo. Las cuatro mujeres entrábamos en el carromato para dormir por la noche. En esta ocasión, igual que en las demás, algunos mandali habían sido enviados a mendigar comida con amor. Esta vez fueron Kaka Baria y Nilu, vestidos con largas túnicas y con el turbante de la Nueva Vida.

Eruch: Un turbante verde.

Mani: Sí, llevaban puesto eso sencillamente porque Baba les dijo que lo hicieran. Estaban haciendo lo que Baba quería. No habría hecho ninguna diferencia, si Baba les hubiera dicho que tuvieran puesta una corona, porque lo habrían hecho. Pero ellos no eran mendigos en el sentido tradicional: simplemente estaban haciendo cuanto Baba les decía que hicieran. En esta ocasión hacía mucho frío por lo que se pusieron todo lo que tenían: un viejo suéter, un saco acolchado que alguien les había dado como bhiksha en el camino, y la túnica encima de todo eso. Para empezar habría que decir que ni Kaka Baria ni Nilu eran delgados. Eran de aspecto gallardo y saludable, robustos, podríamos decir que casi obesos, y después de completar su vestuario, se

los veía realmente redondos y gordos. Cuando fueron a pedir comida por el pueblo, salió un hombre, los miró encolerizado y les dijo: “¡Eh, ustedes parecen luchadores y con seguridad no parecen desnutridos! Sin embargo están mendigando su comida. ¿Qué les pasa? ¿Por qué no se van a conseguir trabajo?”.

Eruch: “Participen en un encuentro de lucha libre y ganen dinero”, les dijo.

Mani: “¡Ustedes serían buenos luchadores, pero ciertamente son malos mendigos! ¡Deberían tener vergüenza de lo que están haciendo!”, y otras cosas por el estilo. Por supuesto, ambos se fueron con las manos vacías. Kaka Baria no se sintió afectado, ¡pero Nilu sí! Es bastante difícil para un brahmín salir a mendigar, especialmente cuando pensaba en su árbol genealógico, en las tradiciones y demás, por lo que refunfuñaba: “¡Cómo nos insultaron!”

Don: ¿Pero ellos tenían que despojarse de esa actitud al llegar al lado de Baba, no es cierto, o desobedecían la estricta norma de Baba?

Eruch: No podían mostrar mal humor en presencia de Baba.

Don: Nada de refunfuños ni desazones.

Mani: Absolutamente nada. Eso no le importó personalmente a Nilu, pero el caso era que otro hindú se lo dijera a él, que era un brahmín, y todo porque estaba mendigando por Baba.

Don: ¡Qué injusticia!

Mani: Pero tú sabes, Don, que según la tradición hindú, las escrituras, textos y tradiciones prescriben que deben dar comida a quien acuda a sus puertas, sin negarse nunca, porque tal vez un día ese desconocido podría ser el mismo Rama: la encarnación de Dios en la forma humana. Por eso, aunque pasen cientos de años entre las venidas del Avatar, da limosna sin preocuparte si el mendigo o el *sadhu* es verdadero o falso. No importa lo que sea, pero nunca te niegues porque nunca sabes quién pueda estar un día ante tu puerta.

Don: Desde luego, Mani, en caso de ser inteligentes y de saber lo que Baba nos enseñó, no darían nada durante seiscientos años y después, durante los siguientes cien o doscientos años se ocuparían de dar a todos.

Eruch: Aquí habría que incluir la anécdota de Shibri. Es un relato muy emotivo, de la época de Rama, hace unos siete mil años, cuando Baba encarnó como Rama.

Don: ¿Calculas que siete mil años?

Eruch: Sí, casi siete mil. Había una devota de Rama que se llamaba Shibri, era una bhilni que esperaba que Rama pasara por su puerta. Una bhilni es una mujer de determinada casta que vive casi desnuda en los bosques; podríamos decir que es una especie de aborigen. Shibri amaba a Rama y era un alma sumamente evolucionada, aunque nacida en esa humilde comunidad. Día tras día esperaba que Rama pasara por su puerta. Por el hecho de pertenecer a esa casta oprimida, sin nada que ofrecer al Dios-Hombre, vagaba por los bosques y, dondequiera que había árboles frutales, arrancaba las mejores frutas, las probaba, desechaba todas las que fueran agrias y guardaba el resto listo para ofrecérselo a Rama.

Ahora bien, probar lo que se ha de ofrecer al Dios-Hombre es una blasfemia total. Eso no se puede hacer. En primer lugar porque la clase brahmánica considera que solamente los brahmines pueden ofrecer comida al Dios-Hombre. Y es inconcebible que una mujer perteneciente a una casta baja pruebe la fruta, sin siquiera usar un cuchillo, y que la esté mordiendo y probando. Esto es inimaginable

Mani: Si uno toma de un jardín flores para regalar, nunca debe oler la fragancia de esas flores para uno mismo.

Eruch: De lo contrario estás tomando esa fragancia para ti. ¿De qué sirve que des como ofrenda una cosa de segunda ma-

no? Ni siquiera debes oler las flores que ofreces. Deben estar en su estado más original.

Lo mismo ocurre cuando lo que se ofrece es comida. Hay que hacerlo solamente con la mano derecha después de bañarse, cuando el cuerpo está limpio. Cuando tu mente y tu corazón están limpios, entonces se prepara la comida de una forma especial, tan sólo repitiendo el nombre del Dios-Hombre. Éstas son las tradiciones que hay que observar.

Pero en este relato dejamos de lado todas estas formas y nos referimos a la persona que ofrece la comida. Esta particular mujer no era de aquéllas a las que tradicionalmente se les permite hacerlo, pero a pesar de todo eso ella aún estaba esperando día tras día que Rama pasara por esa zona boscosa, lista para ofrecerle algo cuando pasara por ahí. Sucedió que un día Rama pasó por el lugar ¡ella lo vio y lo invitó a entrar en su choza! Rama se sentó allí y comió la fruta que ella ya había probado, y desde entonces se la inmortalizó en toda representación escénica de la biografía de Rama. A causa del amor que Rama siente por la humanidad, él llegó a descender a tal altura como para comer la fruta que había probado una mujer de casta baja como lo era Shibri. Por eso es muy importante que, a todos los que pasen por tu puerta, nunca los dejes seguir de largo con las manos vacías, especialmente cuando ese individuo viene a mendigarte comida.

Don: ¿Eso es también característico de la tradición musulmana, o solamente de la tradición hindú?

Eruch: Ésta es la tradición hindú, pero también la observan los musulmanes en la India.

Don: Eruch, ¿te puedo pedir que me detalles un poco las costumbres de ustedes en aquella época? Mani mencionó que los hombres dormían al raso, bajo las estrellas, y que las mujeres lo hacían dentro del carromato.

Eruch: Y Baba tenía reservada una pequeña tienda. Creo que

era de Elizabeth, y yo me encargaba de armársela todas las noches. Tenía capacidad para una sola persona, y era tan perfecta y tan bellamente confeccionada que en la entrada había mallas con cierre relámpago para que hubiera ventilación pero no mosquitos.

Don: ¿El carro ocupado por las mujeres era el que está detrás, cerca de tu cabaña?

Eruch: Sí, lo llamamos carromato.

Don: ¿Cuáles eran los animales de tiro?

Eruch: Dos bueyes, uno de ellos era un toro inglés. Los dos habían estado en Meherazad, pero uno de ellos murió antes de la Nueva Vida. Baba hizo que Sarosh trajera a Ahmednagar en su auto dos terneros ingleses.

Don: Sí, Sarosh me contó que Baba lo envió y me habló de las dificultades que tuvo para conseguir esos dos terneros. Y creo que en otra ocasión tuvo que conseguir dos cerdos.

Eruch: Trajeron a Baba los dos terneros, y él los alimentaba con botellas de leche. Hay fotos de Baba dándoles de comer. Crecieron hasta convertirse en toros fuertes a los que Baba llamó Rajah y Wadjir. Rajah significa rey, y Wadjir, primer ministro.

Don: ¿Qué les sucedía a los hombres cuando llovía durante sus viajes a pie? ¿Se tapaban la cabeza y se quedaban bajo la lluvia?

Eruch: No nos poníamos nada. El cielo era lo que nos tapaba la cabeza. Teníamos una frazada rústica, que se llama *ghongdi*, y se suponía que nos protegería de la lluvia, pero no de los aguaceros. Por eso, lo único que hacíamos era mojarnos y después secarnos, eso es todo.

Don: ¿Baba mendigó alguna vez?

Eruch: Sí. Baba mendigó en Benarés y en Satara, y no sólo allá sino también en Calcuta. Ésa es una anécdota muy emocionante, que voy a incluir a esta altura, ahora que me preguntaste por eso.

Durante nuestra Nueva Vida Baba nos llevó a Calcuta, cuyo lu-

gar famoso de peregrinación es el templo de Kali. Ramakrishna Paramahansa había sido el sacerdote de este templo, y obtuvo la Realización mientras adoraba allí a Dios. Se lo llama Kali Ghat, y aunque está a unos kilómetros de Calcuta, actualmente es un suburbio de la ciudad. La habitación de Ramakrishna está allí con su cama y todo lo demás.

Cuando llegamos a Calcuta Baba expresó su deseo de ir a Kali Ghat y meditar en esa zona. Para su labor escogió el comedor del edificio en el que, después de que Ramakrishna alcanzó la Realización, sus seguidores se reunían para comer. En Kali Ghat hay innumerables pequeñas construcciones y templos alrededor del templo de Kali, y una de esas edificaciones es el comedor en el que Baba expresó su deseo de realizar su labor.

Nos resultó difícil ordenarlo, pero tuvimos que hacerlo. Fui a ver al administrador del lugar y le supliqué que nos permitiera permanecer dentro del comedor, sin que nadie nos perturbe, durante un par de horas.

El comedor es una habitación sencilla, revocada con bosta de vaca y sin muebles. Uno se sienta en cuclillas en el suelo, como lo hacen en la India, y el alimento se toma de una hoja de banana o de un plato hecho especialmente con hojas.

Me acuerdo que, ya dentro del comedor, Baba se quitó la ropa y se quedó solamente con un *langot*. ¿Sabes qué es un *langot*?

Don: ¿Un taparrabos?

Mani: Así es, un taparrabos.

Eruch: Entonces se sentó allí. No sé qué hizo luego, pues nos pidió que esperáramos afuera y cerráramos la puerta. Un rato después, quizás treinta o cuarenta y cinco minutos, Baba batió palmas y entramos. Entonces se puso toda la ropa, es decir, la habitual de la Nueva Vida, con el turbante y la larga túnica.

Nos dijo que aquí teníamos que cumplir una misión muy importante y que debíamos seguir exactamente las instruccio-

nes que nos diera. Le dijimos que estábamos dispuestos a hacer lo que él quisiera. Las instrucciones fueron éstas: yo tenía que estar con él, y él saldría a mendigar. Detrás estaría Pendu con una bolsa llena de monedas, y detrás de Pendu estarían los demás mandali.

Esta fase de la Nueva Vida sucedió precisamente después de aquella vez, en 1950, cuando volvió a la “vieja vida” por un día, reunió algo de dinero –entre veintiocho mil y treinta mil rupias– y luego siguió viaje hacia una zona de Calcuta en la que la hambruna era grave y generalizada. Allí Baba prestó su ayuda sin que nadie supiera quién era él. Se internó directamente en las aldeas en las que la gente se estaba muriendo. Estuvimos en medio de todo eso. Nadie sabía que nosotros estábamos allí ni qué hacíamos. Pero antes de entrar en las aldeas él realizó este trabajo en el comedor del Kali Ghat, luego salió y personalmente empezó a mendigar la comida, seguido por Pendu que iba repartiendo puñados de monedas entre los pobres. ¡Sólo imagínatelo!

Entonces tuvo lugar un hecho muy emotivo. A poco de haber salido de la zona del templo de Kali, regresamos al camino principal por un largo acceso, a ambos lados del cual había vendedores que ofrecían sahumerios, ídolos de Kali, fotos de Ramakrishna y Vivekananda, y todos los artículos que se suelen encontrar en los lugares de peregrinación. Pasamos por todo eso y, al entrar en la calle, Baba se detuvo y dijo: “Ahora empezamos a mendigar”.

Baba miró de arriba a abajo, decidió por dónde tendríamos que ir y nos pusimos a mendigar. Nuestra mendicidad no tuvo respuesta en las dos o tres primeras casas. No salía nadie o los que salían decían: “No, disculpe, siga, siga”.

Don: ¿Ustedes decían las palabras por Baba?

Eruch: Sí, yo tenía que pedirlo de viva voz. Pero mientras yo

gritaba, Baba gesticulaba de tal forma que nadie prestaba atención a lo que yo decía. La gente pensaba que era Baba quien estaba pidiendo de viva voz porque gesticulaba de un modo que las palabras parecían estar saliendo de su boca. Tan pronto yo decía: “Ma, premsay bhiksha dijiye”, Baba mostraba su bolsa y el recipiente de bronce. Dicho sea de paso, todo eso se conserva en el museo.

Como te dije, en las primeras casas se mostraron indiferentes o renuentes con nosotros, y algunos dijeron que averiguaríamos en lo de sus vecinos. Baba siguió minuciosamente pidiendo bhiksha de una puerta a la otra hasta que llegamos a cierta casa. Yo podría señalarla si pudiera estar en Calcuta. Allí recibieron a Baba de manera muy conmovedora, sin que sus ocupantes supieran en absoluto quién era Baba.

Estábamos frente a esa casa y yo clamaba a viva voz, cuando salió una niña para ver qué ocurría. Corrió de prisa hacia el interior y llamó a unas señoras mayores que nos dijeron: “Por favor, esperen aquí. No se vayan de aquí sin llevar un poco de comida. Por favor, esperen, les prepararemos la comida”.

Entonces Baba me hizo un gesto, en esa ocasión su modo de gesticular consistió en codearme para atraer mi atención. Miré de reojo sus manos: me estaba diciendo que los del grupo éramos unos siete, para que yo dijera a esas señoras que, si iban a preparar comida, debería ser para siete personas. Ellas contestaron: “No se preocupen, prepararemos comida para todos ustedes pero, por favor, esperen”. Sin embargo, tú sabes que una vez que Baba empieza a querer comida o cualquier cosa, no tiene paciencia.

Esperamos durante cinco minutos. Volví a llamar: “Ma, premsay, etcétera, etcétera”. Vinieron todas corriendo: “¡No se vayan! ¡Ya la estamos preparando!”. Habían empezado a prepa-

rar algo, pero después habían decidido que querían darnos muchas otras cosas, no sabemos por qué. ¡Don, toda esta familia constituida por hombres, mujeres y niños fue muy amable! No sé qué los inspiró para que cocinaran comida para todos nosotros y nos rogaran que esperáramos hasta que estuviera lista, su bendición fue grande. Llenaron nuestras bolsas, llenaron hasta el tope nuestros recipientes y Baba estuvo complacido; se mostró muy complacido con esa familia, dimos la vuelta y Baba no mendigó más.

Don: ¿Todos terminaron de mendigar?

Eruch: No, el que terminó fue Baba. Me acuerdo de Baba cuando ese día salió de aquella casita de Calcuta, alejándose cada vez más. Después se sentó bajo un árbol y repartió la comida entre todos nosotros.

Fue todo un espectáculo el hecho de ir de casa en casa con Baba mendigando delante, mientras, detrás de él, se iba repartiendo dinero libremente. Pendu tenía la orden de darlo a cualquiera que se acercara a pedir. Cada persona debía recibir entre cinco y diez rupias.

Don: Eruch, ¿Baba solía enviarte primeramente a mendigar, o enviaba a diferentes personas?

Eruch: Enviaba a diferentes personas. Cuando llegamos a Benarés no me ordenó que mendigara, pero todas las veces que emprendíamos largas jornadas a pie, al primero que enviaba era a mí. Cuando nos quedábamos en o cerca de ciudades, salía Ghani, por ejemplo, seguido por otros, cada uno en diferente dirección. Normalmente no iban a la misma localidad, a no ser que Baba los mandara de a dos. Pero yo no tenía quien me acompañara: tenía que ir solo.

Don: Y cuando emprendían estas largas jornadas, ¿eras el primero al que él enviaba?

Eruch: Sí, de modo que íbamos de un lugar a otro mendigando nuestra comida. Pero como te dije, Don, esto no era todo lo que había detrás de la Nueva Vida. Esa vida no consistía solamente en estar viajando. Durante la Nueva Vida, Baba también nos hacía vislumbrar su autoridad.

Don: ¿Aunque no pensarán en él como el Avatar sino tan sólo como un compañero?

Eruch: Sí, como un compañero, ¡pero qué compañero! ¡Éste sí que era un compañero!

Mani: Nunca olvidábamos siquiera un instante que Baba era el maestro.

Don: Estoy seguro que no, después de toda la instrucción que recibieron.

Mani: No lo olvidábamos porque eso emanaba de él: no podía ocultarlo.

Don: El Avatar *debe ser* el Avatar.

Eruch: Te daré algunos ejemplos de cómo vislumbrábamos su autoridad, en los casos en los que la ejercía sin ser visto o sin tratar de inducir a alguien a que hiciera determinada cosa.

A veces, después de viajar durante unos días, al acercarnos a una población o ciudad, por la noche se dirigía a nosotros diciéndonos: “¿Qué les parece si descansamos una semana más o menos? Aquí hay un lindo bosquecillo, es grande, y la ubicación es práctica. ¿Qué tal si nos tomamos un descanso, digamos, durante siete días?”.

Nos alegrábamos muchísimo, pero ¿y la comida? El problema de mendigar en una ciudad era mucho más difícil que en las aldeas porque las personas presuntamente civilizadas eran un poco duras con los mendigos y peregrinos. No querían compartir los bienes que Dios les había dado o que ellos habían ganado. Pero los aldeanos eran muy inocentes y daban libremente, con gran amor.

Baba simplemente soslayaba el problema de la mendicidad diciendo: “Ustedes verán, pero ¿qué les parece la idea?”. Nosotros le decíamos: “Es un buen lugar; nos gustaría quedarnos aquí, pero ¿y la comida?”.

Nos decía: “Hagan una cosa. ¿Por qué no salen...?”. Entonces elegía a alguien, como por ejemplo al doctor Ghani y Adi, o a Patel y Babadas, o a Babadas y Adi, o a Nilu y Kaka Baria, y les decía: “Vayan a la ciudad y díganles que somos un grupo de unas veinte o veinticinco personas y si podrían proveernos comida”.

Mani: Ellos iban a ver a una familia en especial, a alguien que pudiera proporcionarles eso.

Eruch: Sí. “Se inspirarán”, decía. “Solamente vayan. Sabrán a quién tendrán que ver. Tan sólo pídanles, pero no revelen mi nombre ni nada acerca de mí. No deben hacer eso jamás.” Nos recordaba eso constantemente. Teníamos que pedirles comida con la condición de que el anfitrión o la anfitriona nunca debían venir a ver al grupo o al jefe del grupo. Otra cosa: no teníamos que acercarnos a la puerta de ellos para recibir la comida. Eran ellos quienes tenían que hacer que sus sirvientes vinieran a suministrar la comida aquí. Siempre acampábamos en las afueras del pueblo.

Don: ¿Cómo tomaban contacto con esas personas?

Eruch: Ya empiezo a contártelo. Lo único que estoy tratando de mostrarte es qué autoridad ejercía Baba en la Nueva Vida. Cuando salíamos a buscar a esas personas, Baba nos aseguraba que nosotros sabríamos quiénes eran. De modo que mirábamos, y los dos compañeros intercambiábamos opiniones como éstas: “¿Qué te parece ese hombre que está allí en la calle?”. “No, no creo que sea el acertado”. Entonces seguíamos adelante. “Bueno, ¿qué te parece? Pienso que deberíamos acercarnos a este hombre.” Sin embargo, era probable que el otro pusiera algún reparo. Aunque muy pronto había alguien que parecía

acertado, y entonces nos animábamos a preguntarle a esa persona. La parábamos y, en primer lugar, solía no entender lo que le preguntábamos. ¿Qué es esto? Dos personas caídas del cielo vienen aquí a decirme: “Señor, tenga a bien detenerse y escuchar nuestra historia”. Se la contábamos, y el individuo decía: “Bueno, ¿y qué? ¿Adónde se dirigen ustedes?”.

“Somos peregrinos,” le decíamos, “y vamos hacia el Norte. Estamos muy cansados. El grupo es de unas veinte personas, y el jefe del grupo quiso que fuéramos a ver a alguien del pueblo, y presentimos que usted era la persona acertada. ¿Podrá usted proveernos comida durante unos siete días? Estamos cansadísimos. Queremos acampar unos días, y nuestro campamento está en las afueras”. Entonces le dábamos la dirección, que estaba de cinco a siete kilómetros del pueblo.

“Ah, ¿la cosa es así? ¿Pero dónde se quedarán? ¿Al aire libre?” “Sí, señor, estamos al aire libre.” “¿Han estado todo este tiempo al aire libre?” “Sí, señor. A veces encontramos algún refugio.” “¿Vendrán ustedes conmigo a mi casa? Les mostraré la casa.” Entonces lo acompañábamos hasta su casa y anotábamos la dirección.

“¿Cuántas personas dijeron ustedes?”. “Unas veinte.” “Entonces vengan aquí y lleven la comida.”

“Señor, nos gustaría tener comida dos veces por día, y por la noche cuando usted la envíe, por favor asegúrese de que haya bastante para el desayuno.” Las instrucciones de Baba eran que la persona debería suministrar el desayuno, el almuerzo y la cena.

“¡Ah!, ¿eso es así? ¿Quieren tres comidas por día para veinte personas durante siete días?”. “Sí, señor. Pero con la condición de que usted no debe ver al jefe del grupo.” “¡Ah!, ¿eso es así? ¿No puedo visitar a su gente?”. “No. El jefe del grupo que nos envió se complacerá si usted puede seguir sus instrucciones.”

“¿Pero quiénes son todos ustedes?”. “¡Ah!, somos de diferentes lugares”, y le decíamos cosas por el estilo, de todo un poco, pero sin decir mentiras. Entonces el individuo decía enseguida: “Estoy de acuerdo. Fijemos aproximadamente las doce del mediodía y las cinco de la tarde”.

“Pero, señor, el jefe de nuestro grupo nos ha dado otra instrucción: que sea usted quien suministre esta comida.” “Sí, sí. Seré yo quien la suministre.” “Sí, pero su dependiente es quien debe ir hasta allá y entregar la comida. Nosotros no vendremos sino que estaremos ocupados con nuestro propio trabajo.”

“¡Ah!, de modo que deberé enviarla con mi dependiente. Muy bien, haré los arreglos. La comida irá en tonga, rickshaw, taxi o algo parecido. ¿Pero dónde estarán todos ustedes?”. “Le mostraremos el sitio a su dependiente”. “Yo puedo ir para verlo.” “No, señor, ésa es la condición, que usted no podrá ir personalmente a ese sitio.”

El individuo quedaba muy intrigado. Cada vez que nos acercábamos a alguien así en diferentes lugares –y creo que lo hicimos media docena de veces– la persona quedaba muy intrigada. Entonces ordenaba a su dependiente que fuera a ver ese sitio, pero antes de irnos le hacíamos prometer que enviaría la comida, pues de lo contrario todo el grupo pasaría hambre. Entonces el individuo decía: “No tengan miedo, la tendrán. Váyanse”. Y luego la comida llegaba.

Mani: Y no solamente comida. Comida buena y deliciosa, y después de días de escasez era... ¡ah!...

Eruch: A pesar de que nos suministraban la comida, frecuentemente Baba no aceptaba lo que habían enviado. “Comunícale a este hombre que la comida de hoy estuvo demasiado salada.” Y después, con una sonrisa, añadía: “¿No podrá suministrarnos otra cosa? Nilkanth, a quien le gustan los dulces, debe querer

algún postre. ¿Por qué no le pides a esa persona que nos suministre algún postre para la cena? Ve a decírselo”.

Entonces los compañeros que originalmente habían arreglado todo tenían que encargarse de tomar contacto con ese hombre y decirle que queríamos un postre para la cena o un poco de buenos encurtidos y demás. Nos suministraban todo lo que pedíamos.

Don: ¿Eruch, alguna vez tuviste un solo rechazo tras decidirte sobre el hombre a quien le harías el pedido?

Eruch: Ni una sola vez cuando estuve allí, y nunca me enteré que cualquiera de los otros haya tenido un rechazo. Cuando había que hacer un arreglo de esos, lo único que hacíamos era acercarnos a la persona acertada y ésta aceptaba.

Mani: Me acuerdo de un lugar en el que tuviste que hacer un arreglo parecido e indicaste a las personas que entregaran la comida a cierta distancia para que no vieran a Baba. Entonces uno de ustedes tuvo que ir a recoger la comida. Por ejemplo, me acuerdo que, en Moradabad, las personas se quedaron paradas, a cierta distancia del grupo, como si fueran parias, con grandes ollas llenas de jugo de caña esperando muy calladas que le dijeras que el jefe del grupo aceptaba la comida. Es probable que llegaran en autos, se hubieran acercado a hurtadillas hasta el sitio demarcado, pero quedándose aún bastante lejos, de modo que no pudieron ver a Baba ni a ninguno de nosotros.

Baba nos dijo: “¡Mírenlos”. Le contestamos: “¿Pero quiénes son?”. Baba nos dijo: “Sólo esperen”. Entonces envió a uno de los mandali, el cual regresó con esas enormes ollas brillantes llenas de zumo de caña de azúcar. Baba alzó las ollas como si fueran copas y sirvió el zumo entre todos, y después devolvimos las ollas vacías. Entretanto esa familia se quedó ahí parada, con respeto y calladamente, sin atreverse a decir nada que

ofendiera o desagradara a esa persona, y muy *contenta* de que hubiera aceptado la comida.

Don: ¿Pero vieron a Baba?

Mani: Solamente al final de nuestra permanencia en el lugar. Antes de irnos Baba dijo: “Muy bien, pueden verme una vez”. Pero ésta es otra historia y será Eruch quien la contará.

Eruch: La condición establecida era no ver a Baba para nada, ni tomar contacto con él.

Don: Sí, pero ¿y no lo vieron cuando sirvió el zumo de caña de azúcar?

Eruch: No, eso fue desde muy lejos. No pudieron distinguir a Baba entre el grupo.

Mani: Nosotros pudimos verlos porque estaban solos y a cierta distancia de nosotros.

Don: ¿Y ellos pudieron ver a Baba?

Mani: No, ése es el hecho.

Eruch: Hay otra anécdota relacionada con todo esto. En una ocasión Baba quiso quedarse en un lugar, y el lugar que eligió fue Benarés. Puesto que era un lugar de peregrinación muy sagrado y famoso, Baba quiso que sus compañeros de la Nueva Vida vieran cómo era. Nos dijo que tendríamos que quedarnos allí alrededor de un mes o más. Fue allí que Baba pidió el carromato a Padri.

Don: ¿Ah, todavía no contaban con el carromato?

Eruch: No, Padri lo estaba construyendo. Él era quien estaba a cargo de eso, y se le había dicho que debía llevarlo allá, a Benarés. Baba eligió a Adi y a Babadas para que se adelantaran a averiguar allí en Benarés, si habría alguna persona que tuviera la bondad de permitir que nos quedáramos a vivir en una buena vivienda durante cuarenta días, desde luego sin pagar alquiler porque éramos mendigos. Esa misma persona también

tendría que poder suministrar la comida para el grupo durante treinta a cuarenta días. Se estipuló lo de costumbre: no ver a Baba, no tratar de acercarse a él ni a ningún miembro de su grupo, ni que se le dijera quién era Baba.

Don: Una ofrenda de amor, totalmente libre y voluntaria, sin condiciones.

Eruch: Sin condiciones. Lo otro que se estipuló fue que deberían suministrar la comida sin tener en cuenta si en la casa habría cocina, y que no cocinarían la comida donde nosotros estábamos viviendo. La casa debería estar a entera disposición de Baba y su grupo, sin nada que ver con preparar o servir la comida. La comida se suministraría en el portal del lugar, y el anfitrión o la anfitriona no debería tratar de ir a ver a Baba o al grupo. Como de costumbre, nos proveerían el desayuno, el almuerzo y la cena.

Mani: En ese entonces la norma era que la comida debía consistir en cosas sencillas, sin lujo, solamente dal con arroz y una verdura, por ejemplo espinaca, para la noche, y un desayuno sencillo. Ésa no era época de banquetes, y aunque nuestros anfitriones se sintieran tentados de enviar un postre, verdura o chutney –en realidad cualquier cosa además del arroz con dal– no debían hacerlo. Habría arroz con dal para la tarde, una verdura y papas para la noche, y desayuno.

Eruch: Teniendo en cuenta todas estas instrucciones, Adi y Babadas se adelantaron hasta Benarés. Ayudados internamente por Baba, se animaron a hablar con alguien que escuchó lo que le contaron y quedó muy impresionado, estuvo de acuerdo en disponer de una casa para que todo el grupo viviera en ella, y aceptó todos los requisitos, o sea, vivienda aparte para las mujeres, un cuarto separado para Baba, comodidades aparte para los veintidós compañeros, y todas las demás condiciones estipuladas por Baba.

El hombre prometió que, al día siguiente, daría una respuesta concreta a lo que le pedían. Habló por teléfono para hacer unas averiguaciones por medio de algunos amigos y, al final, pudo encontrar una casa para el grupo. Entonces tuvo que buscar a alguien que cocinara para ese grupo numeroso.

El doctor Nath, uno de los más famosos oftalmólogos de la India, fue la persona que Adi y Babadas escogieron bajo la guía de Baba. Se ocupó de arreglar lo que se le pidió y aceptó de buen grado suministrar la comida, pero que no se usara la cocina de la casa era una estipulación muy difícil. Mientras el doctor Nath ultimaba los detalles, Babadas fue a reunirse con Baba, tal como se había dispuesto, en la estación ferroviaria de Benarés.

Cuando el grupo principal llegó allá en las primeras horas de la mañana, vimos que Adi y Babadas nos estaban esperando. Al reunirnos todos en el andén de la estación, de pronto Baba vio a lo lejos, en lo alto del puente, a dos personas; se volvió hacia mí y me dijo: “Nos vieron. Alguien está allá”.

El puente estaba lejos del andén, en el que estaba Baba, por lo que le dije: “Sólo son personas que vienen a mirar. Es probable que sean algunos pasajeros, o personas que están aquí para despedir a alguien o algo parecido”.

“¡No! Ve a averiguar quiénes son”, insistió. Por supuesto, la Nueva Vida significa obedecer órdenes, por lo que tuve que recorrer toda esa distancia, escalar hasta lo alto del puente e ir hasta el sitio en el que estaban aquellas personas. ¿Y qué encontré? Al doctor Nath con su esposa. No dije nada porque yo ignoraba qué era lo que Adi y Babadas habían arreglado y qué directivas esta pareja habría recibido de Baba. Al no saber nada de eso, volví. Mi deber era averiguar quiénes eran, de modo que lo averigüé y regresé adonde estaba Baba.

Baba se limitó a chasquear los dedos: “Vamos, empaca, empaca ya tu equipaje. No podemos quedarnos a vivir aquí en es-

te lugar, el anfitrión no cumplió las instrucciones". Baba llamó a Adi y Babadas, los cuales le preguntaron: "¿Baba, qué sucede?". Entonces Baba les preguntó: "¿Por qué ustedes no aclararon muy bien que el anfitrión no tenía que venir a ver al grupo ni a Baba?". "Pero ellos no han venido, Baba." Baba dijo: "¿Cómo pueden estar seguros de eso?", y replicaron: "¿Cómo pueden venir tan temprano por la mañana? Les aclaramos muy bien que no deberían acercarse a Baba ni al grupo".

Mani: Por supuesto, no habían hecho mención de "Baba" al matrimonio Nath.

Eruch: No, ellos no mencionaron a Baba. Entonces Baba señaló el otro extremo, en lo alto del puente: "¿Pueden ver a esa pareja que está allá? Son el doctor Nath y su esposa". Entonces Adi y Babadas se empezaron a preguntar cómo Baba sabía eso. Puesto que Baba era un compañero, lógicamente ni siquiera podía expresar su presciencia. En la Nueva Vida él no era el Dios-Hombre, y por eso Adi y Babadas estaban asombrados. Entonces Baba me dijo que les contara lo que había ocurrido.

Les dije: "Baba los vio y me envió a averiguar quiénes eran". Entonces me preguntaron si yo estaba seguro de que esa pareja era el doctor Nath y su esposa. Les dije: "Sí, estoy seguro porque les pregunté y me lo dijeron". Entonces Baba me envió de vuelta para que les dijera que Baba, o sea, mi hermano mayor –me refería a él como mi hermano mayor– estaba muy contento con lo que el doctor Nath y su esposa habían provisto para que todo el grupo viviera allá, pero que ahora lamentaba que el grupo no se quedara porque ellos no habían cumplido las instrucciones de no tratar de verlo a él ni al grupo. Ahora el grupo se iría para encontrar otro lugar en el cual alojarse. Baba también me dijo que les agradeciera inmensamente su amoroso ofrecimiento.

Fui a verlos y se los dije; entonces ellos se afligieron muchísimo, y hasta se asustaron al escuchar el mensaje. No sabían

qué hacer. Pensaron que habían cometido un error al hacer eso. Algo que había en Baba les hizo sentir esto –no sé qué– pero lo pude ver por el modo en que se comportaron.

Me suplicaron que no me vaya; me imploraron que le asegurara a Baba que no habían venido a verlo a él ni al grupo. Sólo habían acudido para ofrecer su medio de transporte porque se habían enterado que en el grupo había cuatro delicadas mujeres, y la casa ya dispuesta se hallaba muy lejos de la estación, y no les sería posible caminar toda esa distancia después de sus largas travesías.

Era por esta razón que habían llegado para ofrecer su auto, pero puesto que ellos habían venido en su propio vehículo, todavía no podrían regresar a su casa porque no había transporte público en las primeras horas de la mañana. Ahora bien, lo que había sucedido era que habían estado esperando lejos, en lo alto del puente, sin pensar en absoluto que verían al grupo o a quien lo encabezaba. "¡Por favor, asegúrele esto a su jefe!". Les prometí que lo haría, y regresé. Ten presente lo que tardé en subir y bajar por ese puente, pero no había otra cosa que hacer que cumplir la orden de Baba. Ése era nuestro deber y nuestro trabajo.

Volví a ver a Baba, traté de darle la seguridad de cuáles eran las intenciones de aquellas personas y, al final, Baba cedió. Me dijo: "Ve a decirles que tu compañero está sumamente complacido con esto, pero me dijo que no quería aceptar gratuitamente el vehículo de ellos. Él les ofrecía una rupia, pues no tenía dinero, pero al menos podía ofrecerles simbólicamente una rupia. Si aceptaran esto, tan sólo entonces podrá aceptar el vehículo que le ofrecen."

Le pregunté a Baba: "En caso de que acepten, ¿debo decir que usarás el auto y llevarás a las mujeres contigo hasta el lugar?". "Sí", replicó. "¿Entonces no necesito regresar para decirles nada más?". "No".

De modo que fui, les dije todo lo que se me había ordenado,

les di las gracias, ellos aceptaron la rupia y yo regresé adonde estaba Baba. Entonces Baba y las mujeres se dirigieron de prisa hacia el auto. El conductor conocía el lugar ya elegido y los llevó hasta allá directamente. El resto de nosotros fuimos a pie, trasladando el escaso equipaje en un carrito de mano hasta que llegamos al sitio.

Hablemos ahora de lo que se dispuso sobre la comida. Sucedió que el doctor Nath tenía un ayudante en la universidad de Benarés. Era una época en la que la universidad de Benarés era muy famosa en el nivel educativo. Era en la India el lugar por excelencia. Este ayudante era también cirujano de ojos, había estudiado con el doctor Nath quien podía confiar en él para esos detalles prácticos porque el doctor Nath era una persona muy ocupada. De modo que decidió confiar algunos arreglos a su ayudante, el doctor Khare.

El doctor Nath le contó que había llegado un grupo, y le dijo que debía encargarse de ellos según estas estipulaciones y condiciones. Todo esto intrigó al doctor Khare, pero no se animó a negar a ese grupo todo lo que se le pidió. ¿Los ayudaría el doctor Khare a efectuar algunos de estos arreglos respecto de la comida? Asimismo, necesitan una dieta muy sencilla.

Por sus padres, que vivían en Rath, distrito de Hamirpur, el doctor Khare estaba en alguna medida enterado de que Baba y su grupo habían salido de Ahmednagar a pie, pero no tenía la seguridad de que éste fuera el grupo de Baba. Primero preguntó si quien encabezaba el grupo estaba observando silencio o si se había enterado de algo así. De ninguna manera se hizo mención de que alguien estuviera observando silencio.

Don: ¿Esto es lo que el doctor Nath estuvo conversando con el doctor Khare?

Eruch: Sí, ambos médicos estaban discutiendo esto, que yo llegué a saber tiempo después porque tuve que verlos muy fre-

cuentemente mientras estuvimos viviendo unos cuarenta días en Benarés.

Don: ¿Tuviste que ir a ver personalmente a estos dos médicos?

Eruch: Sí. De modo que, para continuar, en la casa del doctor Nath nadie sabía que entre nosotros hubiera alguien que estuviera observando silencio. Nadie tenía pista alguna sobre el carácter de ese grupo, lo único que sabían era que se trataba de un grupo.

Don: ¿Y el conductor?

Eruch: El conductor no sabía nada. No era muy observador que digamos y, en todo caso, las mujeres eran las que conversaban, por lo que lógicamente...

Don: Muy lógicamente “el caballero” no tenía la oportunidad de hablar.

Eruch: Así es. Por consiguiente, ni el doctor Nath ni el doctor Khare sabían ningún detalle sobre nosotros. Pero querían saberlo. Y por supuesto la comida fue suministrada.

Don: ¿Por el doctor Khare?

Eruch: ¿Por el doctor Khare? ¡No! Por el doctor Nath. Nosotros no sabíamos que el doctor Nath hubiera conversado o hecho arreglos aparte con el doctor Khare. Sólo llegamos a saber esto después, y cómo lo llegamos a saber es otra historia que más tarde oirás. De modo que el doctor Nath se encargó de la comida y mandó decir que ya estaba lista. Por supuesto, ese día nos habíamos olvidado por completo del desayuno porque tardamos mucho en llegar al lugar.

Mani: Cuando llegamos allá no encontramos una casa sino un palacio.

Eruch: Sí, parecía un palacio. Había una casa aparte, para huéspedes, destinada a Baba y las mujeres, y casas para huéspedes aparte, para los veintidós compañeros. Después había retretes para los sirvientes, una cocina, fuentes y jardines, y to-

do eventualmente cerrado por un portal principal. Era un lugar hermoso.

Como te dije, nos olvidamos del desayuno, y cuando fue hora de almorzar, alguien golpeó la puerta diciendo: “La comida está lista si la desean”. Pero Baba dijo que en ese momento no enviaran nada porque quería salir a mendigar la primera comida en casa del matrimonio Nath, en Benarés. Por lo tanto, hasta que él mendigara la comida no deberían mandar nada para el resto de nosotros. El matrimonio Nath se alegró muchísimo, pero sin saber quién era el que había venido a mendigar. Lo único que les dijeron fue que llegarían dos de los compañeros.

Don: ¿Qué llegarían a la ciudad?

Eruch: No, a la casa de ellos. Baba mendigaría primeramente allí, pero nadie sabía que era Baba. Lo único que los doctores Nath y Khare sabían era que algunos integrantes del grupo llegarían para mendigar, pero estaban contentísimos porque pensaron que podrían obtener algunas pistas por las personas que acudirían.

Eso sucedió el primer día que estuvimos en Benarés, cuando Baba y yo salimos a mendigar. Baba vestía la ropa de la Nueva Vida, llevando consigo el bolso y el jarro. Cuando yo decía: “Prensay bhiksha dijye”, Baba mostraba el bolso en la que estaban escritas esas mismas palabras. Yo hablaba en voz alta y Baba actuaba de tal manera que la persona que escuchaba pensaba que las palabras provenían de Baba.

Todos estaban esperándonos para vernos cuando llegamos a lo del doctor Nath. Los intrigó muchísimo el turbante verde y el atuendo de la Nueva Vida que Baba llevaba puestos. Cuando yo imploré de viva voz y Baba hizo los gestos, el doctor Nath y su esposa ofrecieron la comida, y Baba la recibió, les dio las gracias y se despidió. Ellos también me dieron comida. Con los bolsos

y jarros llenos nos marchamos antes de que el doctor Nath y su esposa supieran qué había sucedido y quiénes éramos.

Lo que sucedió fue que hicieron saber que nos solicitaban que volviéramos al día siguiente en procura de Bhiksha porque querían tener una foto de los que venían a mendigar. No sé si lo recuerdas, pero hay una foto de la Nueva Vida en la que aparecen Baba y Adi mendigando en la puerta de entrada de la casa del doctor Nath. Corresponde al segundo día en Benarés. Yo suponía que Baba se rehusaría a lo que ellos solicitaban porque él ponía reparos a las fotos, pero Baba quiso que eso sucediera. De modo que enseguida dijo que al día siguiente, a la misma hora, dos de los compañeros volverían otra vez a mendigar.

El doctor Nath y su esposa consiguieron un fotógrafo y también llamaron al doctor Khare para que estuviera allí. Al día siguiente Baba fue con Adi.

Don: ¿Tú y Baba sabían que allí iban a tomar una fotografía? ¿El matrimonio había sido totalmente franco al respecto?

Eruch: ¡Oh, sí! De modo que fueron, pero ese día Baba no tenía puesto el turbante. El doctor Nath no sabía nada acerca de Baba, pero el doctor Khare, que estaba ahí sentado, tenía una vaga idea porque su padre era devoto de Baba. Tomaron la foto, y se la dieron a los padres de Khare para que verificara eso. Después supieron con certidumbre que los que habían venido eran Meher Baba y su grupo.

Antes de eso, incluso antes de comprobarlo, el doctor Khare había llamado a sus padres que estaban en Hamirpur, no demasiado lejos de Benarés. Habían llegado a la casa del doctor Nath y abrieron ahí una cocina. Estaban preparando con sus propias manos la comida, sin estar seguros entonces de que la comida era para Meher Baba y su grupo. Pero cuando lo certificaron con la foto, los padres y los doctores Nath y Khare tra-

taron de ocultarnos que nos conocían, actuando como si nada supieran acerca de nosotros o de Baba.

Mani: Pensaron que en el momento en que Baba lo supiera no sería lo mismo.

Eruch: Sí, pensaron que nosotros podríamos marcharnos de ahí. De modo que este juego de las escondidas continuó durante muchos días. Entretanto Baba mandaba decir cosas como éstas: “Hasta ahora ustedes nos han estado proveyendo sólo dal con arroz todos los días. ¿Por qué un día no nos pueden dar un buen curry? ¿Por qué no cambian la dieta?”. Y que esto y que lo otro, y así continuó.

A veces Vishnumaster era enviado. Ni él ni nosotros sabíamos quiénes estaban cocinando. Lo único que pensamos fue que se trataba de un hombre y una mujer mayores. Íbamos a la cocina y nos quejábamos por lo que estaban cocinando. Pensamos que eran los cocineros del doctor Nath y fue por eso que empezamos a darles órdenes, porque queríamos complacer a Baba –sin saber que eran los padres del doctor Khare que habían venido especialmente para cocinar la comida para Baba y nosotros–.

Ellos siguieron totalmente nuestras instrucciones con muchísima amabilidad, sin palabras ni señales de protesta. Tiempo después, cuando nos enteramos de que eran los padres del doctor Khare, nos avergonzamos. No era justo que algunos de nosotros nos hubiéramos comportado groseramente con ellos. Sin embargo, a pesar de eso siguieron brindándonos amablemente la comida hasta que Baba dijo que cesaran de hacerlo. Fue la estadía más prolongada de la Nueva Vida.

Don: ¿Fueron cuarenta días, no es cierto?

Eruch: No recuerdo exactamente la cantidad de días. Veamos, estuvimos largo tiempo, cuatro semanas, desde el 15 de noviembre de 1949 hasta el 12 de diciembre de 1949, y eso inclu-

yó el tiempo que estuvimos en Sarnath. Sarnath es un lugar muy sagrado, cerca de Benarés; allí Buda pronunció su primer sermón después de su Realización; por así decirlo, después de “que su velo fuera quitado” y ser consciente de su responsabilidad en el mundo de la Ilusión. Pero ahora la historia continúa, y es muy larga.

Don: Eruch, una sola pregunta antes de continuar. Estuvimos hablando sobre aquellas ocasiones en las que Baba decía: “¿Por qué no nos quedamos a vivir en un lindo bosquecillo durante una semana?”, y establecía las condiciones. Dijiste que él hizo esto seis o siete veces, y que cuando te acercabas a una persona, ésta nunca te rechazó. ¿Supones que las condiciones específicas, detalladas y difíciles que Baba te decía que especificaras eran aceptadas por esos individuos como una disciplina espiritual, y que tú debías haber sido enviado por un gran maestro espiritual?

Eruch: No puedo decirlo, pero ahora que planteas esta cuestión, empiezo a pensar de ese modo. Aquellas personas quedaban claramente intrigadas: puedo decir eso a juzgar por todas las apariencias externas.

Mani: Pero las condiciones establecidas por Baba no eran una pauta que pudiera esperarse de una persona espiritual.

Don: No esa pauta específica.

Mani: Aquellos individuos pensaban normalmente que se les permitiría ver y prosternarse ante esa persona.

Rano: Pienso que lo insólito del pedido...

Don: ¿Crees que eso los intrigaba?

Mani: Es que precisamente era Baba, la autoridad, la fuente, quien los enviaba. Se sentían atraídos. No creo que supieran quién o qué era. Era simplemente algo que Baba les emitía induciéndolos a que lo hicieran con amor.

Don: Pero todos esos eran individuos cultos.

Eruch: Ah, sí, individuos cultos.

Don: Y los individuos cultos saben cómo es la disciplina espiritual en la India.

Mani: Los cultos, educados e intelectuales. No les resultaba fácil aceptar estas peculiaridades de Baba, pero las aceptaban, y lo hacían con amor.

Eruch: Muy bien, esta idea fue la que cruzó por tu cabeza. Pero cuando terminemos con Benarés y Sarnath, citaré otros dos episodios, y entonces me gustaría escuchar tus comentarios sobre ellos. A las personas de estas anécdotas ni siquiera se les pidió que trajeran algo, pero ¡cómo acataron una orden interna! ¿Qué sucedió en sus corazones? ¿Qué los hizo acudir allá? ¿Por qué quisieron traer un carronato lleno de provisiones, por qué sacrificaron sus vidas y por qué después hicieron que la familia abriera un comedor para los pobres en nombre de Baba? Es una larga historia. Una vez que te la cuente, me gustaría escuchar tus comentarios sobre esta cuestión especial que tú has planteado.

Don: Bueno, es justo ponerme también a mí “en el brete”.

Rano: Esto me hace acordar de una situación parecida aunque en pequeña escala; me refiero a nuestras experiencias en Bombay cuando Baba nos mandó llamar a Kitty y a mí. Nuestra labor docente era comprometida y fue a mitad del curso cuando solicitamos una breve licencia a la directora del colegio. Habíamos recibido una carta de Mani diciéndonos que, si estábamos seguras de poder retomar nuestra labor, podíamos ir a ver a Baba. La directora nos dijo: “Por supuesto que pueden irse; sé que no me lo pedirían si no fuera importante”. Kitty y yo sentimos un gran alivio. La directora accedió, lo hizo dos veces, y luego, la tercera vez, nos fuimos para estar permanentemente con Baba. Pienso que ésta fue una de las cosas más extraordinarias que nos sucedieron a Kitty y a mí durante el período de la Nueva Vida.

Eruch: Ahora volvamos atrás y recordemos los episodios de Benarés, nuestra llegada a Benarés, y la comida ofrecida por el doctor Nath con la ayuda del doctor Khare y los padres de éste. Unos días después Baba me pidió que llevara un mensaje al doctor Nath diciéndole que él y sus compañeros estaban muy felices de haber hecho un alto allí, que ese alto que hicieron fue agradable, pero el doctor Nath tendría que cumplir ciertas cosas más si eso fuera de su conveniencia. ¿Podría cumplir los deseos del hermano mayor?

Baba me había dicho que, tras esta introducción, debía pedirle al doctor Nath un caballo blanco, a modo de bhiksha y animado por el amor. El caballo blanco debía ser dócil, ya crecido, sin manchas de cualquier otro color: absolutamente blanco, incluso las pestañas y la cola, sin un solo pelo que no fuera blanco. Y entonces, si el doctor Nath estaba de acuerdo en esto, el siguiente deseo de Baba era que yo debería solicitarle un camello.

Don: ¿En la misma ocasión?

Eruch: En la misma ocasión. De modo que, si el doctor Nath estaba de acuerdo con un camello –que tuviera determinadas cualidades, como por ejemplo, que fuera dócil, debidamente entrenado para una carreta, y macho– entonces yo tenía que presentar otro deseo de Baba. Junto con el camello, el doctor Nath debía procurarnos una carreta para camellos. Sabes que en la India hay carretas especiales de este tipo, de dos pisos.

A todo esto yo debía agregar una cosa más. En nuestros viajes necesitaríamos un poco de leche, pues la travesía era agotadora, por lo que él debería suministrarnos una buena vaca lechera. Una vez que él estuviera de acuerdo en todas estas cosas, Baba me dijo que le pidiera que agregara un regalo más a modo de bhiksha: dos burras. Si el doctor Nath estaba dispuesto a cumplir todos los deseos de Baba, entonces yo tenía que confir-

mar el pedido de todo eso e indicarle que lo tuviera dentro de un tiempo estipulado. Fue Baba quien dio la fecha.

Tras recibir las detalladas instrucciones de Baba, fui a lo del doctor Nath. Yo no sabía qué sucedería ni cuál sería el resultado de este encuentro. Al llegar a su casa resultó que estaba efectuando una operación quirúrgica, por lo que fui al otro lado y allí no encontré a nadie. Al final un sirviente me vio y me preguntó: “¿Qué necesita?”.

Le dije: “Tengo un mensaje muy importante de mi hermano mayor y quiero trasmitírselo al doctor Nath pero no sé dónde encontrarlo. ¿Se fue?”. Me contestó: “No, está ocupado con una operación. Hoy es día de operaciones”. “¡Ah!”, le dije, “entonces no lo interrumpas.”

Volví para ver a Baba porque se suponía que no debíamos permanecer ociosos. Le conté a Baba lo que había sucedido y me dijo: “Ve otra vez dentro de un rato”. Entonces me pidió que todavía añadiera una cosa más a la lista, diciéndome que si el doctor Nath estaba de acuerdo con todos los pedidos anteriores, debía decirle que todas esas cosas serían aceptadas con una condición: que el doctor Nath aceptara a cambio toda nuestra ropa usada. El día que nos fuéramos del lugar le regalaríamos todo lo que tuviéramos puesto, y él tendría que aceptarlo a cambio por el bhiksha que nosotros aceptaríamos: el caballo blanco, el camello, la vaca, la carreta y las dos burras.

Regresé al rato pero el doctor Nath todavía estaba ocupado operando. Sin embargo, entretanto parece que el sirviente le informó sobre mi visita, de modo que, cuando su ayudante me vio, susurró algo al oído del doctor. Don, no lo creerías, pero el doctor Nath dejó de operar –dejó al paciente allí, sobre la mesa– salió y me dijo: “¿Qué sucede? ¿Hay algo que yo pueda hacer?”.

Le dije: “Sí, una cosa, Baba me ordenó informarle que éste es un mensaje muy importante y que es necesario que usted le preste particular atención”. Baba me había indicado que el doctor Nath debía estar libre para prestar total atención al mensaje de Baba. Él dijo “Sí, estoy listo, prosigue”. Le dije, “Pero Doctor allí hay un paciente esperando y no puede centrar toda su atención en los deseos de Baba”. Así que regresó a la sala de operaciones y yo lo esperé en la galería, hasta que se desocupó. Fuimos a su living y lo primero que le dije fue lo del caballo blanco.

Me dijo: “Nos será muy difícil encontrar ese caballo blanco. No es difícil darlo como bhiksha, pero es muy difícil encontrarlo dentro del plazo de quince días, que tu hermano mayor ha fijado. Tendré que mandar a hacer averiguaciones y, si podemos encontrar uno, lo conseguiremos. Desde luego que lo haré. Haremos todo lo posible, pero tu hermano mayor debería disculparnos si no podemos encontrar uno dentro del plazo fijado”.

A continuación le pedí el camello, la respectiva carreta y la vaca. Me dijo: “Lo del camello es fácil. Tenemos montones de camellos. Sin embargo, el suministro de carretas”, añadió, “no lo efectúan en Benarés sino solamente desde distritos aledaños. Podemos conseguirla allá. Es muy fácil encontrar una vaca. Todo esto podemos tenerlo en un día”.

Le dije: “Bueno, gracias, pero ¿tendría usted la amabilidad de conseguir el caballo blanco? Eso es lo primero porque, sin él, no podremos pasar a las otras cosas”, y me contestó: “Haré todo lo posible”.

“Ahora hay otra cosa que usted ha de ofrecer como bhiksha”, añadí. “Como usted sabe, necesitamos todo esto para utilizarlo durante la peregrinación en nuestro trayecto hacia el Norte. Ahora mi hermano mayor también quiere dos burras”. “¿Qué? ¿Asnos en una peregrinación? ¡Eso es inaudito!”, vociferó. Sabrás

que esa clase de animales no son adecuados para nadie en una peregrinación. A los hindúes no les gustan. Un asno nada tiene de sagrado; en realidad, consideran que es un sacrilegio llevar un asno cuando están peregrinando.

Don: ¿Tal como el cerdo lo es en el caso de los musulmanes?

Eruch: Sí. Pues eso anula todo el efecto. Los primeros pedidos podrían haber creado cualquier efecto psicológico favorable de acuerdo con tu modo de pensar, Don –en el sentido de que quien está pidiendo todas esas cosas fuera de lo común es un ser importante– pero, en un instante todo el efecto quedó anulado, destruido. “¿Qué? ¿Asnos en una peregrinación? ¡Eso es inaudito!”.

“Pero mi compañero quiere eso”, declaré. “Y no se trata de esto solo”, continué. “Todo esto debes hacerlo solamente con una condición”. Me dijo: “¿Y cuál es esa condición?”, y se puso a reír a carcajadas, indicándome que eso no era nada nuevo para él. Le dije: “La única condición es que, a cambio de todo esto, tendrás que aceptar nuestra ropa sucia: la de todos los veintidós compañeros, que la estuvieron usando largo tiempo. Ahora bien, cuando ellos se vayan de aquí se quitarán la ropa y se pondrán otra”. Dicho sea de paso, esas cosas nuevas eran la túnica y el turbante destinados a la Nueva Vida. Todos empezamos a usarlas desde Benarés en adelante. Abandonaríamos nuestra ropa vieja, e incluso nuestro reloj pulsera.

El doctor Nath me dijo: “Dile a tu hermano mayor que lo acepto, incluidos todos los regalos que hay que intercambiar, pero con una condición de mi parte: ¡que se incluya la ropa sucia *de él!*. Yo no estaba seguro de eso porque Baba nunca daba su ropa. Sabes que eso era privilegio de Mehera, de modo que no pude darle una respuesta. Le dije al doctor Nath que no estaba seguro y que tendría que ir a preguntar. Nath estuvo de acuerdo: “Asegúrate de ello; si esa condición se cumple, enton-

ces iniciaré inmediatamente la búsqueda del caballo blanco”.

Nos estrechamos las manos y nos despedimos con gran afecto. Yo admiré su amor. Entonces volví a ver a Baba y le conté sobre lo que habíamos conversado y sobre la condición del doctor Nath. Baba me envió de vuelta con este mensaje: estaba muy feliz y, por supuesto, *su* ropa también sería incluida entre la de sus compañeros. El doctor Nath se puso muy contento y así terminó el encuentro.

Don: ¿La ropa de Baba se envolvería aparte?

Eruch: Sí, en un envoltorio aparte.

Don: ¿Pero el doctor Nath no tenía algún modo de saber cuál era el envoltorio del hermano mayor?

Eruch: No, no se lo diferenció. En todo caso, pasaron los días y se enviaron muchos mensajes al doctor Nath y a la cocina. Entonces, después de haber estado viviendo en Benarés alrededor de una semana, Baba permitió que introdujeran la cocina en las dependencias en las que nosotros estábamos. Les resultaba muy difícil continuar como lo habían estado haciendo porque molestaban al hospital cuando cocinaban para nuestro grupo, que era grande. ¿Y cuál fue nuestra sorpresa? ¡Los padres del doctor Khare eran devotos de Baba! ¿Entonces teníamos que revelar esto a Baba? Pero, por su parte, Baba nos preguntó: “¿Qué me dicen de estas personas que han venido a la cocina? ¿Cómo cocinan y quiénes son? ¿Son de Benarés? ¿Son viejas o jóvenes?”. Al final tuvimos que informar a Baba sobre ellas. Baba nos dijo que, a partir de ese día, iniciaríamos nuestros preparativos para marcharnos e irnos a otro lugar cercano, el cual era Sarnath.

Entretanto Baba estaba enviando un mensaje tras otro al doctor Nath para que se apresurara con todos los regalos que iba a darnos como bhiksha. Un día nos enteramos de la buena nue-

va de que había encontrado al caballo blanco, y él lo envió para que Baba lo examinara. Baba se puso muy contento al verlo. Después se reunieron rápidamente todos los demás regalos. El doctor Donkin quedó a cargo del caballo blanco; el camello y su respectiva carreta quedó al cuidado de Baidul; y las vacas fueron entregadas a Patel, uno de los discípulos más antiguos de Baba, el cual integró el primer grupo que Baba reunió en torno de él en la localidad pesquera de Poona. Gustadji recibió las burras, y las vacas y los terneros los compartieron el doctor Nilu y Pendu. De modo que estábamos en preparativos para marcharnos porque, como ya dije, ahora que Baba se había enterado de que aquella pareja que estaba cocinando para nosotros eran antiguos devotos suyos, no le gustó la idea de seguir viviendo allí.

Don: ¿No podían ver a Baba?

Eruch: Por supuesto que no. Por el contrario, se dispuso que todo fuera más estricto aún. Hasta los movimientos de Baba eran más limitados, aunque se propuso evitar herir los sentimientos de aquellas personas. Entonces Baba me envió con otro mensaje diciendo que pensaba que debía trasladarse a Sarnath. Después de Sarnath lo haría por su cuenta con sus compañeros, pero en Sarnath quería tener algún lugar para descansar y realizar su labor, pues ése fue un lugar muy sagrado para el Buda.

El doctor Nath entendió esto: en realidad, tenía pensado ofrecer a Baba una casa muy buena, para que Baba viviera allí con el grupo. Entretanto Padri había traído en tren el carromato hasta Benarés, el mismo carromato que actualmente se halla en Meherazad. En el tren había también dos bueyes: los bueyes son toros castrados que los campesinos usan para sus labores agrícolas. Los toros se usan solamente para reproducción. Los bueyes eran ingleses. El de la yunta original había muerto, por lo que consiguieron otro para completar la pareja, más dos bueyes más, y pidieron otro carro para eso.

Cuando descargamos todos estos animales y cosas del tren, Baba nos permitió comunicarnos un momento con Padri. Aún seguía en la “vieja vida” y normalmente no nos comunicábamos con nadie de la “vieja vida”. Una vez que terminamos, dejamos a Padri en la estación ferroviaria y llevamos todas las cosas al lugar en el que estábamos viviendo. Ese día también el camello y la carreta estuvieron listos, y toda la comitiva, encabezada por Baidul y Pendu, avanzaría hacia Benarés y luego seguiría hasta Sarnath.

En cuanto a la ropa, Baba nos había dicho que la entregaríamos el día de nuestra partida. Debíamos irnos a la mañana siguiente, de modo que esa noche, antes de partir, hicimos todos los preparativos. Teníamos que entregar a Baba todo lo que teníamos puesto, incluidas cosas como por ejemplo, los relojes de oro, y luego dárselas al doctor Nath en envoltorios separados. Hicimos los envoltorios, y yo traje un carrito de mano, los cargué todos y se los llevé al doctor Nath. La ropa de Baba se hallaba en un envoltorio aparte, que yo cargué sobre mis hombros. Al llegar le dije al doctor Nath: “Aquí están todos los envoltorios”, retiré el que tenía cargado sobre los hombros y también lo puse allí: “Usted puede hacer con ellos lo que guste, pero procure que no sean devueltos”.

Me dijeron: “No los devolveremos”. Pero lo que estaban tratando de transmitirme era que esa ropa no se devolvería como estaba. Me dijeron: “La lavaremos y te la devolveremos, y aceptaremos simbólicamente la ropa del jefe del grupo”.

Les dije: “Por favor, no lo hagan o, de lo contrario habrá problemas y muchos disgustos”.

Mani: ¿Pero ellos primero se aseguraron diciendo: “Está el envoltorio allí?”.

Eruch: Sí, así es, Mani. El doctor Nath y su familia me preguntaron si ahí estaba el envoltorio de quien encabezaba el

grupo. Les dije: “Está aquí”. Se contentaron solamente con mi palabra. Después les dije que no estaba bien que trataran de devolver esa ropa, y partimos hacia Sarnath y hacia el sitio que el doctor Nath había escogido para nosotros.

Don: Una pregunta. Cuando dices que Baba quería un lugar adecuado para su labor, yo pienso automáticamente en la labor del Avatar. Sin embargo Baba dijo que sería un compañero de ustedes y que su vida estaría al margen de la función Avatárica.

Eruch: ¿Te refieres a su labor allá en Sarnath?

Don: No era una labor Avatárica o una labor universal, ¿no es cierto?

Eruch: No sé si estaba implícita o no, pero Baba nunca nos dio a entender que realizaba una labor universal en esos días.

Mani: No lo dijo, pero indudablemente la realizó.

Eruch: La totalidad de la Nueva Vida no fue otra cosa que una labor universal, si la consideras en el sentido de fijar un ejemplo para la humanidad. Eso y tantas otras cosas... no sé lo que implica en total. Ésta es una conjetura mía: que todo eso integraba el plan de labor universal.

De modo que llegamos a Sarnath, y las mujeres fueron alojadas en una casa aparte. Ahora Mani te dirá qué sucedió cuando allá les llevaron el caballo banco a las mujeres.

Mani: Cuando estábamos en Sarnath, sabiendo Baba cómo a Mehera le gustan los caballos y que es capaz de cuidarlos, hizo que trajeran el caballo al sitio en el que las mujeres estaban viviendo. Era un lugar lindo y bastante grande, con un terreno espacioso y un jardín que parecía un parque, en el que había árboles de limas y de otras especies, además de un viejo cobertizo en el que vivía un anciano cuidador. Ésa es toda una historia.

La entrada trasera estaba bastante lejos. Baba vino a decirnos que allí estaba el caballo. En realidad, había dos caballos, y Baba quiso que eligiéramos uno para llevarlo con nosotros.

Hizo que las mujeres fuéramos hasta donde estaban los caballos, y tanto Mehera como Baba los acariciaron. Mehera dijo que el caballo de menor alzada sería el mejor para montarlo, pero Baba dijo que no se montarían. Entonces Mehera y todas nosotras pensamos que el de mayor alzada era preferible porque era blanco, sin manchas y de bellísimo aspecto.

Eruch: Sus ojos eran también rosados.

Mani: Sí, lo más probable es que fuera albino. De modo que aceptamos el de mayor alzada, y se decidió que Mehera lo cuidara mientras estuviéramos allí. Todo esto sucedió durante los dos últimos días que estuvimos en Sarnath, antes de que emprendiéramos con Baba nuestra travesía a pie. Había una bolsa íntegra de cereal para alimentar al caballo y, puesto que los hombres no podían entrar, fuimos las mujeres las que trasladamos la bolsa hasta donde había una especie de establo. Estábamos muy entusiasmadas. Luego condujeron el caballo hasta el interior del establo y Baba dijo: “Muy bien, Mehera, ahora te encargas tú” y dio unas palmadas al caballo, el cual era bueno, manso y aparentemente un ángel por su aspecto. Mehera se inclinó para recoger un poco de heno y dárselo. Yo no sabía nada de caballos pero ayudé a Mehera, haciendo cuanto ella me decía, lo mismo que Meheru. Hicimos de todo por ese caballo. Mehera lo trataba como si fuera una mascota.

¡Qué caballo! De la noche a la mañana, por así decirlo, se convirtió en un demonio. Aquel caballo no permitía que nadie se le acercara. Bajaba las orejas y mostraba los dientes. Aquella primera vez, después de darle de comer –su alimento era delicioso, el mejor que un caballo podía tener– y después de que aparentemente comprendiera cuál era su rol, ¡cambió, cambió completamente! Ninguna de nosotras se atrevió siquiera a cubrirle el lomo con algo, aunque hacía muchísimo frío.

Al día siguiente Mehera estaba cerca del caballo cuando Baba

entró; entonces ella le dijo: “¡Detente, detente, Baba! ¡No te acerques a él! ¿Ves sus orejas?”. El caballo estaba preparándose para efectuar otra embestida. Baba dijo: “¿Qué dices? Pero si ayer era tan manso”. Y nada más.

Se dispuso que Donkin se encargara del caballo. Donkin era quien caminaba encabezando la comitiva junto a todos los mandali con sus túnicas y turbantes, detrás venía la carreta tirada por el camello, a continuación estábamos nosotras, las cuatro mujeres, y después la carreta tirada por los bueyes y el carromato. Toda la comitiva se puso en marcha esa bella mañana, con Donkin al frente sujetando las riendas del caballo blanco y llevándolo al paso. Cuando llegaba la hora de darle de comer, Donkin le sostenía la bolsa delante y el caballo comía hasta dejar apenas un poco. Cuando sabía que sólo quedaba un poco de pienso, con la cabeza aún gacha sobre la bolsa y mascando el resto, empezaba a girar su cuarto trasero hacia Donkin, apretándose para patear. Ésa es la historia del caballo blanco.

Rano: Mani, respecto de aquella comitiva, cuando Padri regresó de Benarés nos habló de eso. Él vino a vernos en Bombay. Baba le había impartido estrictas órdenes de no usar su cámara fotográfica, pero dijo que su dedo casi oprime el disparador. Él estaba sentado en un pequeño café de una esquina cuando la comitiva salió de Benarés, y dijo que fue un espectáculo por demás fascinante ver a todos ellos mientras caminaban así vestidos, con sus turbantes, sus largos kafnis y los animales, el camello y el caballo. Dijo que quiso tener esa bella foto porque prácticamente no hay fotos de la Nueva Vida. Sin embargo, tenía estrictas órdenes de no tomarlas.

Eruch: El grupo se quedó a vivir unos días en Sarnath. Baba nos llevó de visita a algunos sitios de interés, e hizo que los hombres se sentaran con él en las antiguas celdas subterráneas

de Sarnath. Nosotros no sabíamos qué trabajo fue hecho ahí, pero tuvimos que sentarnos en silencio cerca de él. Y después de pasar un rato recorriendo distintos sitios interesantes, regresamos al lugar en el que parábamos.

A los dos días Baba empezó a prepararse para partir de Benarés y Sarnath y emprender viaje hacia el Norte. Mandó decir al doctor Nath que permitiría que él y su familia, y el doctor Khare con sus padres, le vieran antes de que se fuera de Sarnath. Se pusieron muy contentos y todos acudieron para ver partir a quien encabezaba la comitiva y su grupo. Entonces no tuvieron más dudas de quién era el jefe.

En esa ocasión el doctor Nath trató de devolver todos los relojes y pertenencias personales que todos los compañeros le habían dado. Baba le dijo que no devolviera esos regalos pero que nos diera simbólicamente un reloj pulsera a cualquiera de nosotros. Se tomó uno, el cual fue entregado a un compañero para que registrara la hora. La familia del doctor Nath había traído consigo toda la ropa lavada y planchada para todos los compañeros, pero Baba se negó a aceptarla y nos fuimos.

Nos encaminamos hacia el Norte, rumbo a Moradabad, caminando y mendigando, hasta que llegamos a un lugar llamado Jaunpur, famoso por sus rábanos. Son enormes, pero tiernísimos a pesar de su tamaño. Son blancos y alargados, no redondos, de modo que cuando tienes uno en tus manos parecería que estás llevando la pierna de un gigante.

Cuando llegamos a Jaunpur y nuestra comitiva recorrió las calles de aquella gran ciudad, sucedió que por desgracia las escuelas acababan de cerrar. Todos los estudiantes nos siguieron abucheándonos y preguntándonos adónde íbamos. Les dijimos: “Vamos en peregrinación”, y ellos nos hacían burla: “¿Qué clase de gente es ésta que lleva burras con ellos?”. Y algunos decían:

“Lo único que hacen es tomarnos el pelo. Son un grupo de actores y actrices para alguna filmación”.

Marchamos hacia las afueras y nos quedamos allá. Ya habíamos llegado a Jaunpur cuando los compañeros empezaron a perder la paciencia entre ellos. Lo que sucedió fue que algunos compañeros habían estado trabajando arduamente mientras otros no estaban haciendo nada sino simplemente caminando. Al salir, Baba había dicho que cuando todos emprendieran la Nueva Vida, cada uno haría lo suyo. Pero el doctor Ghani nunca esperó que tendría que recorrer caminando toda esa distancia. Seguramente Baba lo favorecería: después de todo, él había sido su compañero de escuela y se lo permitía por su edad. Y allí estaba Gustadji que también era un hombre mayor.

La primera noche después de llegar a Jaunpur dormimos al aire libre y hacía un frío terrible. Eso fue en el mes de diciembre. El pobre Gustadji no pudo incorporarse a pesar de estar despierto. Estaba tan entumecido que era incapaz de moverse.

A la mañana Baba estaba listo para saludar a sus compañeros. Estaban vigentes las órdenes según las cuales debían esperar su deseo de verlos y estar todos en grupo. Pero allí estaba Gustadji tendido, incapaz de incorporarse, y otros hombres mayores que tampoco podían moverse. El doctor Ghani era uno de ellos.

Hice el recorrido para conducirlos hacia Baba, ellos empezaron a gritarme: “Bárbaro, la pasaste muy bien con el jefe del grupo. Lo único que haces es seguirlo. ¡Eso es todo! ¿Sabes lo que nosotros tenemos que trabajar?”. Entonces cada uno me regañó. Mis propios compañeros me estaban acusando de estar pasándolo bien con Baba. No les contesté porque yo sabía que Baba estaba esperando que ellos vinieran, y me limité a decir: “Sea lo que fuere, esto es lo que nos tocó en suerte. Tenemos la obligación de aceptarlo y de aceptar las penurias”. Y ellos me

dijeron: “¡Ah sí, tú puedes aceptarlo porque no estás pasando por todo esto!”.

Entonces me puse a averiguar qué había provocado esta crisis. El doctor Nilu estaba molesto y no había podido controlar para nada su carácter, es decir, el buen humor que se nos había ordenado que todos conserváramos. La razón de esto fue que, cuando atravesamos la ciudad en la que pernoctamos, él tuvo que pasar por el puesto de peaje en el que se cobra un impuesto a los que ingresan en la ciudad. El doctor Nilu estaba llevando el ternero a costas porque el animal no podía recorrer esa larga distancia. Puesto que el doctor Nilu era fuerte, al principio le resultó fácil hacerlo, pero se cansó después de cargar el ternero varios kilómetros. Cuando llegó al puesto de peaje lo hicieron detener y le reclamaron el pago de unos impuestos.

Los compañeros no llevábamos dinero, de modo que no le quedó otra cosa que hacer que detenerse allí cuando los recaudadores no lo dejaron seguir adelante sin que pagara el impuesto. Él no podía dejar ahí al ternero, y además estaba Patel quien tenía a su cargo a la vaca. Explicaron a los recaudadores cómo era toda la situación, pero tú sabes cuán inflexibles y rudos pueden ser. No aceptaban lo que se les explicaba. Era un impuesto por valor de ocho annas o algo así, pero ellos ni siquiera tenían eso. Al final alguien se apiadó de ellos y pagó el impuesto.

El doctor Nilkanth (Nilu), que estaba fuera de sí debido a la prolongada demora y a la humillación sufrida, me dijo: “Nada sabes de penurias. Vas adelante con Baba, te detienes cuando él se detiene y cuando las mujeres quieren detenerse. Tú, Baba y las mujeres la pasan bien, pero aquí estamos nosotros, los que quedamos detrás con este zoológico. No tienes idea de nuestras penurias”.

El que entonces se puso como una fiera fue Patel: “¿Sabes lo que hay que hacer cuando quieres té por la mañana? Para

eso tengo que madrugar y ordeñar la vaca. Lleva tiempo, señor. ¿Cómo crees que tienes la leche?”, y otras cosas por el estilo. Descargaron sobre mí todo lo que, reprimido en sus corazones, querían reclamarle a Baba.

Entonces le tocó el turno al doctor Ghani: “¿Qué es lo que piensas, Eruch? Compréndenos, ¿crees que es justo que nuestro compañero (refiriéndose a Baba) permita que a estos ancianos se los lleve así a la rastra? Él dice que es nuestro compañero y, si lo fuera, ¿no debería hacer concesiones a los mayores? ¿Él no debería caminar distancias más cortas? ¿No debería permitirnos que nos sentáramos en las carretas y tongas? Esta carreta con el camello está yendo vacía, y el carromato está totalmente sin uso, salvo para darles a las mujeres un lindo salón para que duerman por la noche. Y allá hay una tonga que no lleva nada, salvo los utensilios de cocina. De modo que la carreta con el camello, la otra carreta, una tonga y todo eso se está desperdiçando. ¿Él no puede dejar que nos sentemos en estas carretas y tongas? Entonces eso nos facilitaría las cosas a todos”.

Mientras ellos presentaban sus quejas Baba estaba esperando que fueran a verlo. Traté de sugerir que, en este momento, ese estado de ánimo no servía de nada y, además, que yo comprendía muy bien las dificultades que ellos tenían. Pero entonces se pusieron a hablar sobre lo problemático que era sacar agua del pozo. Había que proveerla para todo el grupo, incluyendo al camello, al caballo, a la vaca, a las burras y a los bueyes. Luego todas las noches también tenían que salir en busca de forraje para los animales. Todo esto era una carga para esas personas, mientras que lo único que yo tenía que hacer era estar al lado de Baba. Lógicamente, lo más recio de sus quejas caía sobre mí.

Don: ¿Eras como la sombra de Baba?

Eruch: Sí. Al final les dije: “No está bien que hablemos de

eso ahora; más tarde consideraremos detenidamente el asunto. Vamos”.

Entonces también Donkin estalló: “¿Sabes cómo manejar este caballo? ¡No es un caballo sino un demonio!”, y otras cosas por el estilo. “Muy bien”, dije, “ahora vayamos a ver a Baba. Ya es hora, de modo que vamos a ver a Baba con cara de alegría”. Fuimos y todo salió bien. Lo único que Baba hizo fue bromear un poco con nosotros, y eso fue todo. De un modo u otro, ese día pasó espléndidamente. Nada se dijo ni expuso en presencia de Baba. Baba dijo que nos detendríamos dos o tres días en Jaunpur y luego seguiríamos adelante. No sé por qué planeó esto y nos lo comentó precisamente entonces, tal vez para ayudar a los compañeros, especialmente a los de más edad, o quizá porque estaba aprestándonos para algo que sucedería. En todo caso, cuando un rato después Baba regresó adonde estaban las mujeres para almorzar y mientras nosotros teníamos tiempo libre, me encontré con que el doctor Ghani estaba tratando de dar una charla a los compañeros.

“Hay toda clase de grupos que dan charlas en maidaan (que significa lugares al aire libre). ¿Por qué nuestro grupo no puede expresar aquí lo que siente? Baba dice que ya no es para nosotros el Dios-Hombre ni el Maestro sino solamente un compañero. ¿Y un compañero no puede expresar sus dificultades a sus propios compañeros? ¿Por qué no?”. Entonces los demás dijeron: “Por supuesto, ¿por qué no podemos hacer eso? Si la Nueva Vida significa una vida de compañerismo, ¿por qué no podemos expresar nuestras dificultades?”.

Yo les dije: “Sí, ustedes pueden expresar muy bien sus dificultades, pero el problema es que no podemos andar con la cara larga en presencia de él. Ésa es la orden con la que nos encontramos si queremos expresar nuestro descontento”.

“Yo conozco una solución sin quebrantar la orden”, dijo el doctor Ghani: “Hacer huelga”. Entonces empezó a llamar a Baba “el jefe” y pidió que todos lo hiciéramos.

Mañana a la mañana cuando nuestro jefe venga, comenzaremos una huelga.

Algunos levantaron la mano: “Sí, haremos eso. ¿Por qué no?, porque estamos cansados de esta vida, ¿y cómo podemos seguir así a menos (y hasta) que se nos dé alguna ayuda? ¿Cuánto tiempo vamos a seguir así?”. Recuerdas que al principio Baba había dicho que sería una *nueva vida sin fin*, y que nosotros habíamos emprendido la marcha convencidos de que no retornaríamos a los métodos y cosas de antes.

Llegó el día siguiente y, según lo programado, nadie, absolutamente nadie se acercaría a Baba, aunque él batiera palmas para que alguien lo hiciera. Me preguntaron qué era lo que yo haría y les dije: “Todo lo que puedo decirles es que tendré que estar con Baba, y no estoy de acuerdo con ustedes porque no tengo esas dificultades”. Me contestaron: “Eres un hipócrita”, y se enojaron nuevamente. Te advierto que todo era de buena fe, sin odio alguno. Lo único que estaban haciendo era dar rienda suelta a lo que sentían.

Fue divertido lo que sucedió ese día. Baba vino como de costumbre, por supuesto, sin dar muestra de que sabía que algo se cernía. Debía hacerlo porque él era solamente compañero nuestro en la Nueva Vida. Estaba de muy buen humor, pero no se acercó a los compañeros, manteniéndose alejado a la sombra de un árbol. “Vamos a tener una charla aquí. Llama a todos los compañeros”, me dijo. Fui a verlos y se quedaron mirándome. Tú sabes cómo son los huelguistas: puedes imaginártelos. Había llegado el jefe, pero estaban decididos a no acercarse a él.

Baba estaba sentado cuando yo fui a decirles: “Escuchen, vi-

no Baba y quiere que todos vayan porque va a haber una charla, una charla muy importante”. No me dijeron una sola palabra: yo era un paria. Me quedé un rato callado y luego les dije: “Esto no está bien. No parece estar bien. No es adecuado que hagamos esto. El doctor Ghani puede hacerlo porque es no sólo compañero sino que también fueron a la escuela juntos, y ustedes saben cuántas libertades Baba le permite. Pero eso no lo hace con los demás”. Alguien titubeó y alzó la vista, y después otro.

Fui a ver a Baba y me dijo: “¿Qué sucede? ¿No vienen?”. Le contesté: “Sí, van a venir”. Entonces Baba me miró y me dijo: “¿Qué pasa? ¿Por qué se quedan allá parados? ¿No les diste la orden?”. Le dije: “Sí, Baba, vienen”. Es probable que Baba supiera que se estaba tramando algo, por lo que esperó pacientemente. Empezaron a acercarse uno tras otro, pero el doctor Ghani no se movía. ¿Cómo podía hacerlo? Él era el líder y perdería prestigio.

Entonces Baba me mandó decirle al doctor Ghani “¿Qué es lo que estás pensando? Si tuvieras la valentía –me dijo subrayando esta cuestión– si tuvieras la valentía, deberías venir a afrontar la situación y decir claramente a tu compañero lo que sientes”. Estas fueron las mismas palabras que el doctor Ghani había usado para influir sobre los demás, y Baba las estaba utilizando ahora contra él.

El doctor Ghani respondió con firmeza: “¿Qué dices? ¿Qué no tengo la valentía? Por supuesto que la tengo para venir a hablar de estas cosas a mi compañero. ¿Por qué no debería hacerlo? Se lo estuve diciendo precisamente a esas personas”.

Entonces el doctor Ghani se acercó y Baba le dijo: “¿Qué sucede?”. En vez de decirle lo que sucedía, el doctor Ghani acusó a los que estaban ahí sentados: “Todos estos compañeros nuestros no son otra cosa que hipócritas, Baba”. Baba le contestó: “¿Por qué los describes unilateralmente como hipócritas? ¿Qué

han hecho?”. El doctor Ghani le dijo: “¿Qué han hecho? Me prometieron que hoy no se acercarían a ti, y me prometieron que acatarían lo que habíamos decidido en el sentido de...”. Baba lo interrumpió: “¿Quién eres para que alguien te prometa algo?”. Yo estaba interpretando los gestos de Baba, pero esto fastidió al doctor Ghani y me dijo: “¡Deja de hablar ya! Yo entiendo los gestos de Baba. ¿Por qué tú tienes que decir estas cosas?”. Y en medio de todo ese estallido del doctor Ghani, mientras Baba permanecía callado, todo lo que estos compañeros habían pensado y sentido quedó olvidado por completo, convirtiendo al doctor Ghani en el chivo expiatorio.

Entonces Baba le dijo al doctor Ghani: “¿Sabes que yo no sólo soy tu compañero sino que hemos ido a la escuela juntos? ¿Recuerdas cómo solíamos luchar? ¿Querías luchar ahora y arreglamos el asunto?”. Eso hizo que el doctor Ghani se riera y, de ahí en adelante, la reunión se tornó muy amigable y todo quedó olvidado. Después de ese día tuvo lugar un gran cambio. Nadie abrigó resentimientos, refunfuños ni nada por el estilo. Éramos como habíamos sido al comienzo.

Don: ¿De modo que lo grave alcanzó ahí su punto crítico?

Eruch: Sí, su punto crítico. En Jaunpur.

Don: Ahora sólo un detalle técnico, Eruch. ¿Es de suponer que Ghani estaba enojado cuando acusó a todos los demás compañeros de haberlo traicionado, de modo que quebrantó la norma fundamental que Baba había establecido?

Eruch: No, no estaba enojado. Simplemente puso mucho énfasis en decir lo que tenía que decir. No se enojó.

Don: ¿Entonces no se lo podía acusar de haber estado de mal humor? ¿Estaba consignando un hecho sin dejarse llevar por la ira, de modo que no se pasó de la raya?

Eruch: Sí, pero pudimos percibir que él estaba diciendo lo

que sentía. Sentía con vehemencia que ellos eran hipócritas, pero al mismo tiempo no expresaba ira alguna.

Don: Entonces Baba no podía decirle: “¡Ghani, vete!”

Eruch: No, de ninguna manera. Lo que ellos querían era que Baba les concediera algo, y para conseguirlo decidieron ir a la huelga. ¿Qué se proponían conseguir de Baba con esa huelga? Que les permitiera sentarse en las carretas que iban vacías todo el día. ¡Además, los animales estaban bien alimentados –había dinero para su forraje– pero no había dinero para la comida de los compañeros! Ellos pensaban que era injusto que se ocuparan de las necesidades de los animales pero no de las necesidades de los seres humanos. ¿Los seres humanos eran peores que los animales en esta Nueva Vida? Entonces armaron una situación para convencer a Baba de que debía ser más generoso cuidando a sus compañeros que cuidando a los animales.

Don: Eruch, hasta donde tú estas al tanto, ¿ese tipo de resentimiento volvió a surgir alguna vez?

Eruch: No se evidenció nunca más.

Don: ¿No hubo más incidentes de este tipo?

Eruch: No los hubo después de aquel episodio que tuvo lugar en Jaunpur. Y teniendo también en cuenta que sólo eso surgió debido a ciertos sucesos que lo precedieron. Todos estaban fatigados tras la larga marcha desde Sarnath hasta Jaunpur, los animales habían empezado a causar muchos problemas, la gente del camino se había estado burlando de que pensarán ir en peregrinación con dos burras, y tanto el caballo como el camello estaban provocando muchos trastornos.

Don: Estaban muy tensos.

Eruch: Sí, la situación era tensa. Y para colmo no habíamos tenido descanso. Todas las veces que acampábamos, alguien tenía que ir a buscar forraje para los animales, otros tenían que

mendigar la comida para los compañeros, y otros tenían que atender más obligaciones aún.

Don: Eruch, ¿durante los meses siguientes hubo incidentes entre los compañeros, incluso fuera de la vista de Baba?

Eruch: Sí, los hubo. Debo ser muy justo y franco: hubo un estallido al cabo de la Nueva Vida cuando a algunos compañeros se les dijo que deberían ganarse el sustento e iniciamos una actividad comercial. ¿Supiste eso?

Don: Sí, sólo unos pocos detalles.

Eruch: Fue en Delhi. Se nos envió a Delhi y se nos dijo que estableciéramos una fábrica de ghee (manteca clarificada), y enlatáramos y vendiéramos la manteca en el mercado. La cosa estalló por algo muy sencillo. Algunos compañeros se encargaron del trabajo fácil mientras que otros tuvieron que cumplir las partes más arduas y problemáticas, como por ejemplo, estar parados frente al fuego en verano o ir al mercado transportando sobre sus cabezas las latas precintadas.

No era pareja la distribución del trabajo ni se compartían por igual sus rigores. Pero ése fue el único suceso de esa índole. Todo ocurrió en ausencia de Baba y se arregló amigablemente conviniendo en que las obligaciones se modificarían y adecuaban a las edades de los compañeros.

Después de lo sucedido, partimos hacia Jaunpur y nos dirigimos a Moradabad. Cuando llegamos allá, Baba dijo que, después de nuestro largo viaje desde Benarés hasta Sarnath, sería mejor que nos tomáramos una semana para descansar. Estábamos al aire libre y cerca de la estación ferroviaria. Era una zona especialmente reservada para festividades, como la de Divali y Ramlila. En esos días especiales la gente se reunía ahí y se celebraba una especie de feria. Por consiguiente el lugar estaba desocupado la mayor parte del año, nosotros fuimos a acampar ahí.

Todavía recuerdo que eso fue en el mes de diciembre porque Baba dijo: “Es el cumpleaños de Mehera, por lo que tomaremos una semana de descanso de nuestras travesías, desafíos y penurias. Descansaremos, con una excepción, todavía tendremos que salir a mendigar nuestra comida”.

Dicho sea de paso, debo contarte algo muy divertido que sucedió en nuestro trayecto hacia Moradabad. Se rompió la rueda de una de nuestras tongas, entonces Baba envió a Adi y Donkin, que conducían la tonga, y creo que a alguien más, a la siguiente aldea en otra tonga, a fin de reparar la rueda rota. Había que hacerlo porque no había herreros en ningún sitio cerca de donde se había roto la rueda.

Tan pronto el grupo llegó a la siguiente aldea y encontró un herrero, éste aceptó arreglar todo. Los arreglos terminaron cuando ya era de noche y todavía tenían que regresar al campamento a fin de estar listos para la jornada del día siguiente. Tenían dinero para reparar la rueda y dar de comer al caballo, pero no contaban con nada para que ellos pudieran comer, de modo que tendrían que salir a mendigar.

Adi dijo: “Es demasiado tarde. Todos ya deben estar durmiendo. ¿Dónde podremos ir a mendigar?”. Todos tenían hambre pero no podían pedirle al herrero que les diera de comer debido a las instrucciones impartidas por Baba. De modo que Adi, sabiendo muy bien que el arreglo de la rueda costaría cinco rupias, le dio diez en pago.

El herrero le dijo: “Esto es demasiado. ¿Por qué me paga esto?”. “No, no, acéptelo”, insistió Adi. “Usted hizo el trabajo, incluso entrada la noche”. Y continuó: “Bueno, ahora tendremos que irnos en procura de nuestra bhiksha. Tendremos que encontrar comida. Tenga a bien aceptar las diez rupias y no se preocupe por el cambio”. Entonces aquel hombre captó la insinuación y, a modo de bhiskha, les ofreció comida para que ce-

naran. Adi y los que lo acompañaban consiguieron un poco de comida y regresaron a donde estábamos nosotros. Ya ves, en la Nueva Vida también usábamos un poco de discreción y otro poco de inteligencia a fin de adecuar nuestra existencia a las necesidades del momento.

Cuando llegamos a Moradabad era diciembre, hacía muchísimo frío y no sabíamos qué hacer con la poca ropa que teníamos. Estábamos al aire libre y nuestras uñas se pusieron azules. No sabíamos qué hacer. No trabajábamos, no nos movíamos, no hacíamos nada. Normalmente teníamos que caminar considerables distancias y el ejercicio nos hacía entrar en calor, pero no en esa ocasión.

Pasó la primera noche, fue horrible, y todos estuvimos temblando constantemente. No teníamos dinero a fin de comprar leña para el fuego. Cada uno de nosotros empezó a preguntarse cómo pasaría los días en Moradabad. Es un lugar muy al norte de la India, y por lo tanto muy frío.

Don: Eruch, cuando ustedes necesitaban un poco de dinero, por ejemplo, para reparar la tonga, ¿de dónde provenía?

Eruch: Kaka Baria contaba con un fondo de reserva que había que gastar solamente para el forraje diario de los animales y, en caso de emergencia, para reparaciones. Se lo utilizaba sólo en casos extremos siempre y cuando Baba lo ordenara.

Prosigamos con nuestra estadía en Moradabad. A la mañana siguiente vimos que alguien venía hacia el campamento. Era el hijo de Harjivan Lal, un abogado de Delhi. El padre ya murió, pero el hijo todavía vive. Posteriormente fue a Inglaterra a estudiar.

El hijo se acercó a nosotros, y cuando le preguntamos por qué motivo vino, nos dijo que era obedeciendo las instrucciones de su padre: debía llevar a Baba y a los compañeros carretas con comestibles y ropa.

En ese momento Baba estaba cerca, por lo que fuimos a contarle esto. Pero evidentemente Baba ya había alcanzado a oír lo que aquel joven había conversado con nosotros; entonces se acercó y enseguida preguntó al joven por qué había quebrantado su orden. Al escuchar esta breve amonestación, el muchacho se conmocionó tanto que cayó desmayado. De inmediato nos ocupamos de tratar de hacerlo volver en sí, pues teníamos muchísimo miedo de que se hubiera fracturado el cráneo porque cuando cayó habíamos oído un gran ruido.

Don: ¿Creo que una vez dijiste que ese muchacho había visto a Baba cuando era niño, pero no durante muchos años?

Eruch: No lo vio durante años. Cuando volvió en sí nos contó su historia. Su padre había estado al tanto de la travesía de Baba desde la época en la que salimos de Benarés hasta que llegamos a Moradabad. Se proponía proveernos ropa de lana a todos porque sabía muy bien que Baba y los compañeros no tenían suficiente ropa y el invierno se acercaba. Asimismo, sabiendo que sólo dependíamos de la comida que mendigábamos, había dispuesto proveernos cargamentos de fruta seca, almendras y otras cosas. Había frazadas, guantes, medias, pullovers, bufandas y pasamontañas de lana, que aquí en la India llamamos “gorras de mono” porque cuando las usamos parecemos simios.

Don: ¿Cómo la que usa Kaikobad? Son de un aspecto muy extraño.

Eruch: Sí. Y además de los artículos de lana, también recibimos de él ropa de algodón. Todo esto fue como caído del cielo y nos sorprendió a todos. Baba nunca nos había dado a entender nada de esto, y lo único que había dicho fue que deberíamos descansar ahí durante una semana. Entonces, repentinamente, aquel hombre de Delhi tuvo la inspiración de disponer que se nos enviara en el momento exacto todo lo que necesitábamos, precisamente cuando pensábamos que corríamos muchísimo

peligro, estando sin protección alguna en medio de ese clima, sin contar siquiera con el calor de una fogata.

Una vez que recibimos todas esas cosas, el aspecto de Baba era de absoluta indiferencia y despachó al joven, pero aceptó amablemente los regalos y le mandó a decir a su padre que los había recibido, pero que no debía hacer nuevos intentos de ponerse al tanto sobre la marcha del grupo.

Don: ¿Pero Baba no dio muestras de estar enfadado?

Eruch: No, por el contrario, al muchacho le dijo que estaba satisfecho con todo lo que había traído, pero pudimos percibir la indiferencia de Baba. Sus muestras de contento las reservó para después, cuando estuvo a solas con nosotros. Pero mientras el joven estuvo allí, Baba no se mostró contento ni descontento: se limitó a darle este mensaje para el padre: que estaba feliz con todo lo que le había enviado y que no debía seguir más la marcha del grupo.

Mani: ¿Que no lo siguiera a pie?

Eruch: No, que no se propusiera cosas parecidas, y que ya no debía preocuparse por el grupo. Entonces el muchacho se fue de allí y Baba distribuyó los regalos. Baba comentó cómo habíamos recibido esas cosas justo a tiempo. También nosotros expresamos nuestra sorpresa.

Así fue cómo la inspiración de alguien nos salvó en Moradabad enviándonos lo que necesitábamos en el momento preciso.

Don: ¿Presumiblemente esto es un ejemplo de lo que ya mencionaste en el sentido de que, debido a la fuerza de Baba incluso en el período de la Nueva Vida, las cosas sucedían en el momento preciso?

Eruch: Sí, las cosas sucedían. Yo quería darte ejemplos de cómo su autoridad quedaba de manifiesto aun cuando estaba de incógnito, incluso sin que alguien mencionara su nombre o sin

que expresara cualquier aparente deseo de que alguien suministrara algo. La ayuda llegaba en el momento preciso, cuando más se la necesitaba. No sucedía bajo presión, órdenes externas o...

Don: ¿Órdenes extrañas?

Eruch: ...órdenes extrañas, como tú dices: todas esas cosas se las ofrecían. Se las ofrecían sin que hubiera órdenes externas, pero sucedían por sí solas.

Para citar otro ejemplo de esta clase de episodios, después de Moradabad seguimos a pie hacia los Himalayas, con destino a Najibabad.

Don: ¿En la época más fría del año?

Eruch: Sí, en la época más fría del año. Allí, desafortunadamente, o afortunadamente, sucedió que Kaka Baria sufrió su primer ataque cardíaco. Fue una calamidad puesto que todo el grupo dependía de Kaka Baria para que cocinara la comida que nosotros mendigábamos. Él juntaba y preparaba cuanto nosotros traíamos después de mendigar.

Don: ¿Kaka Baria era el principal cocinero en el campamento?

Eruch: Sí, además de ser el tesorero. Baba quería que se prestara especial cuidado a Kaka Baria, y por eso lo alojaron en la propia carpa de Baba durante la noche después de que tuvo el ataque. Baba dijo: "No está bien que prosigamos así con Kaka Baria, de modo que deberemos ir en tren". Pero no teníamos dinero. ¿Cómo iríamos en tren? Sucedió lo mismo nuevamente. Baba dijo a dos de nosotros: "Muy bien, vayan a conseguir que alguien les dé los pasajes". Creo que Adi y yo fuimos enviados a encontrar a alguien que nos ayudara.

Entramos en Najibabad para llevar a cabo los deseos de Baba, los cuales, como de costumbre, eran una madeja de condiciones, entre las cuales estaban las siguientes: Baba y las cuatro mujeres deberían viajar en primera clase hasta Dehra Dun, y el res-

to de los compañeros, todos hombres, viajarían en tercera clase. Entonces, lo que Adi y yo teníamos que hacer era ir a buscar una persona que nos diera cinco pasajes de primera clase y unos veinte pasajes de tercera clase de Najibabad hasta Dehra Dun.

Ya en la ciudad nos decidimos finalmente por una persona a la que nos acercáramos para hacerle el pedido. Era un empresario. Habíamos ido a su oficina y entrado en ella como respondiendo a una inspiración. Miramos dentro, golpeamos la puerta, pedimos permiso para ver al dueño y le dijimos lo que queríamos. Lo sorprendente del caso fue que no tuvo inconveniente en gastar el dinero para este pedido.

Llamó a su empleado y le pidió que calculara el precio total de los pasajes. Una vez que lo hizo, de inmediato ordenó a su cajero que nos diera esa suma. Sin embargo le dijimos: "Señor, no podemos aceptar dinero". Nos contestó: "¿Cómo van a ir? ¿Cómo van a comprar sus pasajes?". Le dijimos: "Estamos acampando en cierto sitio de las afueras de esta ciudad, y el jefe del grupo nos dio determinadas instrucciones. Él estará muy satisfecho si usted se atiene a ellas. Las instrucciones son que no debemos recibir dinero alguno que usted pudiera darnos. Por el contrario, usted debería ordenar a su propio personal que compre los pasajes para que nos entreguen en el momento en el que abordemos el tren.

Él nos dijo: "¿A qué hora sale el tren? ¿Qué hora tienen ustedes prevista?". Le contestamos: "El tren sale mañana a las cuatro de la mañana". "¡De madrugada! ¡Muy temprano! Ah, ¿de modo que el tren que tomarán va a Dehra Dun? Bien, bien, haré eso". Entonces llamó a su empleado para que estuviéramos al tanto y nos reconociéramos al día siguiente por la mañana. Luego nos fuimos contentos e informamos a Baba que el trabajo estaba hecho.

Esto también puso muy contento a Baba. ¡Imagínate, acercar-

se a alguien, no por uno o dos pasajes, sino por veinte pasajes de tercera clase y cinco de primera! Y no tardamos mucho. Sólo tuvimos que decir qué queríamos. Tardamos entre quince y veinte minutos. Por supuesto, la caminata nos llevó mucho tiempo, pero necesitamos apenas veinte minutos con la persona correspondiente a fin de realizar todo lo proyectado. En la madrugada del día siguiente abordamos el tren rumbo a Dehra Dun.

Don: ¿Eruch, qué sucedió con todos los animales, carretas y tongas?

Eruch: Te lo diré. Algunos siguieron con nosotros hasta Dehra Dun, pero nos deshicimos del resto en el trayecto.

Los años de 1947 a 1952, fueron años de grandes alteraciones del orden en la India. Fue la época en que la India fue dividida territorialmente, y tenían lugar muchos disturbios y caos social. La circulación de los trenes, y muy especialmente de los trenes de transporte de mercancías, ¿tú los llamas así?..

Don: Los llamamos trenes de carga.

Eruch: Nosotros los llamamos trenes de transporte de mercancías. Había un desorden total en sus recorridos y, si una persona iba a ver a las autoridades ferroviarias para pedir algo particular, invariablemente alzaban las manos y le decían que tenían prioridad los trenes que circulaban para el gobierno. De modo que te sorprenderás cuando te hable de la colaboración que conseguimos cuando Baba quiso que transportaran esos animales. Fui a ver al jefe de la estación cercana y le dije que querríamos disponer de una cantidad de vagones de transporte de mercancías, y me preguntó: "¿Para qué los quiere? ¿Se trata de vagones para transportar mercancías, o tan sólo quiere mandar algún flete con ese tren?". Le dijimos: "No, querríamos tener algunos vagones". "¡Vagones! ¿Para qué?". Le dijimos: "Tenemos que transportar unas tongas, algunas carretas

tiradas por bueyes, un camello, un caballo y una vaca...". "¿Me puede explicar de qué se trata?". "Bueno", empezamos a explicarle, "la cuestión es que...".

Por supuesto, el jefe de estación trató de preguntarle a los empleados, pero le dijimos: "Vea, estamos peregrinando y esas cosas deberán acompañarnos. No podemos seguir adelante a pie, y por eso querríamos transportarlas en tren y necesitamos su ayuda". Nos dijo que lo viéramos al día siguiente y que, entretanto, estudiaría todo el asunto. Baba nos envió otra vez al día siguiente, y descubrimos que el superintendente de la estación nos había preparado tres vagones. Así fue cómo, para nuestro asombro, pusieron vagones a nuestra disposición y pudimos trasladar los animales hasta el destino que Baba quería.

En resumen, nuestros esfuerzos se concretaban sin dificultad con cuanto tratábamos de hacer en la Nueva Vida para llevar a cabo las órdenes de Baba. Por eso yo suelo decir que, a decir verdad, en medio de una vida de desamparo y desesperanza, la Nueva Vida con Meher Baba no era penosa.

Pero ahora estamos viajando en un tren desde Najibabad hasta Dehra Dun. Creo que éste es el destino al que nos dirigíamos cuando en octubre de 1949 partimos de Meherazad.

Don: ¿Sabías que ése era el destino al que Baba se proponía ir?

Eruch: Eso no lo sabían todos. Sólo tres o cuatro compañeros lo sabían porque Baba quiso mantenerlo en secreto. Algunos lo sabíamos porque nos encargábamos de la correspondencia. Éramos instrumentos de los que él se valía para despachar cartas y mensajes. Naosherwan Nalavala, padre del editor de *The Glow*, era quien sabía cuál era nuestro destino en la Nueva Vida, y tenía la orden de no decírselo a nadie.

Don: ¿Él estaba en Dehra Dun?

Eruch: Sí, estaba en Dehra Dun, sitio al que nos dirigíamos y

llegaríamos en pocas horas. Había sido informado de esto por carta y con instrucciones de Baba. Antes de nuestra llegada tenía que preparar comida y tenerla lista en la estación ferroviaria de Dehra Dun. Baba comería en la estación y luego partiría hacia el lugar fijado como nuestro campamento y destino.

Asimismo, por orden de Baba, el lugar hacia el cual nos dirigíamos había sido comprado muy barato por Keki Nalavala a nombre de Eruch y Pendu juntos. Era un terreno situado en las afueras de Dehra Dun, y sería nuestro hogar varios meses durante la Nueva Vida. Eso era todo lo que Baba le había dicho a Keki Nalavala en el mensaje que le envió. Debería haber agua en las cercanías, pero nosotros nos encargáramos de nuestras comidas. Nalavala ya había comprado allí el terreno; ¿oíste hablar de Shatrugena Kumar?

Don: Sí, me enteré de Kumar.

Eruch: Era una porción de su propiedad, cerca de Dehra Dun, que fue comprada por Nalavala. Así fue cómo Kumar y toda su familia entraron en escena. Actualmente la hija de Kumar está casada con Dara, el hijo de Adi, hermano menor de Baba.

Don: ¿Ésa fue la conexión original de toda esa familia con Baba? ¿No lo habían conocido anteriormente?

Eruch: No, no sabían nada de Baba. Kumar era un revolucionario. ¿Sabías eso?

Don: ¿Quieres decir que era un revolucionario que estaba en contra del régimen inglés?

Eruch: Sí, contra los británicos. Pero ésa es toda una historia aparte que otro te la contará algún día. Aunque, para continuar, cuando llegamos a la estación de Dehra Dun, Keki Nalavala se reunió con nosotros, y Baba apenas había bajado del tren indicó que quería comer. Keki nos dijo que la comida estaba por llegar porque ya tenía todo arreglado: la familia de Kumar nos pro-

veería la comida trayéndola de su casa, situada en Manjri Mafi, fuera de Dehra Dun. Era el sitio al que iríamos a vivir, en el lote de su propiedad, que le habían comprado.

La esposa de Kumar, pensando en toda esa comitiva que vendría en peregrinación, decidió suministrar una comida recién preparada. No quiso que ese grupo pensara que le estaba dando comida vieja. Dicho sea de paso, la casa está ubicada cerca de las vías del tren, por lo que éste pasa siempre frente a la casa de ellos. Por eso, cuando ella tiene que agasajar a alguien que viene en tren, trata de poner el arroz en el fuego precisamente cuando pasa el convoy. ¡Entonces puede servir el arroz caliente!

Sin embargo a nadie se le ocurrió decirle que, en esta ocasión, la comida se serviría en la estación ferroviaria, a unos diez kilómetros de distancia. De ahí la demora. Pero esta pequeña demora trajo una familia más hacia Baba.

Finalmente, cuando Kumar llegó con la comida y todos los utensilios, estaba muy alterado y trató de disculparse. Al no saber quién encabezaba el grupo, pues Nalavala nada le había dicho al respecto, se disculpó ante todos diciendo que lamentaba la demora. Sólo más tarde pudo saber quién era el jefe porque todos trataron de servirle su comida a Baba.

Baba estaba sentado con Nalavala en la sala de espera de la estación y tenía ante sí el plato para comer cuando le presentaron a Kumar: "Aquí está el señor Shatrugena Kumar. Es la persona que era dueña del lote que hemos comprado para la vivienda de la Nueva Vida, y la comida de hoy proviene de su hogar". Baba lo señaló con gestos diciéndole: "Muy bien, estoy muy contento con todo eso. ¿Pero a qué se debe esta demora? ¿Usted no sabía la hora en que servirían la comida?". Kumar le contestó: "Sí, me la dijeron". Pero como Kumar era un hombre de sólidos principios, se sintió muy dolido por esta pequeña indirecta de Baba. Había estado al mando de tropas y también se

sintió "tocado" por esto. Se deshizo en disculpas y dijo que no era culpa suya sino más bien de su esposa, pero que se la podría perdonar porque ella había tenido buenas intenciones, al tratar de servir la comida recién hecha. Entonces le contó totalmente cómo fueron las cosas.

Baba se puso muy contento y elogió a la esposa de Kumar, pero como Baba era Baba tanto en la Nueva Vida como en la "vieja vida", le dijo: "Lógicamente, usted debió haberse enfadado muchísimo con su esposa". Baba no había tocado aún la comida, pues esta conversación estaba teniendo lugar antes y mientras le servían la comida. Kumar dijo: "Sí, me enfadé un poco, lógicamente, porque sé lo que el tiempo significa. El tiempo es muy importante para todos nosotros. Y el señor Nalavala había recalcado que yo debía ser puntual porque usted es muy estricto con el tiempo, y por eso realmente me afectó muchísimo encontrarme con que mi esposa se había demorado".

Baba le dijo: "Está bien, pero usted no debería haberse enojado con su esposa ni debería haberla abofeteado por esa razón". Kumar echó una mirada a Baba mientras se preguntaba quién era este hombre para meterse en los asuntos privados de una familia? Después le dijo: "Sí, tuve que abofetearla".

Baba le dijo: "¿Cómo? ¿Usted abofeteó a una mujer, a su propia esposa? ¡Un hombre levantando la mano a una mujer?". Baba estaba diciendo todo esto con gestos y yo era el intérprete. Entonces alejó el plato de arroz con dal, su plato favorito, indicando con un ademán que no quería probar esa comida.

Esto afectó muchísimo a Kumar: "No, no fue culpa mía. Ella me provocó para que yo hiciera eso. Le dije que no debía esperar el tren y que no era necesario que ella sirviera la comida caliente. Después de todo, había que trasladarla unos diez kilómetros. A pesar de que ella la cocinaría a la hora fijada, la comida que se serviría no estaría caliente". Ella se había enterado de

la distancia que había que recorrer para llevar la comida, pero demasiado tarde para que llegara a tiempo.

Es sabido que, según es costumbre entre los hindúes, tan pronto una persona se sienta a la mesa, la obligación de la ama de casa es servir la comida recién cocinada, considerándose que esto es señal de gran hospitalidad. Éstas son cuestiones muy importantes en la propia vida familiar. Así, por ejemplo, la ama de casa se pone a preparar chapatis mientras al huésped se le sirven las verduras, a fin de llevarlos directamente de la sartén al plato de aquél. También pone el arroz en la hornalla en el momento exacto. Ella sabe la hora exacta que esa cantidad de arroz tardará en cocerse, y obra en consecuencia. Ésa es una señal de hospitalidad y buen manejo de la casa.

Cuando Baba apartó su plato, ignoró por completo la presencia de Kumar y le dijo al señor Nalavala que dispusiera que se sirviera la comida a los demás compañeros. Kumar lamentó muchísimo esto. Quien encabezaba la comitiva no quería comer su comida. Kumar empezó a murmurar sus excusas hasta que al final Baba lo miró y le dijo; “¿Está usted seguro de que no lo hará otra vez? ¿Podrá prometerme que en su vida jamás volverá a golpear a su esposa?”. Kumar le prometió solemnemente a Baba que no lo volvería a hacer. Baba le tendió la mano aceptando lo que él le prometió.

Después de esto Baba se sintió feliz, tomó el plato y empezó a comer. También Kumar se sintió muy feliz, sabiendo poco sobre lo que su compromiso representaba. Actualmente Kumar es absolutamente dócil. El tigre se convirtió en el cordero de Baba. Hoy en día vive como un asceta, pero en aquella época era un verdadero revolucionario, a quien no le importaban mucho las leyes del país ni persona alguna. Dicho sea de paso, el terreno en el que ahora vive, y también el lote que nos vendió para la Nueva

Vida, se los entregaron a él por los servicios prestados al gobierno de la India y porque encabezó un partido revolucionario.

De modo que ese día pasó y Kumar regresó a su casa. No había sucedido nada más. Ahora comienza otra historia. Dejaré a Kumar y el episodio final de su historia hasta que te cuente lo que a continuación sucedió cuando Baba estaba sentado con Keki Nalavala en la estación ferroviaria de Dehra Dun.

Después de que comieron, Baba preguntó al señor Nalavala si había alguna noticia digna de mención. Él le dijo: “Sí, he estado esperando para contártela, pero no estaba al tanto de esta confusión acerca de la comida. Yo quería darte cuenta de algo tan pronto llegaste. Hay alguien que está aquí esperando”. Baba lo interrogó: “¿De qué se trata? ¿Quién está esperando a quién?”.

Nalavala le dijo: “Baba, esta persona me ha estado importunando durante los últimos tres días y tres noches. Vino hace tres días, cerca de la medianoche, golpeó mi puerta, me hizo salir de la cama y me preguntó si ésa era la casa de alguien que sabía que estaba por llegar una comitiva.”. Ahora bien, Nalavala tenía órdenes estrictas de no revelar ese hecho y replicó: “¿Qué comitiva? ¿Qué quiere decir? ¿La comitiva de quién?”.

El extraño le dijo: “Hay alguien que se encamina hacia esta ciudad desde el Sur, y he tenido muy claramente una visión de que alguien que es muy grande está viniendo hacia aquí, mendigando en todo el trayecto. Quien encabeza esa comitiva me ha indicado que yo venga hasta aquí con los comestibles necesarios”.

Nalavala le dijo: “¿Quién te dijo eso? No sabemos nada de eso. Debes haber imaginado todas esas cosas”. “No, he estado buscando por todas las casas. Por ese motivo tardé tanto tiempo. Yo quería encontrar el lugar exacto, y éste es el lugar que yo he visto en mi visión. Por favor, dime si eres la persona que sabe algo acerca de alguna comitiva que se está acercando a este lugar”.

“No sabemos nada de eso. Estás equivocado. Sería mejor que fueras a preguntarle a otra persona”, le dijo Nalavala con insistencia. Pero el extraño se quedó ahí esperando, y Nalavala no sabía qué hacer. Ya era medianoche y no sabía qué más decirle. El hombre era de Aligarh, en el Sur de Delhi. Debes haber oído hablar de la Universidad de Aligarh. Aligarh era también uno de los centros más importantes de producción mantequera en la época de los británicos, y la manteca y el queso Keventer de Aligarh eran considerados muy puros y buenos. Este hombre que había tenido la visión era el único proveedor de crema para la firma Keventer, destinada a toda su fábrica. Se llamaba Todi Singh.

El señor Nalavala dio a Baba una descripción de ese hombre, y Baba le preguntó: “Está bien, ¿qué sucedió?”. Nalavala replicó: “Traté de disuadirlo esa noche, Baba, porque yo estaba muy cansado, y le dije que viniera al día siguiente. Pero él me suplicó que si se iba, ¿dónde guardaría toda la mercadería que había traído? Entonces Nalavala dijo que se asomó por la ventana y vio que allí había una fila de carretas tiradas por bueyes.

Don: ¿Con comestibles?

Eruch: Con comestibles. Baba le preguntó en qué consistían, y Nalavala le dijo: “Baba, había un cargamento de tan sólo latas de manteca, latas llenas de mantequilla fresca de mesa. ¿Conoces esas latas militares, cerradas arriba herméticamente? Se las puede congelar. ¡Él había traído toda esa manteca porque era suya! Era el único proveedor de crema para la firma Keventer. Otro cargamento era de fruta seca, almendras, pistacho, anacardo e higos secos. Hay mucha fruta seca en el Norte de la India. Sólo imagina las cosas que había ahí. También había una carreta con comida en lata. Otra carreta estaba cargada con bolsas de arroz, legumbres y toda clase de condimentos y latas de mantequilla clarificada. Y aún había otra carreta cargada con papas, cebollas, ajo y verdura fresca, todo ordenado”.

Nalavala echó una mirada a esa caravana que era, por así decirlo, perteneciente a la cocina de la Nueva Vida, y se preguntó qué debía hacer. Porque él era el culpable...

Don: ¿Por qué culpable?

Eruch: Culpable por eludir decir la verdad. Con seguridad estaba al tanto de la llegada de Baba y su comitiva, pero durante todo ese tiempo, a Todi Singh, que lo apremiaba requiriendo información, le había dicho que no sabía nada. Este hombre estaba convencido de la grandeza de Baba debido a la visión que tuvo de él. Nalavala no tuvo valor para rechazarlo de manera rotunda: sabía que algo había ocurrido con ese hombre y que ése era el motivo de que hubiera traído todas esas cosas. Nalavala no lo conocía porque era un extraño, completamente extraño. Por otra parte, Harjivan Lal, que envió a su hijo a Moradabad con las carretas cargadas con ropa de abrigo, fruta seca y demás, era un fiel devoto de Baba.

Don: Un viejo devoto.

Eruch: Sí, un viejo devoto que había rastreado los desplazamientos de Baba y quería proveer las cosas necesarias a su amado Maestro, el Dios-Hombre. Está bien, alguien podría decir, “todo eso es correcto, Harjivan era un devoto de Baba que quería ayudarlo a él y a su grupo”. Pero qué dices de este episodio, cuando un hombre que nunca vio ni oyó hablar de Baba tiene una clara visión en la que se le ordena que ¡suministre determinadas cosas en tal y tal sitio! ¡Y él viene trayéndolas!

Don: ¿En esa época Nalavala era un devoto de Baba de antigua data?

Eruch: Sí.

Don: ¿Él reconoció que, de alguna manera, Baba pudo haberle ordenado esto internamente a ese hombre?

Eruch: ¡Oh, sí!

Don: ¿El hombre que trajo todas esas provisiones era un in-

dividuo que había seguido el sendero espiritual durante algún tiempo?

Eruch: No, no. Después te diré qué clase de vida había llevado y cómo él cambió por completo. Pero para seguir con lo ocurrido en Dehra Dun, Nalavala le estuvo contando todo esto a Baba en la estación. Le dijo que no había sabido qué hacer con ese hombre, y por eso dejó que esa noche se quedara y después lo llamó, a la mañana siguiente, para discutir el asunto. El desconocido le suplicaba a Nalavala, dónde debería llevar esos cargamentos de comestibles y dónde podría ponerlos durante la noche.

Nalavala le dijo: “Puedes hacer lo que gustes”, y le indicó que había una posada en la que, sin duda, podría dejar las cosas en depósito. El hombre abandonó a regañadientes la casa de Nalavala, insistiendo en que regresaría temprano, a la mañana siguiente, y que entonces Nalavala debía decirle la verdad sobre toda esa situación.

El hombre llegó a la mañana siguiente, y Nalavala dijo que no había tenido corazón para rechazarlo. A esta altura Baba palmeó a Nalavala en el hombro y le dijo: “Hiciste lo correcto. Está bien que revelaras los hechos”. Muy contento con Nalavala, lo palmeó y le dijo: “Bien hecho. ¿Qué sucedió luego?”. Nalavala le dijo: “A la mañana siguiente, cuando él vino, le revelé los hechos. El hombre está aguardando en la posada con todos aquellos comestibles. Lógicamente, la verdura se echa a perder, pero cada día él la repone con verdura fresca. Había conservado toda la manteca rodeándola con barras de hielo. Había conservado todo”. Entonces Nalavala se puso a revelar más hechos a Baba: “Baba, parece que él es acaudalado. Parece que es muy rico”. Baba se mostró sorprendido. ¡Tenía una buena excusa para hacer eso como un compañero de la Nueva Vida! Entonces Baba dio permiso a Keki Nalavala para que trajera a ese hombre, sin sus cargamentos, para que se entrevistara con él.

Cuando el hombre llegó, se echó a los pies de Baba, reconociéndolo de inmediato como el que le había dado la orden en aquella visión, y como la persona a la que él consideraba que era alguien sumamente importante. Con las manos juntas y con verdadero sentimiento rogó a Baba que aceptara las carretas de provisiones porque él había traído todas esas cosas por orden de Baba, y le imploró que no se negara, pues de lo contrario creía que eso significaría su perdición.

Todas esas amorosas súplicas pusieron muy contento a Baba y dijo que aceptaría los regalos que el hombre había traído con la condición de que su familia debería acudir para cocinar la comida ahí mismo, pero que esa familia tendría permiso para hacerlo durante no más de un mes.

El hombre se alegró muchísimo y empezó a saltar, bailar y decir que ése era un gran regalo para él, incluso sin saber quién era Baba, sin que se le hubiera revelado que Baba era el Avatar de la Era, sin saber nada de que en ese entonces Baba era un compañero y que había descendido para ser un hombre entre los hombres. Él no sabía nada de esto.

El hombre regresó a su casa, y nosotros proseguimos hacia nuestro destino, cerca de la casa de Kumar. Pronto llegó su familia entera: la madre, la esposa, la hermana y la hija, y también un niño que la hermana había adoptado. Llegaron con un equipaje enorme y ¿en qué consistía? Eran recipientes dentro de bolsas de arpillera, utensilios con los que podrían cocinar para nosotros, especias que usarían para nuestra comida; de hecho, cuanta cosa fuera necesaria. Sólo había una pequeña bolsa en la que habían puesto una muda para ellos.

Al llegar se pusieron muy contentos por estar allí y quisieron empezar enseguida. Baba les dijo: “No, mañana, ustedes cocinarán a partir de mañana. ¿Pero dónde vamos a alojarlos?”, preguntó. La casa en la que estábamos era muy antigua, pero

fuerte, sólida, con habitaciones oscuras y altos ventanucos en las paredes.

Don: ¿En esa casa estaban todos los compañeros?

Mani: Ahí estaban las mujeres.

Don: ¿Y los hombres acampaban afuera?

Eruch: Algunos estaban afuera, en el cobertizo, y a otros se les permitía quedarse en las habitaciones de al lado. Era un lugar enorme. Había una terraza desde la que era posible ver todo el esplendor del paisaje que puedes imaginar. Podías ver todas las cumbres del Himalaya, coronadas de nieve perpetua.

Mani: Mostramos a la familia la cocina, que era lo que más les interesaba, y dijeron: “Primero queremos ver la cocina, no el dormitorio”. Era un gran ambiente, con chimenea, canilla y piletta. Dijeron: “Esto es maravilloso. Viviremos aquí”.

Tendieron sus colchonetas y vivieron en la cocina, incluso bañándose ahí. Todo lo que hacían era vivir y cocinar en esa habitación, salvo por la noche, cuando salían a sentarse con nosotros. Pero se los había llamado para que cocinaran, y eso lo iban a hacer en un ciento por ciento.

Todos los días –mañana, tarde y noche– se servía un banquete como si fuera para una familia real. Apenas podíamos comerlo todo y francamente, ¡poco tiempo después, lo que deseábamos era algo más sencillo! Éramos incapaces de digerir todas esas almendras, pistachos, manteca, ghee y demás.

Por la mañana veíamos a Todi Singh saliendo hacia el mercado. Iba en tonga y lo veíamos cuando regresaba cargado con verdura. En Dehra Dun la verdura crece por doquier. Nada que ver con Ahmednagar. Exagerando un poco, las arvejas semejan bolitas, y una coliflor parecía un balón de rosetas de maíz. La verdura era realmente hermosa. Todo eso iba a parar a la cocina. El solo hecho de ver ese verdor nos deleitaba por haber

estado tan limitados de comida cuando estábamos en marcha. Allá las flores también crecen con facilidad.

Un día vino Baba con algo en la mano. Mehera le preguntó: “¿Qué es eso? ¿Es un plato, Baba?”. Era un plato de hielo, que se había formado con un poco de agua que quedó afuera. En esa época del año hacía muchísimo frío, pero a pesar de eso, la familia de Todi Singh se levantaba muy temprano a la mañana. Baba también se levantaba muy temprano, igual que nosotros, pero aquellas mujeres nos aventajaban. Se levantaban a las cuatro de la mañana para bañarse, y luego empezaban a cocinar. Por la mañana teníamos el plato dulce –que llamamos rava– y por la tarde teníamos toda clase de comida, desde luego totalmente vegetariana, y otros platos variados por la noche.

Don: Discúlpame, Mani, pero dijiste “desde luego, vegetariana”. ¿Estaba estipulado que en la Nueva Vida se comieran únicamente alimentos vegetarianos?

Mani: No expresamente, pero ésa era la tendencia.

Don: ¿Y es de presumir que esa familia fuera vegetariana?

Mani: Sí, pero durante toda la Nueva Vida comimos principalmente verdura porque conseguíamos nuestros alimentos como bhiksha. Lo que principalmente cocinábamos era arroz con dal.

Don: ¿Pero la carne estaba prohibida?

Mani: No. Como te digo, no se nos había dicho que fuéramos vegetarianos, pero eso se daba por entendido. Sin embargo, Baba nos permitía algunos gustos si alguien venía con un plato de pilau con carne, o a veces pomfret frito (un tipo de pescado) o cosas por el estilo. Baba permitía que comiéramos eso.

Eruch: Ahora que habíamos llegado a nuestro destino en la Nueva Vida, a Baba no le molestaba que esa familia lo amara y reverenciara. Ignoro por qué esta familia constituyó una ex-

cepción. Ellos reconocieron en Baba al Señor Krishna que venía nuevamente a su tierra con sus gopis y gopas.

Mani: De modo que estábamos allí pasando un tiempo de verdadero descanso y buenas comidas. Entonces Baba debe haber decidido que sus compañeros la estaban pasando demasiado bien por lo que, en lugar de un mes, tras un poco más de una semana, dijo: “Esto ya es suficiente. Estoy contentísimo con todo lo que ustedes han hecho. El amor de ustedes me ha conmovido muchísimo, pero ahora todos ustedes deben regresar”. Se marcharon muy a su pesar, y nosotros volvimos a cocinar lo nuestro, en la cocina, con todas las reservas de comestibles que habían quedado. Baba quería almorzar hacia las nueve y media de la mañana, debido a que se levantaba muy temprano. Tú sabes que el almuerzo de Baba era muy sustancioso, de modo que teníamos que tenerlo cocinado para esa hora.

Eruch: ¿Recuerdas que te dije que aquel hombre era el único proveedor de crema para la firma Keventer? A su regreso dejó su trabajo allá y renunció a su puesto. Al final la firma Keventer tuvo que dejar de fabricar manteca por ese motivo. La fábrica no contó con suficiente provisión de crema.

Todi Singh y su familia abrieron un comedor para pobres en Aligarh con la esperanza de que algún día Baba visitara la casa de ellos. Administraron ese comedor desde el día en el que Baba los mandó de vuelta desde Dehra Dun hasta que Todi Singh murió. Estuvo todo el tiempo al servicio de Baba, sin hacer otra cosa que dar de comer a cualquier persona que llegara.

¡Fue realmente bendito! En el círculo de quienes amaban a Baba se lo conoció como “Baba janaye”. *Janaye* significa sabe. A cualquier cosa que le preguntaban replicaba inevitablemente: “Baba janaye, o sea, “Baba sabe”. “Todi Singh, ¿por qué te comportas como un loco?”. “Baba janaye”. “Todi Singh, ¿por qué te

comportas como un mast? Deberías ser un hombre práctico”. “Baba janaye” era siempre su respuesta. En años posteriores, todas las veces que le decían esto, él daba una vuelta como si fuera un derviche diciendo: “Baba janaye, Baba janaye”.

Finalmente murió, absorto en Baba. Originalmente ésa fue una de las familias más ricas, pero quedaron en la indigencia antes de que Todi Singh muriera. Después las hijas se casaron, por la gracia de Baba, y el hijo también se casó y formaron nuevas familias. Pero el padre murió en una indigencia total, sumamente respetado en todo Aligarh a pesar de su pobreza.

Mani: ¿Tengo que contarte acerca del caballo blanco?

Don: Sí, cuéntame.

Mani: Ya comenté lo del caballo blanco, aquel animal angelical y majestuoso.

Don: Que se convirtió en un verdadero demonio.

Mani: Totalmente. Durante toda la Nueva Vida, mientras recorríamos el camino, aquella procesión era encabezada por el caballo blanco, con Donkin llevándolo de las riendas. Eso era como domar una fiera. Era el cumpleaños de Mehera cuando llegamos a Moradabad deteniéndonos allí durante un tiempo. Allí celebramos también el Año Nuevo de 1950. Esa mañana Baba nos dio un trozo de torta a cada uno y nos deseó una Feliz Nueva Vida. No un Feliz Año Nuevo sino una Feliz Nueva Vida. Mientras estábamos viviendo en Moradabad se sumó algo más a nuestra...

Don: ¿Comitiva?

Mani: ...colección de animales. En realidad ese caballo tenía que tirar de la tonga.

Don: ¡Santo cielo!

Mani: Sí, al caballo blanco había que engancharlo a la tonga.

Don: ¿A pesar de su mal genio?

Mani: Sí, y por ese motivo dije que eso era como domar una fiera. ¡Qué animal majestuoso! Era indisciplinable. Llamaron a un adiestrador de caballos y tardó unos cinco días en entrenarlo para que aceptara que había que engancharlo a la tonga y tenía que tirar de ésta llevando gente. El entrenador era un individuo pequeño y de aspecto tan común y corriente que, si lo vieras en un ómnibus o pasaras junto a él en el camino, no lo mirarías dos veces. ¡Pero, Don, era un maestro en caballos! ¡Cómo entrenó al caballo blanco! Mehera y yo nos quedábamos sentadas afuera, durante las mañanas, y nos limitábamos a mirar. Hizo un bello trabajo. Baba le dijo: “Tienes que hacer eso. A ese caballo hay que engancharlo a una tonga”.

El adiestrador de caballos ensayó toda clase de tretas con el animal y nos dijo: “Ustedes no lo creerían, pero les digo que una vez engancharon este caballo a una tonga y conoce todas las tretas. Pero es tan inteligente que está tratando de fingir ante mí que él no sabe lo que yo pretendo hacer”. El entrenador sorprendía al caballo desprevenido en ciertas cosas, y lentamente fue capaz de domarlo.

El caballo estuvo desde entonces a nuestro servicio tirando de la tonga. Fue la época en la que Kaka Baria iba delante de nosotros en la tonga mientras caminábamos. Se bajaba en el pueblo en el que Baba quería seguidamente hacer un alto y sacaba las cosas para que estuvieran listas cuando llegábamos.

Don: ¿Y al final qué le sucedió al caballo blanco?

Eruch: Ya me olvidé completamente qué le sucedió. ¿Fue vendido?

Mani: Creo que sí. Aparentemente nadie se acuerda. Es extraordinario, pero nadie parece recordar cómo terminó el caballo blanco.

Eruch: Debemos saberlo. Sabemos qué le sucedió posterior-

mente a los bueyes. Baba los regaló a una institución llamada Nanee-Dodniya.

Mani: Significa “Pequeño Mundo”, el mundo de los chicos.

Don: Hay algo que quiero preguntarte acerca de Dehra Dun. Cuando Baba nos invitó, a Francis Brabazon y a mí, al Sahavas de 1955 donde se reunieron grupos de cuatro idiomas diferentes; al primero al que asistí contaba con numerosas personas de Hamirpur y Dehra Dun. Había un chico que, al final, lloró a lágrima viva ante Baba porque, según dijo, “Baba, nos acordamos de cuando estuviste en Dehra Dun y fuimos muy felices contigo, y ahora estás aquí”. Éstas no son las palabras exactas, pero lo que me impresionó fue el hondo sentimiento que ese niño expresaba. Ahora bien, ¿Baba estuvo una vez o una serie de veces en Dehra Dun incluso antes de la Nueva Vida?

Eruch: ¡Ah, sí!

Don: ¿De modo que entonces Dehra Dun está asociada con Baba desde hace décadas?

Eruch: Tanto antes de la Nueva Vida como después de la Nueva Vida, Dehra Dun se halla asociada con la labor de Baba. Dehra Dun, Haridwar, Rishikesh, Mussourie, Delhi.

Mani: Numerosas veces estuvimos allá con Baba. También estuvieron allá Norina, Elizabeth y Nadine cuando vivían con nosotras. Vivimos allá largos períodos, y no solamente de visita. Fueron semanas y meses las que vivimos allá.

Don: ¿Entonces quieres continuar con la historia de Dehra Dun? Creo que dijiste que Baba estuvo viviendo allí unas cuatro o cinco semanas antes de que continuaran. Acabaste de contar que Todi Singh regresó a su casa y dio de comer gratis durante el resto de su vida.

Eruch: Sí. Ahora déjanos hablar sobre este lugar en el que acampamos, cerca de Dehra Dun. Es un terreno que, como te

dije, habíamos comprado por medio del señor Nalavala, y que el señor Nalavala había conseguido de Shatrugena Kumar. Ese lugar, que se conoció como Manjri Mafi, ahora se llama Meher Mafi. El nombre fue cambiado oficialmente en los registros del gobierno en honor a Baba, quien vivió allí. Baba ayudó a los aldeanos a que tuvieran un pozo, pues no había ninguno antes de nuestra llegada. Ese pozo es popularmente conocido por su agua dulce y la gente saca mucho provecho de él, independientemente de todos los demás beneficios espirituales que por supuesto, la gente de la aldea obtiene desde que Baba estuvo viviendo allí, lo cual ignoraban por completo en esa época.

Ahora debo volver al episodio final relacionado con la familia de Shatrugena Kumar. Debemos tratar de conocer más acerca de él, que fue el que más aprovechó –no financieramente sino espiritualmente– la permanencia de Baba. Aunque estábamos en la Nueva Vida y por lo tanto, no debería referirme a la espiritualidad, sin embargo debo decir que la permanencia de Baba en Manjri Mafi probablemente tuvo como razón principal a Kumar y su familia.

Durante el tiempo que vivimos allá, Kumar y su familia intimaron muchísimo con Baba y con todos los mandali. Los niños venían a jugar al sitio en el que vivían las mujeres, y Kumar también venía todos los días a ver a los mandali para preguntar cómo podría ayudarnos. Baba también le encomendó algún trabajo.

Después de estar en Manjri Mafi, pasaron unos meses con otra labor y otras fases, Baba fue a Haridwar y después a Motichur, y se quedó allí, y Kumar fue quien nos ayudó a llegar a ese sitio. Creo que todas estas diferentes estadas y fases han sido anotadas en alguna parte del libro *The Wayfarers* o en algún otro libro. ¿Estoy en lo cierto en esto?

Don: No estoy seguro, Eruch. Ya pasaron unos años desde que leí *The Wayfarers*.

Eruch: O estarán anotadas en el Suplemento de *The Wayfarers*. Bueno, dondequiera que eso esté, lo que ahora nos corresponde es contarte qué le sucedió finalmente a Kumar.

Don: ¿Su esposa y todos los hijos pudieron conocer a Baba?

Eruch: Sí, y fueron de ayuda para nosotros y nosotros para con ellos. Aparte de eso, no sucedió nada importante externamente. Después Baba viajó de un lugar a otro, como por ejemplo, a Motichur, Haridwar y Rishikesh, y luego regresó al Sur, específicamente a Andhra y, como te dije, inició su fase de Manonash en Hyderabad. Finalmente regresó a Meherazad y se quedó en Seclusion Hill; luego volvió a ir a Satara, y a otros lugares. Creo que transcurrió cerca de un año entre la estada en Manjri Mafi y el siguiente encuentro con Shatrugena Kumar.

Un día Baba estaba en Satara, y Shatrugena Kumar lo iba escoltando de una vivienda a la otra, sosteniendo una sombrilla para resguardarlo del sol.

Don: ¿Esto ocurría como parte de la Nueva Vida?

Eruch: No, después de esa fase. Esto tuvo lugar después de que Baba regresó de los Estados Unidos de América, luego de su primer accidente. Baba había convocado a algunos de sus más íntimos y a quienes le habían ayudado en la Nueva Vida. Invitó a Kumar y vino, pero se quedó más tiempo. Baba le permitió que lo asistiera. Baba había alquilado en Satara algunas viviendas para el grupo, por lo que iba de una a la otra, visitándolas. En esa época llegaron Norina y Elizabeth, y estuvieron en una casa aparte. Los doctores Donkin y Ghani estaban trabajando con sus libros y se hallaban en otra casa. Los demás mandali vivían en otra, y algunos de ellos cuidaban a los masts. Mientras que las mujeres estaban en otra casa aparte.

Baba recorría diariamente todas esas viviendas, y ese día Shatrugena Kumar estaba sosteniendo la sombrilla sobre Baba mientras caminaban. De repente Baba se detuvo en el camino

y preguntó a Shatrugena Kumar si había recordado lo que había prometido. Kumar no sabía qué quería decir Baba con eso. ¿Qué promesa? ¿Cuál promesa? Baba simplemente lo miró y, de pronto, se acordó que el primer día, cuando Baba acababa de llegar a Dehra Dun y estaba a punto de comer, se enteró de que Kumar había abofeteado a su esposa. Kumar recordó eso y contestó a Baba: “Sí, Baba. Recuerdo la promesa”. Baba le dijo con gestos: “La volviste a tocar, a golpear?”. Kumar replicó: “No, Baba, ni una sola vez”. Baba se puso muy contento, y Kumar debió haber pensado que había cumplido su promesa.

Baba estaba por reiniciar la marcha pero, antes de dar el primer paso, le dijo con un gesto: “Bueno, yo también cumplí mi promesa”. Esta breve insinuación fue una revelación para Kumar, y por primera vez desde que salió de la cárcel, comprendió lo que Baba le quería decir. No sé, Don, si conoces la historia de Kumar cuando estuvo en la cárcel.

Don: Dijiste que él había sido un revolucionario.

Eruch: Sí. Este hombre estaba estrechamente asociado con Baba y la espiritualidad, y deseoso de realizar el trabajo de Baba. Era una persona libre. Anteriormente no se preocupaba por nadie y había estado muy a menudo en la cárcel como preso político. Durante ese período se había casado, pero poco después de casarse lo encarcelaron nuevamente, sin que supiera lo que le estaba sucediendo a su esposa.

Sea como fuere, su modo de pensar había cambiado después de que se casó, y llegó a pensar que no habían sido provechosos todos los años que pasó ocupándose de la política y liderándola. Por así decirlo, no habían sido valiosos para él aun cuando habían sido al servicio de la humanidad. Pero pensó que algo estaba mal.

Él mismo había dicho, en su juventud, que era ateo.

Posteriormente dijo que era agnóstico. Bueno, cualquier cosa que verdaderamente él fuera, un día, durante el largo período que estuvo preso después de casarse, se puso a pensar y se dirigió así a Dios: “Señor Dios, si en efecto eres Dios, puedes liberarme mañana por la mañana, antes del amanecer, y si lo haces, consagraré mi vida a tu causa”.

Kumar dijo que esta plegaria fue una excepción a su anterior creencia, pero en realidad se preparó con una fe y una convicción totales para quedar en libertad. Las personas del mundo creen, en su mayoría, que hay un Dios –se dijo– y por lo tanto, Dios debe existir. De modo que se preparó, teniendo plena fe en que Dios operaría el milagro.

Dios existe, y Kumar se enteró antes del amanecer sobre la orden de que lo liberarían. Un hombre abrió la puerta de la celda, le dijo que saliera de la cárcel, abrió la puerta y lo echó afuera. Kumar le dijo: “¿Qué sucede?”. “Hemos recibido la orden de dejarte inmediatamente en libertad antes del amanecer. Ésa es la orden”. Kumar estaba atónito: nunca había sucedido algo así en la vida de un preso político.

Tras su liberación él olvidó completamente ese episodio durante años, tal vez durante quince, veinte o treinta años. Sin embargo, aquel día, en Satara, volvió a revelársele que era Dios quien había cumplido Su promesa. Entonces recordó todo lo sucedido y, antes de dejar a Baba en su vivienda, ese día nos narró eso en Satara. Así es cómo lo sabemos. Baba se limitó a efectuarle esta breve insinuación: “Yo también cumplí mi promesa”, y todo lo ocurrido fue una revelación para Kumar.

Kumar todavía vive en Meher Mafi. Tiene una casa y vive como un asceta, un asceta alegre, que no está triste ni siempre meditando. Él va de un lugar a otro contando anécdotas sobre Baba y haciendo a otros felices en su amor por Baba.

¿Te acuerdas que en nuestras conversaciones anteriores, mencioné nuestra visita a Calcuta en la época de la hambruna? Baba quería que lo ayudáramos tratando de encontrar allá personas muy necesitadas. Tras completar esa labor, que los seguidores de Baba conocen bien, nos llevó de vuelta al Sur.

Desde Bengala nos dirigimos hacia los estados de Andhra y Madrás. Baba dijo que la labor que acabábamos de completar en Bengala era de carácter muy diferente de la que haríamos ahora.

Don: ¿La hambruna de Bengala se relacionaba con el problema de los refugiados tras la división geográfica de la India?

Eruch: No, no se debía a los refugiados. Algunos ejecutivos habían acaparado de una manera u otra el arroz. Ése es el aspecto político. No quiero entrar en detalles. Pero el hecho fue que la hambruna fue terrible en Bengala y la gente se estaba muriendo. El gobierno y agrupaciones filantrópicas crearon campamentos de socorro. Por eso podría parecer que no era de utilidad que viajáramos hasta allá para tratar de hacer algo cuando ya se estaba auxiliando totalmente a esa gente familiar. Sin embargo, a pesar de eso, Baba anduvo de un lugar a otro aún en la Nueva Vida y, desde todo punto de vista externo, trató de auxiliar a esas pobres personas hambrientas, dándoles de comer, atendiéndolas y procurando ayudarlas en todo sentido. Los pocos que estuvimos con él, como sus compañeros, le ayudamos a hacer esto.

Baba nos hizo este comentario sobre dicha labor durante la hambruna de Bengala: “Bueno, todo esto es sólo una bagatela y muy insignificante desde el punto de vista externo”. No obstante nos pidió que lo hiciéramos. Sólo pudo decir esto y nada más durante la Nueva Vida acerca de su Estado Divino.

Como dije, cuando concluyó su labor, nos llevó al sur de la India. Nos dijo que allí haríamos un trabajo muy diferente. En lugar de tomar contacto con las masas, ahora nos pondríamos

en contacto con familias necesitadas, según dijo, y el trabajo más difícil sería ahora encontrar a una persona o a una familia que realmente necesitara ayuda. Quienes son verdaderamente indigentes se niegan a aceptar que los ayuden –eso fue lo que descubrimos en nuestros viajes– y solamente con muchísima dificultad pudimos inducir o rogar a los verdaderos necesitados que aceptaran nuestra ayuda. Ya ves, no pertenecían a la clase de mendigos habituales. Buscábamos familias que habían sido ricas pero que, por alguna desgracia familiar o comercial, ahora habían sido reducidas a la pobreza.

Eran las que ni siquiera extendían la mano para mendigar. No querían que nadie se enterara de su situación apremiante. Cuando encontrábamos a esas personas, se preguntaban cómo nos habíamos enterado de ellas cuando los demás no lo sabían. Sin embargo, las encontrábamos, de hecho no a todas, pero de un modo u otro encontrábamos algunas. Baba estaba muy feliz con esa fase de su labor. ¿Te gustaría escuchar algunos episodios muy conmovedores que ocurrieron?

Don: ¡Desde luego! Eruch, ¿de dónde provenía el dinero para auxiliar a esa gente? ¿Correspondía al fondo para emergencias que Kaka Baria administraba?

Eruch: No. Baba regresó a la “vieja vida” en Mahabaleshwar por un día, después de completar un año entero de la Nueva Vida. Dio un sermón cuando entró en esa “vieja vida”. ¿Recuerdas el sermón que Baba dio el 16 de octubre de 1950? Creo que fue un año después de que Baba había emprendido la Nueva Vida. Ese día Baba llamó a sus íntimos y les dijo que quería dinero para cierta clase de trabajo que tenía pensado. Les dijo que iría a Bengala, pues tenía que hacer algún trabajo allá –“trabajo con la hambruna”, como él lo llamó– y que luego iría al Sur. Ese mismo día reunió varios miles de rupias.

Don: ¿Enteramente de sus viejos seguidores?

Eruch: Sí, enteramente de sus seguidores. Ocurrió algo divertido cuando Baba me permitió ir a una peluquería para que me cortaran el pelo cuando la reunión terminara. Ten en cuenta que estuvimos un solo día en la “vieja vida”.

Don: De modo que pudiste hacerte cortar el pelo...

Eruch: Sí, permitió que yo fuera a la peluquería, y todavía recuerdo los cáusticos comentarios del peluquero acerca de que Baba había reunido todo ese dinero en un día. El peluquero se enteró en el mercado de la suma reunida antes de que yo lo supiera.

Don: El típico chisme.

Eruch: Sí. Yo estaba sentado en el sillón del peluquero y éste me dijo: “Bueno, usted debió haber tenido un buen día”. Entonces le pregunté: “¿Por qué? ¿Qué quiere decir con eso?”. Me contestó: “Hoy fue llamada la gente de Baba de diferentes partes de la India”. “¿Y cómo lo sabe?” “Pasaron por esta peluquería y mencionaron que recolectaron bastante. Eso es lo que hoy escuché”.

Le dije: “Sí, bastante, ¿pero qué significa eso? Estaba destinado solamente para la labor de Baba”. Me contestó: “Para lo que sea, pero creo que juntaron unas treinta mil rupias”. Eso fue lo que el peluquero me informó. Ya ves cuán útiles son los peluqueros para difundir chismes.

De modo que, después de ocuparse de la hambruna en Bengala, Baba escogió a cuatro o cinco mandali y nos pusimos en marcha hacia el Sur. Te contaré algunos de los episodios más conmovedores de la labor de Baba con algunas familias muy necesitadas.

Estábamos cansadísimos buscando personas realmente indigentes y debo decirte que...

Don: Eruch, creo que lo que dirás acabará con lo que todo el mundo piensa acerca de la economía de la India. Sin embar-

go, antes de considerar este asunto de que estuvieron buscando algunos pobres para que Baba los auxiliara, ¿hemos concluido con el material que juzgas que corresponde a los diferentes estados de ánimo, lo cual era tan importante en la Nueva Vida?

Eruch: Muy bien, volvamos atrás un momento para terminar con eso. Hay un caso que me gustaría mencionar respecto de un fiel devoto de Baba porque se halla asociado, aunque remotamente, con los cambios de humor. Es un ejemplo muy bueno de cómo Baba trata a quienes le aman. ¿Recuerdas el sahasas cuando fueron convocados grupos de cuatro idiomas?

Don: Sí, fue en 1955.

Eruch: El inglés fue el enlace idiomático con cada uno de estos grupos. En esa época Baba estaba muy ocupado con sus devotos, a los que brindaba gran parte de su tiempo y compañía (sahasas). En ese entonces Baba estaba viviendo en Meherazad y todas las mañanas lo llevaban en auto hasta Meherabad; allí pasaba todo el día y luego regresaba a Meherazad pasada la tarde. Sus devotos allí congregados provenían de diferentes regiones de la India, y también había algunos del exterior.

Don: Eruch, dos eran del exterior. Para ser específico, éramos Francis Brabazon y yo.

Eruch: Es cierto. Bueno, dos significa mucho debido al peso de amor que cada uno llevaba en su corazón.

Don: ¡Oh, sí!

Eruch: Pendu se encargaba de hacer los arreglos. Había delegado a un joven la tarea de atender las necesidades de Baba relacionadas con su desayuno, almuerzo y té vespertino. Era la persona que servía tanto en la mesa como a Baba. Por supuesto, yo estaba ahí, pero me encargaba de traer las cosas de la cocina y de ponerlas sobre la mesa.

Cada mañana, tan pronto Baba llegaba a la casilla, concedía

entrevistas privadas a determinados devotos que él escogía. Antes de que empezara todo eso, traían el desayuno de Baba y lo ponían sobre la mesa. El joven saludaba muy sonriente a Baba, sintiéndose feliz porque le habían encomendado esa tarea. Así al menos podía ver a Baba todos los días durante unos minutos en la casilla.

Desde el primer día en que el joven empezó a prestar servicio, Baba le puso peros por el modo con que servía, porque la leche no era pura, porque la taza no estaba limpia, porque la bandeja estaba en desorden, porque la servilleta tenía una mancha o por cualquier cosa, con cualquier excusa que contrariara el ánimo del muchacho que venía a saludar a Baba con una sonrisa radiante y jovial. El resultado de esto fue que se sintió muy triste porque, a pesar de su amorosa labor, no complacía al Amado.

Unos días después empezó a deshacerse en llanto, pero Baba se mantenía absolutamente indiferente. Esto era todo lo contrario al modo de ser fundamental de Baba porque él es realmente compasivo, muy compasivo, muy bondadoso, muy amoroso; sin embargo, con este muchacho era absolutamente indiferente, e incluso insensible.

Todas las noches, al finalizar el sahas, yo tenía que llevar a Baba de regreso a Meherazad y en el trayecto, me preguntaba cómo había sido el día y si me había gustado el programa. Él conversaba mediante gestos, como de costumbre. Yo le decía: "Sí, fue un día hermoso, se escucharon discursos maravillosos y muchas cosas del agrado de nuestros corazones. Todos fuimos muy felices". Días después de estos comentarios cotidianos, me atreví a decirle a Baba: "Todo está muy bien, Baba. Haces felices a muchas personas: las haces reír y regresan a sus casas con mucho entusiasmo y alegría. Pero en todo eso hay

un triste espectáculo, me refiero a quien te sirve el desayuno y el almuerzo. Ése es al que haces llorar casi todos los días". Baba pasó de inmediato a otro tema como si no hubiera escuchado mi observación. Cuatro o cinco días después le hice este comentario pero no prestó atención. No contestaba directamente. Tiempo después lo intenté nuevamente. Creo que debí plantearle esto tres o cuatro veces.

Don: Fuiste muy valiente.

Eruch: Sí, pero no me prestaba atención. Por supuesto, todo el sahas terminó muy bien y todo el mundo estaba muy feliz. Yo estaba feliz y Baba estaba feliz, por supuesto. Todo terminó muy bien.

Don: Para todo el mundo, salvo para ese joven.

Eruch: Para todos, salvo para ese joven. Pero el último día, después de que todos los asistentes al sahas se habían marchado de Meherabad, Baba convocó a todos los trabajadores. Y de todos ellos, a quien prestó más atención fue a ese joven. Lo trató con afecto, lo acarició, palmeó y besó, y le habló del maravilloso servicio que había prestado, de lo puntual que había sido, de su esmerado comportamiento, de la importante función que había desempeñado, etcétera. Quedé estupefacto. Yo no sabía lo que estaba sucediendo.

Luego, ya de noche, llevé a Baba de vuelta a Meherazad. Fue él quien abordó este tema y me dijo: "¿Cómo fue el día hoy?". "Maravilloso", repliqué. "¿Todo el mundo quedó satisfecho?", él usaba la palabra 'satisfecho'. Le dije: "Sí, Baba, todos están satisfechos". "¿Incluso el joven?", me preguntó Baba. "Sí, estaba muy feliz". "¿Es muy probable que hoy no haya llorado?". Le dije: "No, Baba". "¿Sabes por qué? Yo sabía que todo lo que estaba haciendo lo hacía por amor a mí. Yo sabía que él quería complacerme, pero si yo hubiera estado complacido desde el principio,

ahora él estaría engreído. Hubiera sido incapaz de contener mi amor y mis palabras elogiosas, y esto hubiera sido en su contra. De modo que, debido a mi amor por él, tuve que hacer eso". Y ahí terminó la cosa.

Don: Eruch, ¿hay algo más que tengas que decir sobre el tema de los estados de ánimo antes de que prosigamos con ustedes buscando pobres, durante la Nueva Vida, para que Baba los auxiliara?

Eruch: Sí, queda por describir otro episodio más. Normalmente yo tenía que atender lo que Baba necesitara, por ejemplo, su baño, el aseo de su habitación y también el barrido de los pisos, el barrido del predio, la limpieza de los retretes, etcétera. Acostumbré hacer todas esas cosas durante varios años. Después Baba empezó a valerse de mí para que encontrara masts. Durante los viajes con los discípulos y discípulas, además de ayudar en la búsqueda de masts, pobres o dementes, o del niño ideal, también me enviaba al mercado. A menudo yo tenía que manejar el auto y mantener limpios los coches. Mientras manejaba un auto o un ómnibus, yo tenía que cuidar los otros coches, mantenerlos limpios y procurar que tuvieran gasolina y aceite.

Yo era robusto, sano y muy fuerte. Era muy dinámico y nada me preocupaba estando con el Dios-Hombre; por eso yo podía trabajar mucho. Sin embargo, al final se llegó a un límite y bueno... pensé que él era un jefe muy severo.

Todavía recuerdo lo que ocurrió en la época en la que decidí que era inútil regresar temprano después de un mandado. Tan pronto yo volvía con Baba, siempre había otra cosa que hacer, como por ejemplo, recorrer entre dieciséis y veinticuatro kilómetros más en bicicleta después de un día fatigoso. Todavía me acuerdo que el día en cuestión yo estaba cansadísimo. Por supuesto, eso

golpeaba mi ego porque yo creía que, como tenía salud, podía hacer muchas cosas para Baba y sobrevivir a toda penuria.

Pero mi cuerpo no pudo aguantar más, y pensé que era inútil terminar la tarea asignada y regresar temprano. Tan pronto hubiera terminado esto, ya habría otra tarea para mí. Terminé de recorrer el mercado y de comprar las cosas para el grupo, y cuando regresé, estaba muy fatigado. Entonces alguien fue a ver a Baba y le dijo: "A unos veinticuatro kilómetros de aquí hay un templo en el que dicen que hay un tigre que va a barrer el piso con su cola para reverenciar a la deidad de allí. Consideran que ese tigre es un mast que se transforma".

Quien contó esta historia era Elcha, el bufón de la corte de Baba, como le llamábamos. Es oriundo del norte de la India. Acostumbraba contar estos cuentos para hacer reír a Baba, pero Baba lo tomó en serio, para que Eruch tuviera que ocuparse de algo y para que Eruch dejara de jactarse de su resistencia física, pero le fuera posible olvidarse por completo de sí y dejar de pensar en su propia persona.

Baba me miró y dijo: "¿Por qué no vas a averiguar eso?". Me estremecí cuando Baba me miró: tendría que recorrer en bicicleta, cuesta arriba, veinticuatro kilómetros por una carretera en mal estado, y después regresar, y ya estaba anocheciendo. Le dije: "Baba, tú sabes cómo son las bromas de Elcha. Él está aquí. ¿Voy a preguntarle más sobre esto?". Me contestó: "Sí, sé lo gracioso que es Elcha. Pero hay muchas personas del pueblo que creen esta historia. Todos los niños la conocen".

Fui, por supuesto. Hay que hacerlo para cumplir todo lo que Baba ordena. Yo había elegido el sendero de la libertad cuando fui a vivir junto a Baba. Lo que yo quería era ser libre para tratar de obedecerle, de modo que, en esta esclavitud, yo era absolutamente libre. De ésta manera yo ejerzo mi libertad y, al

hacerlo debo ponerla plenamente en práctica, de modo que, por supuesto, acaté su orden y fui.

Lógicamente, toda la historia era falsa. El hombre que se transformaba en tigre no existía. El resultado de esto yo lo sabía antes de salir y, por eso, mi mente se rebelaba todo el tiempo a medida que avanzaba en bicicleta hacia allá. Después de confirmar que esa historia no tenía sustento, pensé: ¿de qué me sirve regresar ahora? Aunque regresé ya avanzada la noche, Baba me va a enviar para que le haga otro mandado. De modo que me dije que sí, que estaba de acuerdo con lo que mi mente me sugería. “Eruch, es muy cierto, aunque ahora regreses y le des tu informe, habrá otro trabajo esperándote, de modo que lo mejor para ti es que te relajes y dejes que tu cuerpo descanse.”

En la carretera había muchas alcantarillas y escogí un parapeto un poco más ancho que los demás. Me dije: “Éste es un lindo sitio en el que podré dormir bien”. Pero me preocupaba la bicicleta, no fuera que alguien me la robara. Me encontraba en un sendero, en medio de la selva a la que los lugareños iban a cortar leña, y no se podía estar seguro de esa gente.

Pensé en un plan. Tomé mi pañuelo, até con él los rayos de una rueda a mi muñeca, y después me puse a dormir. Me desperté dos horas después. Era muy tarde, de modo que volví con Baba. Me estaba esperando. Yo sabía que me preguntaría qué había sucedido y porque no había regresado dado que habitualmente era muy puntual. Yo nunca perdía ni un minuto. Ése fue, en mi vida, el primer hecho de esa clase.

Cuando regresé estaba el mensaje de Baba que decía que fuera a verlo inmediatamente. Fui y me preguntó: “Bueno, ¿cuál es el resultado de tu averiguación?”. Le dije: “Son todas falsedades y habladurías”. Yo estaba un poco molesto, irritado, y añadí: “Todo lo que ha dicho Elcha no tiene una pizca de verdad,

yo lo sabía”. “Pero, ¿por qué llegaste tarde? Muy probablemente tuviste que salir a buscar personas que te lo dijeran”. Repliqué: “No tuve que ir a ninguna parte porque la gente del lugar me informó que todo eso es solamente un cuento...”. “Bueno, entonces ¿por qué llegaste tarde?”, me preguntó Baba. Me quedé callado. Volvió a insistir en que le diera una respuesta, y entonces tuve que contarle lo que yo había hecho. Una vez que se lo conté, me pellizcó una oreja y me dijo: “Eruch, no debes hacer esto nunca más”. Eso fue todo.

Don: Así de simple.

Eruch: Así de simple. Aunque eso no significa que mientras vivimos con Baba no hubo arranques de mal humor.

Don: ¿Eso tuvo algún impacto inmediato en ti, Eruch?

Eruch: Mi sensación inmediata fue la de haber abrevado en una fuente muy fría y refrescante. Yo estaba tranquilo y me sentía muy feliz al respecto.

Don: ¿Después de que Baba te pellizcó la oreja?

Eruch: Sí, completamente perdonado y absolutamente olvidado.

Don: Eruch, ¿recuerdas la anécdota que me contaste hace años sobre el cumpleaños de Mehera, y cómo pensaste que esa era una buena ocasión para que Baba aceptara comer un lindo pilau de arroz?

Eruch: Sí, me había olvidado de eso. Apenas teníamos tiempo para comer. Con Baba solíamos comer pan duro y, al mismo tiempo, –debemos decir las cosas como son– también teníamos banquetes. La gente traía comida y a veces él los aceptaba y permitía que los compartiéramos. Él era uno de los que más se interesaban en que comiéramos bien en aquellas ocasiones. Si algún devoto de Baba alguna vez nos invitaba a alojarnos en un hotel, Baba insistía en que disfrutáramos la comida. “Estas

personas pagan por ella y no se la debe desperdiciar. ¡Coman bien y disfruten la comida!”. ¡Él se preocupaba incluso por eso!

Sin embargo, en Meherabad o Meherazad, o en los lugares donde los mandali tenían un banquete, él nos mandaba decir frecuentemente: “Vayan a decirle esto y aquello a tal persona”. Tan pronto regresábamos y probábamos otro bocado, nos decía: “¡Oh, me olvidé de esto! Traigan papel y lápiz, y apunten lo siguiente”. Lo hacíamos y luego probábamos otro bocado. “Por favor, ¿me traerían un poco de agua?”. De modo que nos incorporábamos y se la traíamos. De manera que no paladeábamos nada de lo que comíamos porque ni siquiera le sentíamos el gusto a lo que había sobre la mesa.

Don: ¿Aunque se tratara de un banquete?

Eruch: Sí, aunque fuera un banquete. Él hizo que nos desapegáramos. Por supuesto, esas cosas nos afectaban el ánimo, pero Baba cambiaba inmediatamente de tema de modo tal que nos olvidábamos completamente hasta de nuestro humor, en sí misma la presencia de Baba nos hacía olvidar de nosotros mismos. Eso es un hecho. Te olvidabas de eso casi inmediatamente después de que expresabas cierto estado de ánimo. A los visitantes les ocurría lo mismo. Los escuché expresar estos mismos pensamientos: “¿Cómo es posible que olvidáramos las cosas?”. Un episodio se refiere a Kirpal Singh. ¿Lo conoces?

Don: Nunca me encontré con él, pero sé quién es.

Eruch: En una ocasión Kirpal Singh vino a ver a Baba para recibir su darshan y se olvidó por completo de ofrecer flores y fruta a Baba, de modo que tuvo que regresar después de haberse marchado del lugar. Él dijo lo mismo: que uno olvida en presencia de Baba. ¿Qué podemos decir acerca de nuestros cambios de humor? Sólo que los superábamos de inmediato en su presencia. Los teníamos a menudo, pero Baba solía hacer que

nos olvidáramos de ellos. Bastaba un guiño, una sonrisa o un chiste para ahogar todo nuestro mal humor.

Don: ¿Te acuerdas, Eruch –creo que fue en 1962– cuando Baba había estado recluido durante un tiempo, y yo llegué de visita al final de su reclusión? La interrumpió haciendo venir a Meherazad cantores de *qawalis* del grupo de Ahmednagar. Nos dijo: “Ahora ustedes deben estar aquí a las diez en punto porque los cantores de qawalis estarán aquí, y no lleguen tarde”.

Alrededor de las nueve y media te dije: “Eruch, ¿hoy haremos nuestro paseo matutino hasta el portal?”. Creo que tú dijiste: “Bueno, ¿por qué no? Todavía hay tiempo suficiente”. Pero los cantores llegaron temprano, cuando eran las diez menos cuarto y nosotros estábamos caminando algo alejados del edificio. Dijiste: “Oh, está bien, sé lo que va a pasar, pero es demasiado tarde. No obstante podríamos disfrutar el resto de nuestro paseo”. Cuando regresamos no eran todavía las diez, pero allí estaba Baba esperándonos echando rayos y centellas por los ojos”.

Nos dijo esto y varias cosas por el estilo: “¡Ustedes me arruinaron todo el día!”. Nunca me sentí tan mal en toda mi vida. Tuve la sensación de que mi corazón se rompía en mil pedazos. Yo quería lanzarme a un precipicio. Baba nunca se había enojado conmigo y eso me destruyó por completo. Sin embargo, cuando yo estaba ciento por ciento destruido, de pronto se interrumpieron todas aquellas palabras que Baba había estado diciendo. Me miró y me dijo: “Olvídalo”. De inmediato sonrió: estaba jovial. Diez segundos después yo me había olvidado de ese episodio, pero nunca me sentí peor en toda mi vida.

Eruch: Eso es muy cierto. Tu descripción ha sido completa. Así es, sucedió precisamente así. No hay duda de eso.

Don: Aparentemente Baba nos aguijoneaba hasta llevarnos hasta un alto punto de crisis emocional y luego lo borraba todo completamente.

Eruch: Independientemente de que se ocupaba del estado de ánimo de cada uno de nosotros, cuando Baba percibía que nuestra atmósfera circundante no era jovial o dinámica, o si no podía encontrar excusa alguna para darnos un poco más de trabajo, entonces azuzaba a un mandali contra otro. Nunca utilizaba mentiras pero los azuzaba señalando diferencias de opinión o hábito, o recordando lo que los mandali habían dicho de él unos años atrás.

Él se encargaba de iniciar la conversación y luego ésta se encendía entre el resto de nosotros con un fuerte intercambio verbal que seguía y seguía sin cesar, y nos olvidábamos de la presencia de Baba. Baba lo disfrutaba y, a veces, vi cuando apenas podía contener la risa. Se tapaba la boca con ambas manos y reía sin parar hasta enrojecer por completo. Luego golpeaba las palmas una vez en señal de silencio. "Eso es todo, se terminó". Cuando más enojados estábamos y queríamos empezar a intercambiar golpes, allí batía palmas y todo se apaciguaba. Segundos después habíamos olvidado todo.

Don: No lo habían reprimido sino que lo habían olvidado realmente.

Eruch: Olvidado. Olvidado.

Don: Esto es lo extraordinario para mí. Sabes que, en situaciones humanas habituales, eres capaz de reprimir algo si tienes que hacerlo porque hay una autoridad que te dice: "Cállate". Sin embargo, todavía sigues ceñudo durante horas o incluso días o meses pensando en eso. Aunque con Baba nunca había reacción alguna que fuera continua.

Eruch: ¡Unos días antes de que llegaras, yo estallé con Pendu y con qué estrépito! Sucedió algo en las primeras horas de la mañana. Él pensaba de esta o de aquella manera, y cada vez que yo quería hacer algo, él ponía un palo en la rueda, y fue por eso que la emprendí con él.

Don: Tuviste una "agarrada" con él.

Eruch: Sí, le hablé claro. Pero luego, inmediatamente me sentí un poco incómodo. Esta sensación es una bendición y estoy muy orgulloso de mí mismo por eso. ¿Por qué yo debía haberle dicho esas cosas? ¿Cuál era la razón? Después de todo, ¿qué era todo eso? ¿Había algo real en todo eso? De modo que inmediatamente fuí a verlo, lo besé y abracé, y ambos lloramos con amor y olvidamos el incidente.

Don: Eliminado por completo.

Eruch: Pendu acaba de pasar por esa puerta y me acordé de aquel arranque. Ahora está olvidado, como si no hubiera sucedido.

Don: ¿Baba aclaró alguna vez sobre qué estaba trabajando en situaciones como ésta? Es de presumir que eso tuviera relación con nuestros sanskaras, sobre los cuales él estaba trabajando.

Eruch: Sí, eso es verdad. Sin sanskaras no hay movimiento, no hay nada. No hay vida en absoluto. La existencia está ahí, pero la vida se debe a los sanskaras. Por supuesto, los sanskaras son la causa radical de todo esto. Nada puede suceder sin sanskaras, excepto por la voluntad del Maestro. Nada puede suceder por nuestra cuenta. Sólo los sanskaras son los que pueden hacer que nosotros podamos hacer cosas. El hecho de que estemos aquí sentados, este grabador de cinta, el pensamiento mismo de que aquí tenemos un grabador de cinta, el hecho de que yo esté aquí sentado, todas estas cosas que suceden... todo esto se debe a los sanskaras.

Don: Lo único que podemos esperar es que, bajo la guía de Baba, los sanskaras se hallen más bien en estado de desenrollarse que de enrollarse.

Eruch: Oh, sí, eso es verdad. Don, esto me hace acordar de una anécdota muy buena. Naturalmente, nuestras anécdotas siempre giran en torno de los Maestros Perfectos porque, estan-

do con Baba, el Dios-Hombre, debemos tener anécdotas acerca de los Maestros Perfectos. Nada menos que perfectos.

Don: Sí, sólo tienes tiempo para la Perfección. ¡Qué extraña atmósfera!

Eruch: Eso sucedió en un ashram de un Maestro Perfecto, pero en lugar de utilizar las palabras “Maestro Perfecto”, utilizaré “Baba”. Es una anécdota inspirada por Baba, de modo que ¿por qué no deberíamos tributar el debido respeto y utilizar el nombre de Baba en esta historia?

De modo que quienes estábamos con Baba éramos muchos mandali. Sucedió que un día, por alguna razón, todos los mandali empezaron a sentirse abatidos y frustrados por los largos años que habían estado viviendo cerca de Baba, y cada uno comenzó a preguntarse si el hecho de estar con Baba le había hecho algún bien. Uno tras otro, los mandali hicieron una compulsión entre ellos y descubrieron que no se evidenciaban cambios. Todo era lo mismo. Lo único que descubrieron fue que habían pasado muchos años en un lugar.

Don: Una hazaña de mero aguante, pero aparte de eso, ningún avance. ¡Qué resumen pesimista! ¿Los mandali llegaron a esta conclusión?

Eruch: Sí. ¿Entonces, de qué había servido eso? La actitud de los mandali se deterioró por completo cuando llegaron entre ellos a esta conclusión, y todos se sintieron molestos. Lógicamente, esto se reflejó en su conducta y, al día siguiente, cuando Baba fue a ver a los mandali y se sentó allí, descubrió que cada uno de ellos estaba molesto. Como era su costumbre en un caso como éste, Baba se comportó como si ignorara lo que nos estaba sucediendo. Nos miró y dijo: “Bueno, ¿qué pasa? ¿Hoy no hay buen tiempo?”, y se puso a mirar fuera de la sala: “Es muy probable que hoy esté muy nublado”. Dijimos: “Mm...,

mm...”. No teníamos ánimo para contestarle. “El clima afecta a veces los estados de ánimo”, Baba se puso a pensar. Luego, de manera natural, tras unas pocas palabras, la conversación comenzó poco a poco. Después de todo él es el Maestro.

Don: Al final preparó terreno para lo que él quería.

Eruch: Entonces les dijo a los mandali que habían pasado juntos muchísimos años: “Han estado haciendo todo el tiempo una cosa rutinaria, sentándose tan sólo conmigo, y ni siquiera hemos salido de excursión. En el mundo, las personas tienen sus excursiones y sus distracciones. Ustedes han concentrado su atención solamente en mí, y todo lo que hacen es obedecer lo que les ordeno y mando. Han estado conmigo día tras día y noche tras noche. Es lógico que seres humanos como ustedes tengan alguna clase de excursión, alguna clase de día franco.” Con estas palabras él cambió el estado de ánimo de los mandali porque para éstos era grandioso que Baba reconociera sus estados de ánimo. “¿Por qué no fijamos un día?”, dijo Baba. “¿No les gusta la idea?”

Dijimos: “Sí, nos gustaría tener ese día”. “Entonces tengan un día franco completo. Deberían pedir unos buenos platos que les gusten, y no me molestaría que también sirvieran vino. Tengan eso. ¿Qué tiene de malo?”. Naturalmente, cuanto proviene del maestro es bueno. ¿Quién no querría vino, quién no querría saborear buenos platos, y por encima de todo, quién no quisiera estar en presencia del Maestro Perfecto?

De modo que todos los mandali nos concentramos en ese día fijado por el Maestro, y sucedió que era en tiempo de luna llena. El Maestro dijo: “Pasaremos todo el día y también toda la noche divirtiéndonos y olvidándonos de todo, incluso de Dios”. Así fue cómo los mandali se olvidaron de su mal humor, de sus altercados y de todos los pensamientos negativos que habían acumu-

lado durante los años pasados con el Maestro. Esas pocas frases que él pronunció les hicieron olvidar completamente todo. Lógicamente Baba se puso muy contento al ver esa reacción.

Entretanto, por supuesto, los mandali tuvieron que encargarse de todos los preparativos necesarios y de pedir los comestibles. Finalmente llegó ese día. Baba lo declaró feriado y fue muy buena compañía para nosotros. Nos sirvió la comida y distribuyó el vino. Todos estábamos en compañía de Baba, el Maestro Perfecto, el que conforta, el compañero, el amigo, y pasamos un día realmente bueno. Durante unas largas horas comimos, bebimos y entonamos canciones de alabanza a Baba, de alabanza al Maestro Perfecto, de alabanza a los Maestros del pasado, etcétera.

Entonces empezó a oscurecer. Desde luego, nos restringíamos un poco cuando Baba nos servía vino. Después, cuando oscureció, Baba empezó a servirnos un poco más de vino y lo disfrutamos. Finalmente Baba nos dijo: "Ya es noche de luna, ¿por qué no salimos a pasear en bote? Aquí tenemos un buen bote". El ashram estaba situado en la ribera de un río. Estuvimos de acuerdo, y Baba nos dijo que quería ir con nosotros. Los mandali pensaron que era muy buena idea, por lo que llevaron consigo un gramófono, la comida y las botellas de vino.

Acomodamos a Baba y él nos dijo: "Empiecen a remar y nos internaremos en el río". De modo que comenzamos a remar. Algunos de nosotros se encargarían del bote, otros atenderían a Baba, otros distribuirían la comida, y el resto cantarían y bailarían.

Esa noche la disfrutamos, hasta que finalmente amaneció. Oímos que el Maestro batía palmas y nos decía: "Ya es hora de regresar", y con ese batir de palmas sobrevino el despertar en el sentido de que, durante todo ese tiempo, no habíamos hecho

"progreso alguno". Nos hallábamos precisamente donde habíamos estado. Como estábamos en copas, los que se encargaban del bote no lo habían desenganchado del fondeadero, por lo que nos encontrábamos precisamente en el lugar del comienzo.

Pero Baba había estado con nosotros todo el tiempo. Él era el Maestro Perfecto, el compañero, el Amado. Nos dijo: "Siéntense. Ésta es la hora en la que todos ustedes deben saber lo que les ha sucedido. ¿Se acuerdan de aquel día en el que todos ustedes estaban molestos y les dije que no había buen tiempo? Ustedes ni siquiera pensaron que ese día fuera conveniente contestarme. Ahora ustedes han disfrutado conmigo este día y esta noche. Todo esto es bueno. Yo estoy con ustedes todo el tiempo. No se me puede separar de ustedes. ¿Pero ustedes se dan cuenta de que el hecho de que estén conmigo no cuenta para nada, pues ustedes no han estado conmigo en el verdadero sentido? Precisamente cuando les ordené que saliéramos y pasáramos un buen día juntos. Porque ustedes no se desengancharon de los asuntos mundanos es que, a pesar de estar conmigo, se olvidan de desenganchar su bote".

¿Comprendes el significado de esta anécdota, Don?

Don: Sí, tiene un final contundente, Eruch.

Eruch: Regresamos con Baba al lugar en el que vivíamos, estando mucho más sobrios a pesar del vino que habíamos tomado, y también más sabios. De modo que ésta es otra anécdota relacionada con los estados de ánimo.

Don: ¿Pero el mismo Baba también tenía cambios de humor?

Eruch: Sí, Baba también.

Don: Frecuentemente, cuando yo llegaba, tú decías: "Baba ha estado de muy mal talante durante días, y nos alegra muchísimo que hayas venido, porque él siempre se muestra animoso con un visitante".

Eruch: Eso es verdad. No sabemos la razón de sus cambios de humor, y cuando él estaba de mal humor, oh, era algo para ver, Don, permanecía así, a no ser que hubiera algo o alguien que llegara de afuera.

Don: Para cambiar su humor.

Rano: Uno creía que no había hecho nada para que él se molestara, pero el que quedaba molesto era uno porque pensaba: ¿por qué Baba está molesto conmigo? Entonces uno se daba cuenta de que Baba tenía alguna razón para querer utilizarlo a uno como instrumento con el que descargar su enfado. Entonces uno trataba de ser feliz al reflexionar que, en un sentido, uno estaba ayudando a Baba. Había que aceptar eso sin sentirse molesto, comprendiendo que él no está enojado realmente con uno, sino que él tenía que descargarse. Como dije, Baba tenía que desahogarse con alguien, de modo que uno se decía: “Muy bien, se descarga conmigo”. Pero a veces, si tu estado de ánimo no era bueno, entonces el que se sentía molesto eras tú.

Don: Y contragolpeabas.

Rano: Sí, y a continuación te dabas cuenta: “No, debí pensar, qué confianza tiene Baba conmigo como para poder hacer eso”.

Don: Aunque no es fácil. ¿Y qué pasó entonces con esa pobre gente, Eruch?

Eruch: Como te dije, Baba nos asignó una gran tarea, la de encontrar personas que fueran realmente pobres, indigentes que no deseaban extender la mano para mendigar. Se trataba de personas que habían sido ricas pero que, debido a las circunstancias, habían perdido su riqueza y posición social.

Don: Baba quería que ustedes encontrarán ese tipo específico de pobre, no tan sólo alguien que estuviera mendigando en la esquina de un edificio.

Eruch: Sí, hay muchas personas como ésas en la India.

Rano: Baba quería que encontráramos a los que eran demasiado orgullosos como para mendigar.

Eruch: Yo no los llamaría demasiado orgullosos sino más bien modestos. Ellos no querían...

Rano: Orgullosos en el sentido de que ellos no querían que se supiera su condición.

Eruch: Ah, sí. De modo que eso era muy difícil para nosotros, pero Baba quería que los encontráramos a toda costa, aunque decir esto tampoco es tan cierto. Sabemos que Baba es omnisciente. Si hubiera querido, podría haberse acercado a la persona sin buscarla, pero como lo he estado diciendo todo el tiempo, existe un pequeño factor, que es su gracia, su compasión infinita. Él nos permitía compartir esta labor y hacernos creer que éramos los que ubicaríamos a la persona y después, que nos deleitáramos participando en ese hecho. Sin embargo, siempre sabíamos que Baba estaba con nosotros en nuestra búsqueda. Bueno, así es cómo vivimos, ahora que Baba ha abandonado el cuerpo: vivimos recordando el pasado.

Citaré uno o dos ejemplos de nuestra búsqueda de indigentes. Estábamos en el sur de la India, después de la hambruna de Bengala. Después de atender a quienes se estaban muriendo de hambre, tuvimos que viajar hacia el Sur.

Don: ¿Ahora siempre en la Nueva Vida?

Eruch: Sí, esto ocurrió hacia el final de la Nueva Vida. Ah, seré franco contigo, Don, no me preguntes sobre el año, las fechas ni nada de eso. A veces me confundo un poco si eso fue en la Nueva Vida o al final de la Nueva Vida. Para mí se trata de una sola vida con Baba. No puedo establecer diferencias. Aunque creo que fue en la Nueva Vida.

Para reunir aquel dinero, Baba salió por un día de la Nueva Vida, lo que nos permitió hacer este trabajo; de lo contrario no

lo habríamos podido hacer. No acostumbramos que cayera dinero del cielo. Fue un regalo que sus devotos le hicieron a Baba, y Baba lo gastó así, con la gente.

Estábamos en Madrás y Baba tenía sed, de modo que tuvimos que encontrar un poco de agua potable para él. Aunque estábamos acostumbrados a viajar y Baba nunca se preocupaba por la comodidad ni por alguna comida especial, no obstante quienes viajábamos con él teníamos el deber de atender sus necesidades. Pensábamos que se trataba de un gran privilegio, y por eso nos esforzábamos en conseguir lo mejor de lo que pudiéramos disponer con nuestros recursos. La mejor agua bebi-ble que pudimos conseguir consistió en agua fresca, de coco, que a Baba le agradaba, por lo que fuimos a un local y Baba se quedó afuera con los demás compañeros, mientras yo regateaba el precio del coco.

Cuando cerré el trato, tuvimos que preparar el coco y luego agujerearlo para que Baba pudiera beber de él. Mientras uno de nosotros lo estaba haciendo, otro cliente estaba conversando con el dueño del local acerca de un hombre de buen pasar que había perdido toda su fortuna y que ahora vivía miserablemente, como un indigente, con una hija adulta.

Todo esto me intrigó muchísimo, pero Baba tenía sed y esperaba que yo le llevara el agua de coco. Mientras Baba la estaba bebiendo, me dijo con un gesto: “Vuelve y escucha lo que el dueño del local está diciendo”. Baba había alcanzado a oír la primera parte de la conversación, pues los indios hablan siempre en voz alta, casi gritándose.

Regresé y dije: “Discúlpeme, señor. ¿Puedo saber cómo se llama la persona de la que hablaban?”. “¿Por qué?”, me preguntó. “¿Qué tiene que ver usted con eso?”. Repliqué: “ Sólo me gustaría saberlo”. Entonces me dio el nombre, el domicilio y me indicó cómo ir allá. No lo creerías, pero ni bien Baba bebió

aquello, nos dijo que tomáramos el tren y fuéramos allí. Creo que a unos ciento veinte o ciento sesenta kilómetros. Fuimos con Baba y llegamos cuando había anochecido. Todavía recuerdo las circunstancias debido a las conmovedoras experiencias que yo tuve allí. Era la fiesta de Divali, el Festival de las Luces. Como era tarde, le dije a Baba que descansara en el andén de la estación. La idea de que él se internara en ese pueblo no me gustaba, por lo que, mientras él descansaba con los demás compañeros, yo solo me encaminé a tratar de ubicar el domicilio.

Cuando encontré el lugar, descubrí una espléndida casona, golpeé la puerta y, cuando alguien contestó, di el nombre de la persona que me habían dicho.

El hombre de la entrada me dijo: “Sí, ésta es la casa”. Turbado por toda esa situación, no supe qué decir. ¡Claramente, éste no era el hogar de alguien que necesitara ayuda! “¿A quién quiere ver?”, me preguntó. Le dije: “Quiero ver al hombre por el que pregunté”. “¡Esa persona soy yo!”, replicó. No pude decirle nada, por lo que aquel hombre continuó: “Bueno, ¿qué quiere usted?”. Le dije: “Discúlpeme, señor, me equivoqué. El hecho es que hay alguien con ese nombre que está muy necesitado de ayuda”. Me contestó: “No, yo soy esa persona. Aquí no hay nadie más. Como usted ve, por la gracia de Dios tengo todo lo que quiero y Él se encarga de mis necesidades. No hay problema. Debe haber algún error de su parte”.

Completamente frustrado y decepcionado, yo estaba a punto de regresar, sin saber qué hacer ni qué decirle a Baba. Habíamos recorrido toda esa larga distancia y ahora yo no sabía qué hacer, pero un niño acudió en mi ayuda: salió del living de aquella casa, hablando inglés correctamente. Allá en el Sur hablan un idioma distinto y yo tenía que hablar en inglés porque no conocía la lengua de ellos.

El niño dijo: “Conozco a ese hombre. Conozco la casa en la

que vive". Salió a mi encuentro, y el dueño de casa lo reprendió, pero el niño no le hizo caso. El problema era que entre los indios del Sur tienen apellidos parecidos, aunque difieren en cuanto a los nombres. El niño conocía a esta persona en especial porque su padre, que era contratista, había originalmente construido esa misma casa para ese hombre. Cuando éste quedó reducido a la pobreza no pudo pagar, por lo que el contratista terminó la casa y se fue a vivir en ella. Fue así como aquel niño conoció al hombre que había quedado reducido a la pobreza, y me llevó hasta su casa.

Aquella localidad era muy pobre, realmente paupérrima, pero a pesar de la pobreza, vi que había luces encendidas para la fiesta de Divali. Como se trataba del Festival de las Luces, esa noche todos tenían sus casas iluminadas. Hasta una lámpara es suficiente si uno es muy pobre. Pero había una casa que no tenía una sola luz afuera, ni siquiera una luz. El niño la señaló a lo lejos, me saludó y regresó.

Me acerqué a la puerta. Estaba abierta y, a través de ella, pude ver una sola habitación. Golpeé la puerta. Una sola lámpara de aceite estaba ardiendo débilmente dentro de un cuarto que no tenía mueble alguno, pero en el que había una estatua del Señor Krishna de tamaño natural. Delante de esa estatua había una jovencita que estaba adorando a Krishna.

Mudo de asombro, me quedé ahí parado. No había muebles, salvo esta estatua del Señor Krishna de tamaño natural. Era muy probable que, de entre todas sus pertenencias, la habían conservado, porque no habían podido separarse de ella.

No me animé a perturbar a esa joven en su devoción, pero al mismo tiempo tenía un deber que cumplir. Baba estaba aguardando en el andén de la estación, y yo no podía permitirme perder tiempo aquí, porque él era el Señor.

Golpeé la puerta, la joven se dio vuelta, me miró y vino hacia mí diciendo en muy correcto inglés: "¿Qué quiere usted?". Le contesté: "Mi hermano mayor me envió. Está esperando en la estación, y le agradecería conocer al hombre de la casa. ¿Está él aquí?", y le dije nuevamente el nombre.

Me dijo: "Sí, él está aquí", y me invitó a entrar en la habitación. Entré y estaba a oscuras, salvo una diminuta lámpara que brillaba con luz mortecina. Pude ver apenas a un hombre que estaba tendido en el piso. En un costado de la habitación distinguí a una señora, que también estaba enferma. Era la madre. La joven señaló a ambos, pero nunca mencionó para nada su pobreza, aunque no pudo ofrecerme una silla para que me sentara, y se disculpó.

La consolé, y ella me preguntó sobre el propósito de mi visita. Le dije: "Mi hermano mayor ha venido de Bombay y está esperando en el andén de la estación ferroviaria. Él tiene algún trabajo que hacer con tu padre y tiene pensado ayudarlo. Me contestó: "¿Pero cómo es que él conoce a mi padre?". Le dije: "¿Tendrías la amabilidad de prometerme algo? Dentro de una hora traeré hasta aquí a mi hermano mayor y todo resultará muy claro para ti. No debes preocuparte por nada. No somos extraños. Conocemos a tu gente. Por favor, haz una cosa: no abandones la casa antes de que yo traiga aquí a mi hermano". Ella me lo prometió, y yo le dije adiós y me retiré de la casa.

Fui directamente a ver a Baba y lo traje de vuelta en tonga. En el trayecto le conté toda la historia, y él se puso realmente muy contento. Estuvimos en esa casa en una hora. En aquella época teníamos que llevar con nosotros todas las cosas que necesitábamos para este particular tipo de trabajo. Necesitábamos agua, un balde y una palangana para lavar los pies del indigente a quien le daríamos el amoroso regalo. Entonces utilizába-

mos una toalla nueva para secar los pies que Baba había lavado. El dinero que se le daría tenía que estar a mano. Después había otros elementos que Baba también necesitaba.

Antes de entrar en la casa, conociendo la situación, yo tenía un balde lleno de agua hasta la mitad. Pero también teníamos que llevar una pequeña palangana para lavar los pies de los indigentes, de lo contrario el agua se derramaría en el piso. Entonces entramos y yo presenté a mi hermano mayor a la joven. Ambos padres estaban tan enfermos que no pudieron saludar al visitante. Baba se agachó y me dijo con gestos que empezara a derramar agua sobre un pie y luego sobre el otro, sosteniendo la palangana debajo de los pies del esposo. Luego Baba se sentó y le lavó los pies, después de lo cual retiramos la palangana y arrojamos el agua afuera.

La joven no comprendía lo que estaba sucediendo porque Baba empezó su asistencia sin más presentaciones o explicaciones. Una vez que Baba le secó los pies, la toalla fue entregada a la joven, y Baba se inclinó más hasta poner su frente sobre los pies del enfermo. Entonces Baba le ofreció al hombre una gran suma de dinero dentro de un sobre. El hombre ni siquiera podía moverse por lo que Baba lo puso sobre su pecho, debajo de su mano.

A la hija se le dijo que cuidara esa suma que había sido puesta ahí y, como de costumbre, le dije en nombre de Baba: "Ten a bien aceptar esta suma como un regalo de Dios, haznos el favor". Dije estas palabras en el momento en que se le daba el regalo. Una vez que se decía esto, Baba no se quedaba allí ni un momento.

Comenzábamos a salir de la casa pero, antes de llegar afuera, la hija empezó a gimotear, cayó a los pies del Señor Krishna y con fuerte voz dijo: "Oh Señor, nunca supe que fueras tan compasivo, bondadoso y misericordioso. Tan pronto imploré tu ayuda, me la enviaste a los pocos minutos". Poco sabía ella que

la estatua a la que adoraba en forma de Señor Krishna había venido en forma humana como Meher Baba. Fue muy conmovedor ver eso: Baba la había visitado en el momento justo y preciso. Baba estaba muy satisfecho con nosotros allí y, por supuesto, cuando Baba está contento, nosotros también lo estamos.

Hay otra anécdota que creo que fue publicada en alguna parte, no lo sé. Fuimos de Gudur a Hyderabad. Por supuesto, en el trayecto ocurrieron muchas cosas, pero no tan emocionantes como la que voy a contarte a continuación.

Nos enteramos de que cierto príncipe había perdido toda su fortuna, empobreciéndose tanto que no tenía casa, ni siquiera un cuarto para vivir. Quedó reducido a vivir en la galería de alguien, a cielo raso. Se ganaba el sustento vendiendo cajitas de fósforos y cigarrillos arriba de un cajón. Decían que había sido tan rico que había elefantes atados a su puerta. Esto era señal de gran riqueza en la India de aquellos tiempos. Incluso viajaba en vagones ferroviarios especiales, según nos dijeron los habitantes de Hyderabad cuando empezamos a preguntar por su paradero: "Sí, el hombre está aquí. Era tan rico que poseía un carruaje especial y los elefantes estaban atados a su puerta".

Al final, cuando ubicamos el lugar, el anciano estaba muy enfermo y tendido en un rincón de la galería. No lo cuidaba nadie. Nos acercamos a él, pero volvimos a hacer averiguaciones antes de decidir que se trataba de la persona correcta. Como de costumbre, llevábamos nuestro balde de agua y la palangana. Baba lo ayudó a sentarse en el piso de la galería, con las piernas colgando. Estando nosotros alrededor de él, Baba le lavó los pies, se los secó, se prosternó y puso su frente sobre los pies de él. Mientras estaba haciendo eso, el hombre se desplomó sobre las rodillas de uno de los mandali que estaba parado detrás de él. Lo hicimos recostar. No creerías el alboroto que esto causó

entre los circunstantes. Nosotros éramos extraños “que habíamos venido para matarlo”. Estábamos realmente muy asustados, pero Baba siguió su rutina como de costumbre, diciendo que no podríamos darle la suma de dinero a quien no pudiera hacerse responsable. Entonces preguntamos: “¿Hay alguien que sea pariente de este hombre, algún conocido?”.

“Sí, su esposa fue al hospital a buscarle un medicamento, y si se enterara de que murió, los mataría porque son una pareja que se quiere mucho.” Todo eso lo decían las mujeres de allí, que seguían comportándose como si nosotros hubiéramos cometido un crimen.

Procuramos tranquilizarnos, aunque nosotros mismos estábamos un poco alterados por lo que había ocurrido. Levantamos al hombre, quien debió haber tenido mucha suerte y muchas bendiciones como para que Baba mismo le diera una mano. Lo llevamos hasta una habitación cercana, lo acostamos en una cama que había allí, lo apantallamos y rociamos su cara con agua. Revivió al poco rato. Por supuesto, todo el alboroto se calmó alrededor nuestro tan pronto el hombre volvió en sí.

Entretanto llegó la esposa, y las mujeres empezaron a contarle que había sucedido esto y aquello. Ella preguntó: “¿Qué hicieron ellos?”. Luego, dirigiéndose a nosotros, dijo: “¿Qué es lo que ustedes quieren hacer con este hombre? ¿Por qué lo acosan? Es un hombre enfermo. Todo el mundo nos ha acosado y abandonado muchísimo”.

Entonces la consolamos y le pedimos que se tranquilizara. Le presenté a mi hermano mayor diciéndole que él había venido especialmente de Bombay con un pequeño regalo que les entregaría.

“¿De eso se trata? ¿Después de todo, Dios hizo que los corazones de ustedes se apiadaran de él?”, nos preguntó. Le diji-

mos: “Sí, se trata de un regalo”. Entonces Baba intervino de inmediato, dándole el paquete como regalo. Desde luego, yo tuve que pronunciar las palabras: “Éste es un regalo de Dios, y te agradeceremos que lo recibas”. Ella no sabía qué estaba sucediendo, y dijo: “¿Qué es esto que llovió del cielo? ¿Quién está allí para darlo, y qué es?”. Le contesté: “No te preocupes”. Entonces Baba volvió a decir con gestos que eso debería utilizarlo para sí misma y para su marido, y luego abandonó el lugar inmediatamente.

Deberías haber estado allí para escuchar lo que esa gente dijo alabando y glorificando a Dios, y poniéndonos muy contentos. A Dios, el Absoluto, lo alaban cuando Él actúa en la forma humana.

Don: ¿Ella se había recobrado bastante cuando ustedes se marchaban como para que percibieran alguna reacción por parte de ella?

Eruch: No, nada. Nos fuimos. Hay otra anécdota conmovedora, relacionada con los indigentes, pero no tiene nada que ver con este viaje. Un iraní había venido a ver a Baba en Meherabad y trajo quinientas rupias para ofrendarlas a sus pies. Yo estaba ahí presente como intérprete. Baba no tomó el paquete. Solamente lo señaló y me indicó que le dijera al hombre que lo recogiera. Él lo recogió, y entonces Baba le dijo que lo guardara en el bolsillo y se lo llevara de vuelta porque Baba no quería aceptarlo.

Muy apenado, el iraní rogó a Baba que lo aceptara, y volvió a ponerlo a los pies de Baba, quien le ordenó que debía obedecer sus instrucciones. Pero el hombre se mantuvo firme. Entonces Baba me dijo que recogiera el paquete y lo tuviera siempre conmigo para dárselo a una familia indigente cuando la encontráramos. Yo tenía el deber de acordarme de encontrar a esa familia. Pero Baba me dijo: “Ya vas a saber a quién habrá que dárselo”. Ésa fue la única frase reconfortante que Baba pronun-

ció. Guardé largo tiempo ese dinero, y después, un día, Baba me envió a Poona para hacer un mandado. Era un mes de verano, por lo que nos detuvimos para tomar un zumo de caña de azúcar en un negocio. Mientras bebía, llegué a oír una conversación entre el dueño del local y otro visitante; ambos se conocían. Su charla giró en torno a cierta familia en la que el esposo trabajaba en una oficina municipal cuya honradez no le fue de provecho. Ése era el tema.

Me interesó muchísimo enterarme de esto y, al escucharlo, quedé intrigado. Aparentemente, lo habían desjerarquizado y no era del agrado de sus superiores por el hecho de haberse comportado honradamente. Todavía trabajaba en la municipalidad, pero ahora como peón en las afueras del pueblo. Allá tenía que detener las carretas que traían verdura, leche y otros productos, averiguar qué impuesto había que cobrar y dar cuenta de ello al empleado que estaba de servicio. A eso nosotros lo llamamos *octroi-naka*. En las afueras de pueblos y ciudades hay puestos en los que se recaudan estos impuestos.

Don: Como aquél en el que detuvieron a Nilu cuando llevaba el ternero a cuestas.

Eruch: Sí. Anoté la dirección de esa familia y fui hasta allá de inmediato; quedaba a unos cuarenta y ocho kilómetros de Poona. Encontré la casa; allí estaban viviendo dos mujeres muy bellas y de tez clara que vestían andrajos. Nunca había visto semejante belleza en aquella localidad ni en un pueblo así de Maharashtra. Pertenecían a alguna otra zona, muy probablemente del Norte. Quedé pasmado.

Al verme, ellas dijeron: “¿Qué sucede? ¿Qué quiere usted?” Les dije que estaba buscando a una persona llamada Fulano de Tal y me contestaron: “Sí, ahora está de servicio, pero por favor, díganos por qué quiere verlo”.

Le dije: “Por la razón de que mi hermano mayor me envió con cierto regalo que tengo que darle”. Me contestaron; “Por favor, no lo haga. No estamos en condiciones de compensarlo con nada. Ya estamos en apuros. No queremos cargar con deuda alguna, ni queremos la ayuda de nadie. Jamás podremos devolver nada”. Les dije: “No queremos que nos devuelvan nada. Mi hermano me envió con claras instrucciones de que el regalo es un *regalo*, sin obligación alguna ni devolución de ninguna naturaleza. Deberán utilizarlo para lo que necesiten”. Consolé a la familia diciendo: “Pertenece a la misma familia (de Dios). Mi hermano mayor tuvo la inclinación de enviar este regalo, y quiere que ustedes sean sus destinatarios. Pero no se los estoy dando a ustedes: quiero dárselo al jefe de la familia”.

Me dijeron: “Tendrá que venir mañana para eso”. Repliqué: “Bueno, vendré mañana”. “¿De dónde vendrá usted?”, me preguntaron. Contesté: “Vendré de Poona, y díganse a su padre y a su esposo”. Me dirigí a ambas, o sea, a la hija y a la esposa: “Asegúrense de que se quede aquí y no vaya a trabajar”. Me prometieron que lo harían.

Al día siguiente tomé el primer ómnibus que pude desde Poona y, cuando llegué al lugar, me presentaron al hombre. Hice lo que Baba quería que hiciera, prosternándome ante aquel hombre en nombre de Baba. Cuando Meher Baba no podía estar presente en algún lugar para efectuar su labor, enviaba a alguno de nosotros en su nombre, pero antes de enviarnos, él se prosternaba ante nosotros y luego nos enviaba a cumplir el mandado. Entonces nosotros íbamos y repetíamos la misma acción al tomar contacto con la persona.

De modo que me prosterné ante este hombre y puse mi cabeza sobre sus pies. Por supuesto, no se los lavé porque no se me había dicho que lo hiciera. Luego le entregué el paquete dicen-

do: “Éste es un regalo de Dios y te agradeceremos que lo aceptes”. El hombre se puso a llorar, empezó a gritar y mesarse los cabellos, y me dijo: “¿Puede Dios ser misericordioso? ¿Realmente vela todo el tiempo por nosotros?”. Repliqué: “Sí, todo el tiempo”. “¿Estás seguro?,” me dijo. Le contesté: “Sí”. “Ahora yo también estoy seguro”, me dijo, y agregó: “¿Sabes cuál es mi historia?”. “No, pero me enteré de ciertas cosas”, le dije. Me contestó: “Todo eso es pasado, pero ¿sabes lo que hoy estuvo a punto de sucederme? Hoy yo no iba a ir a trabajar. Había decidido suicidarme. Mañana no me habrías visto”. Le dije: “Alabado sea Dios, ten fe en Dios”, y me marché. Fue muy conmovedor ver aquello. Cosas como éstas se recuerdan siempre.

Don: Justo en el momento crucial.

Eruch: Yo estaba contentísimo y se lo conté a Baba, quien me dijo: “¡Bien hecho!”. Como si yo hubiera hecho algo.

Don: Eruch, querías que te recordara hablar sobre “identificación”.

Eruch: Hay dos anécdotas sobre identificación. Incluso durante la “vieja vida” acostumbrábamos viajar por la India en busca de masts. Al llegar a la zona específica, dejábamos a Baba y seguíamos nosotros solos, buscando al mast del que teníamos noticias y luego regresábamos para dar cuenta de ello a Baba. Cuando emprendíamos esos viajes en busca de masts realmente dejábamos de atendernos nosotros mismos.

Don: ¿Dejaban de atender la propia salud?

Eruch: Dejábamos de atender tanto nuestra salud como nuestro aspecto. Estábamos sucios y parecíamos matones desgreñados y sin afeitar. A veces la policía sospechaba de nosotros y nos importunaba, llegando incluso en ocasiones a trasladarnos a la comisaría y pedirnos documentos de identidad

Don: Eruch, cuando ustedes emprendían juntos esos viajes,

¿Baba se preocupaba por el aspecto personal, por cómo vestían, si se afeitaban y cosas por el estilo?

Eruch: Nada de eso. No teníamos tiempo para esas cosas. Era por eso que la policía sospechaba de nosotros. La policía sospechaba que éramos ladrones o matones porque todos los que rodeábamos a Baba éramos muy sanos y fuertes. Baidul, Kaka y yo éramos muy fornidos. Debíamos soportar que la policía nos interrogara porque estábamos sucios y sin afeitar durante semanas.

Sin embargo, en esa época había ciertos discípulos de Baba que estaban en posición de decir quiénes éramos, de darnos documentos de identidad, de escribir cosas buenas sobre nosotros, y que no éramos gente buscada por la policía sino muy respetables discípulos de Meher Baba. Debes haber oído hablar de Jal Kerawalla, a quien Baba apodó “el magistrado”. Fue juez, y comisionado antes de morir. Murió estando de servicio, pero ésa es otra historia. Un día debes oír también la historia de cómo sirvió a la causa de Baba a pesar de que ocupaba un puesto de tanta responsabilidad. Hasta los funcionarios del gobierno y los ministros de estado le respetaban y reverenciaban por su honradez e integridad. Él fue quien nos dio estas cédulas de identidad. También facilitó el documento de identidad de Baba. Tenemos registros guardados de todo esto.

Don: ¿Las conservan en Meherazad?

Eruch: Sí, en Meherazad. Por supuesto, también Sarosh nos ayudó. Era el alcalde de Ahmednagar, y lógicamente nos dio una mano en todo eso. Los recaudadores de impuestos, a quienes se conoce como jefes de los distritos, también nos dieron documentos de identidad, y así se facilitaron nuestros viajes. Cuando nos llevaban a las comisarías para interrogarnos, mostrábamos estos documentos de identidad a las autoridades correspondientes y nos pedían mil disculpas. Después de verlos, no se interponían ni nos molestaban.

Una mañana en la que iniciamos la Nueva Vida, sucedió que Baba quería ir al baño. Traté de encontrarle un sitio apropiadamente apartado. Minutos antes, un jeep que estaba detrás, pasó a nuestro lado. Entretanto Baba fue al sitio apartado que yo había elegido y, mientras yo estaba esperando que él saliera, vi que aquel coche regresaba. Se detuvo a cierta distancia y bajaron dos personas, las cuales se me acercaron haciéndome preguntas: “¿Quién es esa persona que estaba con usted?”. Les pregunté: “¿A qué se debe su pregunta?”. Me dijeron: “Bueno, hace un par de minutos pasamos por donde estaban ustedes, y había dos personas aquí, en el camino. ¿Dónde está la otra?”. “¿Quiénes son ustedes para hacerme esas preguntas?” les dije, y replicaron: “Esto es cosa nuestra. Por eso le preguntamos. Somos de la policía”. ¡Ah, eso es diferente!”, les dije, y agregué: “Entonces tienen todo el derecho a preguntar. Bueno, él fue al baño. ¿Qué más quieren ahora?”. Ellos insistieron: “Nos gustaría verlo”, y yo les dije: “Bueno, véanlo cuando regrese. Esperen”.

Pocos minutos después Baba estuvo junto a mí y lo presenté como mi hermano mayor. Me preguntaron: “¿Pero no habla?”. Repliqué: “¿Qué quieren preguntarle? Él les contestará”. Le hicieron varias preguntas, y la primera fue ésta: “¿Cómo se llama?”. Baba dijo con gestos que yo interpreté: “M. S. Irani” “Adónde van?”, nos interrogaron. Les dije que efectuábamos una peregrinación, de manera que intercambiamos palabras de rigor. “¿Guarda silencio?”, preguntaron. Contesté: “Sí. Estamos en peregrinación. Eso es todo”. Lo entendieron, pero esto a la vez me hizo pensar que nosotros deberíamos tener nuestros documentos de identidad. Eso haría que se descubriera la identidad de Baba, y no era de su agrado, de modo que yo no sabía qué hacer. Le dije a Baba: “Debemos hacer algo sobre esto, Baba”. Pienso que la policía debería ser informada al respecto”.

Las autoridades policiales de Ahmednagar habían sido informadas sobre que habíamos iniciado la Nueva Vida, pero en ese momento ignoraban nuestro paradero porque habíamos cambiado de distrito y después, de estado. Baba no prestaba atención a esas cosas en la fase de la Nueva Vida, pero durante todo ese tiempo yo me había estado preguntando qué sucedería si llegábamos a un estado del sur de la India en el que había muchos disturbios en aquella época. Sin embargo, en realidad todo transcurrió bien y felizmente sin esos documentos.

Ahora volveré a la fase anterior a la Nueva Vida, en 1947. En la época en la que la India y Paquistán se separaron, Baba viajó mucho por el sur, y la anécdota sobre los documentos de identidad que ahora te contaré se remonta a aquel período.

La policía nos persiguió por cualquier cosa mientras estuvimos en el sur de la India. Había muchos disturbios, especialmente en determinados protectorados, llamados “estados principescos”. Debes haber oído hablar de Hyderabad, uno de los estados más grandes de la India, ¿no es cierto?

Don: Según recuerdo, nunca estuvo directamente bajo el régimen británico.

Eruch: No, a ese estado lo dejaron, y el gobierno indio tuvo que tomar posesión de él después de la separación de la India y Paquistán. Hubiera habido una verdadera guerra si los jefes de gobierno no se hubieran comportado debidamente como estadistas.

En esa época nosotros estábamos viajando precisamente por ese estado. Había muchos tumultos y atropellos con los civiles, y nosotros estábamos en medio de esos disturbios. Yo pensé que no era seguro viajar sin mejores referencias al estado de Hyderabad, a pesar de todos los documentos de identidad que nosotros teníamos para el estado de Bombay y para otras zonas de la India Central. Nosotros éramos muy prudentes por la úni-

ca razón de que Baba estaba presente. No queríamos que nos interrogaran para nada porque queríamos proteger la persona de Baba contra cualquier humillación o insulto.

Decidí concurrir a la oficina del comisionado, que era el jefe del departamento de policía en ese estado, y él me preguntó: “Bueno, ¿qué es lo que usted quiere?”. Le contesté: “Venimos de Bombay y nos encontramos en este estado en calidad de viajeros”. Me preguntó: “¿Y qué quieren?”. Contesté: “Queremos que nos ayude. Mire, tengo conmigo a mi hermano mayor que está yendo de un lugar a otro ayudando a los pobres y necesitados. Él tiene su propio modo de hacer las cosas, y la policía de aquí sospecha de nosotros sin razón. Hace pocos días nos acosaron mucho y ninguno tiene en cuenta lo que les decimos; por eso creí que lo mejor era venir a verlo a usted, informarlo sobre esto y pedirle su protección”.

“¿Y qué es lo que usted quiere?”, me preguntó el comisionado. Le dije: “Quiero de usted una sola cosa. ¿Podría enviar a todas las comisarías una circular que dijera que tales y tales personas pasarán por este estado y que no se las debe molestar”. “¿Quién es usted? ¿Quién es su hermano mayor?”, me preguntó. Le dije: “Señor, él ha estado efectuando una labor espiritual y nos ha dicho que no reveláramos su identidad, pero como usted es el jefe de policía y yo he venido a buscar su ayuda, no creo que él se moleste porque yo le revele su identidad”. Entonces inquirió: “¿Y quién es él?”. Contesté: “Lo conocen como Meher Baba”. “¿Está aquí, en este estado?”, me preguntó, y yo le dije que sí.

El comisionado llamó a uno de sus ayudantes y le dijo: “Quédese a cargo, me voy a mi casa con este hombre, y regresaré”. Entonces me condujo hasta su casa; yo estaba asombrado e intrigado por lo que a continuación sucedería.

Don: Esto me recuerda que, cuando se está efectuando un negocio, el mejor comerciante es aquél que plantea de inmediato sus más fantásticas demandas, como si lo que pidiera fuera lo más normal del mundo.

Eruch: Nosotros también descubrimos que eso funcionaba. Cuando me llevó a su casa, me hizo sentar en el living y se fue. Unos cinco minutos después volvió con una foto de Baba. ¿Sabes cuál foto era? La de Baba con un grupo de estudiantes, cuando le dieron una medalla por un partido de cricket. En aquella foto estaban todos los estudiantes, y uno de ellos era precisamente el comisionado.

“Fue compañero mío, en el colegio”, me dijo, y preguntó: “¿Éste es él, Meher Baba?”. Contesté: “Sí, se lo conoce como M. S. Irani”.

Don: ¿Ésta fue la primera vez que el comisionado había tenido contacto con alguien cercano a Baba desde la época en que eran colegiales?

Eruch: Sí, pero él había oído decir que M. S. Irani era conocido como Meher Baba. Todavía recuerdo el nombre de ese comisario: Reddi.

Don: “Reddi” es un nombre tan común como “Smith”, allá en Hyderabad, que actualmente se llama Andhra Pradesh, ¿no es cierto?

Eruch: Ahora Hyderabad es la capital de Andhra Pradesh. Nos dijimos mutuamente lo que pensábamos sobre Baba, y el comisionado me preguntó dónde estaba Baba, cómo viajaba y qué estaba haciendo. Se sintió sumamente feliz por haberme visto. No recuerdo si me convidó o no con una taza de té, pero eso es insignificante porque yo había ido a verlo por algo muy importante: un permiso para atravesar libremente todo el estado.

Finalmente me dijo: “Vuelva a mi oficina y no se preocupe. Dígale a Baba que ningún agente de policía de este estado vol-

verá a molestarlo o estorbarlo en su labor”. Ésa fue la primera vez, en el ministerio de Baba, que alguien tan encumbrado impartió instrucciones a todos los destacamentos policiales de ese estado que siempre que tuvieran noticias de Meher Baba, nadie debería entorpecer su labor ni interrogarlo a él o a sus acompañantes. Después nos hizo llegar una copia de la circular que él había enviado.

Pero todas estas cosas funcionaron. ¿Cómo tuvimos la osadía de pedir semejantes cosas a personas de tan alta jerarquía? Porque sabíamos que estábamos con el Emperador. ¿Y quiénes eran estas otras personas? Personas que ocupaban altos cargos solamente debido a él. Nosotros teníamos el convencimiento, aun si tuviéramos que ver a Maestros Perfectos, santos, yoguis o funcionarios públicos de jerarquía. Nuestra mente estaba siempre respaldada por la misma convicción: “Sólo vamos a ver a alguien que sirve a nuestro Maestro y que ha sido nombrado por él”.

Don: Ya fuera que ellos lo supieran o no.

Eruch: Sí, estábamos convencidos, desde luego.

Don: Eruch, ¿la vida personal de Baba, en esa época, se caracterizaba por algo desacostumbrado en lo que atañe a su régimen alimenticio, a si en la Nueva Vida dormía más o menos que durante otros períodos, o a algo que fuera distinto en la alimentación, las oraciones o las observancias de los mandali?

Eruch: No había diferencias especiales, salvo que Baba comía lo mismo que los compañeros. En la Nueva Vida siguió siendo un verdadero compañero para sus compañeros. Compartía el trabajo, compartía la comida que mendigaban y compartía las penurias. Siguió siendo el líder, no hay duda de eso. Impartía las órdenes y teníamos que cumplirlas contentos, sin caras largas. Sin embargo, recuerdo una cosa divertida en lo que atañe a la oración. Todas las noches, cuando nos separábamos de Baba,

los compañeros y él compartíamos esta breve plegaria que Baba había redactado:

El día de hoy pasó como tenía que pasar,

El de ayer transcurrió de un modo u otro,

Y a quién le importa el futuro, pues el día de mañana también pasará.

Don: ¿Así era como se separaban cada noche?

Eruch: Sí, era una vida de desamparo y desesperanza completos, sin preocuparnos por lo que sucedería.

El día de ayer pasó de un modo u otro,

Hoy transcurrió como tenía que transcurrir,

¿Y a quién le importa el día de mañana?

¿A quién le importa el futuro? Nos separábamos así, por la noche, y esto nos brindaba una sensación de libertad grande y real.

Don: Viviendo enteramente en el presente.

Eruch: Sí, viviendo enteramente en el presente. Y para ser fiel a los hechos, nadie cayó enfermo en ese período de penurias, ni siquiera las cuatro mujeres que estaban con Baba. Ni siquiera hubo un resfrío o una tos, aun cuando sentíamos los rigores de la fría estación invernal, y nuestras uñas se ponían azules y los dedos se entumecían.

Don: Y Gustadji tenía tanto frío que no podía moverse.

Eruch: Sí, eso es todo. Fuera de eso, no nos afectaba la gripe, la tos, el catarro ni la neumonía –nada– ni siquiera la fiebre o el dolor de cabeza. Vivíamos al aire libre y nada nos afectaba.

Don: Eruch, me dices que éstos son los aspectos más destacados que recuerdas de la Nueva Vida, y ahora los hemos concluido. ¿Puedes volver a atrás y resumir algunas cosas que empezaste a mostrarme, y también hablar sobre otra pregunta que me gustaría formularte?

Una de las primeras cuestiones que planteaste y que me sor-

prendió, fue que viviendo la Nueva Vida con Baba no había penurias. Después, de paso, describiste muchos hechos ilustrativos de que era un gusto estar con Baba, y cómo por la mañana, bien temprano, conseguías la humeante comida de las cocinas de los campesinos, y toda la dicha personal de estar con Baba. A estas anécdotas se sumaron las tuyas, a veces asombrosas, sobre cómo Baba, a pesar de que era un compañero, dejaba que su Estado Avatárico trascendiera los lindes que él impusiera en la Nueva Vida, y los extraordinarios acontecimientos derivados de esto. Ciertamente me aseguraste que ésa fue una vida extraordinariamente placentera.

Eruch: La Nueva Vida *con* Baba era placentera, a pesar de todas las penurias. La Nueva Vida *sin* Baba era una terrible penuria, como en el caso del doctor Daulat Singh.

Don: Sacaste a colación otra fase de la que yo nunca me había enterado. Se trata de aquellas tres anécdotas característicamente extraordinarias relacionadas con tu búsqueda de personas indigentes que habían sido ricas y encumbradas. Son tres de las más bellas anécdotas sobre Dios en forma humana que yo he oído.

Todavía hay dos asuntos que tengo bien presentes, y la oración que acabaste de recitar es un buen punto de partida para uno de ellos. En ocasiones uno se encuentra con un joven rebelde, un hippie de los años sesenta, el cual opina que la Nueva Vida, tal como la vivían Baba y los mandali, es prototipo de aquélla a la que un hippie es afecto: vagando por el mundo, sin preocuparse por el origen de su próximo bocado, por si está andrajoso, o si podrá bañarse o incluso lavarse. Muchos de ellos creen que el gran error de nuestra sociedad fue que, por estar tan absorta en lo externo, se olvida del hombre interior. ¿Cuál es tu reacción ante esta comparación entre la vida errante de muchos jóvenes y la Nueva Vida de Baba y los mandali?

Eruch: Aparentemente algunos jóvenes de hoy llevan una vida cercana a la Nueva Vida con Baba y sus compañeros, pero la diferencia más importante que descubro es que esas personas llevan esa vida porque de alguna manera están insatisfechas con su existencia.

Don: Sí, por supuesto se trata de una reacción frecuente, eso es incuestionable. Es rebelión o insatisfacción con la vida que habían estado llevando...

Eruch: Mientras que la Nueva Vida con Baba consistía en vivir una vida superior, sin haber estado insatisfechos con la vieja vida anterior.

Don: ¿En qué sentido una vida superior, Eruch? ¿Una vida superior que aspiraba a alguna meta en particular?

Eruch: No aspirábamos a nada. Nuestro objetivo era la libertad total, vivir la vida en circunstancias y ambientes muy naturales, pero una vida de desamparo y desesperanza. Sin embargo, a pesar de todo esto, estábamos viviendo como compañeros. Teníamos garantizada la compañía de Baba, jefe del grupo, y estábamos viviendo guiados directamente por Baba.

Don: Sí, es una cuestión muy importante, Eruch. Estaban sujetos a una disciplina y una supervisión estrictas todo el tiempo.

Eruch: Sí, mientras que muchos de los que aparentan externamente "vivir en libertad", habitualmente no tienen esa disciplina en sus vidas. Nosotros éramos disciplinados. Externamente parecíamos hippies, pero éramos muy disciplinados. Estábamos convencidos de que nuestro deber consistía en obedecer a Baba. Vivir con Baba era consagrarse enteramente a obedecer.

Don: Ustedes también alternaban su vida con una veintena de personas, vivir entre ustedes era complejo, y también asumían su deber para con la sociedad.

Eruch: Había disciplina en el campamento. Aunque yo llevaba una vida de desamparo y desesperanza, sin preocuparme por

nadie, esto no me autorizaba a andar desnudo, a comportarme grosera o imprudentemente, estar fastidiado, o hacer lo que yo quisiera. Nada de eso, nosotros hacíamos lo que teníamos que hacer como un grupo encabezado por nuestro compañero Baba.

Don: Ustedes estaban todavía muy comprometidos con ese hondo desafío de vivir en estrecho contacto con otras personas muy diferentes y de fuerte temperamento; si te enojabas con alguien, tal como sucedió en una o dos de tus anécdotas, no podías desentenderte de todo e irte a otro país o integrar una agrupación diferente.

Eruch: No, nosotros teníamos que rectificar el problema ahí mismo.

Don: Estabas obligado, como en un matrimonio, a experimentar ese problema, y someterte a la obligación, nada común, de no mostrarte malhumorado.

Eruch: ¡Tal cual! Esto me recuerda otro ejemplo de cómo Baba trataba de resolver ciertos problemas de relación dentro del campamento. En vez de despreocuparse de esos problemas, se preocupaba muchísimo por ellos. Su objetivo era siempre el de hallar una solución que no perjudicara a la sociedad ni dañara nuestra convivencia. El resultado de esto no implicaba acuerdos, pues él nada tenía que ver con el mundo cuando inició la Nueva Vida con los compañeros, y él nos hacía ver eso. Al mismo tiempo, él quería que lleváramos una vida sin dañar ni contrariar los principios de la sociedad, mientras vivíamos nuestra propia vida a la que él llamó la Nueva Vida.

Esto me hace acordar de un buen ejemplo. Nos dirigíamos hacia el Norte, donde existen muchas diferencias entre las personas de castas más altas y las de castas inferiores, y en esa época también había fuertes diferencias entre hindúes y musulmanes. Entre los compañeros de la Nueva Vida había dos musulmanes, el doctor Abdul Ghani y Ali Akbar Shahapur Zaman.

Esta diferencia entre musulmanes e hindúes era más marcada a medida que nos acercábamos a los territorios del norte de la India. A los hindúes no les agradaba que personas no hindúes, musulmanas o de castas inferiores se acercaran a sus pozos para sacar agua. Consideraban que contaminarían el agua si les permitieran hacerlo. Esos problemas provocaban frecuentes disputas.

Nos dirigíamos hacia uno de esos distritos cuando Baba nos hizo detener y nos dijo que tuviéramos muchísimo cuidado de no molestar los sentimientos de esas comunidades. Sin embargo, Baba nos pidió que tuviéramos una sola precaución; la de llamar "Ghanoba" en lugar de "Ghani" al doctor Abdul Ghani Munsiff, lo cual no implicaría cambio alguno. Aunque esto nos ayudaría mucho a convivir con las personas que aborrecían la idea misma de que hubiera un musulmán entre ellos. También modificó el nombre de Ali Akbar Shahapur Zaman, quien de "Ali" pasó a llamarse "Aloba". Entonces tanto "Aloba" como "Ghanoba" podían ir a los pozos de los hindúes para sacar agua sin incidentes. Fue un muy feliz arreglo, y como resultado de esto no contrariamos a esa sociedad.

Don: Ustedes acataban sus normas.

Eruch: Sí, acatábamos sus normas; sin embargo, nosotros hacíamos lo que teníamos que hacer. Vivíamos nuestra propia Nueva Vida alternando con esa sociedad pero sin contrariar a persona alguna. Queríamos llevar a cabo nuestra actividad de acuerdo con lo que Baba nos había fijado para la Nueva Vida. Teníamos nuestras normas, reglamentos, disciplinas y ropa especial. Teníamos un programa especial para mendigar y otras disciplinas, pero eso no significaba que pudiéramos comportarnos negligentemente. No, era una vida disciplinada, tal como Baba la había fijado.

Don: A esta altura se me ocurre otra pregunta, Eruch. ¿Qué

sucedería si gran parte de la humanidad decidiera llevar una vida libre y errante, sin desmerecer de manera alguna la vida que quisieran llevar otras personas en ciudades y pueblos, pero sin proveer a su propia subsistencia? Baba y los compañeros de la Nueva Vida no producían sus ropas ni su comida. Si entiendo esto correctamente, estaban viviendo un ejemplo para el futuro, pero si gran parte de la gente hiciera eso, sería muy difícil proveer lo necesario para que la sociedad continuara tal como la conocemos.

Eruch: Comprendo tu pregunta, Don.

Don: Quizá estoy hilando demasiado fino.

Eruch: No, no demasiado fino. Fue un defecto de mi parte no haberte dado una descripción completa de la Nueva Vida. Nunca es posible describir enteramente la Nueva Vida porque nosotros la vivíamos intensamente absortos, concentrando nuestra atención en el tema de la obediencia. Fue y es una vida consagrada a la obediencia, y todos los detalles eran insignificantes para nosotros. Ahora que me lo recuerdas, no se trataba de una vida en la que solamente mendigábamos sin producir nada. En alguna parte habrás leído que Baba aprovechaba la mano de obra de sus compañeros en muchas ocasiones. Al doctor Donkin le dijo que abriera una clínica. A nosotros nos mandó a...

Don: ¿La elaboración de ghee de la Nueva Vida?

Eruch: Sí, establecimos la elaboración de ghee de la Nueva Vida. Antes de eso nos dijo que fuéramos al pueblo a juntar ropa sucia de casa en casa para que la laváramos y ganáramos nuestro sustento. De modo que aprovechaba nuestra capacidad.

La Nueva Vida tenía una pauta que era clara, puedes llamarla así. Sea como fuere, fue durante dos años y medio una vida nueva la que vivimos con Baba. Después, en la fase del

Manonash, nos trajo de vuelta a Meherazad. Como te dije, cualquiera que fuera la pauta que él haya fijado, la iniciamos en el campamento de instrucción, situado en Belgaum. Entonces comenzamos una vida errante en la que vagábamos de un lugar a otro sin preocuparnos por tener vivienda, comida ni nada por el estilo. Al mismo tiempo, recuerda que existía una estricta adhesión a la disciplina. Después nos hizo llegar hasta Dehra Dun, que era el destino, como te dije. A ese sitio lo llamo siempre la meta. Baba había pensado en un destino, por lo que este hecho mismo muestra que no era sólo una cuestión de vagar a la ventura. No éramos meros vagabundos. “Vagábamos” hacia nuestro destino. Había algo establecido y un destino. Los que quieran emprender esta Nueva Vida deberán tener presentes todos estos principios.

Una vez que llegamos a destino, Baba dividió a todos los compañeros en diferentes grupos a los que les asignó claramente sus deberes. Un compañero tuvo que encargarse de la jardinería. Otro abriría una clínica. Otro sería guardia nocturno porque era muy sano. Otro grupo fue enviado a Delhi para establecer la fábrica de ghee de la Nueva Vida, y en esto Baba utilizó los servicios de la persona misma que nos había traído las provisiones a Dehra Dun y que era proveedor de crema de leche.

Don: Eruch, el aspecto espiritual de la Nueva Vida no admite ninguna duda. Pero incluso en el aspecto material de la Nueva Vida, el tomar y dar en relación con la sociedad terminó, en conjunto, bastante equilibrado.

Eruch: Sí, sin interferencias con el código fijado por la sociedad. Aunque teníamos muy poco que ver con la sociedad, al mismo tiempo tratábamos empeñosamente de no alterar sus códigos. Pero no dependimos siempre de la caridad.

Don: Sí, ahora recuerdo las diversas anécdotas sobre la clíni-

ca, la fábrica de ghee y demás, pero se eclipsaron en mi mente por la manera milagrosa con la que les suministraban comida y por cómo fueron a mendigar a un ama de casa del lugar y ella les dio comida para todo el día. Por supuesto, Eruch, advierto ese factor de equilibrio, y me alegro que haya sido aclarado.

Eruch: Eso lo comprendiste, pero ¿te das cuenta de las reacciones que debían producirse en quien salía a mendigar y hacer todo lo demás? ¿Puedes percibir los cambios que ocurrían en nuestras mentes y corazones cuando salíamos a mendigar? Imagínate solamente a alguien que, sin estar acostumbrado a mendigar y tras haber dado de comer a mucha gente, saliera a pedir. Imagínate cómo esa persona reaccionaría mental y emocionalmente.

Don: Está bien, Eruch, me hiciste una pregunta y quiero respondértela. Quedé hondamente comprometido con Baba justo antes de que iniciaran la Nueva Vida, y puedo recordar cómo yo mismo reaccioné al escuchar algunas anécdotas que empezaron a llegar sobre las normas de la Nueva Vida y la mendicidad que ustedes practicarían. En aquellos primeros días, una de las cosas que realmente me asustó fue cuando pensé: “¡Dios mío! ¿Tal vez uno de estos días, estando a las órdenes de Baba, yo tenga que ponerme una túnica y salir a mendigar?”. Incluso pensar en eso me provocaba una gran crisis. De manera que, efectivamente, sé en muy pequeña escala en qué consiste esa reacción interior.

Eruch: Mientras hablábamos cómo viviríamos esa Nueva Vida y sobre las instrucciones recibidas acerca de cómo mendigar, vino a mi memoria la encarnación de Baba como Buda cuando éste también mendigó durante un tiempo.

La historia es así: cuando Buda comenzó a mendigar su comida, después de reunir a sus más íntimos, llevó consigo a al-

gunos de sus discípulos. En uno de los distritos fue a ver a un rico agricultor que tenía enormes graneros llenos de cereales. Le golpeó la puerta, y en muy alta voz le dijo: “Señor, deme alguna limosna”. El hombre salió de su casa, miró la corpulencia del Buda y, asombrado, le dijo: “¿Nada menos que usted viene a mendigar? ¿No puede trabajar? ¡Usted es un hombre vigoroso! ¿Y por qué trae consigo tantos compañeros para mendigar comida? ¿Piensa que Dios hace llover del cielo todos los cereales que yo tengo en mi granero? Señor, recuerde una cosa: nosotros tenemos que trabajar afanosamente y con ahínco. Tenemos que sudar para llenar nuestros graneros. Usted vino hasta aquí muy livianamente con todos sus compañeros tratando de apremiarnos para que le demos comida, pero recuerde que nosotros trabajamos duramente para darles algo a ustedes que son mendigos”. Aquel agricultor rico le dijo muchas cosas más a Buda, y siguió reprendiéndolo por acudir de esa manera con sus hombres mendigando en su puerta algo para comer.

Durante un rato Buda le dejó decir todo lo que quisiera, y cuando el hombre no tuvo nada más que decir, Buda le contestó sonriendo: “Señor, estoy de acuerdo con todo lo que ha dicho. Todo lo que usted dijo es muy cierto, pero ahora le presentaré mi caso. Estoy de acuerdo en que usted no consigue nada sin tener que sudar por ello. Usted tiene que sudar para ganarse el sustento. En eso no hay duda. ¿Pero sabe usted cuánto sudo yo para guardar mi cosecha en mi granero? Usted siembra una semilla en su campo, y con el auxilio y la gracia de Dios puede cosechar sus cultivos y en menos de un año llenar así sus graneros. Pero yo siembro una semilla, y tengo que nutrirla y aguardar por ella pacientemente durante generaciones venideras. Un solo cultivo mío tarda muchas encarnaciones hasta que yo lo cosecho. Tengo que aguardar pacientemente, y afanarme

y trabajar con ahínco durante muchas encarnaciones antes de depositar la cosecha en mi granero. Por lo tanto, necesito que, a modo de regalo, usted me ayude un poco en mi trabajo”.

Don: El del agricultor es un trabajo mucho más fácil.

Eruch: Con sólo escuchar este breve discurso de Buda, toda aquella familia se convirtió en devota discípula suya, y puso a su total disposición cuanto Buda quiso. ¿Pero eso significa que Buda y sus compañeros estaban viviendo a costa de la sociedad? No, por supuesto que no. Buda era dueño de la Creación, y los compañeros también eran dueños de lo que recogían de su Señor, y se les “pagaba” según sus merecimientos. Lo mismo ocurría en nuestra Nueva Vida: mendigábamos la comida, y nos ofrecían lo que merecíamos y habíamos ganado. No, nunca vivimos a costa de la sociedad.

Don: Ésta es una cuestión importante a la luz de lo que mucha gente hace hoy en día adoptando una vida errante. Me pregunto con frecuencia qué sucederá al final si una considerable cantidad de seres humanos comienza a llevar una existencia errante. ¿Qué sucedería si una apreciable proporción de ellos no reintegrara a la sociedad lo que le saca a ésta?

Eruch: Muchos jóvenes están llevando una vida de la que realmente no sé nada. Aparentemente también viven como nosotros hemos vivido, pero no sé cómo reaccionan sus corazones y mentes, y esto es lo más importante. Incuestionablemente, en la Nueva Vida teníamos que superar determinadas reacciones personales, y yo podría llamarla una vida de mucha audacia. La Nueva Vida no es una reacción porque a uno no le gustan los códigos o la cultura de la sociedad, abandonando la sociedad para ir vagando de un lugar a otro, sin preocuparse por si le dan de comer o no. Es algo diferente. En la Nueva Vida se nos había instruido y moldeado dentro de una pauta y una disciplina determinada.

Don: Ahora que nos acercamos al final de tus anécdotas sobre la Nueva Vida, viene a mi memoria una segunda cuestión importante. Si yo la explicara –tal vez con demasiada franqueza, pero con el perdón de Baba– diría que, al decirles Baba que hicieran caso omiso del Estado Avatárico y llevaran una vida de desamparo, eso era todo un disparate. Él seguía siendo el Avatar y continuaba realizando su labor universal. Estaba tan ocupado haciéndolo con ustedes como lo estaba antes de la Nueva Vida, y no puedo dejar de preguntarme: ¿por qué habría que rotular como Nueva Vida la que era una continuación de la vida anterior de Baba? ¿Por qué dijo que él iba a ser con ustedes solamente un compañero desamparado? Exageré el asunto, pero tú te das cuenta de lo que digo.

Eruch: Sí, desde luego, me doy cuenta, pero ahora piensa en la época en la que vino el Señor Krishna. Ahora lo reconocen como el Avatar, y nos enteramos que Occidente también ha aceptado al Gita y sabe quién es el Señor Krishna.

El Señor Krishna desempeñó muchos roles durante su venida y se volvió un compañero de gopas y gopis. Los ayudó y fue amigo de ellos, y en la fase posterior de su ministerio y venida se convirtió incluso en el auriga de Arjuna. Ni siquiera deseó que Arjuna le reconociera a pesar de los profundos conocimientos que él impartió a Arjuna y a la humanidad bajo la forma del Gita. Él asumió el simple rol de auriga y permaneció como tal a lo largo de toda la guerra. Le ordenó a Arjuna que aceptara sus servicios como auriga y olvidara que él era el Señor del Universo. Dicen que Arjuna tenía que tratarlo como si fuera un auriga de verdad, hasta el extremo de ubicar los dedos gordos de sus pies sobre las sienas de Krishna.

¿Sabes cómo conducían los carros de guerra en aquellos tiempos? Empleaban un método diferente. Arjuna era el máximo arquero, y tenía que combatir como comandante en jefe de todas

las fuerzas. Para hacer esto, su atención no podía desviarse conduciendo el carro. En cambio, tenía que manejar la situación de modo tal que pudiera controlar los caballos sin utilizar las manos, dejándolas libres para impartir sus instrucciones a todo el ejército. Para hacer esto, él tomaba asiento en un carro especialmente construido, con la cabeza de Krishna ubicada entre las dos piernas de Arjuna. Luego las sienes de Krishna recibían la presión de los dedos gordos de los pies de Arjuna. Cuando éste presionaba con su pie la sien izquierda de Krishna, Krishna dirigía el carro hacia la izquierda, y de la misma manera ocurría con la derecha.

¡El Señor del Universo, el Dios-Hombre, condescendiendo a rebajarse como auriga! ¿Pero eso significa que por ello no era Dios en forma humana? Ése era uno de sus roles en aquel advenimiento. De modo que una de las fases de este advenimiento de Baba consistió en convertirse en compañero de sus seguidores.

Don: Sin embargo, incluso entonces él continuó ciertamente ejerciendo el Poder Avatárico, y con seguridad continuó, como es evidente, colocándolos a ustedes, los compañeros directos, ante la misma clase de aprendizajes por los que ya habían pasado.

Eruch: Yo no puedo decir eso. Él continuó siendo el Avatar, sé que nosotros íntimamente lo sabíamos. Él nos lo dijo. Le dijimos que nos resultaba imposible olvidar o arrancar de nuestros corazones que estábamos convencidos de su Estado Avatárico. “Está bien”, nos dijo, “entonces empiecen por no adoptar ese comportamiento. Durante la Nueva Vida no se pongan a contemplarme y adorarme”. Eso es lo que nos dijo, ésa es la gracia que nos dio. “Hagan una cosa”, dijo. “Lo que tienen que hacer es concentrar su atención en obedecerme, y en obedecerme no

porque yo soy el Dios-Hombre, sino como jefe del grupo. Yo soy el jefe de ustedes como un compañero, recuerden eso. Sea lo que fuere que ustedes sientan íntimamente, se trata de una actitud personal de ustedes, pero externamente deberán considerarme como su compañero y tratar de acatar mis órdenes como compañero, sin buscar de mí recompensas personales, espirituales o materiales simplemente por vivir la Nueva Vida, porque ahora he descendido al nivel de ustedes como compañero”. De modo que tuvimos que aceptar estas cosas. Desde luego, puesto que él es Dios, y Dios en forma humana, él es todas las cosas.

Don: Dios y hombre al mismo tiempo.

Eruch: Dios y hombre a la par.

Don: ¿Es posible decir –y corrígeme, Eruch, si me equivoco– que el equilibrio existente en Baba entre Dios y el hombre se inclina, en la Nueva Vida, más hacia el hombre y menos hacia Dios?

Eruch: ¡Muy bien dicho, señor, muy bien dicho!

Don: Si no te molesta platicar sólo unos pocos minutos más, ¿en qué circunstancias Baba ejerce la función de Dios? Por ejemplo, el otro día estuvimos hablando de cosas que aparentemente el conocía de antemano, pero en otras ocasiones él hacía preguntas como si nada supiera de determinada situación. Estas son cosas que a menudo nos desconciertan cuando nos sentamos a conversar acerca de Baba.

Eruch: Se daba el caso de que cuando conversábamos sobre este tema en su presencia, Baba nos confirmaba muy amablemente que, aunque él lo sabe todo, sin embargo da muestras de no saber nada de los hechos que tienen lugar en torno de él y de nosotros.

Baba nos dio una explicación sobre esto. Si él expresaba su omnisciencia respecto de nosotros, nosotros no queríamos estar largo tiempo en su presencia. Sería algo así como estar totalmente desnudos en presencia de una persona ante la cual nos

gustaría estar completamente vestidos. Nos sentiríamos incómodos y seríamos incapaces de intimar con él.

Don: Nos parecería tan extraño que no podríamos relacionarnos humanamente con él.

Eruch: Ninguna relación humana podría continuar si, por propia experiencia, fuéramos constantemente conscientes de su omnisciencia. Sin embargo, estamos convencidos de su omnisciencia por lo que él nos ha dicho, y por pequeñas vislumbres que hemos tenido.

Don: ¿Entonces, de las cualidades de omnisciencia, omnipotencia y omnidicha, el Avatar tiene acceso constante a la omnisciencia y la utiliza?

Eruch: Él ha dicho que tiene acceso a todas las cosas, a todos los aspectos de Dios. La omnidicha es la naturaleza de Dios: es su naturaleza porque él es Dios Infinito. Pero no usa el atributo de la omnidicha. Si lo usara, entonces el propósito de que haya “venido” a la Tierra en forma humana quedaría anulado. (Empleo la palabra “venido” entre comillas, porque él no viene ni desciende. A fin de que nos entendamos, podemos decir que él “desciende”, digamos, en forma humana, entrando en comunión con la humanidad.) Uno de los principales propósitos de su advenimiento es el de cargar personalmente con el sufrimiento humano, y no podría justificar ese aspecto de su misión en la Creación si tuviera que permanecer constantemente “empapado” y “ahogado” en su dicha infinita.

Don: Me doy cuenta. En otras palabras, él tiene que sufrir como tú y yo sufrimos.

Eruch: Exactamente, como un hombre.

Don: De modo que tiene que sufrir como nosotros sufrimos; de lo contrario podría decirse que el juego no sería justo si él tuviera que expiar nuestros pecados y aliviar nuestro sufrimiento de una manera que, según nuestro modo de ver, no tiene sentido.

Eruch: A propósito de que fuera justo. ¿Quién puede cuestionárselo y saber acerca de estas cosas? Después de todo, él es el Ser único. Sin embargo, tiene que cargar con el sufrimiento de sus juguetes. Digamos que te agobia una carga de cincuenta kilos. ¿Cómo podría él aligerarte esa carga?

Don: La sacaría de mis hombros y la llevaría él mismo.

Eruch: ¡Sí, eso es!

Don: O agitaría la varita mágica y lo llevaría levitando de una ciudad a otra.

Eruch: Eso también es posible.

Don: Me asombraría si viera a Baba hacerlo de ese modo. Tendría la sensación de que no me habría ayudado como lo haría un amigo.

Eruch: Es verdad, pero él también puede hacerlo de ese modo. Y no tienes necesidad de asombrarte porque eso ha sucedido. Baba puede hacer cuanto quiera. Pero no le es posible aliviar el sufrimiento de la humanidad a menos que él mismo asuma personalmente ese sufrimiento y cargue con él.

Don: ¿Con todo esto quieres decir que en ningún momento de su Encarnación Avatárica en forma humana Baba experimentó la dicha divina?

Eruch: No, no puede. La evita todo el tiempo.

Don: ¿Y qué me dices de la omnipotencia?

Eruch: Baba ha dicho que él usa la omnipotencia a veces, pero muy poco y sólo en casos excepcionales. Podría hacer cualquier cosa si utilizara su atributo de la omnipotencia. Hasta podría anular las cosas para las cuales ha venido. Pero no usa la omnipotencia. La usa sólo en el momento de los grandes milagros, cuando quiere dar empuje al mundo entero; entonces usa la omnipotencia. De lo contrario, nunca la usa. Pero ejercita siempre la omnisciencia.

Don: Siempre la omnisciencia, de vez en cuando la omnipo-

tencia, pero nunca la omnidicha.

Eruch: Él nunca experimenta la omnidicha mientras se halla en la forma humana. ¿Entonces cuándo experimenta la dicha? Cuando “retorna”, cuando abandona o se despoja de su forma humana convirtiéndose en Dios nuevamente.

Don: ¿Sin la forma humana?

Eruch: Eso es muy cierto. El acto mismo de asumir la forma humana consiste en disociarse de la dicha infinita. ¿Conoces los dos versos que Baba me dio precisamente pocos días antes de abandonar su cuerpo? En inglés éstos expresan que se vuelve ignorante pero lo sabe todo. Sigue siendo ignorante para nosotros, sabiendo plenamente todas las cosas.

Don: Sí, me doy cuenta, se trata de lo mismo que estábamos hablando.

Eruch: Esas dos líneas se hallan ahora escritas aquí, en la pared de mi habitación. Baba me las dio. Fueron extraídas de un verso pareado de un poeta que describe el estado de Baba, o sea, el estado de Dios-Hombre. Baba quiso que nos acordáramos de su estado. Él lo sabe todo, pero vive como un hombre que no sabe nada. ¿Te gustaría escuchar dos ejemplos de cómo él sabe todo?

Don: Sí, pienso que sería muy interesante.

Eruch: A propósito, cuando hablamos de alguien que lo sabe todo, suponemos siempre que esa persona está totalmente despierta. Pero el estado vigil de Baba es continuo. ¿Cómo puede él estar profundamente dormido? Le es imposible. Él es Dios. Y es consciente de sí mismo como Dios durante todo el tiempo en el que está produciendo la Creación, hasta que un día se cansa. Éste es, pues, el tiempo de *Mahapralaya*, cuando tiene lugar la “inhalación” y todo lo que existe en la Creación se absorbe dentro de Él Mismo. Entonces él permanece en el estado de Dios, denominado “DIOS ES”.

Pero vayamos ahora a las anécdotas sobre su cualidad omnisciente. Un día, después de un viaje muy largo y fatigoso, llegamos a una gran ciudad. Todavía recuerdo su nombre: Junagadh. Queríamos detenernos y Baba nos dijo: “Vayamos a buscar una casa de descanso”. En esos días Baba quería estar en absoluta tranquilidad, y eso no lo podía encontrar en hoteles u otras reconocidas hosterías. Lo que entonces hacíamos, dentro de lo posible, era buscar cementerios, santuarios, mezquitas o templos. Junto a estos sitios sagrados suele haber pequeñas hosterías para peregrinos. Sólo en muy escasas ocasiones alguien quiere quedarse ahí. De modo que esas habitaciones están casi siempre desocupadas y podíamos aprovechar su quietud. En Junagadh encontramos habitaciones y las alquilamos. Ya eran las diez de la noche y ni siquiera sabíamos dónde estaba el cuarto de baño y el excusado para los hombres. La razón de que yo te diga esto saldrá a la luz por lo que te voy a contar.

Hicimos los arreglos para que esa noche Baba descansara en una de las habitaciones, y como de costumbre barrí la suya y la puse modestamente confortable para él. La primera guardia nocturna me correspondía a mí; yo atendía las necesidades personales de Baba y después me quedaba sentado, ante su puerta, mientras él descansaba. Yo estaba otra vez de turno, en las primeras horas de la mañana, antes de despertarlo de su “sueño”. Gustadji venía después de mi primer turno. Eso lo decidía Baba. Cada tanto modificaba el orden de las guardias, pero la mía seguía siendo la ya fijada.

Después de que Baba se recostaba, también Gustadji, Pendu, Kaka Baria y los demás se iban a dormir. ¿Y dónde dormían? ¡No lo hacían en habitaciones o lechos cómodos! Simplemente se acostaban en una galería, frente al cuarto de Baba, y dormían. Ellos podían dormir en cualquier sitio porque estaban

muy cansados físicamente. Estaban tan extenuados que ni siquiera iban al retrete ni se cambiaban la ropa. No hacían nada por el estilo: sólo dormían ahí tirados.

Yo tenía que despertar a Gustadji cuando le tocaba el turno de la noche. Luego yo ocupaba su lugar y me iba a dormir dos o tres horas mientras él estaba de guardia. Después de un tiempo Gustadji sintió muchas ganas de orinar. Él no supo a dónde ir y como el lugar era tan sagrado, no era posible hacer pis en cualquier parte. Hacer eso sería un sacrilegio. Entonces Gustadji no supo qué hacer, conociendo la orden de que, cuando estaba de guardia, no podía dejar a Baba solo. Lo único que podía hacer era tratar de discriminar el lugar sagrado del que no lo era tanto. En ese momento él estaba sentado en un parapeto, que era una especie de muro de poca altura, largo e interminable, construido con hormigón, y pensó que ése era el linde del santuario y que si saltaba detrás de él, habría un lugar seguro para orinar. Eso no sería un sacrilegio y, al mismo tiempo, él no estaría demasiado lejos de Baba para oír cuando él golpeara las manos para llamarlo.

Primero fue hasta la puerta de Baba para asegurarse que estuviera dormido, esto era fácil porque podía escucharlo roncar. Recuerda que Baba nunca roncaba suavemente, él lo hacía como nosotros, pero más bien fuerte. Gustadji escuchó nuevamente para asegurarse de que Baba estuviera realmente dormido, y que no habría problema en dejarlo por un minuto o dos. No tendría que ir muy lejos, apenas detrás del lugar en el que había estado sentado.

De modo que se dirigió al parapeto, pasó una de las piernas y trató de tatear el suelo. No pudo, pero en el preciso instante en el que estaba por saltar mientras pasaba la otra pierna sobre el parapeto, oyó que Baba estaba batiendo palmas insistentemente. Ante esa señal nosotros teníamos que correr de in-

mediato a ver a Baba. Gustadji, enfrascado en su urgencia por orinar, a pesar de ello se olvidó por completo de sus necesidades y corrió hacia el cuarto de Baba, abrió la puerta y, con la ayuda de una linterna, leyó los gestos de Baba. De paso hay que recordar que Gustadji, por órdenes de Baba, también estaba observando silencio, que él mantuvo el resto de su vida. Baba le reprendió: “¿Dónde estabas cuando batí palmas? Debiste atender inmediatamente mi llamado”. Gustadji le dijo que estaba ahí afuera, en el parapeto, y que había tardado muy poco a pesar de donde estaba sentado. Sin embargo, Baba lo volvió a reprender: “Acuérdate sin falta de sentarte donde se supone que lo hagas, sin cambiar de lugar”.

Pero ésa era la orden habitual que Baba siempre le daba: “Acuérdate de quedarte sentado en silencio y sin moverte, y no hagas ruido”. Por supuesto, Gustadji asintió con la cabeza en señal de obediencia y regresó a su asiento. Como sabes, cuando a uno lo perturban cuando tiene muchas ganas de hacer pis, se olvida de eso por un tiempo, pero después esas ganas surgen de nuevo. Cuando Gustadji había querido ir por primera vez, había mucha oscuridad, el cielo estaba nublado esa noche, y él no podía ver con exactitud dónde estaba. Ahora bien, cuando otra vez empezó a tener ganas, no pudo controlarse.

Volvió a mirar de un lado a otro y hacia arriba, y vio las estrellas en lo alto. Después escudriñó detrás del parapeto para averiguar qué profundidad había detrás a fin de saltar. ¿Y para su sorpresa qué fue lo que vio? ¡El reflejo de las estrellas detrás del muro! Él se hallaba en la orilla de un lago enorme que surtía agua al pueblo. Si Baba no hubiera batido palmas, precisamente cuando estaba roncando, y Gustadji hubiera bajado del parapeto, habría dado un salto cayendo directamente en el lago.

Don: ¿A qué profundidad estaba el lago?

Eruch: Había mucha distancia, unos trece metros de profundidad hasta la superficie del agua. Al día siguiente, Gustadji me contó esta historia riéndose. Tomándome la mano me llevó hasta el parapeto y me mostró el lago, y después se lo contó todo a Baba. Éste se limitó a menear la cabeza como si no hubiera sucedido nada.

Don: Eso fue natural.

Eruch: Te contaré otro hecho que te permitirá vislumbrar la omnisciencia de Baba. Se trata también de otro hecho que implica su “sueño profundo”. Ocurrió en Bombay, en la casa de Nariman. Baba le había dicho a Arnavaz, esposa de Nariman, la cual tenía un terrible dolor de cabeza, que antes de acostarse por la noche, ella debía tomar una tableta de aspirina, que en la India llamamos “aspro”. Él no quiso que ella la tomara inmediatamente sino al acostarse. Debió recordárselo media docena de veces durante el día, y ella al final le prometió francamente que la tomaría.

Serían las diez de la noche cuando de repente ella se acordó que se había olvidado por completo de su aspro. Y como Baba le había recordado con frecuencia que tomara esa tableta, se preocupó muchísimo por lo que debería hacer. Los comercios habían cerrado, por lo que no podría comprar ninguna.

Alguien le preguntó: “¿Pero no tienes una aspirina aquí, en la casa?”. Y ella le contestó: “Sí, pero está en la misma habitación en la que Baba descansa, y nadie puede molestarlo”. Entonces le dije: “No te preocupes por eso”. Me quedé escuchando hasta que oí aquel ronquido que me era familiar, asegurándome de que Baba estaba profundamente dormido. Le dije: “No te preocupes. Sé dónde están las tabletas”. Había un botiquín en la habitación. Y agregué: “Iré hasta ahí, sacaré una tableta y te la daré. No te preocupes”. Me contestó: “Vas a molestar a Baba”.

Repliqué: “No, nosotros sabemos cuándo podemos ir allí una vez que se acostó. Hemos estado haciendo esto durante años. Este arte lo conocemos. Puedo hacerlo sin molestar a Baba”.

Entonces entré en la habitación, y en ese momento Bhau estaba de guardia adentro. Como abrí la puerta suavemente, Baba continuó roncando. Fui hasta el botiquín en puntas de pie y lo abrí. Baba siguió roncando. Estaba profundamente dormido. Saqué la aspirina. Él continuó roncando con fuerza. Volví en puntas de pie hacia la puerta y él continuó roncando sonoramente.

Tan pronto empecé a cruzar el umbral, pensé: “Eruch, que inteligente eres al poder entrar incluso en la habitación del Dios-Hombre cuando él descansa”. Estaba pensando en eso –tú sabes como son los pensamientos, relampaguean, son como relámpagos– cuando di mi primer paso trasponiendo la puerta. Baba aún roncaba. Escuché que él batía palmas cuando di el segundo paso. Le di la tableta a Arnavaz; ella estaba muy asustada cuando oyó el batir de palmas, temerosa de que yo hubiera molestado a Baba. Pero él estaba roncando todo el tiempo. Naturalmente, Bhau salió y me hizo entrar. Baba me preguntó por qué yo había visitado la habitación. Le dije: “Tuve que sacar una aspirina para dársela a Arnavaz”. Me contestó: “Ve a dársela y dile que no se preocupe y la tome, eso es todo”. Baba no dijo nada más. ¡Pero a pesar de estar profundamente dormido y roncando, quería que yo supiera que él sabe!

Don: Que él sabe lo que estás pensando.

Eruch: Sí, eso es. Mi mente me había impulsado a pensar que yo podía entrar en la habitación de Baba mientras él roncaba y que podía llevarme la aspirina sin que él lo supiera, sin molestarlo. ¡Mi ego me había hecho cosquillas porque yo había entrado en la habitación evitando que Baba, omnisciente, supiera que yo lo había hecho! Todo me salió bien hasta que entré

en la habitación, pues tenía permiso para hacerlo en cualquier momento. En realidad, yo solía hacerlo muy a menudo. Pero esa parte de mi ego, que insistió en desafiar la omnisciencia de Baba cuando estaba profundamente dormido –cuando de hecho estaba consciente y plenamente alerta, incluso mientras yo lo oía roncar con fuerza–, ayudó a producir en nuestra vida con Meher Baba una experiencia más que invita a la reflexión.

Don: Aparentemente, en el caso de Baba, la consciencia no queda en suspenso mientras él duerme. Sin embargo, su cuerpo descansa.

Eruch: Sí, cuando duerme, su sueño es el de un hombre, pero la omnisciencia de Baba funciona continuamente.

* * *

Don: Nos encontramos en Meherazad. Mehera y Meheru están sentadas en el porche de la casa para contarnos algunas anécdotas sobre la Nueva Vida, desde el punto de vista de las mujeres mandali.

Meheru: ¡Jai Baba! Vamos a narrar unas pocas cosas que recordamos de la Nueva Vida. Fue en 1949 cuando nos reunimos en Alto Meherabad que nos enteramos de la Nueva Vida por primera vez. Había sonado la campana llamando a todo el mundo, y todas las mujeres nos reunimos en la habitación del Este. Baba estaba sentado en el catre de Mehera registrando la presencia de todas las mujeres del ashram a medida que entraban en la habitación. Las de Meherazad habían venido ese día a Meherabad acompañando a Baba. Norina y Elizabeth habían partido hacia los Estados Unidos con las instrucciones de poner

en marcha el Meher Universal Spiritual Center. Todos los detalles acerca del centro habían sido acordados con Baba, y él había dicho que, en el futuro, iría a los Estados Unidos de América con algunos mandali para la inauguración.

Don: ¿Meheru, en esa época ya habían elegido el sitio en Myrtle Beach?

Meheru: Creo que Elizabeth ya tenía esta propiedad, que la había pensado con esta finalidad y conversado luego con Baba. Prosigo. Baba nos sonrió cuando entramos, pero percibimos la seriedad de su expresión. Nos dijo que nos sentáramos. Todas llegaron con sus banquitos y se acomodaron para poder ver a Baba. Mehera estaba sentada junto a él. El Amado Baba nos dijo, mediante la tabla alfabética que Mani iba leyendo, que éramos unas joyas maravillosas y cuán afortunadas éramos al haberle obedecido durante años, viviendo en el ashram y tan cerca de él. Nos dijo que ahora también esperaba que le obedeciéramos y que, cuando él hubiera terminado, cada una de nosotras debería venir individualmente a decirle si le obedecería e iría adonde él decidiera que debíamos ir.

Don: Meheru, ¿entonces fueron solamente mujeres las que se encontraron con Baba, o también estuvieron los hombres mandali?

Meheru: Este encuentro tuvo lugar en Alto Meherabad solamente con las mujeres. No sabemos qué sucedió abajo con los hombres mandali. Sea como fuera, Baba nos dijo que podría pedirle a algunas que se quedaran en Meherabad, y a otras que fueran a Bombay, Poona u otro lugar, o incluso que se casaran. Él mismo nos dijo que partiría de Ahmednagar con algunos hombres mandali y también con unas pocas mujeres mandali. Esto se decidiría más tarde. Luego cada una de nosotras fue individualmente a ver a Baba y él nos preguntó si estábamos preparadas para obedecerle, independientemente de lo que él decidiera.

Algunas le dijeron que sí sin vacilar, y otras también le contestaron que sí después de pensarlo un poco. El clima era tenso y solemne. Pero después de que todas le contestaron afirmativamente, Baba dijo que se sentía muy feliz con todas nosotras.

Mehera, Mani, Goher, Meheru y Valu acompañaron a Baba desde Meherazad. En Meherabad ya estaban Kitty, Naja, Rano, Katy, Soonamasi, Korshed, Mansari y Jaremai con sus tres hijas Meheru, Jalu y Guloo. También estaban allí Saultun y Daulat, la esposa y la hija de Baidul respectivamente.

Don: No me había dado cuenta de que algunas mujeres mandali estaban viviendo en Alto Meherabad en esa época, mientras que otras de ustedes estaban viviendo en Meherazad. ¿Tengo razón en esto?

Meheru: Sí, así es. Pero ten en cuenta que Baba efectuó esta separación muchos años atrás, incluso en la época en la que estábamos en Lahore, en 1943. La mitad de las mujeres vivían cerca de Baba en una casa, y las demás en otra, a corta distancia. Luego, cuando en diciembre de ese año regresamos a Meherabad, Baba vino a Meherazad para comenzar la reclusión. En ese entonces se lo conocía como Pimpalgaon. Posteriormente nos enteramos por Padri que la propiedad de Meherazad había sido adquirida mucho antes, en la década del treinta. Él no recordaba en qué año había sido. Vishnu había leído en un diario local que estaban subastando una propiedad del gobierno y se lo contó a Baba. Baba le dijo a Vishnu que la adquiriera, por lo que Vishnu y Padri fueron juntos al remate y la compraron. Padri dijo que Baba previamente había visitado el lugar a menudo. Baba iba a ese lugar con uno o dos mandali, se quedaba unas pocas horas o un día o dos, y después se marchaba.

Mehera: En 1943, después de que regresamos de Lahore, Baba estuvo viviendo recluido en Meherazad para realizar su labor y su

ayuno. Gustadji y uno o dos mandali estuvieron con él. Después de un tiempo Baba salió de su reclusión y regresó a Meherabad. Nosotras no habíamos sabido dónde estaba viviendo.

Al día siguiente, cuando Mani, Meheru y yo estábamos en nuestra habitación, Baba se dirigió a mí, porque estaba cerca de él, y me dijo: “Hay un lugar muy lindo y muy cerca de un lago, y allí hay una linda casa. Les gustará muchísimo. Un día las llevaré para que la vean”. Por supuesto, esto nos puso muy contentas porque saldríamos con Baba. Eso nos entusiasmó muchísimo. Dos días después Baba nos dijo que nos prepararíamos, y Mani y yo fuimos a Meherazad con Baba y vimos el lugar que tenía una hermosa arboleda y una casa con mucha sombra. No tenía jardín, pero el ambiente era bellissimo.

Baba nos dijo que echáramos un vistazo para ver lo lindo que era eso, y nos señaló la habitación en la que había vivido recluido. Donde ahora se alza la nueva casa, una vez hubo un edificio con tres habitaciones, totalmente derruido. La otra vivienda era una buena construcción. Tenía paredes sólidas, pero el techo debía haberse dañado sin que lo restauraran.

Baba nos mostró todo el lugar y nos gustó muchísimo. Nos dijo: “Arreglaremos todo esto, construiremos una pequeña vivienda sobre estos viejos cimientos y vendremos a vivir aquí”. Nos pusimos muy contentas al pensar que viviríamos aquí con Baba.

Don: ¿Esta edificación de dos pisos, en la que ahora estamos sentados, es la parte que entonces construyeron?

Mehera: Sí, ésta era la casa vieja, pero insuficiente para nosotras porque había una sola habitación y un pequeño dormitorio al lado. Baba quería que Margaret y Naja vivieran con nosotras. A Margaret le encantaba vivir en Pimpalgaon, pero en aquel cuartito sólo había espacio suficiente para dos camitas y una mesa chica. La otra habitación era bastante amplia para noso-

tras tres, o sea, para Mani, Meheru y yo. Estábamos muy felices aquí porque Baba estaba con nosotras.

Meheru: Después de que vinimos a Meherazad, Baba solía viajar hacia otros lugares con unos pocos hombres y mujeres mandali, y al regresar a 'Nagar' (Ahmednagar), nos quedábamos unos pocos días en Meherabad y después íbamos a Meherazad para permanecer unos meses. En el primer período Margaret vivió con nosotras. A veces Baba también les pedía a Kitty, a Rano o a Naja que vinieran. Valu también vivió en Meherazad junto con Mehera, Mani y Meheru. Así es cómo primero vimos Meherazad y después vinimos a vivir aquí.

Prosigo con la Nueva Vida, Baba dijo que los ashram de Alto y Bajo Meherabad se desmantelarían. Pero independientemente de dónde enviaría a la gente, su conexión con Baba continuaría porque estaban obedeciéndole. Baba dijo que lo que decidiera sobre el futuro de todos lo anunciaría tiempo después.

Fue un período de mucho trabajo y tensión para Baba y todos nosotros durante aquellos días antes de que comenzara la Nueva Vida. Había que arreglar muchas cosas. Había familias cuyos padres o hermanos estaban trabajando para Baba y dependían únicamente de él. Por lo que Baba debía prever que no se quedaran sin recursos y tenía que ocuparse –además– de que consiguieran trabajo. Cierta suma de dinero debía ser entregada a los arrangement-wallas (coordinadores) para que realizaran el trabajo que les había sido encomendado. Había muchas cosas para hacer que solamente Baba podía decidir. La presión sobre él y sobre quienes trabajaban para él era realmente grande.

Finalmente Baba hizo saber su decisión. Baba dijo que Mehera, Mani, Goher y Meheru, entre las mujeres que vivían en los ashrams de Meherabad y Meherazad, le acompañarían en la Nueva Vida. Rano, Kitty, Korshed y Soonamasi vivirían

en la casa de Meherjee, en Bombay, y ayudarían en los quehaceres domésticos o conseguirían trabajo: cualquier cosa que pudieran hacer. Kitty y Rano, también tratarían de conseguir trabajo. Katy y Naja también irían a Bombay y vivirían en la casa de Nariman, y Katy trataría de encontrar trabajo. Cada tanto Baba bromeaba con Katy y le advertía que tuviera cuidado o un chino podría escaparse con ella.

Don: ¿Por qué un chino, Meheru?

Meheru: Bueno, eso lo descubrimos después.

Mehera: Lo que Baba quería decir era un japonés. Un japonés tiene la nariz así (Y Mehera hizo el gesto, tocándose la nariz con un dedo, como lo hacía Baba.)

Don: Sí, los japoneses tienen una nariz más bien chata.

Mehera: Sí, y es por eso que Baba se ponía un dedo sobre la nariz y le tomaba el pelo a Katy diciéndole que ella trabajaría para chinos o japoneses, sea lo que fuere que él quisiera decir, nosotras pensábamos que eran chinos.

Don: ¿Ustedes pensaban que eran chinos a causa de la nariz chata?

Mehera: Sí, pero eran japoneses. Resultó que cuando Katy fue a Bombay consiguió trabajo en el Consulado Japonés.

Meheru: A Rano, Kitty y Naja les dijo que podría llamarlas para que se unieran a la Nueva Vida en el futuro, en cualquier momento. Saultun, Daulat y Valu irían a Poona y vivirían con Gaimai, la madre de Eruch. Jaremai y su familia se quedarían en Meherabad, y a Mansari (Mansari es Mani Desai) le dijo que fuera a Bombay a la casa de su hermano, o a Navsari a la casa de sus hermanas. Ella decidiría qué casa preferiría. Sin embargo, ella preguntó si podía permanecer en Meherabad con la familia Jaremai. Baba vaciló un poco, lo pensó y estuvo de acuerdo.

A fin de llevar a cabo lo dispuesto Baba necesitaba dinero in-

mediatamente. Todo lo que Baba no había usado personalmente en Meherabad tendría que ser vendido. Sacaron a relucir todas las cosas que había en el depósito hecho de chapas: ollas y cacerolas de aluminio, pavas, juegos de té, cubiertos, vasos y jarras, alfombras y artículos traídos por discípulos de Occidente o regalados por devotos del Oriente. Había muchos cojines bellamente bordados, alfombras y tapices. Sacaron a relucir todo esto y lo empacaron para enviarlo a Bombay en camión. Muchas cosas ni siquiera habían sido usadas.

Fue Naja u otra mujer que dijo: “No vas a poder conseguir otra pava como ésta... o cuchillos como ése”, pero las demás la hicieron callar. “No importa”, dijo alguien, “de todos modos nunca los usamos. Todo estaba tan bien guardado que nunca iríamos a usarlo”, o palabras por el estilo.

Mehera y otras mujeres dieron algunos de sus costosos saris de seda y joyas para que los vendieran a fin de ayudar a Baba. Muebles, camas y armarios, en fin, todo “entró en la bolsa”. También enviaron artículos desde Meherazad: una heladera flamante que Elizabeth había pedido especialmente de los Estados Unidos, dos autos De Soto que ella le había regalado a Baba y otro auto pequeño donado por Nariman. Todo era nuevo.

Don: ¿Meheru, podría pedirte a ti y a Mehera que nos contarán un poco más acerca de esos dos autos De Soto? Me enteré que Elizabeth había regalado un auto a Baba, aparentemente un De Soto, y que Baba había dicho de inmediato: ‘Esto es maravilloso; quiero un segundo auto’. ¿Hay algo de verdad en esto?

Meheru: No puedo recordar ese detalle, pero lo que sí sabemos es que cuando Elizabeth vino, trajo un auto y dijo que había otro en camino.

Don: Eso generó una historia encantadora que siempre esperé que esa versión fuera la correcta. Sólo se trató de un antojo

de Baba: “Muy bien, me gusta ése, y quiero un segundo auto”.

Meheru: No lo creo. Al menos no conocemos esa anécdota. Supongo que Elizabeth la conocería.

Mehera: Baba usó los dos autos. El De Soto verde fue el que usó con más frecuencia. Ambos eran cómodos y en ellos cabían fácilmente nueve personas o incluso doce si era necesario.

Don: ¿Doce personas? ¡Santo cielo!

Meheru: Era como una camioneta, pero su forma parecía la de un auto.

Mehera: Como una camioneta, pero muy amplia. Ambos autos eran bellísimos.

Meheru: Los que irían a Bombay y Poona se habían marchado antes del 16 de octubre de 1947. La Nueva Vida comenzó el 16 de octubre. Baba había dicho que quienes la compartirían con él tendrían que estar siempre alegres, sin dar paso a la ira ni al malhumor, cualquiera que fuera la circunstancia. Obedeceríamos a Baba incondicionalmente, sin vacilaciones. Deberíamos tener muchísimo cuidado de no alterar su estado de ánimo. Los que no estuvieran preparados para hacerlo no deberían emprender la Nueva Vida con Baba. En la madrugada del 16 octubre, no había amanecido todavía, cuando un auto conducido por Sarosh vino a recogernos en Meherazad. Creo que un ómnibus recogió a los mandali en Meherabad.

Don: Meheru, ¿puedo pedirte que cuentes un poco más sobre los altibajos en el ánimo que tuvieron lugar durante la Nueva Vida? Eruch contó dos o tres anécdotas sobre las complicaciones que experimentaron en este sentido, especialmente una relacionada con Daulat Singh. Baba lo envió a su casa porque un día se echó a llorar frente a él. Se casaba su hija y se puso a llorar de emoción. Por este motivo Baba lo mandó de vuelta con su familia, pero él tenía que vivir la Nueva Vida allá. Fue una

historia interesante. ¿Hubo algunos enojos o fuertes altibajos similares entre las mujeres, con los que tuvieron que afrontar en la Nueva Vida?

Meheru: No, no que yo recuerde. Pero cuando Naja y otras mujeres vinieron a vivir con Baba, no tenían que mencionar nada sobre lo que las demás estuvieron haciendo en la vieja vida.

Don: ¡Ah!, ¿de modo que Baba autorizó que vinieran una o dos mujeres más, que no estaban acompañando a Baba?

Meheru: Vino Naja, y después lo hicieron Rano y Kitty.

Don: ¿De visita?

Meheru: Baba retuvo a Naja durante un tiempo, y después la mandó de regreso; entonces vinieron Kitty y Rano durante cierto tiempo. Naja se enojó un poco porque sería enviada de vuelta, y dijo: “¡Oh, Kitty y Rano tienen sus trabajos!”. Esto molestó muchísimo a Baba, quien dijo: “Has quebrantado mi orden por el solo hecho de decir esto”. Sin embargo, Baba después la perdonó diciéndole: “Que no vuelva a suceder otra vez”.

Don: ¿Hubo problemas de carácter doméstico en la Nueva Vida cuando estuviste cumpliendo tus deberes? ¿Tú podrías haberte fastidiado de pronto con Mani, o Mani podría haberse fastidiado con Goher? ¿Hubo pequeños problemas, como aquél en el que tuviste que tener cuidado para no llamar la atención de Baba?

Meheru: Bueno, pequeños enojos. Nada grave.

Don: ¿Pero enojos pequeños? ¿No molestaron a Baba?

Meheru: No, realmente para nada. Nosotros tratábamos de hacer todo lo posible para no enojarnos.

Don: ¿Todo estaba bien si ustedes resolvían sus diferencias antes de que él volviera?

Meheru: No. De ninguna manera eso era así.

Don: ¿Pero ustedes podían enojarse entre sí estando lejos de Baba?

Meheru: No. Eso no era así. Teníamos que vigilar siempre nuestro temperamento. Ésa era la orden de Baba. Evitábamos discrepar. Tratábamos de obedecer a Baba en un ciento por ciento.

Don: ¿De modo que no había grandes problemas que surgieran entre las mujeres en su vida diaria?

Meheru: Nosotras estábamos siempre muy unidas y nos tratábamos con mucho cariño y afecto. Ésa era la Nueva Vida y se lo habíamos prometido a Baba; por eso, si por error las cosas empezaban a ponerse feas, nos recordábamos unas a otras lo prometido.

Don: ¿Ustedes aún se mantenían unidas aunque estuvieran terriblemente cansadas?

Meheru: Siempre, porque en la Nueva Vida, cuando nos deteníamos, estábamos cansadísimas de andar por los caminos. Date cuenta de que, cuando estábamos en camino, anhelábamos un lugar para acampar, que todavía estaría a kilómetros de distancia. Caminábamos y caminábamos y al final llegábamos al lugar. Solía ser un lindo bosquecillo con un pozo de agua. Nos traían el carromato tan pronto nosotras habíamos acampado. El carromato estaba destinado a nosotras, y todos nuestros efectos personales estaban dentro junto con las cosas de Baba y los utensilios domésticos: no tenían que ser de vidrio o loza, sino esmaltados o de aluminio para que no se quebraran. De todos modos, éramos felices por haber llegado a nuestro destino, nos distendíamos y nos lavábamos los pies y las manos. Para entonces, antes de que nos diéramos cuenta, invariablemente había una multitud alrededor de nosotras, de modo que no podíamos distendernos. Parecíamos un circo que había llegado a la ciudad.

Don: ¿La gente de los alrededores acudía por curiosidad?

Meheru: Sí. Aunque esas personas estuvieran lejos de la aldea más cercana, se enteraban de algún modo y casi toda la aldea venía a apiñarse alrededor de nosotras. ¿Puedes imaginarte

eso? ¿Cómo podíamos distendernos o sentirnos cómodas? Sin embargo, no debíamos enojarnos con ellos. Estábamos cansadas y queríamos distendernos, ir al baño, lavarnos los pies, extender las esterillas para descansar. Queríamos sacar agua para nuestras necesidades. Había mucho que hacer, pero había una multitud que estaba ahí observándonos. Teníamos ganas de decirles: “Ahora váyanse”. Pero toda esa gente sonreía, y nosotras teníamos que sonreír.

Querían ver el carromato: “¿Qué clase nueva de coche es éste? Parece un ómnibus y las ruedas son como las de un auto, pero ni siquiera tiene caballos de tiro sino bueyes”. Estaban muy sorprendidos, nunca habían visto algo como eso. Ellos se inclinaban y miraban las ruedas, por doquier, inspeccionando todo. Después nos rodeaban sonrientes y muy contentos. Nunca habían visto personas como nosotras en esa zona de la India. Todos eran hindúes.

Don: Sí, probablemente haya muy pocos parsis en esas zonas.

Mehera: No hay un solo parsi. Y nosotras teníamos puesto un nuevo tipo de vestimenta. Todos los mandali usaban túnicas blancas con turbantes verdes, y parecían una especie de regimiento. Los aldeanos no podían adivinar quiénes éramos; por eso nos preguntaban, y nosotras les decíamos que íbamos a Haridwar. Entonces se sentían muy felices, nos decían: “¡Ah!, ¿ustedes van en peregrinación a Haridwar?”, y quedaban muy impresionados.

Don: ¿Baba ya les había dicho que el destino sería Haridwar?

Mehera: Sí. Y Baba nos llevó a Haridwar.

Don: Dijiste que al llegar al bosquecillo con el pozo de agua y querer descansar y atender sus propias necesidades, la gente llegaba y se apiñaba alrededor de ustedes. ¿Qué hacía Baba en ese momento?

Mehera: Baba se quedaba generalmente en la zona en la que estaban los hombres mandali porque todas las actividades importantes estaban teniendo lugar allí, como por ejemplo, dar de comer a los animales, etcétera.

Don: ¿Y los hombres estaban lejos de la multitud?

Mehera: Date cuenta de que el bosquecillo era muy grande. Nosotras estábamos en una parte, mientras que los carros tirados por bueyes, el carro tirado por el camello, el caballo blanco, los dos pequeños burros y toda la comitiva se instalaba al otro lado con los hombres mandali. Ellos tenían que preparar la comida de los animales antes de poder distenderse, y debían cortar un poco de forraje si no tenían la clase que correspondía.

Meheru: Se preocupaban antes por los animales que por ellos mismos. Pero aquella multitud solía dividirse: unos iban primeramente allá y, después de ver lo suficiente, venían a observar lo que nosotras estábamos haciendo. Trataban de adivinar quiénes éramos.

Mehera: Baidul y los demás –no sé quiénes eran porque no podíamos verlos– picaban las puntas de caña de azúcar. Después de dar de comer a los animales, los llevaban a tomar agua y los ponían cómodos. Solamente entonces los mandali podían atenderse ellos mismos. Eso era muy duro para ellos.

Don: De modo que Baba estaba con los hombres mientras éstos atendían a los animales, y entretanto estaban rodeados por todos esos curiosos. ¿Baba no se fastidiaba con ellos, ni trataba de ahuyentarlos?

Mehera: No, no. Y Kakaji cocinaba para nosotras, y Baba observaba a Kakaji. Baba se interesaba en todo lo que nosotras hacíamos.

Don: ¿De modo que Kaka Baria preparaba toda la comida en el campamento de los hombres, y esa comida se las traían a ustedes?

Mehera: Sí. Había que cocinar una gran cantidad de comida. Baba hacía que los que cocinaran fueran los hombres mandali porque eran muchos, y las mujeres solamente nosotras cuatro. Nunca hubo agua corriente. Había que traerla de un pozo. Los hombres se la traían a Goher hasta mitad de camino, y ella la traía en dos baldecitos y la ponía en el samovar. Entonces todas nos lavábamos la cara y las manos, y nos aprestábamos para tomar el té con Baba, pero la multitud estaba siempre allí alrededor de nosotras; hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos nos rodeaban, formaban un gran círculo y nos observaban. Nosotras no sabíamos qué hacer. No podíamos sentirnos cómodas con tantas personas observándonos. ¿Qué podíamos hacer? Les decíamos: “Ahora vamos a tomar el té. Nuestro té está por llegar”. “Ah, sí; muy bien, tomen el té”, replicaban, y seguían ahí parados observando cómo tomábamos el té. Cuando llegaba el té, nosotras pensábamos: “Si viene Baba, ¡qué incómodo se va a sentir con esa multitud que está mirando!”.

Entonces Goher les decía, pero sin enojarse, fastidiarse ni hablarles con brusquedad: “Namasté, namasté”, tal como nosotros decimos “Jai Baba”. Significa: “saludos”. De modo que ella les decía: “Namasté, ahora deben irse. Nuestros mandali están allí. Todos los hombres tienen que ir al sitio en el que están los hombres. No hay problema si las mujeres se quedan. Aquí somos todas mujeres. ¿Para qué tienen que quedarse los hombres aquí alrededor?”.

Entonces los hombres estaban de acuerdo: “Oh, sí, eso es verdad”, y todos se retiraban. Estuvimos bien al pensarlo de ese modo. Después de eso, siempre que los hombres de la aldea nos rodeaban, dejábamos que se quedaran durante unos pocos minutos para que vieran el carromato, y después les decíamos que fueran al sector en el que estaban los hombres. Las mujeres se

quedaban alrededor, deseosas de conversar con nosotras sobre esto y aquello. Por supuesto, no teníamos ganas de conversar. Queríamos descansar y tomar el té porque habíamos estado caminando desde la mañana. Puedo decirte que era muy entretenido ese ir y venir de tantas personas. Un gran inconveniente era que no contábamos con un sitio privado, ni siquiera para hacer nuestras necesidades. Eso era muy incómodo pero, como tú sabes, no podíamos enojarnos con ellos.

Don: ¿Mehera, esto duró durante toda la Nueva Vida, con toda esa gente apiñándose alrededor todas las veces que ustedes se detenían?

Mehera: Sí mientras estuvimos caminando hasta Najibabad, que no está muy lejos de Dehra Dun. También hacía mucho frío para nosotras. Nunca habíamos pasado tanto frío en invierno. Ir hacia el Norte significa dirigirse hacia los Himalayas, y en esa época los Himalayas estaban cubiertos de nieve. Podías ver las nevadas montañas desde determinados sitios a medida que avanzábamos hacia el Norte. Hacía tanto frío que Baba nos dio el carromato para que las mujeres durmiéramos dentro. Tenía tres bancos, que parecían tres asientos, y nosotras estábamos ansiosas por subir al carromato porque afuera hacía mucho frío. Al caer la tarde, veíamos estrellas en el cielo y las siluetas de los árboles, pero no teníamos techo sobre nuestras cabezas. Aguardábamos al aire libre hasta que anocheceía y era hora de acostarnos; entonces, cuando subíamos al carromato, cerrábamos las ventanas y bajábamos las cortinas, dejando una pequeña rendija para que corriera aire fresco, y allí pasábamos la noche.

Goher era la última en llegar, y como no tenía un asiento para dormir, debía acostarse en el piso. Pero se sentía muy feliz por estar bajo techo y abrigada. Los mandali no estaban abrigados. Muchos de ellos no podían dormir porque hacía mucho

frío para dormir al raso. A veces llovía. Cuando sentían frío, algunos se ponían de pie y pisaban con fuerza para entrar en calor, o trataban de tener una hoguera encendida. Pero tú sabes que era Baba quien les daba fuerzas, y también ayuda, para llevar a cabo la Nueva Vida. Él nos sostenía a todos.

Meheru: Volvamos al primer día de la Nueva Vida. En la madrugada del 16 de octubre, todavía estaba oscuro, cuando el auto conducido por Sarosh vino a buscarnos. Baba y las mujeres viajamos en ese auto. Estaba lloviendo. Recuerdo bien cuánto llovió ese día. En el cruce ferroviario, cerca de la estación, nos estaba esperando el ómnibus con los veinte compañeros y todo el equipaje.

Don: ¿Meheru, no es muy fuera de lo común que llueva tanto al final del año? Por lo general, la época de los monzones casi termina en septiembre, ¿no es cierto?

Meheru: La estación de los monzones fue insólitamente prolongada ese año, y continuó hasta el mes de noviembre, lo cual es muy raro.

Don: Solíamos oír decir a Baba que, todas las veces que él iniciaba una labor espiritual importante, había tormenta y lluvia.

Meheru: Sí, eso es verdad, noté eso con frecuencia.

Don: ¿Él hizo algún comentario sobre esto cuando iniciaron la Nueva Vida?

Meheru: No, que yo sepa, no. Baba había dicho que nadie nos vería partir. Creo que los aldeanos de Arangaon decidieron que, si fueran todos juntos a la estación como un solo hombre, llorarán fervorosamente porque Baba se iba y le pidieran que no se marchara, Baba los escucharía. Pero Baba se les anticipó enterándose de esto, les dijo que no debían hacerlo y les pidió que no acudiera nadie en la hora de la partida.

Cuando llegamos al cruce a nivel, Baba nos dijo que bajáramos del auto y empezáramos a caminar, pero casi de inmediato

comenzó a llover otra vez, por lo que volvimos a subir al auto. Entonces viajamos hasta Supa, a la casa del Departamento de Obras Públicas, y llegamos allá por la mañana temprano. ¿Mehera, recuerdas algo acerca de Supa?

Mehera: Estuvimos allá probablemente dos noches. Habíamos empezado muy temprano. Nos levantamos entre las tres y media y las cuatro menos cuarto de la mañana. Baba quería que nos levantáramos siempre muy temprano.

Don: ¿Todos los días durante la Nueva Vida?

Mehera: Sí, todos los días en la Nueva Vida, e incluso antes de la Nueva Vida. Cinco en punto o cinco y media era la hora usual.

Don: ¿Pero en la Nueva Vida no se levantaban incluso más temprano?

Meheru: Sí, cuanto más frío hacía, más temprano nos levantábamos, o así nos parecía a nosotras.

Don: Bueno, es probable que tampoco pudieran dormir porque hacía tanto frío.

Meheru: El 18 de octubre, antes de las cinco de la mañana, emprendimos nuestra marcha hacia Sirur. Es un pueblo situado a mitad de camino entre Ahmednagar y Poona. El río Ghornadi pasa cerca de Sirur, por lo que a ese pueblo a veces lo llaman Ghornadi, por el nombre del río.

Ya se podía percibir que la tensión de los días anteriores había disminuido, y Baba daba muestras de estar más distendido. El primer día de marcha fue una larga caminata de más de veintinueve kilómetros, que nos cansó a todos, especialmente a los de mayor edad, como por ejemplo el doctor Ghani, que había llevado una vida sedentaria. Los compañeros caminaban delante, y Baba y las mujeres íbamos detrás, siguiéndolos. Al principio fue fácil porque era muy temprano y agradable caminar con el fresco de la mañana.

Don: ¿Les molestaba el sol?

Meheru: Recuerdo muy bien que había una luna brillante.

Mehera: El sol no estaba alto todavía.

Don: ¿Pero qué sucedía al mediodía cuando hacía mucho calor? ¿Se hacían a un lado del camino y se sentaban un rato a la sombra?

Meheru: No, Baba quería que continuáramos nuestro viaje.

Don: ¿Ustedes seguían incluso con el calor del día?

Mehera: Teníamos que llegar a destino lo más pronto posible. Solamente una vez descansamos bajo un árbol para tomar una taza de té. A mitad de camino, entre Supa y Ghornadi, hay un lindo lugar con algunas cabañas de labradores, campos y bellas arboledas. Baba dijo que podíamos descansar mientras procuraba que todos tuviéramos té. Baba dijo a los mandali que fueran a preguntar a un agricultor si nos podía preparar té. El granjero lo preparó y estaba muy sabroso. Tenía un poco de jengibre, y quedamos muy agradecidas; era muy refrescante. Baba nos preguntó: “¿Les gustó el té?” Venía de estar con los mandali; creo que había tomado el té con ellos. ¿Lo tomó con ellos?

Meheru: Sí.

Mehera: No recuerdo los detalles. De todos modos, Baba nos dijo: “El té estuvo espléndido. ¿Les gustó a todas?”, y agregó: “Debemos ponernos en marcha lo más pronto posible porque debemos llegar a nuestro destino antes de que el sol caliente demasiado”. Volvimos a ponernos en marcha sin detenernos. Lo único que hicimos fue caminar y caminar, aunque desde las diez de la mañana en adelante el sol calentaba muchísimo. El doctor Ghani al principio caminó muy airoso con el bastón. Después el bastón se volvió muy útil porque, debido a su cansancio, lo necesitó para empujarse con él y eso divirtió muchísimo a Baba. Pero Baba procuró que el doctor Ghani llegara a destino sano y salvo. El doctor Ghani no era fuerte, pero que-

ría ser un compañero en la Nueva Vida.

Don: ¿Habitualmente ustedes trataban de llegar a destino durante el día antes de que el sol en lo alto calentara demasiado?

Mehera: Eso no siempre era posible, pero nosotros igualmente iniciábamos nuestra marcha muy temprano.

Don: Y luego, por la tarde, descansaban normalmente.

Meheru: No, no siempre era así. Habitualmente caminábamos hasta el anochecer.

Don: ¿Aunque salieran temprano?

Meheru: Sí, aunque a veces Baba se detenía en el camino. Baba se detenía a veces en un bosquecillo: Eruch con Baba, y las mujeres nos quedábamos unos pasos detrás. Después venían los compañeros que llevaban a los animales con las carretas. Naturalmente, las que íbamos delante caminábamos rápidamente, por lo que Baba nos detenía un rato para ver a cuanta distancia estaba detrás el resto del grupo. Unas veces esperábamos, pero en otras ocasiones seguíamos hasta el final del viaje y ellos llegaban más tarde. Había veces en las que Baba permitía que interrumpiéramos el viaje, pero sólo durante diez o quince minutos, para refrescarnos.

El primer día, cuando partimos de Supa, se había decidido que los compañeros caminarían delante. En esa época no había animales. Los compañeros caminaron delante desde Supa hasta Sirur, y Baba lo hacía a corta distancia detrás de nosotras. Los mandali se distanciaron mucho después de un tiempo, y Baba dijo: “Ahora vamos a hacer que se detengan; quiero decir algo a los mandali”.

Envió a Goher delante para que se detuvieran, pero ellos no sabían que los estaban llamando, de modo que no la oyeron. Goher hizo sonar el silbato que llevaba consigo, lo sopló una y otra vez, tratando de atraer la atención de ellos, pero nadie

la oyó. Entonces, de repente se agachó y empezó a golpear el silbato contra el suelo. Muy sorprendidos y divertidos dijimos: “¿Qué le pasa a Goher? ¿Se enojó con el silbato porque no suena, o qué?”. Ella dijo: “No, se atascó la bolita y no suena más”. Baba empezó a golpear las manos: estaba molesto porque los mandali no escuchaban. Dijo que eso no debía suceder otra vez porque lo pondría de malhumor, y entonces todo se “iría al agua”. Ése era el modo en que Baba lo decía.

Don: ¿Irse al agua? ¿Ése era el modo en que él decía que lo pondrían de malhumor?

Meheru: No, decía que se desperdiciaría o malograría la labor que estábamos haciendo. “Se iría al agua”, es una expresión en gujarati.

Don: ¿Qué sucedió cuando trató de hacer que los mandali se detuvieran?

Meheru: Por último, se detuvieron, pero Baba dijo que eso no debía suceder otra vez; por eso, al final se decidió que algunos compañeros se adelantarían, después los seguiría Baba con algunos mandali, y las mujeres iríamos a corta distancia, detrás. Entonces, si Baba quería conversar con nosotras, podía darse vuelta o detenerse a esperarnos. Ése fue un mejor método de comunicación.

Don: ¿Al final, cómo llamaron la atención de los mandali?

Meheru: Baba estaba golpeando las manos, y Mani y Goher los llamaban en voz alta. Tratamos de hacer todo el ruido posible para llamar su atención porque ellos no miraban alrededor, y seguían y seguían avanzando.

Mehera: No se suponía que ellos miraran alrededor, a menos que Baba golpeará las manos. Entonces podían detenerse y mirar. Pero finalmente nos oyeron y pararon.

Meheru: El primer día de caminata, tras recorrer casi la mitad del trayecto hacia Sirur, a Baba le dolían muchísimo los pies

porque sus sandalias eran nuevas, pero afortunadamente las de Mehera eran holgadas y a Baba le resultaron muy cómodas, por lo que ella pudo ofrecérselas a Baba en esa ocasión.

Don: ¿Y entonces qué llevaba puesto Mehera?

Mehera: Otro par de sandalias. Yo había llevado dos pares. Baba quería un par de sandalias holgadas como ésas. Sabes que cuando usas sandalias, determinada parte se frota en el mismo sitio; por eso, a Baba le fue útil cambiar de calzado o de horma. Baba usó mis sandalias, pero tuvimos que cubrir los dedos de sus pies con cinta adhesiva.

Don: ¿Él siguió usando esas sandalias? ¿Se gastaron?

Mehera: Las usó el primer día solamente. Sí, se gastaron, pero no sabemos qué sandalias eran. Deberíamos haberles puesto un rótulo; se mezclaron con las demás.

Meheru: Éramos personas fuera de lo común las que caminábamos entre Ahmednagar y Poona, y los aldeanos nos detenían en el trayecto y nos decían: “¿Por qué están caminando? Hay un excelente servicio de ómnibus. ¿Por qué no toman un ómnibus?”.

Mehera: “Ustedes viajan siempre en auto”, nos decían, y agregaban: “¿Por qué están caminando así bajo el sol? ¿No están incómodas? Ustedes no están acostumbradas a caminar. ¿Adónde van todas ustedes?” Les contestábamos: “No, queremos ir de excursión caminando. Hoy da gusto caminar”, y otras cosas por el estilo.

Meheru: Creo que, en las afueras de Sirur, el doctor Ghani quedó totalmente extenuado y con dolores en el pecho.

Don: ¿Había tenido un ataque como ése anteriormente?

Meheru: No, creo que no. Le suministramos todos los medicamentos y primeros auxilios que pudimos, pero el resto del equipaje se había ido en el ómnibus. Pero volvamos a lo que ocurrió antes del ataque sufrido por el doctor Ghani: los mili-

tares ocupaban el dak (hostería) en el que nos hospedaríamos en Sirur. Poco antes de que llegáramos a Sirur, cerca del dak, todo el grupo se detuvo a la sombra de una arboleda. Baba nos había dicho que hiciéramos un alto y descansáramos. Todos teníamos calor y estábamos cansados porque el sol había estado muy fuerte y el camino era muy polvoriento. Durante los últimos kilómetros pudimos ver que el doctor Ghani usaba su bastón para apoyarse e impulsarse hacia delante. Para entonces la travesía había sido demasiada para el doctor Ghani, y se desplomó. Baba estuvo de inmediato a su lado, y los doctores Nilu y Donkin lo asistieron. También acudió Goher con el botiquín de primeros auxilios, y le aplicaron el tratamiento que pudieron. Puesto que el dak del gobierno en el que pasaríamos la noche estaba ocupado por funcionarios, un comerciante de Sirur, que amaba a Baba, nos invitó a que nos alojáramos en su cine, el cual estaba cerrado y vacío; fue realmente algo insólito. Se hallaba en una zona de mucho tránsito, en el centro de la ciudad. Después de pasada la crisis, cuando el doctor Ghani se sintió mejor, continuamos la marcha atravesando precisamente esa ciudad llena de gente, con niños y adultos que se apiñaban a nuestro paso mirándonos con franca curiosidad.

Don: ¿Para entonces dónde estaba el doctor Ghani? ¿Qué le sucedió?

Meheru: Creo que tuvieron que encontrar un vehículgo que lo transportara, tal vez en el ómnibus que llevaba nuestro equipaje. No estoy segura.

Después de estar viviendo recluidas en el ashram de Baba, esa muchedumbre que en Sirur nos clavaba la vista nos incomodaba mucho, y por eso permanecemos con la vista baja. Todas nos sentimos muy agradecidas por haber llegado a nuestro destino y refrescarnos, lavarnos y beber agua fría. Baba y

las mujeres ocuparon el escenario, detrás del telón, y los compañeros se instalaron en la platea. Era un lugar extraño para descansar. Teníamos agarrotados los músculos y podíamos oír nuestros quejidos cuando nos sentábamos o tratábamos de ponernos de pie. Cenamos temprano para poder descansar antes, porque a la mañana siguiente, de madrugada, saldríamos en ómnibus hacia Belgaum.

Don: ¿Kaka Baria se encargó de cocinar?

Meheru: No, nuestra comida la trajeron de un hotel.

Don: ¿Entonces, el anfitrión de ustedes se encargó de eso?

Meheru: Creo que eso se había dispuesto de antemano; no creo que lo hubiera hecho nuestro anfitrión. ¿Lo sabría Eruch?

Don: ¿Pero era extraño eso de que les trajeran la comida?

Meheru: Date cuenta que eso se dispuso de antemano. Se trataba tan sólo de la primera parte, de la fase de instrucción, correspondiente a la Nueva Vida. Ésta era una prueba de la prolongada caminata, y no cocinaríamos hasta que llegáramos a Belgaum.

El tiempo del Divali estaba cerca; me refiero al festival hindú del Año Nuevo, el Festival de las Luces, cuando los niños se divierten con los fuegos artificiales, y los estampidos de los petardos son ensordecedores. Aunque nos acostamos temprano, nadie pudo dormir y Baba estaba muy molesto, por lo que finalmente decidió que era mejor que siguiéramos camino.

Don: ¿Los festejos del Divali siguen hasta bien avanzada la noche?

Mehera: Sí, hasta muy tarde; incluso hasta la una de la mañana. Creíamos que terminarían a las once de la noche, pero no fue así. Entonces, a eso de las doce de la noche, Baba golpeó las manos y dijo: “¿Qué es esto? No puedo descansar. Esto es muy molesto”. Los mandali salieron para tratar de detener eso, ¿pero a quién podían decírselo? Había muchas casas, y no se podía

hacer que cesaran de encender petardos, porque era tiempo de Divali, celebrado tradicionalmente.

Era medianoche cuando Baba dijo: “Levántense ahora y empaquen todo”. Y ahí estábamos nosotras, cansadas de caminar todo el día, con la esperanza de descansar, pero sin poder hacerlo. Tuvimos que levantarnos y empacar nuestras mantas y bolsos. Sin tomar una taza de té ni nada. Baba nos dijo que subiéramos al ómnibus. Entonces pensamos que era medianoche, por lo que entraríamos al ómnibus a hurtadillas, nos sentaríamos, y no habría nadie que importunara a Baba para que le diera darshan o lo molestara. Sin embargo, de alguna manera se corrió la voz de nuestra partida y la gente se apiñó a lo largo del camino para ver a Baba.

Cuando le dijeron a Baba que la muchedumbre no se dispersaría, dijo que no había problema de que se quedara, con tal de que nadie se prosternara ante él ni tratara de recibir su darshan. La gente permaneció de pie, callada y solemnemente, cuando Baba y el resto de nosotros recorrimos el angosto pasillo que ellos formaron y por el que nos dirigimos hacia el ómnibus. Pronto seguimos camino hacia Belgaum. Baba y nosotras, las cuatro mujeres, estábamos en la parte delantera del ómnibus, detrás del conductor. Una cortina, que colgaba atravesando el sector de adelante, nos separaba de los compañeros que ocupaban la parte de atrás.

Los asientos eran muy angostos y nos impedían sentarnos cómodamente, pero fatigadas como estábamos por el viaje anterior y por la falta de sueño, nos encontramos cabeceando y meciéndonos con el movimiento del ómnibus. Recuerdo que Goher estaba sentada detrás del conductor y veía todo el aro de su gorra que, en la penumbra, parecía una almohada redonda y muy tentadora, y que Baba le advertía bromeando que no se ca-

yera hacia delante, pues podría encontrarse descansando en ese atractivo almohadón.

Era de madrugada cuando tomamos el té en Poona y, finalmente, tras un viaje cansador, llegamos a Belgaun cuando hacía rato que había anochecido. Allá también había estado lloviendo y hacía mucho frío. Baba se alojaría en una estructura provisoria, con piso de cemento y paredes de bambú trenzado. El piso todavía no estaba seco, porque todo había sido construido especialmente para que Baba viviera ahí.

Don: ¿Ustedes permanecerían ahí unos días, por así decirlo, de entrenamiento?

Meheru: Seis semanas. Creo que Mehera y Meheru se encargaban de la habitación de Baba y trataban de hacer lo que podían para que fuera cálida y cómoda.

Mehera: La estación de los monzones es muy fría y ventosa en Belgaum porque allá hay fuertes lluvias. Llovía constantemente cuando llegamos, y nuestra casa estaba ubicada afuera, en un campo al que habían arado frecuentemente. Para llegar a ella tuvimos que atravesar un espeso lodazal.

Don: Quiero pensar que para entonces, Mehera, habría sido casi imposible reprimir el malhumor.

Mehera: Sí, exactamente. Pero estando Baba con nosotros, tú sabes... lo difícil, a menudo se torna sorprendentemente fácil.

Don: Ustedes estaban aún de buen humor.

Mehera: Eso nos gustaba. Los mandali vivían en una amplia habitación común, edificada para que se alojaran en ella. El techo era de tejas, y las paredes de *tatta*, que significa bambú trenzado.

Meheru: No era para nada cálida, y el suelo estaba húmedo. Nuestro equipaje era muy limitado, porque Baba nos había permitido llevar sólo una pequeña cantidad de prendas y ropa de cama, lo cual era muy exiguo en esas circunstancias, especial-

mente cuando hay que acostarse en un piso húmedo. Aquí empezó el período de entrenamiento y a todos se nos asignaron deberes. Por ejemplo, a algunos mandali se les encomendó la tarea de sacar agua del pozo, pero no estaban acostumbrados a este trabajo, la sogá que manipulaban era muy áspera para sus manos y el pozo era muy profundo. Goher traía el agua hasta donde estábamos nosotras. Mani se encargaba de cocinar guiada por Mehera, y el resto de nosotras dábamos una mano y ayudábamos. Ninguna de nosotras había cocinado tanta cantidad de comida como la que necesitaban todos los compañeros, por lo que eso era difícil para nosotras.

Don: ¿En Belgaum no cocinaba Kaka Baria sino las mujeres mandali?

Meheru: Sí, las mujeres mandali.

Don: ¿Posteriormente fue Kaka Baria quien se encargó de la cocina en la Nueva Vida?

Meheru: Sí. En Belgaum, éramos las cuatro mujeres las que cocinábamos para todos los compañeros, para Baba y para nosotras. Sin embargo, el té provenía del sector de los hombres.

Don: ¿Eso lo hacía Kaka Baria?

Meheru: Creo que era Baidul quien preparaba el té. Nosotras cocinábamos las dos comidas, y ellos preparaban el té. Baba se interesaba mucho en nuestras actividades. La comida era vegetariana, y Baba iba de un lado a otro preguntando qué estaban cocinando. Si a veces pensaba que a un plato le faltaba algo, nos recomendaba que lo pusiéramos.

Don: ¿Meheru, dices que toda la comida era vegetariana? Anteriormente le pregunté a Mani si Baba había dictado alguna norma sobre que la comida fuera vegetariana, y todo lo que pudo recordar fue que no, que no había norma alguna al respecto. ¿Ustedes comían principalmente alimentos vegetarianos porque eran los que podían conseguir?

Meheru: En los primeros días y durante determinado período, Baba y todos los que le seguían eran estrictamente vegetarianos y ni siquiera comían huevos. Los huevos fueron permitidos posteriormente. Pero todo esto fue al principio.

Don: Antes de la Nueva Vida.

Mehera: Sí, en Meherabad. Cuando llegamos por primera vez al ashram, todos éramos vegetarianos, y Baba también lo era. Pero Baba permitía otra comida si alguien no estaba bien de salud. Por ejemplo, Elizabeth los necesitaba, y por eso se le permitía comer huevos.

Meheru: Tiempo después, cuando tuvimos gallinas en Meherabad, comíamos huevos, pero no carne. Pero continuemos con nuestra estadía en Belgaum. El doctor Ghani, con la ayuda de Baba, escribió allí el Canto de la Nueva Vida. Adi acostumbraba cantarlo todos los días en presencia de Baba, y creo que Baba solía acompañarlo con un tambor. También se cantaban otros qawalis, Baba los acompañaba con ese mismo tambor. Creo que en realidad se trataba de un *dholak*. Ya bien caída la tarde, Baba solía tocar el dholak para nosotras, en nuestra vivienda. Nos sentábamos a escucharlo, extasiadas por esos bellos sonidos rítmicos, contemplando los finos y delicados dedos de Baba cuando tocaba, y la expresión de sus ojos intensamente absortos como si él y la música fueran uno solo.

Mehera: El dholak que él usaba en la Nueva Vida está en el museo.

Don: ¿Es el dholak con el que tocó cuando lo filmamos en el living de Meherazad, en febrero de 1962?

Meheru: Sí, eso es. El lugar en el que vivimos, cerca de Belgaum, era una casa de ladrillos, con techo de tejas, pero sin cielo raso. Simples paredes de material separaban sus tres pequeñas habitaciones. Cuando llovía, la habitación principal casi siempre se inundaba; entonces llegaban los mandali con escale-

ras y trataban de tapar las goteras. Todas las noches también los ratones se ocupaban de roer las paredes y, por la mañana, antes de que Baba llegara para tomar el té, barríamos el lugar.

Una noche, Mani se despertó sobresaltada, preguntando qué era lo que le había mordido un dedo. Mehera estaba cerca, mientras que Goher y yo estábamos en la otra habitación. Nos despertamos todas y nos enteramos que un ratón le había mordido el dedo. Debió haber sacado su mano fuera del mosquitero, y el ratón se la había mordisqueado. Sangraba un poco, y Goher se encargó de atenderla.

Después de permanecer en Belgaum viajamos en tren a Benarés. Antes de irnos, Baba nos dio a cada una un *ghongari*, una tosca frazada que los pastores y aldeanos usan. Eran toscas pero nos parecieron muy agradables, pues tenían por objeto abrigarnos más en nuestro viaje hacia el Norte; sabíamos que allá haría frío. Enviaron delante a dos compañeros del grupo para que buscaran un sitio para alojarnos en Benarés a modo de bhiksha, o sea, por caridad, aunque ellos eran desconocidos en esa ciudad.

Don: ¿Fueron los que encontraron al doctor Nath, el oftalmólogo?

Meheru: Sí, y ten en cuenta que no les resultó fácil porque, entre otras cosas, no debían gastar dinero en transporte. Tenían que caminar de un lugar a otro tratando de tomar contacto con la gente, y en una región en la que no eran conocidos. Fue sólo con la ayuda de Baba que finalmente pudieron disponer de un lugar en el que luego viviríamos.

Después de viajar dos días en tren, cambiando de trenes en Bombay y Moghulserai, el resto de nosotros llegó a Benarés. Baba había dicho que nadie de la vieja vida debía ir a verlo cuando cambiáramos de tren en Bombay. La orden fue muy estricta.

Don: ¿Alguien perteneciente a la vieja vida supo que él estaría en Bombay, o esto se mantuvo en secreto, como ocurría con casi todos los desplazamientos de Baba?

Meheru: No conozco los detalles con exactitud, pero creo que una o dos personas estaban enteradas, tal vez Nariman o Meherjee.

Don: ¿Obedecieron las instrucciones de Baba?

Meheru: Sí. Cuando llegamos a la estación de Benarés eran las dos o tres de la mañana y estábamos ateridas esperando un vehículo. Finalmente, a eso de las cuatro de la mañana llegamos a la casa en la que viviríamos. Antes de entrar, al detenernos frente al portal, vimos a través de las rejas a dos centinelas ahí parados y semidormidos junto a la escalera. Nos preguntamos a qué clase de casa veníamos, pero cuando entramos, vimos que aquellos guardias eran solamente estatuas. A la casa la encontramos muy cómoda. Entramos en una habitación muy amplia, creo que parecía un salón, y estaba llena de sillas.

Don: ¿Estos arreglos los hizo el doctor Nath?

Meheru: Sí, este lugar lo consiguió el doctor Nath para que lo utilizáramos. Primeramente atravesamos una habitación, y la siguiente parecía un cuarto de lectura y estaba lleno de sillas. Todas pensamos que posiblemente no podríamos quedarnos ahí, de modo que fuimos a otra habitación, la cual por suerte estaba vacía, salvo una almohada sobre el piso alfombrado. Somnolientas y con mucho frío nos dirigimos hacia esa almohada. Era un almohadón enorme, y las cuatro nos apresuramos a reclinar sobre él nuestras cabezas, aferrándolo en procura de calor. ¡Por la mañana, cuando nos despertamos, vimos nuestro almohadón a la luz del día, comprobamos que no estaba limpio y nos preguntamos cómo habíamos podido descansar tan cómodamente en él!

Mehera: Esa mañana estábamos heladas y con hambre, de modo que, aunque todavía era muy temprano, dijimos: “Ya es de mañana y tendremos un agradable té caliente con pan y manteca”. Entonces nos incorporamos, nos lavamos rápidamente, y esperamos.

Baba dispuso todo lo necesario para nosotras, entonces vino y nos preguntó si queríamos té. Le dijimos: “Sí, Baba”, y él fue a ver a los mandali y les dijo que se apresuraran. Luego regresó y nos dijo: “No demorará, tardará sólo quince minutos”. “Sí, Baba”, contestamos y nos ocupamos de preparar nuestras tazas y platos. Baba iba de aquí para allá: tú sabes que le encantaba caminar así de un lado a otro. ¿Qué crees que era el desayuno que nos trajeron? Lo único que nosotras queríamos era té con pan y manteca, pero no fue así: el desayuno consistía en espinaca caliente condimentada con pimienta y otras especias, y chapatis. ¿Semejante comida a la mañana temprano? Dije: “¿Qué clase de desayuno es éste?”. Y Goher contestó: “Probablemente esto sea lo que desayunan acá: por eso nos lo mandaron. Es mejor que lo comamos y agradezcamos”. La espinaca nunca me gustó.

Don: ¡Desayuno con espinaca! ¡Caramba, hay que aguantar algo así!

Mehera: No me gusta la espinaca. Fue la primera vez que comí espinaca por la mañana como desayuno. Sin embargo, suena raro decirlo, pero, con frío y hambrientas como estábamos, todas la disfrutamos, y a continuación acogimos el té caliente con mucho entusiasmo.

Don: Así pasaron su primera mañana en Benarés.

Mehera: Sí, nuestra primera mañana. Pero luego tuvimos que disponer dónde viviría Baba. La habitación tenía unos pocos sofás y mesas en un sector, y como dijo Meheru, el resto estaba lleno de sillas apiladas una sobre otra, por lo que nadie podía

caber ahí. Nos preguntamos cómo podríamos vivir en semejante habitación, porque la otra habitación sería la de Baba. Se lo contamos todo y Baba nos dijo: “Nadie debe sentarse en las sillas ni en los sofás. Ustedes no deben utilizar las sillas. No deben usar los muebles”. Entonces le dijimos: “Pero la habitación está llena de muebles. ¿Qué debemos hacer?”. Baba nos dijo que los haría retirar todos y que, entretanto, todas esperaríamos en la habitación en la que habíamos dormido. Entonces vinieron los mandali y todos ayudaron a sacar los muebles y ponerlos en la terraza. Finalmente la habitación quedó vacía, y la terraza, llena de muebles.

Meheru: Vivimos alrededor de un mes en Benarés. No supimos lo que Baba programó con los mandali, pero cada uno fue a pedir bhiksha (limosna) en la ciudad. Fue una fase de instrucción. Pendu, Eruch y los otros compañeros deben saber de esto. Un día iban dos compañeros juntos, el día siguiente otros dos, y así sucesivamente. Tenían que aceptar lo que les dieran, traérselo a Baba, y él lo repartía entre todos. Si les daban comestibles secos, como chapati o harina, debían ponerlos en un *jholi* (bolsa de género) que se colgaban del hombro, y si se trataba de verdura, la guardaban en una escudilla de bronce, que cada uno llevaba consigo. Una vez Baba también fue con dos compañeros. Su *jholi* tenía estas dos palabras escritas en hindi por Mehera: “Da bhiksha con amor”. Ellos vestían kafnis blancos y tenían puestos turbantes verdes. El aspecto de Baba era bellísimo con su kafni y su turbante.

Las mujeres salimos una sola vez con Baba. Nos llevó caminando y atravesamos la ciudad hacia uno de los *ghats* con escalinatas que bajan hasta el río. Podíamos percibir el clima piadoso que emanaba de quienes estaban ahí, pues los hindúes devotos descienden hasta el río para bañarse en el sagrado Ganges a fin

de purificarse. Benarés, que actualmente se llama Varanasi, es una de las ciudades santas de los hindúes.

Mehera: Desde Benarés caminamos más de seis kilómetros hasta Sarnath, ciudad muy estrechamente conectada con el Señor Buda. Baba nos llevó a ver las cuevas que los discípulos de Buda utilizaron para meditar, y también el templo budista de las cercanías. Su interior era bellísimo, con un cielo raso muy alto. En las paredes había coloridos murales de un artista japonés, los cuales representan hechos de la vida de Buda. Baba caminó lentamente con nosotras mientras mirábamos los murales y nos explicó algunas escenas. En el extremo de la sala había un altar con una estatua de Buda, y Baba nos dijo que nos inclináramos ante ella. Se trata de una bella y enorme estatua de Buda; todas nos inclinamos por turno y luego nos retiramos. Baba se quedó frente a la estatua durante unos segundos antes de retirarse.

La casa que habitábamos en Sarnath tenía un jardín amplio y exuberante, con árboles frutales. Un día, Goher se puso a conversar con el anciano *mali* (jardinero) y descubrió que había perdido a su esposa. A partir de entonces se había convertido en un sadhu, pero sin vestir la ropa de color ocre que es habitual. Baba dijo que él era un sadhu de verdad y no necesitaba usar ropa color ocre porque interiormente estaba desapegado de todo.

Cumplía con sus deberes como jardinero, pero el nombre de Rama estaba todo el tiempo en sus labios. ¡Por la mañana se bañaba cerca del pozo aunque hiciera muchísimo frío! Hacía tanto frío que todas usábamos ropa de abrigo, y nos sentábamos al sol todas las veces que podíamos. No estábamos acostumbradas a semejante frío. Pero lo único que este mali tenía puesto era algo que le cubría la cintura y una tela de algodón sobre los hom-

bros. Iba hasta el pozo, bajaba su balde y sacaba agua. Después se echaba agua fría y se frotaba, repitiendo el mismo procedimiento una y otra vez. No sé cómo hacía eso: el solo hecho de mirarlo hacía que sintiéramos más frío. Luego entraba en su casa y cocinaba su comida, que era arroz, su único sustento.

Baba le dijo a Goher que averiguara si el jardinero necesitaba algo. La respuesta del hombre fue que tenía todo lo que necesitaba. Baba envió otra vez a Goher y le insistió: “¿Necesita ropa o algo?”. Le contestó: “Thakurji me da ropa”. “Pero entonces usted debe necesitar leña o algo”, inquirió Goher. Y el jardinero replicó: “¡Oh no, Thakurji me da incluso eso!”. Esto hizo pensar a Goher que el dueño de la vivienda era Thakurji, tan generoso y benévolo que daba todo lo que necesitaba a este anciano mali. Y creyó que todo lo que éste tenía se lo había dado el dueño de la casa.

Mientras conversábamos me pregunté qué era lo que el anciano cuidador poseía realmente. Nada, salvo su mero sustento para vivir. Y entonces, cuando Goher volvió a mencionar el nombre de Thakurji, de repente me di cuenta de algo: “Thakurji es uno de los muchos nombres que le dan al Señor Krishna. A Krishna suele conocerse en el norte de la India como Thakurji, y eso se ajustaba en este sencillo modo de vida del mali. Dios, Krishna, le daba todo: no le faltaba nada”.

Entonces Baba dijo: “Ahora debes ir a decirle que un amigo quiere darle algo, y pregúntale qué es lo que más necesita”. Ahora bien, sucedió que por la noche, cuando nosotras temblábamos bajo frazadas de lana, este mali, en lugar de dormir dentro de su abrigada habitación, dormía afuera, en el jardín, a pesar de los rigores del frío. No lo podíamos creer. Dormía sobre un desvencijado catre común, hecho a mano, con paja encima, sólo tenía puesto un dhoti, y se cubría con una sábana de algodón. Siempre estaba levantado a las cuatro en punto, y cantaba:

“Ram, Ram, Sita, Ram”. Al oírlo, Baba decía: “¿Lo oyen? Es un sadhu de verdad. Ama verdaderamente a Dios”.

Al día siguiente, Baba le dijo a Goher que lo fuera a ver y le dijera: “Nuestro amigo quiere darte algo. Pide algo; debes pedir algo”. Pero el mali le contestó: “¿Qué debería yo pedir?”.

Meheru: Baba le dijo a Goher que volviera a preguntárselo una vez más: “Seguramente hay algo que él necesita”.

Mehera: Goher volvió a verlo y lo instó a que le diera una respuesta.

Meheru: Siguió repitiéndole la pregunta para tratar de persuadirlo.

Mehera: Le decía: “¿Qué quieres? Pide algo”. El hombre lo pensó y repensó, y después ¿qué crees que dijo? Dijo: “Quiero una caja de fósforos”. Fue muy divertido cuando Goher se lo contó a Baba. El mali tendría lo que pedía. De modo que Baba dijo: “Muy bien, debemos llamarlo. Quiero darle una frazada”. Goher llamó al mali. Goher, Mani, Meheru y yo estábamos todas en la galería. Goher sostenía la frazada plegada. Cuando el mali apareció ante nosotros, Baba le dijo que quería darle un regalo, pero le preguntó: “¿Por qué solamente una caja de fósforos? Debes pedir algo más”. El mali le dijo: “Pero sahib, no necesito nada más. Thakurji me da todo”. Amaba tanto a Krishna –Dios– que Baba mismo estaba de pie, frente al mali, dándole su darshan. Entre todas las casas de Sarnath, Baba vino a vivir a esta casa.

Entonces Baba le dijo: “Quiero darte prasad, un regalo mío. Toma esta frazada”. Baba le dio también la caja de fósforos, pero primero le dio la linda, gruesa y abrigada frazada. El mali estaba contentísimo porque Baba se la había dado espontáneamente, y le dijo: “¡Oh, éste es un regalo de Bhagwan!, lo cual significa: “Dios me dio este regalo”.

Meheru: Él no miró lo que estaba recibiendo. Se quedó mirando a Baba.

Mehera: Lo que él quiso decir fue que Dios le había brindado su gracia, pero sin saber que Baba era Dios Mismo, de pie frente a él. Fue hermosísimo. Después se inclinó respetuosa y amorosamente ante Baba, y se retiró muy feliz. Al final, el mali había recibido prasad de Baba y Baba quería dárselo. Se trataba de un hombre carente de bienes materiales, pero que lo tenía todo porque estaba plenamente contento y su amor estaba destinado a Dios.

Meheru: Los preparativos para nuestra travesía a pie estaban en marcha mientras aún estábamos viviendo en Benarés. Se hicieron arreglos para conseguir varios animales y carretas. En Ahmednagar habían fabricado el carronato para las mujeres, y Padri se encargaría de traerlo en tren a Benarés junto con dos bueyes desde Meherabad. Uno de los bueyes era Raja, un toro inglés al que Baba amamantaba con una botella cuando era un ternerito. Los otros animales fueron adquiridos en la zona de Benarés. El doctor Nath fue muy útil en todo sentido, aunque no había visto a Baba y existía la orden estricta de no decir a nadie quién era Baba. Cuando llegó la hora de elegir un caballo, Baba dijo que había que optar entre dos animales, y como Mehera era entendida en caballos, sería la mejor jueza.

Mehera: Un día, el caballerizo trajo un caballo, de mediana alzada, manso; un lindo caballo. Todas lo miramos. Estaba en el sector de las mujeres; los hombres ocupaban otra casa. Le di unas palmadas en el cuello y los flancos, después le alcé una pata delantera y, como estaba tranquilo y me lo permitía, también hice lo mismo con su pata trasera. Lo palmeé en el lomo, y dije: “Baba, es un caballo muy lindo y manso”. Baba me dijo: “Muy bien, veremos, pero mañana habrá que examinar otro, y entonces podrás optar por uno de los dos”.

El otro caballo llegó al día siguiente; era un bello animal, de pelaje totalmente blanco como la nieve, no de un blanco cremoso. Era alto y de orejas alertas, y me di cuenta de que no parecía manso. Eso sí, estaba tranquilo porque su dueño lo tenía sujeto. Nuevamente procedí a examinarlo. Dejé que le alzara la pata, pero, por algo que noté en sus orejas y por su modo de mover el cuello, supe que era más bien brioso.

Dije: “Este caballo es de muy lindo aspecto, Baba. Él nos permite tocarlo, de modo que está acostumbrado a estar con gente, y no es tímido”. Entonces se lo llevaron, y nosotros entramos para conversar sobre esto con Baba. Le dije a Baba: “Creo que el primer caballo es mejor. Es de menor alzada, por lo que se lo puede controlar si alguna vez se desmanda. Pero el segundo caballo es de gran alzada, y los mandali no saben de caballos, y es muy problemático si un caballo es brioso. Por este motivo me gusta el primer caballo. Pero te corresponde a ti decidir sobre el que te guste”. Baba me dijo: “No, a todos les gusta el segundo caballo, que es blanco como la nieve y hermoso”.

Don: Un caballo espectacular.

Mehera: Sí. Le dije: “Sí, Baba, también me gustó, pero es un poco brioso, eso es todo”. Baba me contestó: “El doctor Donkin puede controlarlo. Aparentemente es muy manso. Deja que lo toques y palmees, por lo que no dará problemas”. Le dije: “Muy bien, Baba”. Y Baba replicó: “Ese caballo también les gusta a los hombres mandali”. De modo que elegimos el segundo caballo, y Donkin se encargó de él y lo hizo magníficamente. ¿Te cuento los detalles?

Don: Sí, por favor.

Mehera: Dos o tres días después, cuando nos trajeron el caballo, lo llevamos a los establos y lo atamos a un árbol. Entonces Baba me dijo que debía atender todo lo que el animal necesita-

ra, porque yo sabía cómo encargarme de él. Yo le daba su forraje. Unos días más y proseguiríamos nuestros viajes; entretanto cuidábamos al caballo. Había un peón jardinero que limpiaba el establo, pero yo tenía que encargarme del pienso, el pasto, el agua de beber, y demás.

Una vez que atamos el caballo, Baba nos dijo cómo debíamos alimentarlo, cuánto grano había que darle mezclándolo con avena y salvado, y cómo después debíamos ponerlo dentro de una bolsa que colgaría de su cabeza. El animal estaba muy contento cuando comía. Mani y yo estábamos en el jardín observándolo, y se suponía que, cuando terminara de comer, yo le quitaría la bolsa. Al final me acerqué a él, le saqué la bolsa de la cabeza y, muy amablemente, me dejó hacerlo.

Entonces dije: “Ya anochece y lo guardaré temprano en el establo”. Mani estuvo de acuerdo. Ella no sabía mucho de cómo tratarlo, de modo que me dejó hacer. Desaté la soga e introduje al caballo en el establo. Muy mansamente me dejó llevarlo dentro. Luego lo dejé atado en el interior del establo. En la pared había un gancho que yo usaba para atarlo, por la noche, con una cuerda bastante larga para que pudiera echarse. El caballo estaba parado y yo, sentada, aunque era muy riesgoso. Ni siquiera entonces el caballo me hizo nada. Un caballo nuevo podría reaccionar al ver a un extraño, pero él no reaccionó.

Dije: “¡Qué bien, es un caballo lindo y manso!”. Al rato me incorporé y le dije a Mani: “Ahora necesito, para este caballo, el heno que está afuera y mucho pasto verde para la noche”. Mani me alcanzó eso desde afuera, lo recibí y lo puse delante del caballo. Tan pronto lo puse allí, el caballo se acercó rápidamente y empezó a comerlo. La segunda vez que Mani me alcanzó una carga de pasto y, cuando me estaba acercando al caballo, éste echó las orejas hacia atrás y empezó a actuar de manera nada

amistosa, por lo que le arrojé rápidamente el pasto. Reculaba de la manera con que lo hacen los caballos cuando no son amistosos, giran el cuello y echan las orejas hacia atrás. Dije: “Ya tiene el grano y la avena de la bolsa, también el pasto, y ahora me dice que ya tiene todo lo que necesita”.

Meheru: Ahora estaba satisfecho, y no había motivo para que fuera amigable.

Mehera: Dije: “Ésta no es buena señal. ¿Qué haremos?”. Los mandali lo habían preferido y Baba les había dicho que sí, y ahora no podíamos cambiarlo por el animal de menor alzada que pudiéramos controlar. Éste era un caballo alto, y yo no podía controlarlo porque no tenía la fuerza de un hombre. De modo que dejé las cosas como estaban.

Más tarde vino Baba y me preguntó: “¿Cómo está todo? ¿Está todo bien?”, y se acercó al establo. Le dije: “Sí, Baba, al principio se comportó muy bien, pero ahora no es amigable”. Baba me dijo: “¿No? ¿Qué pasa? Cuando lo trajeron ante los mandali se portaba muy bien, y yo lo palmeé”. Baba empezó a acercarse al caballo, pero antes de poder aproximarse demasiado, me paré rápidamente delante de Baba para que el caballo no lo lastimara si se ponía brioso. El animal echó las orejas hacia atrás y empezó a piafar y corcovar como si fuera a dar coces.

“Oh, Baba”, dije, “es mejor que nos vayamos rápidamente, se está dando vuelta” Baba empezó a moverse y salimos rápidamente del establo. Baba me dijo: “¿Por qué está así ahora?”. Repliqué: “No lo sé, Baba; al principio era muy manso, pero ahora está actuando así”. Baba me dijo: “No te preocupes, con los mandali andará como es debido. Los hombres lo van a controlar”. Le dije: “Sentí que era un caballo mañoso por la manera en que movía sus orejas. El caballo de poca alzada habría sido mejor para controlarlo”. Baba me contestó: “No te preocu-

pes, todos son así. Deja las cosas como están”. De modo que nos quedamos con el caballo y Donkin se encargó de él muy bien. Sin embargo, después, cuando llegamos a Dehra Dun, al final el caballo fue vendido.

Era un caballo muy brioso y durante nuestro viaje a pie no se le asignó trabajo alguno. No tenía que acarrear peso ni tirar de la tonga: no hacía nada. Iba sin montura, lo único que tenía era una brida, y Donkin lo llevaba tirando de ella. Así fue como el caballo se acostumbró a no trabajar. Cuando llegamos a Moradabad, se decidió que debía ser de alguna utilidad y lo engancharíamos a una tonga. Trajeron la tonga y lo engancharon a ella, pero no se movía.

Meheru: Se resistía y trataba de liberarse dando coces.

Mehera: Entonces contrataron a alguien que podría entrenarlo, y hubo que entrenarlo para una tonga como si fuera un caballo nuevo porque por el momento no estaba acostumbrado a trabajar. Todo esto lo irritaba como si dijera: “¿Por qué debo tirar de una tonga?”. El entrenador consiguió con gran dificultad que tirara de ella. Baba dijo: “Ahora todo marchará bien, y Kakaji podrá viajar delante de nosotros y llegar antes a nuestro destino”.

Don: ¿Kaka Baria había sufrido un ataque cardíaco, no es cierto, y ustedes querían llevarlo en esa tonga? ¿Era eso lo que se proponían hacer?

Mehera: No, en ese entonces no, aunque él no se estaba sintiendo bien. Baba dijo que Kaka Baria debía ir adelante en la tonga para preparar la comida porque era él quien debía cocinar.

Don: Ya veo, pero ¿qué pasó con el doctor Ghani que no había estado bien de salud?

Mehera: Estaba en otra tonga.

Meheru: Cuando salimos de Sarnath teníamos una carreta tirada por un camello, dos burros, el carromato tirado por dos

bueyes, y el caballo blanco. El camello y la carreta fueron vendidos en Jaunpur y, en cambio, en Moradabad adquirimos dos tongas, una yegua para una de las tongas y un buey para una carreta. El doctor Ghani dijo que no podía caminar, por lo que se le asignó el trabajo de conseguir bhiksha, pues su modo de hablar era muy persuasivo.

Don: Era un buen mendigo.

Meheru: Iba en una de las tongas, junto con Adi, que la conducía, mientras que Kakaji y Baidul iban en otra. ¡Representó realmente su papel, pero fue tan persuasivo que la gente quiso sumarse al grupo e ir también a Haridwar! Entonces tuvo que persuadirlos para que no los acompañaran, pues Baba no quería eso. Sin embargo, ciertamente, el doctor Ghani tenía éxito consiguiendo bhiksha en aquella época.

Una vez que el doctor Ghani consiguió tanta cantidad de bhiksha, Baba le dijo: “Hoy mismo habrá un buen cambio con respecto a ese arroz duro y seco que han estado cocinando todos los días”. El arroz habitual era tan arenoso que a cada momento tenías un grano de arena en la boca. Cuando Mehera se lo estaba sirviendo a Baba, lo revisaba para quitarle la arena antes de dárselo.

Ese día, el doctor Ghani había conseguido, además de otras cosas, harina para chapatis, pero cuando llegó la hora de comer corrimos la misma suerte. Nos enteramos de que los monos nos habían robado la bhiksha. Había estado colgada de los árboles, fuera del alcance de los perros, pero los monos la alcanzaron, los mandali habían tratado de ahuyentarlos sin enojarse ni alterarse con ellos. ¡De modo que los monos se habían llevado todo!

Mehera: Baba se levantaba siempre muy temprano. Golpeaba la puerta del carronato a las cuatro en punto, y todas teníamos que levantarnos y dejar de prisa nuestras frazadas cómodas y

abrigadas. El frío era intenso cuando salíamos para estar bajo el cielo y las estrellas, sin un techo sobre nuestras cabezas.

Don: ¿Eso era en Sarnath?

Mehera: No, ya habíamos emprendido la marcha desde Sarnath. Muy poco era lo que habíamos desayunado: sólo un trozo de pan que había quedado, sin manteca ni té. Meheru y yo tuvimos que enrollar la cucheta de Baba. Baba durmió dentro de una carpa que era muy pequeña y sólo para una o dos personas. Había pertenecido a Norina y Elizabeth, quienes la habían dejado en Meherabad. La carpa no estaba bien aislada, y por eso hacía tanto frío dentro como fuera de ella. Baba había querido usarla solamente para estar a solas.

Por la mañana hacía tanto frío que nuestros dedos eran azules. Los sentíamos agarrotados y entumecidos por el frío. De alguna manera atábamos rápidamente la colchoneta de Baba, mientras los mandali enrollaban la carpa. Eruch tenía que hacer esto. Después arreglábamos nuestros lechos y aseábamos todo rápidamente antes del desayuno. A esa hora todavía estaba oscuro y hacíamos todo esto iluminándonos con una lámpara a querosén. Entonces emprendíamos la marcha a las cinco y media de la mañana.

Esa mañana en especial caminamos y caminamos muchos kilómetros hasta que se hicieron las nueve de la mañana. Como no habíamos desayunado mucho y habíamos caminado tanto, teníamos mucho hambre. Baba estaba caminando con los mandali. Él encabezaba la marcha a cierta distancia, y nosotras estábamos detrás conversando entre nosotras. Baba se detuvo y le dijo algo a Eruch. Entonces Baba se volvió hacia nosotras, retrocedió y nos preguntó: “¿Tienen hambre?”. Nos alegró muchísimo que Baba preguntara eso porque esa mañana teníamos realmente muchísima hambre. Baba nos dijo: “Muy bien, vea-

mos”, y miró alrededor y vio a lo lejos unas cabañas, en el campo. Tenían alrededor lindos campos verdes y salía humo como si alguien estuviera cocinando. Baba llamó a Eruch y le dijo: “¿Ves aquella cabaña? Ve a pedir bhiksha allá”.

La mujer que estaba cocinando en aquella cabaña de barro y paja le dijo: “¡Oh, sí, tengo un bhakri (pan sin levadura) ya listo, y uno está en el fuego. Lo voy a preparar rápidamente. Quiero darte dos bhakris”. Este pan de mijo es grande, grueso y redondo. Eruch esperó dos o tres minutos, y en ese lapso ella preparó el pan y le puso dentro espinaca recién cocida.

Don: ¡Veo que de repente les empezó a gustar la espinaca!

Mehera: Creo que Baba hizo que nos gustara. Yo tenía tanta hambre que me gustó. Estaba recién cocida.

Meheru: Teníamos frío y hambre, por lo que recibimos con mucho agrado la espinaca y el pan. Estaba muy caliente. Baba tomó un trocito, y dijo que no debíamos comer el resto sino guardarlo en su escudilla de aluminio: “Eso es para los compañeros. Se lo daré a ellos como prasad”. ¡Cuánto agradecemos y apreciamos el haber comido eso! ¡Recuerdo aún, hasta el día de hoy, cuán delicioso era!

Don: Éstos pueden ser algunos de los recuerdos más intensos y perdurables.

Mehera: ¡Cuán afortunada fue esa mujer que, cocinando para su familia, había dado felizmente eso como bhiksha, y Baba lo había aceptado. Ella nunca sabrá cuán afortunada fue.

Meheru: El destino que teníamos fijado era ahora Dehra Dun. Una nueva fase de la Nueva Vida comenzó en Dehra Dun. Como dijo Mehera, se acercaba el tiempo del Kumbh Mela en Haridwar, y los sadhus de toda la India se dirigían todos hacia las ciudades de Haridwar y Rishikesh.

Mehera: Sabes que Kumbh Mela es una gran peregrinación.

No es una cosa común y corriente. Todos los sadhus de la India tienen que ir allá, algunos de ellos ricamente ataviados. Son miles los que acuden, algunos de ellos montando incluso elefantes. Es una reunión formidable. Hay muchas sectas diferentes, y también procesiones.

Don: ¿Se trata de una feria a la que concurren los sadhus?

Mehera: Se llama Mela. Mela significa reunión (asamblea).

Meheru: Piadosos hindúes de todas partes llegan integrando esta peregrinación. Lo hacen para sumergirse en el Ganges en una época auspiciosa del año.

Mehera: Es un lugar muy sagrado y todos ellos se bañan en el Ganges y rezan a Dios, lavando sus pecados. En ese entonces, Baba estaba viviendo con unos pocos mandali en Motichur, a unos seis kilómetros de Rishikesh. Todas las mañanas, muy temprano, caminaban hasta Rishikesh, y allí Baba tomaba contacto con los sadhus en los diferentes mutts. Y regresaban muy cansados al anochecer.

Don: ¿Baba quería estar ahí a tiempo para esa Mela?

Mehera: Sí, Baba tenía sus razones para estar ahí. Eran miles los sadhus –verdaderos ascetas de largas barbas y uñas– que habían meditado sobre Dios durante años y repetido Su Nombre, ayunando y sometiendo a grandes austeridades. Hay muchos tipos de sectas y sadhus. En una ocasión, Baba nos permitió que lo acompañáramos, pero sin mezclarnos con la muchedumbre.

Don: ¿Ustedes estaban lejos? ¿Dijiste que Baba no les permitía acercarse?

Meheru: Estábamos en la terraza del hotel. Era imposible mezclarse con la multitud, pues podrías perderte fácilmente.

Don: Me doy cuenta. ¿Baba bajó y se mezcló con ellos?

Mehera: Estábamos en la terraza, y el río estaba precisamente debajo de nosotras. A lo largo del río estaba el camino de tierra

que los sadhus recorrían. Baba nos dijo que no podíamos acercarnos y debíamos mirar desde la terraza porque esa multitud era enorme. Dijo que podría arrastrarnos y extraviarnos en ella.

Meheru: Vivimos la mayor parte del tiempo en Dehra Dun; allí Baba nos dijo a las mujeres que nos encargáramos de cocinar y que, en nuestro tiempo libre, cosiéramos o tejiéramos cosas que se pudieran vender para ayudar al presupuesto de la casa. Tratábamos de vivir lo más frugalmente posible y aprovechábamos todo al máximo. Para reemplazar la espinaca, utilizábamos hasta hojas de repollos y coliflores, y también las del kholkol y de las remolachas, que corrientemente se desechan.

Don: ¡Oh, las espinacas que Mehera llegó a querer tanto! La veo un poco apenada cuando digo esto.

Meheru: Ni siquiera el doctor Nilu –que había sido vegetariano toda su vida y conocía toda clase de espinacas– podía determinar qué era lo que Naja estaba cocinando. Naja había venido de Bombay en esa época. Vishnu acostumbraba hacer las compras en el mercado y, cuando el doctor Nilu le preguntaba, respondía: “No compré ninguna clase de espinaca”. Y tiempo después, Goher y Nilu tuvieron que ir a Dehra Dun; entonces Nilu le preguntó a Goher sobre esto y le dijo: “Sencillamente no sabemos qué clase de espinaca ha estado cocinando Naja. Vishnu no lo sabe. Él no las compró”. Fue entonces cuando Goher se lo explicó, y él se enteró. Nilu acostumbraba esperar expectante el regreso de Baba no solamente porque le gustaba estar en compañía de Baba, sino también porque era mejor lo que se servía cuando Baba estaba ahí.

Mehera: Sí, él esperaba a Baba y se la pasaba preguntando: “¿Cuándo vendrá Baba? Entonces Naja nos dará bien de comer y tendremos comida como es debido”. Naja nos servía mucha salsa y muy pocos trozos de papas, y por eso él esperaba que

Baba viniera. “Cuando Baba venga, tendremos mejores comidas”, decía continuamente.

Meheru: Hablando de comida... Una vez, Goher estaba indicando dónde debían ubicar el carromato, porque había que situarlo cerca del sector de las mujeres. Ella estaba impartiendo las directivas de pie bajo un árbol de papaya y, debido a que el carromato era muy alto, sacudió las ramas del árbol y una lluvia de papayas verdes cayó sobre la cabeza de ella. Nosotras no sabíamos qué estaba sucediendo cuando, de repente, Goher dio un alarido, casi de inmediato salió corriendo hacia la cocina y, contenta con su carga de papayas, decía: “Naja, Naja, esto es algo que se puede cocinar”.

Don: Fue un regalo del cielo. ¿También cocinaban papaya?

Mehera: Sí, es un fruto muy bueno.

Meheru: La papaya verde.

Don: Supongo que entonces tiene muchísima fécula. ¿Es como la papa?

Meheru: No, tiene un gusto diferente. Naja la cocinó muy bien.

Mehera: Algunas papayas estaban semimaduras y son muy buenas para cocinarlas.

Meheru: De modo que, también ese día, el doctor Nilu se estaba preguntando qué verdura recibirían.

Don: Una sola cosa acerca de Naja. ¿Cuánto tiempo vivió después con ustedes?

Meheru: Cuando llegamos a Dehra Dun, poco antes del cumpleaños de Baba, el 25 de febrero, el doctor Donkin fue enviado a Bombay para que la recogiera. Cuando viajamos de Dehra Dun a Satara, ella estaba aún con nosotros. Luego fue enviada de regreso por corto tiempo, y Kitty y Rano vinieron a vivir con nosotras más o menos un mes, cuando estábamos en Mahabaleshwar.

Don: ¿De modo que la gente se iba alternando durante la Nueva Vida?

Meheru: Creo que se alternaron una sola vez pero, después de eso, Naja estuvo con nosotras hasta el final de la Nueva Vida. Ella no estuvo en la Nueva Vida durante la primera fase, cuando nos trasladábamos a pie.

Don: Me doy cuenta, pero cuando ustedes se quedaban en un lugar, ella estaba con ustedes.

Meheru: Hasta que regresamos a Meherazad. De Satara fuimos a Mahabaleshwar, luego a Hyderabad y, a continuación, a Meherazad.

Mehera: Hacía muchísimo frío en Dehra Dun mientras estábamos ahí. Baba se levantaba a las cuatro de la mañana y nos golpeaba la puerta. Acostumbraba dormir en el piso de arriba y, cuando venía, todas teníamos que salir de la habitación y lavarnos rápidamente con agua fría. No había cuartos de baño instalados y nos teníamos que lavar en la galería; teníamos mucho frío, y Meheru se apresuraba a encender fuego para el agua caliente de Baba. Baba entraba después de lavarse y desayunaba con nosotras. El té lo traían del sector de los hombres mandali. Baba iba a ver a los mandali después del desayuno, mientras nosotras nos íbamos a cocinar.

Teníamos una cocina muy grande pero que estaba más bien lejos de nuestra habitación. Acostumbrábamos ir allá con paraguas porque creo que era el mes de enero, y las montañas que teníamos alrededor estaban nevadas. Cuando nevaba en el Himalaya y en las colinas circundantes, llovía en Dehra Dun. Mani no sabía cocinar, por lo que yo acostumbraba supervisar y mostrarle cómo se preparaba el curry con todas las especias. Por supuesto, yo molía la especia en el mortero lo más finamente posible para prepararle a Baba un buen curry.

Cuando lo que cocinábamos estaba a medio hacer, Baba venía a las ocho en punto y preguntaba: “¿La comida está lista?”. Le decíamos: “Oh, no, Baba, todavía falta una hora. El arroz no está listo aún”. Baba decía: “Muy bien. Volveré más tarde”. Pero más o menos media hora después, Baba volvía a entrar en la cocina. Una mañana hacía muchísimo frío afuera, y Baba entró en la cocina con un trozo de hielo en la mano. Le dije: “¡Oh, Baba, trajiste hielo! Teníamos frío y estábamos congeladas y, al mirar el hielo, tenemos más frío todavía”. Baba dijo: “Por eso puedes ver el frío que está haciendo: es glacial. Olvidaron afuera un balde de agua, y este hielo se formó en su superficie. Eso muestra el frío que hace”.

A partir de entonces tuvimos la idea de que el frío era glacial. Por ese motivo no podíamos hacer que nuestros pies y manos entraran en calor, y siempre que estábamos cocinando queríamos estar cerca del fuego. Mani decía: “No, yo cocino. Se supone que estaré cerca del fuego”, y se calentaba los dedos de los pies cerca del fuego.

Don: Era por eso que ella quería ser la cocinera.

Mehera: Sí, exactamente.

Meheru: Y a Mehera le tocaba hacer lo más difícil, lo cual consistía en moler la masala (las especias). El coco y los ingredientes, en fin, todo estaba tan frío que molerlo resultaba más difícil de lo habitual. Mehera lavaba el mortero con agua caliente, y todo volvía a enfriarse en el momento en el que le ponía los ingredientes.

Mehera: Estaba congelado. Hasta el coco estaba tan congelado que se pegaba al mortero cuando lo molía. Era muy difícil preparar el curry para Baba, pero hacía tanto frío, y Baba y nosotras teníamos tanta hambre, que todo era delicioso.

Don: ¿El frío llegó a afectar la salud de Baba?

Mehera: No, para nada.

Don: ¿Su salud fue siempre buena?

Mehera: No. Él contrajo una grave infección después, cuando fuimos a Motichur y él trabajó tomando contacto con los sadhus. Motichur queda a unos kilómetros de donde estábamos; no era Dehra Dun propiamente dicho sino que estaba a unos ocho kilómetros de Dehra Dun. Todas las mañanas, Baba se levantaba y aprestaba para tomar contacto con los sadhus en Motichur, y tal vez por este trabajo contrajo una infección y se le congestionaron los ojos. Era grande el malestar de Baba en ese entonces.

Meheru: Era conjuntivitis.

Mehera: Fue muy grave. Baba tenía los ojos muy enrojecidos. Goher lo llevó para que un médico lo viera, pero éste le recetó cierto medicamento que empeoró los ojos de Baba.

Meheru: Un medicamento con penicilina. Eso le produjo una reacción muy mala, y sus ojos se pusieron peor que antes. Realmente... al sólo ver el estado de sus ojos en aquella época, no podías mirarlo sin echarte a llorar.

Don: Quizás era alérgico a la penicilina.

Meheru: Bueno, era alérgico a ese ungüento.

Mehera: Sus ojos mejoraron con gran dificultad. Eso fue en Dehra Dun. Después, dos días antes de irnos de Dehra Dun, Mani sufrió una gravísima intoxicación alimenticia. Estaba tan mal que casi muere. Goher y todas nosotras pasamos la noche en vela. Goher le aplicó inyecciones, y con mucha atención y grandes cuidados conseguimos que Mani se restableciera. Después, la señora Nalavala nos habló de una medicina india muy eficaz –un remedio casero– con el que Mani se sanó del todo. Por supuesto, Mani debió curarse por gracia de Baba.

Debíamos habernos ido antes, pero tuvimos que retrasarnos

un día o dos hasta que Mani se sintiera bastante fuerte. Ella estaba muy bien cuando fuimos a Satara. Allí vivimos un tiempo, y vinieron Rano y Kitty.

Meheru: Ellas regresaron de Mahabaleshwar a Bombay, concluyeron su licencia y luego renunciaron por completo a sus empleos y volvieron a vivir con nosotras en Hyderabad. Baba no estaba con nosotras cuando efectuamos nuestro último viaje desde Hyderabad a Meherazad.

Mehera: Sí. Él nos dijo que todas las mujeres iríamos juntas en auto con Adi, quien nos traería a Meherazad. Baba se recluía durante un tiempo fuera de Hyderabad. Había encontrado un lugar muy lindo y adecuado para la labor que quería efectuar estando recluido. Se hallaba sobre una colina; había sido el sitio de descanso de un santo, y tenía habitaciones. A Baba le gustó el clima que allí reinaba, y se quedó allí. Después de eso, Baba emprendió su caminata de Hyderabad a Meherazad.

Don: Esa vez le acompañaban solamente unos pocos mandali; eran tres o cuatro.

Mehera: Sí, pero no sabemos cuántos.

Don: Eruch contó esa parte sobre lo que ocurrió con Baba. ¿Pero qué sucedió en esa época con las mujeres? ¿Ustedes vinieron directamente?

Mehera: Sí, directamente, en los dos autos; Adi manejaba uno, y Vaman el otro; nos detuvimos una noche en Sholapur, y llegamos hasta aquí al día siguiente. Después de estar recluido fuera de Hyderabad, Baba y los mandali que lo acompañaban llegaron a pie a Imampur, a unos pocos kilómetros de aquí, y allá Baba permaneció en una mezquita. ¿Te enteraste de eso? Fue la última parada antes de que Baba viniera a Seclusion Hill.

Don: Sí, Eruch nos contó lo de esa mezquita.

Mehera: Después de eso, cuando Baba se encaminaba hacia

aquí, mandó decir que Mehera y Mani debían ir a verlo al pie de la colina. Mani y yo estábamos muy contentas y ansiosas, y las dos fuimos y nos quedamos al pie de la colina de Baba. Vimos que se acercaba. Baba lucía muy hermoso con su túnica blanca y el turbante verde. Llevaba algo en una mano, creo que era el jholi, la bolsa de bhiksha que era una bolsa de algodón. Está en el museo y tiene esta inscripción: “premsay bhiksha di-jye” (“Da bhiksha con amor”).

Baba vino hacia nosotras, nos saludó y me abrazó. Le preguntó a Mani cómo estaba, cómo estaban todas, si el viaje había sido fácil y cómodo, y demás. Luego Baba nos dijo lo que debíamos enviar a lo alto de la colina: agua caliente por la mañana, té suave sin leche, etcétera. Baba nos dio instrucciones sobre todo lo que él quería, y luego se despidió de nosotras y empezó a subir por la colina. Lo observamos un momento, entonces se volvió hacia nosotras y alzó una mano como si nos dijera: “Muy bien, ahora deben regresar a casa”. De modo que Mani y yo nos marchamos.

Posteriormente, los mandali siguieron a Baba. No estaban a la vista cuando estuvimos conversando con Baba. Baba estaba totalmente solo, subiendo la colina. Fue bellissimo, parecía Jesús. Baba era bellissimo. Tenía la cabellera suelta sobre los hombros, y una túnica blanca. Su aspecto era muy hermoso.

Meheru: La labor que Baba se proponía efectuar aislado en Seclusion Hill no pudo completarla debido a unos vientos terribles que interfirieron con sus planes. Por eso hubo que desmantelar las dos cabañas de amianto. Baba se quedó viviendo en el sector de los hombres durante unos pocos días, mientras trasladaban las cabañas, y después continuó su labor, estando recluido, durante el período del Manonash. Fue solamente después de esto que Baba salió de su reclusión y lo vimos.

Don: Mehera, ¿qué es lo que piensas personalmente sobre las penurias, las dificultades y el frío durante la Nueva Vida?

Mehera: Fue un poco incómodo, pero estábamos muy felices en la Nueva Vida porque Baba estaba con nosotros, y eso era lo más importante. Eso era precisamente lo que nosotras queríamos. No nos preocupaba experimentar todas esas dificultades porque Baba estaba todo el tiempo con todas nosotras. Tú sabes que hubo varias dificultades, pequeñas incomodidades, esto y aquello, pero lo disfrutábamos. No sentíamos las dificultades. Las había, pero no nos afectaban. Nos sentíamos felices experimentando eso por Baba, estando con Baba, caminando con Baba.

Ahora te contaré lo que sucedió a continuación. Después de permanecer un tiempo en Meherazad, partimos hacia Mahabaleshwar. Todo fue una continuación de la Nueva Vida. En esa ocasión, Baba se quedó sólo unos pocos días con nosotras. Su dormitorio estaba en el piso de arriba. Era una linda casa. Estaba con los mandali la mayor parte del tiempo, pero venía a comer con nosotras y a distenderse un poco. Mani leía, y luego Baba volvía nuevamente a estar con los mandali. Pero pocos días después, Baba se recluyó otra vez para realizar su labor universal.

Él vivía en una vivienda aparte, a poca distancia de la nuestra. Daba hacia el valle y su bella arboleda. Era una casa muy linda y silenciosa, de una o dos habitaciones. Él no quería recluirse en la sala más amplia porque no se aislaría apropiadamente. Dentro de la otra habitación, Baba había hecho construir un panel de paja, el cual tenía una puertita, porque en ese ambiente había grandes ventanales. Cuando Baba terminaba su labor se dirigía a la habitación grande.

Cuando salía, él llamaba a Mani y a mí para que todos los días fuéramos a verlo. Eso sucedió durante un tiempo –no re-

cuerdo cuántos días— hasta que Baba concluyó su reclusión. Cuando permanecía recluido, encerrado en la habitación mientras realizaba su intensa labor universal y su ayuno, lo cual afectaba su salud, el cuerpo de Baba sufría como cualquier ser humano. Hemos visto muchas veces que Baba sufría físicamente a causa de su labor. Goher, el doctor Donkin y Nilu lo atendían y trataban allí.

Cuando Baba estuvo mejor y terminó su período de reclusión, fuimos a Poona y vivimos ahí corto tiempo. La primera vivienda a la que fuimos fue totalmente inadecuada. Era una casa enorme, llena de recovecos y sin muebles; se hallaba en Wanori y, para colmo, cerca de una curtiembre. A Baba no le gustó para nada y salió de inmediato con los hombres a buscar otra casa. Fue la primera vez que Baba llegó a Guruprasad, y el lugar le gustó inmediatamente. Fue posible vivir allí con permiso de Chimnabai, la viuda Maharani de Baroda. Baba regresó a Wanori, almorzó y enseguida salimos con él hacia Guruprasad. Nos sentimos felices de marcharnos de la casa en la que estábamos.

Don: El hedor de la curtiembre debía de ser intenso.

Mehera: Sí, era tan espantoso que no sé cómo habríamos vivido ahí. Estábamos del otro lado de Poona respecto de Guruprasad. Atravesamos la ciudad de Poona, y al dirigirnos hacia el Bundgarden, dijimos: “Nos acercamos a una linda localidad. La casa debe ser muy linda”. No sabíamos lo linda que era. Entonces nuestro auto dobló y se detuvo ante una entrada de dos enormes portones de hierro, totalmente pintados; todo se veía bonito. Al echar una mirada, quedamos muy sorprendidas: “¿Qué clase de lugar es éste?”. Había un espacioso jardín, aunque sin muchas flores, y una larga entrada hasta la casa, que nos pareció bellísima.

Cuando nuestro auto entró en el pórtico, descubrimos que el sitio era fresco y umbrío, con un porche grande y bello. No podíamos creer lo que veían nuestros ojos. Como Baba nos había dicho, era una verdadera sorpresa. Estábamos muy contentas y teníamos la sensación de haber llegado a un palacio. Al subir la escalera, vimos estatuas y otras cosas hermosas, y nos quedamos mirando alrededor de nosotras.

“¿Vamos a vivir aquí?”, preguntamos. Baba nos dijo: “Entren pronto, desempaquen e instálense”. Por supuesto, como de costumbre, Baba se ocupó de ir de un lado a otro. Nos dijo: “Mandé a preparar té. Lo tomarán, y entonces se sentirán renovadas y bien”.

Después de tomar el té, preparamos el lecho y la habitación de Baba para la noche. Pero esa noche, cuando descansábamos, algo estaba sucediendo afuera de la vivienda, muy cerca, y había un redoble de tambores. Eso sucedió del lado de la casa, en el que estábamos nosotras. El cuarto de Baba estaba frente al nuestro, en la parte trasera de la casa. Los tambores siguieron redoblando sin cesar hasta las doce de la noche, la una, las dos, en fin... hasta las cinco de la mañana. Nosotras no podíamos imaginar qué clase de música era ésa.

Por la mañana estábamos preocupadísimas porque creíamos que Baba no había podido dormir para nada. Cuando los mandali se habían ido, fuimos en puntas de pie a la habitación de Baba, pensando que había estado incómodo toda la noche y que no había dormido. Cuando lo vimos, le preguntamos: “Baba, ¿descansaste bien?”. Nos dijo: “Realmente, muy bien”. Entonces nos pusimos contentas y recordamos que su habitación estaba en la parte delantera de la casa, por lo que Baba no oyó directamente el ruido de los tambores.

Don: Aunque me asombra el hecho de que no lo oyera, porque él era muy sensible a los ruidos.

Mehera: Sí. Pero estábamos muy contentas porque Baba había descansado bien y todo estaba bien. Por supuesto, el ambiente era muy bello en Guruprasad.

Don: Sí, precioso. A ustedes les debió encantar.

Mehera: Sí, es una verdadera lástima que lo hayan demolido, pero la casa no era tan nueva como para durar mucho tiempo. Era muy bella, como si la hubieran construido para Baba. La sala de darshan y todas las cosas eran perfectas. El terreno que había en el fondo de la casa era bello y espacioso. ¿Estuviste allí en 1962?

Don: Sí, en 1962... era perfecto.

Mehera: Perfecto para el darshan, con una enorme tienda y todo lo demás, con espacio suficiente para el Encuentro de Oriente y Occidente. Estaba destinada precisamente a Baba. De modo que, una vez que Baba realizó su labor...

Don: La demolieron.

Mehera: Ya no tenía utilidad. Baba había realizado su labor. Ahora queremos construir una salita en el mismo predio.

Don: Eso sería bueno.

Mehera: Entonces digamos Jai Baba. Cariños a cada uno de ustedes, querida familia de Baba. Jai Baba. Jai Baba.

* * *

Don: Estamos en Meherasad, en octubre de 1972. Mani va a continuar narrando varias anécdotas sobre la Nueva Vida con Baba.

Mani: Don, no creo que haya mucho que decir acerca de la Nueva Vida...

Don: ¿No mucho? ¡Hasta aquí sólo hemos hablado de ella durante catorce horas!

Mani: En realidad, creo no hay nada que pueda decirse sobre la Nueva Vida. Sabes que no se puede hablar de la Nueva Vida: hay que vivirla. Sólo podemos hablar sobre las cosas externas –sobre las actividades que tuvieron lugar– sobre cosas que puedes anotar en un diario o en un cuaderno. Pero la Nueva Vida es ilimitada, es una cosa atemporal. Baba dijo: “La Nueva Vida seguirá teniendo vida propia aunque no exista nadie para vivirla”. De modo que la Nueva Vida vive eternamente. Esto es así porque Baba le dio vida, el Dios-Hombre mismo haciendo y allanando el camino, para todos en el futuro, más allá del tiempo.

Don: Trazando un “esquema”. ¿Ésa es tu interpretación de lo que Baba hizo en la Nueva Vida?

Mani: La palabra exacta es quizá una “huella”. Dios mismo “caminó” la Nueva Vida, y eso dio vida a la Nueva Vida. La Nueva Vida ya se vivió porque Baba la vivió en nombre de todos los que la seguirán. Cuando la Perfección realiza un acto dentro de la Ilusión, es perfecto. Jamás podremos igualar siquiera una pizca de lo que él puede hacer. Como Baba dijo una vez: “Si todos ustedes hubieran guardado silencio toda la vida, no igualarían una hora de mi silencio. Y si todos ustedes ayudaran toda la vida, no igualarían un día de mi ayuno”.

Don: Gracias por eso. No me gusta ayunar.

Mani: ¡A mí tampoco! Por cuanto Baba es universal, cuando hace una cosa, lo hace en nombre de todos. Cuando él acostumbraba recitar la Plegaria del Arrepentimiento participando en ella, estando de pie entre nosotros con las manos juntas mientras uno de nosotros leía la plegaria que él ordenaba, él se arrepentía, en nombre nuestro, de todo lo que nosotros habíamos hecho. Si nosotros nos hubiéramos arrepentido toda la vida, no podríamos haber compensado los errores cometidos. Pero, al participar de nuestro arrepentimiento con esa Plegaria

del Arrepentimiento, él hizo por nosotros lo que jamás podríamos haber hecho nosotros solos. Dios ofrendó la Plegaria del Arrepentimiento en nombre de sus criaturas. El Perfecto, al hacerlo en nombre de los imperfectos, hace que cada acto sea fructífero, vivo y real, con el sello de su Realidad.

Don: Mani, lo que te pregunto es: ¿qué impresiones tienes, o tal vez qué es lo que conoces, por tus conversaciones con Baba, acerca de lo que es la Nueva Vida? ¿Se trata de una vía emotiva? ¿O es un modo de andar al azar? ¿O se trata de una combinación de acción y sentimiento? ¿Cuáles son las características de la Nueva Vida?

Mani: Bueno, lo que yo expreso sólo puede ser producto de mi punto de vista personal, el cual, por supuesto, se limita a lo externo. Como dice el doctor Donkin en su libro *The Wayfarers*, sólo podemos ver la punta del témpano de lo que Baba está realizando. El resto queda oculto para nuestra visión, sumergido en el océano. Baba dijo: “Yo estoy trabajando en todos los planos al mismo tiempo”, nosotros sólo podemos ver la labor que él realiza en el plano físico. No obstante, podemos percibir lo invisible, tal como puedes percibir lo profundo del océano aunque estés parado en la playa, sin haberte zambullido en él. Sabemos que cuando Baba hizo, incluso su acción más casual, fue de utilidad para múltiples propósitos y dio múltiples frutos.

Uno de los propósitos de la Nueva Vida consistió en entrenarnos y disciplinarnos, individual y colectivamente, y a la vez, él se valió de nosotros de todos los modos que pudieran ser de utilidad para su trabajo. Pero eso no es todo. La Nueva Vida era para ti, para todos sus íntimos, para todos sus fervorosos devotos, y para todo el universo en diversos grados.

Es como cuando dejas caer un guijarro en un lago; tras el chapoteo, hay ondas concéntricas. Los círculos se suceden, de mayor tamaño y menor intensidad, hasta que finalmente abar-

can el lago. Esto es, fielmente, cuanto Baba hizo. Nos enteramos de esto por situaciones en las que habíamos creído que un plan o una acción tenían como destinatarios a una persona o situación en particular, pero, posteriormente, por alguna observación casual de Baba advertíamos con claridad que eso no era solamente por esta o por aquella persona, sino más bien por su labor de proporciones universales.

Por este motivo digo que, cuando hablamos sobre la Nueva Vida, sólo podemos brindar una imagen limitada de lo que observamos y describimos únicamente con palabras, como por ejemplo, “caminamos de aquí para allá” e “hicimos esto, y él dijo aquello”. Como te digo, creo que la Nueva Vida ya se vivió por el hecho de que el Dios-Hombre “la caminó”.

Don: Y nosotros, que somos el resto de la humanidad, experimentaremos, de manera gradual e inevitable, esa pauta que él fijó.

Mani: ¡Automáticamente! Ya vemos algunas señales de esto, muchos cambios, de viejas pautas y valores que habíamos pensado que fueron fijados para siempre. ¡Ahora vemos a los jóvenes que luchan para librarse de las viejas ataduras del materialismo, que están empezando a sentir sed de Dios, buscando algo más allá de lo que ellos ven! Esta oleada de jóvenes que despiertan nunca la habríamos soñado hace unos años.

Don: ¿Incluso hace diez años?

Mani: Incluso hace diez años. Por eso, Don, todo lo que ahora puedo hacer es añadir unos pocos fragmentos al relato sobre la Nueva Vida. Por supuesto, Eruch te dio un cuadro muy amplio, Mehera describió lo observado hasta donde es posible recordarlo desde el punto de vista de las mujeres. Sólo puedo recoger algunas notas interesantes de mi diario que ella tal vez no ha incluido.

Pero antes de continuar, debería decir que, mientras nos pre-

guntabas sobre la Nueva Vida y conversábamos sobre ella, no trajimos a colación un aspecto como era debido. Se refiere a los que no acompañaron a Baba en la Nueva Vida: los que vivieron realmente con Baba, pero debieron quedarse a vivir en lugares como Bombay, Poona o Meherabad, o los que fueron enviados a Occidente; y los que tuvieron que vivir lejos de él, pero a los que guió constantemente y lo visitaron todas las veces que fueron llamados o que les fue permitido hacerlo. Todos esos individuos, cálidos corazones que lo amaban, tuvieron el máximo desafío porque debieron afrontar una separación que juzgaban permanente. Baba les había dicho: “Ustedes deben creerlo cuando les digo que, cuando yo emprenda la Nueva Vida –me refiero a mí y a los compañeros que están conmigo– ustedes no tendrán más contacto ni comunicación con nosotros. Ustedes ni siquiera deberán intentar hacerlo. No regresaré, y ustedes no nos volverán a ver”.

Don: ¡Qué separación! Eruch dijo que todos estaban totalmente convencidos de que jamás volverían a ver a esas personas, y de que ellas jamás volverían a ver a Baba.

Mani: Fue un completo desarraigo. Pensamos que no volveríamos a ver a Meherazad. Ya habíamos regalado o vendido gran parte de nuestros artículos domésticos, o sea, muebles y utensilios y también nuestros efectos personales. Posteriormente, cuando al final regresamos, no pudimos dejar de pensar: “¡Ay, si solamente hubiéramos guardado la pava que Elizabeth nos trajo en mil novecientos y pico. Esa linda pava enlozada; ahora no se puede conseguir nada que se le parezca. Y aquel cuchillo para cortar el pan”, etcétera, etcétera. ¡Cosas de mujeres!

Don: Elizabeth era la que cargaba con todo. Lo que todo el mundo decía era: “Elizabeth trajo esto, Elizabeth nos dio esto”, etcétera.

Mani: ¡Sí, efectivamente! Pero Arnavaz y Nariman, cuya responsabilidad era ser las niñeras de Meherazad, guardaron lo que tenían a su cargo para que Baba hiciera con eso lo que gustara, siempre y cuando tuviera el “divino antojo” de regresar. Hicieron esto sin razonar sobre el asunto. Dentro de lo posible, ellas salieron a comprar las cosas que se habían regalado o vendido.

Aquello fue muy difícil para quienes vieron a Baba partir, creyendo que no lo volverían a ver jamás. Pero para nosotros, que viajamos con Baba, independientemente de lo que experimentamos en la Nueva Vida, teníamos a Baba con nosotros. Rememorando, podíamos tener todas esas dificultades un millón de veces y aún optar nuevamente por acompañar a Baba en la Nueva Vida. Pero no fue menor el papel que cumplieron en la Nueva Vida aquéllos que se quedaron pacientemente detrás.

Sé cuán consternados estaban muchos de los que estaban estrechamente ligados con él. Como consecuencia de ello, la salud de algunos se resintió muchísimo. Tomemos el caso de Kaku, la madre de Vishnu. Estaba en muy estrecho contacto con nosotras, especialmente con Mehera y conmigo. Ella vio partir a Baba, que era lo mejor, lo más grande, la totalidad de su vida, y además vio partir a Vishnu, a Mehera y a Mani. Estaba transida de dolor. Murió antes de que regresáramos. El impacto fue también grande para otros. Tuvieron la sensación de que eso era el final. Pero continuaron, y Baba arregló todo, como lo hace siempre.

Ahora bien, después de hablar demasiado, incluso antes de llegar a la Nueva Vida misma, repito que no tenemos mucho que contar acerca de la Nueva Vida porque ya se te ha contado muy bien todo eso. Pero aquí hay algunas notas de mi diario que pensé que podrían no haber sido incluidas en la narración de Eruch, Mehera y Meheru. El 16 de octubre de 1969, cuando comenzamos la Nueva Vida...

Don: ¿Estamos muy cerca de esa fecha, no es cierto?

Mani: Así es, hoy es 14. Mi diario dice: 16 de octubre de 1969. Cuando comenzamos nuestra Nueva Vida estábamos en medio de una lluvia torrencial, con truenos y relámpagos.

Don: El clima típico de Baba.

Mani: Es cierto.

Otra voz: ¿1969? Sigo oyendo 1969.

Mani: Sí, dije eso, perdón.

Don: ¡Oh, también lo escribiste!

Mani: Sí, lo corregiré. 16 de octubre de 1949. Cuando comenzamos nuestra Nueva Vida, en el momento en el que salíamos caminando había lluvia, truenos y relámpagos.

Don: ¿Estabas triste?

Mani: No, para nada. Como ocurría siempre con Baba, habíamos estado muy ocupados antes de partir.

Don: Sin tiempo para pensar.

Mani: Con Baba no hay tiempo para holgazanear ni rumiar las cosas. Uno sólo hace lo que tiene que hacer porque Baba lo dirige todo como una orquesta sinfónica, y cada uno se ocupa de su propio instrumento. Nosotros no podemos ver en su conjunto, pero cada uno de nosotros se ocupa de integrar ese conjunto en su totalidad.

Nos detuvimos realmente por primera vez en Belgaum, estableciéndonos allí durante un tiempo. Para nosotros fue una especie de tiempo de entrenamiento, el período previo de la Nueva Vida real, como Baba lo llamó. Mi diario dice que llegamos allá el 20 de octubre. El frío y la humedad eran intensos, y carecíamos totalmente de equipos para eso. En realidad, hacía tanto frío que Adi, como después me contaron, se levantaba a eso de las dos de la mañana, salía y corría sin parar alrededor del lugar para entrar en calor.

Fue allí donde Baba nos dio a cada una de nosotras una frazada denominada *kamli*. Se trata de una frazada tosca y pueblerina, tejida a mano y confeccionada con lana de cordero. Dicho sea de paso, fue con una frazada como ésa que hace mucho tiempo confeccionaron el saco de Baba: el “saco kamli” que él usó constantemente durante años.

Don: ¿Es aquel viejo saco remendado que ustedes tienen en la sala del museo de Meherabad?

Mani: Sí. Originalmente fue confeccionado con una frazada kamli, por Yaswantrao, uno de los devotos de Upasni Maharaj. Yaswantrao se lo regaló a Baba en la época en la que Baba dejó a Upasni Maharaj.

Pero, volvamos a la Nueva Vida: en Belgaum, Baba nos dio a cada una de nosotras una frazada kamli, que normalmente hubiéramos considerado terriblemente tosca, ¡pero hacía tanto frío y la recibimos con tanto gusto que no pudimos pensar en tener nada más lindo o agradable!

Don: Mani, ¿cómo dormía Baba durante la Nueva Vida? ¿Tenía una bolsa de dormir o cucheta, y frazada? ¿Cómo dormía?

Mani: Bueno, ten en cuenta que el carromato estaba ahí (precisamente para que las cuatro mujeres durmiéramos por la noche), y al lado del carromato armaban una carpa para Baba, que Eruch acostumbraba afirmar en el suelo todas las noches. En una ocasión, durante nuestros viajes por el Norte, llovió tan torrencialmente por la noche que el agua atravesó aquella pequeña carpa.

Eruch montaba guardia afuera, sentado debajo de un paraguas. Por supuesto, los hombres, que dormían al aire libre, estaban totalmente empapados. Ellos dormían siempre al raso, bajo los árboles, y Baba estaba sólo semiprotegido de esa forma.

Estando en Belgaum, nos dimos cuenta de que Baba estaba siendo realmente el compañero que él dijo que sería, en el sentido de que trabajaba junto con los demás compañeros. Mi diario dice: “Armaron carpas y Baba ayudó a sacar agua del pozo, y cargó con la verdura al sector de los hombres”. Recuerda que, cualquier cosa que sucediera y dondequiera que nos detuviéramos y viviéramos, en la Nueva Vida, y antes y después de ella, a las mujeres se nos ubicaba aparte y a cierta distancia de los hombres, y Baba iba y venía de un lado al otro. A la hora en la que Kaka Baria estaba cocinando en el sector de los hombres, Baba acarreaba la verdura desde el sector de las mujeres, en una canasta que sostenía sobre su cabeza. Baba no sólo acarreaba la verdura y ayudaba a los hombres a sacar agua del pozo, sino que también tomaba parte en todas las demás labores.

Las mujeres se encargaron de cocinar a partir del primero de noviembre, y Baba nos ayudaba en la cocina. Recuerdo que un día preparamos un guiso y le pusimos toda la verdura que teníamos, ¡entonces algo salió mal! ¡Fue un lío espantoso, no sabíamos cómo arreglarlo, y había que enviar a los hombres la comida que les correspondía! Escribí en mi diario: “Baba salva la situación indicando que pusiéramos toda clase de cosas. La comida resultó sumamente deliciosa. Fue del gusto de todos, y fue muy elogiada, incluso por los hombres”.

Don: ¡Excelente cocinero!

Mani: ¡Oh, sí! Él podía transformar la comida con un simple toque, y en eso consistía toda la diferencia.

Don: Pensándolo bien, él cocinó bastantes “guisos” en su vida.

Mani: En cuanto a los pasteles de papas, sencillamente eran exquisitos cuando era Baba quien los cocinaba. ¡Nunca habíamos comido nada parecido!

La siguiente nota de mi diario dice: “Todas las noches ento-

namos la canción de la Nueva Vida. Baba aclara que quiere que obedezcamos sus órdenes de inmediato”.

Don: ¿Quién compuso la canción de la Nueva Vida? ¿Fue Baba?

Mani: Baba dio el material y Ghani lo versificó. Finalmente Baba agregó algunas líneas, sacó unas y añadió otras más. Ocurrió lo mismo que con mi guiso. Fue su bello toque el que la convirtió en lo que es.

Posteriormente, en nuestros viajes, cuando estuvimos en Benarés, Baba nos dio una orden inesperada: “¡Fabriquen títeres!”. Yo había fabricado algunos títeres hacía mucho tiempo, cuando estábamos en Meherazad, y había preparado un espectáculo con títeres para Baba. Recuerdo que Norina dijo después de la función: “Mani, si alguna vez necesitas conseguir trabajo, y Baba te dice que salgas a conseguirlo, lo que deberías hacer es fabricar títeres”. Eso nos causó risa entonces, pero cuando estábamos en Benarés durante la Nueva Vida, en aquella casa palaciega de la que Eruch y Mehera te deben haber contado, Baba nos dijo: “Van a fabricar títeres porque, después de marcharnos de aquí y emprender camino, ustedes tienen que empezar a ganar dinero. Podrán hacerlo dando espectáculos de títeres. La gente podrá reunirse para verlos todas las veces que nos detengamos. Ellos los disfrutarán y les complacerá pagar una pequeña suma por la función. Eso también será una forma de bhiksha”.

Fue así cómo empezamos a fabricar títeres. Yo modelaba las caras y las manos (con papel y engrudo), mientras Mehera y las demás confeccionaban la vestimenta y las joyas.

Don: ¿Los manejaban con las manos o con hilos?

Mani: Con las manos. Un pequeño títere era el Señor Krishna; Mehera le fabricó las joyas y la corona, mientras que Meheru y Goher ayudaron cosiendo la vestimenta. Hicimos todo eso, e

íbamos a hacer mucho más cuando repentinamente Baba desechó la idea. Como tú sabes, Baba propone y Baba dispone.

Don: Dicen que se supone que Dios hace eso.

Otra voz: El hombre propone y Dios dispone.

Mani: Sí, pero en este caso es: Dios propone y Dios dispone. De todas formas, el primero de diciembre estuvimos en Sarnath, a pocos kilómetros de Benarés. Sé que Mehera te contó sobre nuestra permanencia allá. Sarnath es el lugar en el que Buda pronunció su primer sermón a sus discípulos.

Don: ¿Todavía hay muchas actividades budistas allá?

Mani: Hay un bello stupa. Baba nos llevó para que viéramos ese stupa, las ruinas, el monasterio, y un templo con muy hermosas pinturas en las que se representa la vida del Buda. Una mañana, Baba me pidió que escribiera en un trozo de papel todos los nombres conocidos de los Avatares: Zoroastro, Rama, Krishna, Buda, Jesús, Muhammad y Meher Baba, y guardó ese papel en su bolsillo. No sé qué sucedió después de eso, pero una vez que lo guardó en su bolsillo, caminó por los pasajes subterráneos de las ruinas, las mismas en las que posteriormente Baba se sentó con sus compañeros. Eruch te ha contado eso.

Mientras nos encontrábamos en Sarnath, estaban en marcha los preparativos para la caminata "*fakiri*" (pobreza), como Baba la llamaba. Los hombres tenían puestos kafnis blancos y turbantes verdes, que habían empezado a usar en Benarés, pero como las mujeres no teníamos nada de eso, Baba nos hizo confeccionar kafnis celestes de lana para nosotras, y nos consiguió retazos de tela gris, de algodón, para nuestros turbantes. Después, para mostrarnos cómo deberíamos atar el turbante, Baba ciñó mi cabeza con uno. Pero después desechó la idea, y en realidad las mujeres nunca usamos turbante ni kafni en nuestros viajes. En lugar de esto, decidió que deberíamos usar

saris el primer día en el que iniciáramos la caminata fakiri. De modo que conseguimos saris celestes de algodón y los usamos aquel primer día, el 12 de diciembre, cuando emprendimos la marcha a las siete y media de la mañana.

He aquí lo que dice mi diario: "Como siempre, a las corridas y de prisa. Los doctores Nath y Khare, y los demás, estaban parados a cierta distancia. Comenzó nuestra larga procesión: en primer lugar, el caballo blanco (conducido por el doctor Donkin), seguido por la carreta tirada por el camello (conducida por Baidul), el carro de bueyes (conducido por Vishnu) y a continuación, la vaca blanca, los dos terneros (uno de ellos muy chico, que el doctor Nilu solía llevar al hombro), el carromato tirado por los bueyes (conducido por Pendu), dos burros tercicos, y después, algunos compañeros que eran seguidos, a cierta distancia, por Baba y Eruch (todos ellos con kafnis blancos y turbantes verdes), y nuevamente, a cierta distancia, nosotras, las cuatro mujeres, vistiendo saris celestes de algodón (que usamos solamente ese primer día)".

Debimos haber formado un cuadro hermoso, y aparte de personas como los doctores Nath y Khare (que nos habían regalado todos esos animales) permitiéndoseles quedarse a cierta distancia, sólo estaba allí Padri cuando esa singular procesión pasó. Padri había venido de Ahmednagar, por orden de Baba, para entregar el carromato, sin reunirse con Baba. Se le había dicho que no tomara fotos ni conversara, y que se quedara solamente a cierta distancia mientras pasaba la procesión.

Posteriormente, Padri nos contó que esa inolvidable escena quedó grabada en su mente de manera indeleble. Nos dijo: "Ustedes no podrían haber conocido esto porque no estuvieron allí, pero realmente no fue algo de este mundo; mis ojos saludaron un espectáculo prodigioso mientras yo contemplaba en

silencio el paso de aquella larga procesión cuando aún estaba despuntando la alborada”.

Nuestro camello de la Nueva Vida tenía alrededor del cuello una linda campana persa de plata: la misma campana grande que Aloba tañe al anochecer para recordarles que son casi las seis, o sea, la hora de irse de Meherazad. La campana del camello es mencionada en los versos de Hafiz, el Maestro Perfecto cuyos poemas encantaban tanto a Baba. La campana usada por el camello que va al frente de una caravana simboliza el progreso. Tañe para recordar a la caravana que hizo un alto en un oasis y no quiere volver a ponerse en marcha por el desierto: “Muévanse. Éste no es el destino de ustedes ¡Adelante, adelante!”.

La carreta tirada por el camello llevaba comida para los animales: heno, forraje, o lo que fuere. Los hombres se levantaban antes de las tres de la mañana y lo primero que hacían era atender a los animales. Nosotras distinguíamos a los compañeros desde lejos por la luz de sus lámparas de querosén, que antes de preparar el té para ellos mismos, cortaban el forraje y alimentaban a los bueyes, vacas, burros y al camello. En ocasiones, apenas contaban con tiempo suficiente como para hacer estas tareas antes de emprender el camino, de modo tal que debían comenzar el día sin beber siquiera una taza de té.

Un día, nuestra procesión se detuvo en algún sitio al lado del camino, y entonces Baidul dejó la carreta con el camello y se fue a conversar con algunos de los compañeros. En un santiamén, una multitud de niños maravillados rodeó la carreta, admirando al camello. No sabemos qué sucedió a continuación, pero el camello se asustó y salió corriendo. Corría por la calle, la campana sonaba persistentemente, la carreta iba detrás a gran velocidad, mientras Baidul iba gritando y corriendo detrás, y los niños los seguían rápidamente. Los del pueblo, intrigados por

todo ese alboroto, se sumaron a la cacería. Todos corrían y gritaban, y al final Baidul logró de algún modo alcanzar al camello e inducirlo a regresar al sitio en el que Baba y nosotros estábamos esperando.

Experimentábamos cosas como éstas en nuestra caminata de la Nueva Vida. Todas las veces que nos deteníamos para pasar la noche, a menudo en las afueras de una aldea o de una pequeña ciudad, solíamos hacerlo en un bosquecillo de mangos, o a veces bajo un cobertizo en ruinas, o incluso al aire libre, en los campos, junto a un pozo de agua; entonces en la aldea se corría la voz de que este peculiar grupo de peregrinos estaba acampando ahí cerca. Antes de que pudiéramos siquiera establecernos después de nuestra agotadora marcha de todo el día, precisamente aparecía toda la aldea para vernos. Las mujeres se congregaban alrededor del sitio en el que estábamos nosotras, y los hombres lo hacían alrededor de los compañeros. Nunca habían visto un espectáculo como ése: la extraña comitiva, integrada por hombres, mujeres y vehículos; la carreta tirada por el camello, cuya forma era distinta de lo que acostumbraban a ver ahí; la carreta tirada por dos bueyes, uno inglés y el otro, indio; el carromato que parecía un ómnibus, pero tirado por bueyes; los hombres y las mujeres cuyo aspecto era muy diferente de los que normalmente peregrinan a pie; y sobre todo, Baba. Claramente, él era el líder del grupo y estaba muy por encima del resto.

Cuando íbamos caminando por el camino, fatigosamente, kilómetro tras kilómetro, atravesando a veces aldeas y pueblos en nuestro trayecto, o caminando por solitarios trechos de sendas rurales, era más bien normal que los transeúntes no se distrajeran con las túnicas y los turbantes (los indios son tolerantes con el modo de vestir de la gente), pero cuando fijaban la mirada en Baba, dejaban de charlar y se quedaban muy callados; lo único

que hacían era mirar a Baba cuando pasaba, y después se volvían para seguirlo con la mirada hasta perderlo de vista.

Don: ¿La atención se concentraba siempre en Baba?

Mani: Sí, por supuesto, en Baba. Hemos sabido que eso sucedía incluso en los primeros años, cuando viajaba en tren, mientras Baba usaba anteojos ahumados y tenía cubierta la cabeza para que no lo reconocieran. Allí, en un andén ferroviario increíblemente atestado, en los que todos corrían para subir al tren que acababa de llegar, empujando y gritando, y cargados con bultos y criaturas, algunas de esas personas veían a Baba y quedaban momentáneamente paralizadas, formando un perfecto cuadro vivo. Luego, una vez que Baba pasaba rápidamente junto a ellas, volvían a emprender su alocada carrera.

Deja que te describa un hecho divertido como ejemplo de con cuánta facilidad nuestro ego podía jugarnos una mala pasada. Una vez, durante nuestra caminata de la Nueva Vida, en el norte de la India, el carromato marchaba y nosotras íbamos a poca distancia, detrás. El carromato se usaba solamente para que nosotras cuatro durmiéramos en su interior cuando nos deteníamos por la noche. En esta ocasión, una carreta vacía, tirada por bueyes, pasó junto a nosotras conducida por un hombre. Al ver que nosotras cuatro íbamos caminando, nos dijo a Meheru y a mí: “¿Por qué no se sientan en mi carreta?”. Le dijimos, más bien virtuosamente, según creo: “Oh no, no, muchísimas gracias, pero no podemos aceptar que nos lleve. Estamos caminando en peregrinación hacia Haridwar y tenemos que caminar, de modo que no podemos usar una carreta ni ninguna otra cosa. Tenemos que andar a pie”. Evidentemente, el hombre quedó impresionado: se inclinó con reverencia ante nosotras y nosotras también lo hicimos.

No hacía más de cinco minutos que aquel hombre se había

ido con su carreta cuando Baba golpeó las manos indicando que nosotras debíamos entrar en el carromato. ¿Entrar en el carromato? Eso nos sorprendió, pero fue lo que Baba nos dijo que hiciéramos, de modo que entramos y eso nos emocionó muchísimo. Meheru y yo nos sentamos y corrimos las cortinas de las ventanillas para asomarnos. ¡Era divertido poder verlo todo sin tener que caminar!

Un rato después, el carromato se adelantó a la carreta tirada por bueyes. Sucedió que el hombre que la conducía se dio vuelta para mirarnos, y yo pensé: “Su cara me parece conocida”. Su mirada era la de alguien que se sentía muy herido y como si nos reprochara algo: era la de alguien que había sido engañado. Entonces, de pronto recordamos: él era el comedido que nos había invitado a subir a su carreta pocos minutos antes. Ya era demasiado tarde: Meheru y yo agachamos la cabeza, sintiéndonos muy avergonzadas.

Bueno, Baba desinflaba así nuestro ego. Pocos minutos después de ocurrir esto, Baba nos mandó decir: “Mujeres, salgan del carromato. Caminen”. Nosotras caminamos, pero no nos pavoneamos nunca más.

El primero de enero de 1950, estábamos en Moradabad, en el norte de la India. Mi diario de ese día dice: “A partir de hoy, todas las mañanas, los compañeros han de recitar en cuatro lenguas las plegarias zoroastriana, hindú, cristiana y mahometana. Estas cuatro simbolizan todas las religiones”. Esto también duró cierto tiempo, y después fue interrumpido.

La aldea de Manjri Mafi, en las afueras de Dehra Dun, que actualmente se conoce como Meher Mafi porque Baba vivió allí durante la Nueva Vida, fue durante un tiempo la base para los viajes de Baba con algunos hombres para tomar contacto con sadhus y buscadores. Mi diario dice en la página del 3 de abril

(de 1950): “Baba terminó hoy su labor con los sadhus, tomando contacto con ellos, prosternándose y tocándoles los pies a cada uno. Así fue cómo se inclinó ante tres mil en un solo día, tardando unas once horas en hacerlo”.

Don: ¿Baba se prosternó tres mil veces? ¿Tantas veces?

Mani: Sí, tres mil veces en un solo día, prosternándose hasta tocar los pies de cada uno con sus manos y luego, con sus dedos se tocaba la frente.

Don: ¿Cómo se llama aquel maravilloso médico de Bombay que atendía el cuello de Baba en las postrimerías de su vida? Me refiero al neurólogo.

Mani: Ginde. Doctor Ram Ginde.

Don: Me acuerdo de haber conversado con el doctor Ginde cuando Baba aún no había abandonado el cuerpo. Me preocupaba muchísimo el dolor que Baba sufría en su cuello y yo me preguntaba si no podría tratarse de un problema articular. Esto se orienta hacia lo que acabaste de leer ahí, sobre que Baba se prosternó tres mil veces en un solo día. Ram Ginde me dijo: “No, Don. Examiné muy cuidadosamente las radiografías de Baba y puedo ver que eso se debe realmente a que dos vértebras de su cuello se desgastaron y, como resultado, se estrechó el conducto por el que pasa la médula espinal.” Y me dijo: “Un desgaste de esta clase sólo puede explicarse porque Baba se prosternó durante tantos años a los pies de tantas personas que realmente desgastó esos huesos”. Pero anteriormente, nunca tuve noticias de una cifra como ésta: tres mil veces. ¡Con razón! ¡Es extraordinaria!

Mani: Era la época de la celebración de la gran Kumbh Mela, en Hardiwar, cuando multitudes de sadhus llegan para congregarse en las riberas del Ganges durante ese gran día. Baba se dirigió con los compañeros desde Manjri Mafi hasta el lugar

llamado Motichur, del que Eruch te contó, quedándose allí varios días. Hacía frío y había mucho viento en Motichur. Todas las mañanas, a las cuatro, Baba caminaba desde Motichur hasta Haridwar para ponerse en contacto con los sadhus en sus *akhdas*, o sea, los campamentos de los sadhus. Eruch acostumbraba salir con él. Baba nos dijo que, mientras se prosternaba ante miles de sadhus, eran pocos los que eran realmente genuinos y nos hablaba acerca de ellos.

El 3 de abril fue el último día de esta particular labor con los sadhus. Mi diario señala: “Él volvió a Motichur caminando, muerto de cansancio”. El 4 de abril, Baba regresó a Manjri Mafi. Escribí en mi diario: “Baba está totalmente extenuado; le duele todo el cuerpo y tiene fiebre. Ha completado allí su labor, tomando contacto (prosternándose), en total, ante más de diez mil sadhus”.

El 12 de abril fue el día de la gran Kumbh Mela, y Baba nos llevó a todas nosotras a Haridwar para presenciarla. Es imposible describir lo que vimos: aquella increíble masa humana, millones de piadosos hindúes que llegaban de toda la India y se congregaban en las riberas del río Ganges, bañándose en las aguas sagradas para lavar sus pecados, mientras rezaban, hacían sonar campanas, salmodiaban y cantaban.

Las mujeres observábamos con Baba desde la terraza de un hotel, el Goel's Hotel. El propietario nos permitió utilizar la terraza para mirar desde allí, pero no se le permitió que viera a Baba. Lo único que se le pidió fue que procurara que Baba y nosotras estuviéramos en la terraza y contempláramos la celebración sin ser molestados. El río estaba justo delante de nosotros, con toda la gente alrededor formando una masa compacta, mientras por el río flotaban guirnaldas y lámparas de aceite encima de hojas. Todo aquello era pintoresco y ruidoso pero, al

mismo tiempo, muy sencillo y emocionante. Sin embargo, estábamos decepcionadas porque podíamos ver muy poco de aquella magnífica procesión de sadhus, elefantes y demás que acontecía a corta distancia de donde nosotras estábamos.

Los pobres compañeros la pasaban mal allá abajo, entre la multitud, y eso los fastidiaba. Baba les había mandado decir que se ocuparan de cuanto fuera necesario. A Baba no le gustó lo que habían dispuesto sobre la terraza; no le satisfizo. No recuerdo con exactitud cuál fue la causa, pero Baba estaba enojado. Mandó decirle a Goel, el dueño del hotel, que estaba disgustado. Esto significaba que había sucedido algo que hizo que fuera insatisfactoria la labor que él estaba realizando en ese momento. Pero un rato después, como de costumbre, todo el asunto se disipó, y se serenó todo. Solamente Baba puede hacer eso.

Don: Él borra el malhumor.

Mani: Sí, todo terminó. Pero cuando nos estábamos yendo del lugar, mientras Baba caminaba con nosotras, vimos al dueño del hotel que estaba parado y en silencio a cierta distancia. Baba me dijo que fuera a decirle que estaba muy complacido con él y con el servicio que había prestado, y que Baba le pedía perdón por haberse enojado con él.

Fui a transmitirle lo que me había dicho. Desde ya es difícil transmitir las disculpas de Baba, pero cuando miré la cara del dueño del hotel, eso me resultó tremendamente más difícil. Estaba ahí parado, con las manos juntas, ansioso por recibir el mensaje de Baba. Empecé a transmitírselo rápidamente, pero cuando llegué a las disculpas dirigidas al pobre hombre, éste solamente inclinó la cabeza, sin alzar la vista. No pudo. Evidentemente, se sintió tan humilde y avergonzado que estoy segura de que habría deseado que se abriera la tierra y lo tragara.

Don: Mani, se trata de un detalle técnico. Cuando Baba iba

caminando así con ustedes y, de pronto, quiso transmitir un mensaje al dueño del hotel, ¿lo hizo con gestos o siempre llevaba consigo una tabla alfabética?

Mani: Creo que en ese tiempo utilizaba la tabla alfabética.

Don: Por ejemplo, cuando salía del hotel y te dio este mensaje, ¿se detuvo y sacó su tabla alfabética?

Mani: Solíamos llevar la tabla alfabética para él, aunque a veces la tenía un rato consigo después de usarla.

Don: ¿De modo que podía disponer de ella rápidamente?

Mani: Sí. Él se comunicaba con la tabla alfabética o, si el mensaje era breve o alguien lo interpretaba bien, lo hacía con gestos.

Don: ¿De modo que, en aquel tiempo, ya se estaban desarrollando las bases de su posterior comunicación completa mediante gestos?

Mani: Sí, él utilizaba ambos métodos. Volviendo a mi diario, el cual dice: "El primero de mayo, Baba va con los hombres, con kafni y turbante, a pedir bhiksha de las casas de tres fervorosos devotos de Dehra Dun. El Nuevo Plan es desde hoy, todos integran el Grupo B". O sea, que todos tenían que trabajar y ganarse el sustento, como por ejemplo, fabricar ghee (manteca clarificada) para venderla.

Don: Esto suena como un equipo de fútbol, que cuenta con distintas jugadas codificadas que hay que cumplir.

Mani: Para celebrar la inauguración del Nuevo Plan, sirvieron un postre y los hombres finalmente se cortaron el pelo. Después, el 22 de mayo, Baba fue a Delhi y estuvo allí una semana para trazar nuevos planes para los pobres mandali que están ahí fabricando ghee, haciéndolo con tórridas temperaturas y una dieta de hambre".

Don: Donkin también estaba comprometido en eso, ¿no es cierto?

Mani: ¡Sí, lo estaba! En ausencia de Baba, las mujeres cosíamos y fabricábamos muchas cosas para venderlas, participando para ganarnos el sustento y realizar una labor constructiva. Hacíamos encajes y bellos cubrecamas. Trabajamos dos meses y ganamos doscientas rupias. Las cosas que hacíamos eran hermosas, pero teníamos que venderlas.

El 25 de julio nos encuentra en Satara. “Baba dice que es el día más memorable de la Nueva Vida. Baba envía mensajes y saludos personales a todos los discípulos y devotos de Oriente y Occidente. Ayuna todo el día, y sólo toma agua. Por la mañana hay un programa de plegarias y lecturas de una traducción inglesa del Bhagavad Gita, y un qawwal de Bombay entona el Canto de la Nueva Vida. Por la tarde, Baba trabaja con los dementes y masts que los mandali llevaban a Baba, afeitándolos, bañándolos y vistiéndolos.”

Don: ¿Baba dijo por qué eligió el 25 de julio? ¿Tenía un significado particular?

Mani: Por lo que yo sé, no. Pero ahora es ciertamente significativo. Luego, el diario dice: “El 27 de julio, Baba mendigó bhiksha dos veces: una vez, en la casa de un hindú, y otra vez en la casa de un mahometano”.

Don, no tengo más notas, pero puedo hacer algunas observaciones, como por ejemplo, el modo con que Baba trabajaba con los animales. Durante toda la vida que pasamos con Baba, era evidente que Baba trabajaba no solamente en todos los niveles, sino que también trabajaba en y a través de toda la Creación, de todas las criaturas. Piensa en todas esas mascotas que Baba tenía, en todas las aves y animales que tuvimos y cuidamos durante los muchos años que vivimos junto a Baba. En mi diario de 1938 aparece esta nota: “Por la noche, antes de recogerse en su habitación, Baba visitaba con nosotras a cada animalito, ca-

da jaula, cada corral, cada lugar en el que teníamos mascotas”. ¡Imagínate, lo último que él hacía antes de irse a dormir por la noche era visitar a cada uno de esos animales! Eso era cuando estábamos viviendo en Meherabad, en lo alto de la colina. Y cuando viajábamos con Baba en el Blue Bus (ómnibus azul) por toda la India, nuestra “excursión” con Baba incluía invariablemente una visita al zoológico del lugar. Éste era el modo con el que Baba tomaba contacto con el mundo animal, mediante el conjunto de especies que había en el zoológico.

Sin duda, estas excursiones tenían por objeto no sólo que las disfrutáramos sino también su trabajo. Baba apenas nos daba tiempo para que disfrutáramos mirando a los animales. A menudo caminaba tan rápido que teníamos que trotar para alcanzarlo. También de esta manera nunca permitía que nuestra atención se apartara de él.

Lo que digo es que él estaba aquí en forma humana no sólo por nosotros sino también por los animales, aves y todas las criaturas. De manera parecida, en la Nueva Vida, los animales estaban incluidos, junto con las mujeres y los hombres, en la compañía de Baba. Al concluir esa fase, a algunos animales los regalaron, otros los vendieron o remataron, y algunos fueron conservados durante un tiempo.

Don: Eso suena como un paseo en el Arca de Noé.

Mani: ¿Te parece?

Don: Mani, ¿cómo reaccionaban con Baba los animales y las aves?

Mani: ¿Quieres decir en la Nueva Vida?

Don: No, en general.

Mani: Bueno, eran muy receptivos ante el amor que Baba derramaba sobre ellos. Baba era muy especial en el cuidado de esos animales, y nos reprendía si les sucedía algo. A Baba le en-

cantaba dar de comer a las aves y a los animales; en realidad, les daba de comer de más. Incluso después de que les habíamos dado de comer, ellos reclamaban ruidosamente comida tan pronto veían a Baba. Entonces él nos reprochaba: “No están cuidando a las mascotas. Miren, tienen hambre. Deben alimentarlas bien. Tráiganles más”. ¡Entonces él les daba más, y los animalitos engullían todo como si estuvieran muertos de hambre!

Don: Mani, ¿qué sentimiento predominó en ti acerca de la Nueva Vida? ¿Fue un tiempo difícil?

Mani: No fue solamente un tiempo difícil en lo físico. Eso existió. La vida fue dura, y la estricta obediencia también formó parte de ella. Teníamos que estar permanentemente alertas para no descuidar ninguna de las condiciones establecidas por Baba para la Nueva Vida.

Don: ¿Baba les exigía muchísima atención, no es cierto?

Mani: Es cierto, no tanto atención personal como atención completa en el cumplimiento de lo que Baba quería que hiciéramos. A veces nos equivocábamos y ni siquiera éramos conscientes de ello. Pero Baba estaba ahí para saberlo y corregirnos en eso.

Don: ¿Él insistía aun más que antes de la Nueva Vida en la estricta obediencia en los mínimos detalles?

Mani: Sí, era una aceleración, una amplificación de aquello. Por ejemplo, cuando estábamos en Belgaum, Baba ordenó: “No habrá lecturas de ninguna clase”. Bueno, eso no significó que simplemente no leyéramos libros o novelas de detectives; lo que quería decir era que no podíamos leer nada, ni siquiera un diario que estuviera tirado por ahí. Como tú sabes, en un hogar de la India, al diario se lo usa muchísimo para envolver toda clase de cosas. ¡A fin de ayudarnos a que evitáramos leer inadvertidamente los diarios que necesitábamos para envolver y para encender el fuego, Vishnu nos traía diarios viejos, de algún nego-

cio de desechos; eran diarios en idiomas extranjeros y fuera de lo común, que nosotras ni siquiera sabíamos que podían conseguirse en la India! Creo que eran búlgaros, húngaros, checoslovacos o algo así. Eso nos facilitaba las cosas, sabiendo que no teníamos que esforzarnos para evitar echar una mirada a nuestros diarios que usábamos para envolver.

Don: Sí, pero aunque pasara un camión que tuviera un cartel, ustedes tenían que abstenerse de leerlo.

Mani: Es cierto; eso era como caminar sobre la cuerda floja.

Don: Pienso que eso implicaría una tensión tremenda. ¿Un agotamiento nervioso?

Mani: Sí, pero eso podía suceder con cualquier cosa, en cualquier momento. Por otra parte, debido a Baba, y porque Baba estaba con nosotros, su presencia era la que hacía que todo fuera diferente.

Don: ¿De modo que él les plantea un tremendo desafío, pero los sostiene para que lo afronten?

Mani: Así es. Como te dije, si Baba te golpea con un martillo, con la otra mano te sostiene. No te deja sin apoyo cuando trabaja en ti. Si hay que romper la nuez, él la sostiene en su mano.

Don: Tú sabes que esto produce una gran conmoción en muchos jóvenes, porque después de cierto tiempo de amar a Baba fervorosamente, de pronto el individuo empieza a toparse en su vida no sólo con algunos de los viejos problemas, sino también con algunos problemas nuevos y más complicados. A esa altura, muchos piensan: “¡Oh, debo haber perdido mi conexión con Baba! ¿Cómo puede sucederme esto? Debe haber algo equivocado en mi actitud”. Esa gente se deprime terriblemente.

Mani: No, lo único que sucede es que Baba empezó a trabajar con ellos. Terminó la “luna de miel” y comienza el trabajo en serio.

Don: El trabajo real está empezando, y lo importante, como

tú lo trajiste a colación, es que Baba está sosteniendo al individuo con tal de que éste sólo tenga fe y se aferre bien al daaman (confiar en él y obedecerle incondicionalmente).

Mani: No hay duda de eso. ¿Crees que podríamos pasar por lo que pasamos y entregarnos a él por algún mérito propio? Está nuestro esfuerzo, sí, pero no es mérito nuestro que podamos entregarnos completamente a Baba. No, es él quien nos ayuda y sostiene. Es su amor –todo se reduce a eso– el amor y la compasión de Baba son los que hacen que todo sea posible, e incluso que nuestro amor por él sea posible. Él nos permite sentir que estamos dando, que estamos sirviendo, que estamos amando. Incluso él parecerá débil para que podamos creer que lo estamos sosteniendo.

Un ejemplo: en aquel mes final (enero de 1969), cuando Baba estaba sentado en esa silla (en el mandali hall, en Meherazad), se lo veía cansado y débil. Cuando indicó que era hora de volver a su habitación, Eruch y Francis se pusieron rápidamente de pie, y cada uno lo ayudó a levantarse de la silla. Yo estaba ahí en ese momento. Baba los tomaba de la mano, y ellos estaban listos para alzarlo cuando les dio un ligero tironcito, atrayéndolos hacia sí. En seguida, ellos empezaron a caerse hacia delante, haciendo todo lo posible para no caer sobre Baba. ¡Sin embargo, un segundo antes, a Baba se lo veía tan débil! Francis se recompuso y exclamó: “¡Baba, estás fuerte! Baba asintió con la cabeza, y dijo: “Pero no te preocupes, ayúdame a levantarme” sintiéndose nuevamente débil.

Eso, igual que todo lo que él hizo, expresa su compasión, dándonos una oportunidad para que expresemos nuestro amor en nuestras pequeñas cosas. Es Baba quien nos sostiene y atrae hacia sí todo el tiempo, quien nos ama y quien nos tolera. Ahora puedo hablar así, pero para empezar, nosotros también

hemos sido un material duro y sin refinar. Ahora deseáramos haber podido ser más dúctiles. Hemos aprendido, hemos crecido –hasta cierto punto– pero nunca podremos crecer bastante como para satisfacer el amor de Baba, nunca.

Don: De modo que el real desafío del individuo consiste en persistir durante los tiempos difíciles. El real desafío consiste en buscar y descubrir que, de hecho, el amor de Baba está ahí para sostenernos, y en experimentar, con el amor de Baba, los problemas que necesariamente implican disolver nuestros sanskaras.

Mani: No hay otra manera. Una vez que caíste en su red, Baba no dejará que evites experimentar eso. Algunos pueden tener miedo de haberse perdido, pero debemos recordar que, mientras nos aferremos bien al daaman de Baba, él está sosteniendo nuestra mano. Baba nunca facilita las cosas, pero las hace siempre posibles. Él las hace bellamente posibles cuando confiamos en él por completo. Entonces resulta que no existes más para ti mismo sino que existes para Baba. Su amor te equipa para que afrontes los desafíos de la vida como querrías afrontarlos a fin de complacerle.

Don: ¿Entonces descubres que tu fuerza se ahonda nuevamente para afrontarlos?

Mani: Sí. Ver que Baba estaba contento con algo que hacíamos era para nosotros, absolutamente el paraíso. Y cuando lo habíamos disgustado de alguna manera...

Don: Era absolutamente el infierno. Mani, ¿qué fue lo más difícil para ti en la Nueva Vida? Eruch dijo que lo más difícil para él fue estar alegre todo el tiempo.

Mani: Sí, por supuesto, estar alegres significaba que no teníamos que quejarnos, ni estar tristes, ni mostrarnos abatidos. Eso repercutía más duramente en los hombres. Nosotras también teníamos que hacerlo, pero eso era más duro en los hom-

bres. De todos los lugares, me acuerdo de aquella vez que nos habíamos detenido para pasar la noche en un pequeño cine. Nosotras dormiríamos en el escenario, detrás del telón del cine. Había una luz encendida, y con los dedos, yo proyectaba sombras sobre la pantalla, haciendo conejos, etcétera. Baba estaba con los hombres, oculto de nuestra vista, pero podíamos oír la voz de Eruch que estaba interpretando lo que Baba les decía.

Ésta fue una de las cosas que oímos que Baba estaba diciendo: “Ustedes tienen que ser señores y amos de sus caras durante la Nueva Vida, independientemente de lo que suceda”. Con esto quería decir que nunca dejáramos que nuestras caras delataran cualquier desdicha que pudiéramos sentir. Sin embargo, el solo hecho de que nuestro rostro la ocultara, tampoco era una gran solución, porque Baba podía captar la mínima señal de emoción que pudiera surgir dentro de ti. Él la descubría y la sacaba a relucir.

Otra voz: ¿Tenías que estar alegre aunque no lo sintieras?

Mani: “Alegre” no significaba que tuvieras que andar sonriendo. También estaba mal si hacías eso en un momento indebido; entonces Baba te reprendía: “¿Por qué estás sonriendo así?”. En realidad, nosotras todavía no entendíamos qué significaban las palabras “alegre” o “feliz”. El buen ánimo puede ser silencioso; el buen ánimo puede consistir en absoluto silencio. La felicidad es una callada quietud; no consiste solamente en bailar y cantar. Es algo que aún no se desarrolló, y que Baba tal vez estaba plasmando en nosotros.

Otra voz: Como dijo Eruch, había momentos en los que estábamos enojados. ¿Pero cómo puedes sentirte alegre si en ese momento Baba te está haciendo planteos, y en ese mismo momento estás enojado?

Mani: ¡Pregúntale a Baba cómo puedes hacerlo!

Don: Baja el telón sobre ese enojo. Déjalo. Hazlo a un lado. En el Apéndice de Dios Habla, hay una parte referida al olvido. Allí Baba describe la absoluta necesidad de que el aspirante espiritual desarrolle una técnica para practicar el olvido.

Mani: El olvido de uno mismo. O el control. Cuando estábamos con Baba en Bangalore, en 1940, él se refirió a eso. También estaban ahí Elizabeth, Norina, Nadine, Kitty, Margaret y todas las mujeres occidentales. Había sucedido algo –alguien estaba contrita por haberse enojado– y Baba le dijo: ¿De qué sirve si no te enojas? No quiero *pedras* a mi alrededor: ¿eso cómo podría ser de utilidad para mi labor? Pero controla tu enojo cuando lo sientas: ¡ésa es la cuestión!”.

Otra voz: Parecería que Baba revelara esta nueva facultad del buen humor, y que entonces la energía del enojo confluyera hasta convertirse en buen humor. ¿Se trata de algo así?

Mani: No lo sé, pero había veces en las que Baba no quería que pareciéramos alegres, y entonces le decía a una u otra de nosotras: “¡No estoy bien, y aquí ustedes están tan alegres!”. Teníamos que aprender a ser sensibles al placer de Baba en todo momento. No es algo que podamos rotular o cortar en cuadritos como si fueran caramelos. Se trata de algo muy sutil, como una corriente de agua, y tienes que aprender a percibirla y sostenerla en tu mano sin dejar que se escurra entre los dedos, ¡y bendito seas si puedes hacerlo!

Una cosa es segura. Baba no hace concesiones. Puedes hacer algo que sabes que no será de su agrado y justificarte en cuanto a por qué lo hiciste. Aparecen y se te presentan mil razones, extendiendo sus manos para ayudarte. Pero eso no es bueno: sólo te estás engañando. Como dijo Baba, lo importante no es si eres bueno o malo, sino que le pertenezcas y te hayas entregado a él. “Entrégate totalmente a mí. Entonces eres mío, y dejas de ser tu-

yo". Era hermoso contemplar cómo Baba trabajaba sobre (y con) nuestras debilidades, convirtiendo en créditos nuestras deudas.

Don: Mani, tú mencionaste, y creo que Eruch también, que precisamente en los días finales antes de que Baba abandonara su cuerpo físico, incluso estando muy mal de salud, aún bajaba al mandali hall, por lo menos una vez por día, para sentarse con ellos como lo había hecho durante tantos años.

Mani: Fue al mandali hall hasta mediados de enero.

Don: ¿Mediados de enero? ¡Pero eso fue solamente dos semanas antes de abandonar su cuerpo físico!

Mani: Creemos que fue hasta el día trece; eso es, casi hasta tu cumpleaños, el 14 de enero.

Don: Sí, y él me envió un telegrama de cumpleaños. Fue maravilloso. Pensar que lo hizo en semejante momento. Pero me impresionó muchísimo que continuara yendo al mandali hall. Muchos creen que una rutina o una pauta es algo completamente falso, pero en este caso se trata de una pauta, de una rutina, en la que Baba insistió hasta los instantes finales que su cuerpo aún podía soportar, viniendo para estar con los mandali todos los días y sentándose con ellos.

Mani: Es asombroso en qué medida su "humanidad" revelaba su Deidad. Eso no hacía que fuera menos Dios, sino más Dios. Había que estar con él para saber esto.

Mientras estoy aquí sentada, en el mandali hall, contándote todo esto, no puedo dejar de recordar cómo Baba acostumbraba venir aquí todas las mañanas, y cómo, antes de sentarse en la silla, caminaba un poco por la sala. Iba de aquí para allá, de aquí para allá, apoyando una mano en el brazo de Kaka Baria y la otra en el de Francis o Eruch. Baidul estaba sentado entre los demás mandali, sintiendo quizás un poco de envidia porque Kaka Baria y los otros sostenían con sus brazos a Baba mientras

camina, anhelando un poco de atención personal por parte de Baba; luego, de pronto, Baba se detenía frente a Baidul y le acariciaba el mentón. Aunque Baidul no decía una sola palabra, podías ver cómo inesperadamente se transformaba con ese gracioso contacto, con ese oportuno gesto de amor. Aunque Baba era y es para todos, de cientos de pequeñas maneras podía hacer sentir a una persona que él existía para ella. En la India, todas las veces que invocamos a Baba, acostumbramos exclamar: "¡Oh, mi Baba!". Y verdaderamente, cada uno puede decir "Mi Baba", y cada uno puede estar perfectamente en lo cierto.